
Mi
Mentirosa
favorita
UNA COMEDIA
ROMÁNTICA DE
SARAH RUSELL

Mi Mentirosa favorita

UNA COMEDIA
ROMÁNTICA DE

SARAH RUSELL

Mi Mentirosa favorita

UNA COMEDIA
ROMÁNTICA DE

SARAH RUSELL

Primera edición.

Mi mentirosa favorita

©Sarah Rusell

©junio, 2024

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada en o transmitida por, un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia, o cualquier otro, sin el permiso previo por escrito del autor.

Primera edición.

Mi mentirosa favorita

©Sarah Rusell

©junio, 2024

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada en o transmitida por, un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia, o cualquier otro, sin el permiso previo por escrito del autor.

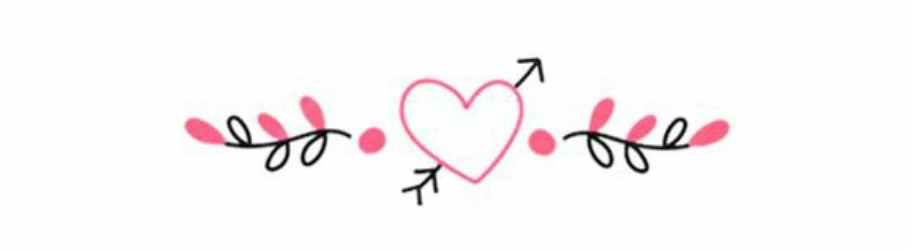
ÍNDICE

Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25
Capítulo 26
Capítulo 27
Capítulo 28
Capítulo 29
Capítulo 30
Capítulo 31
Capítulo 32
Capítulo 33
Capítulo 34

Capítulo 35
Capítulo 36
Capítulo 37
Capítulo 38
Epílogo

Capítulo 35
Capítulo 36
Capítulo 37
Capítulo 38
Epílogo

Capítulo 1



Todo el mundo tiene ese día al que considerar el más feliz o el más triste de su vida. En mi caso, era ambos a la vez.

Hacía ya seis años que perdí a quien más quería y llegó a quien más amaba a día de hoy, por encima de todo. Por lo que sí, cuando llegaba este momento tenía una gran cantidad de sentimientos encontrados, pero debía poner la mejor de mis sonrisas.

Por él lo hacía, porque a pesar de que para mí era uno de los días más dolorosos del año, para él era un motivo de felicidad al cumplir un año más.

Pero dejadme que empiece por el principio de mi historia.

Conocí al hombre del que me enamoré perdidamente cuando tenía veintidós años, y él veintiocho. Aquel fue uno de esos amores a primera vista que llegó con tanta fuerza que, cuando quisimos darnos cuenta, llevábamos seis meses saliendo y comenzando a vivir juntos.

Todo era perfecto, Matt me quería con locura y yo, lo amaba con todo mi ser.

Siete meses después nos enteramos de que seríamos padres, un momento que cambió nuestras vidas, pero para bien, puesto que el amor que ambos sentíamos había dado sus frutos trayendo a nosotros el mejor de los regalos.

Matt era contable en una multinacional dedicada a la importación de materiales para la fabricación de componentes electrónicos, la empresa había sido nombraba una de las mejores del sector de aquel año y tras recoger el premio en una cena donde acudieron otros galardonados, el dueño invitó a todos sus empleados y respectivas parejas a una cena para celebrarlo.

Jamás se me olvidaría lo que ocurrió cuando regresábamos a casa, lo tenía grabado en mi mente como si hubiera ocurrido el día anterior.

Íbamos hablando tranquilamente, la autopista apenas tenía tráfico y era una noche tranquila. El bebé me dio una leve patada y, como siempre ocurría en esos casos, Matt y yo reímos mientras él tocaba el punto donde nuestro

hijo, pues era un niño, estaba acomodado.

Aún no había salido de cuentas y me quedaban por delante unas dos semanas para que llegara ese momento y tanto él, como yo, estábamos deseando ver la cara de nuestro pequeño.

Matt me pidió matrimonio meses antes y acordamos casarnos cuando el bebé tuviera al menos tres meses, por lo que Susy, mi madre, ya había puesto en marcha la búsqueda de todo lo necesario para nuestro gran día.

Él era huérfano, se crio en casa de acogida hasta que cumplió los dieciocho y comenzó a estudiar durante el día y trabajar como mozo de unos grandes almacenes durante la noche, para salir adelante hasta convertirse en el hombre que yo conocí, por lo que su familia era la mía, compuesta por mi madre, mi hermano mayor, Jack y yo.

Volviendo a aquella noche, y a pesar de que todo estaba tranquilo, hubo un momento en el que vi un destello de luces frente a nosotros, y cuando ambos miramos, vimos cómo una furgoneta salía despedida por los aires cruzando la mediana desde los carriles del sentido contrario al nuestro, dio varias vueltas de campana, Matt dio un volantazo en un intento por evitar escapar de lo que, inevitablemente, los dos sabíamos que acabaría pasando.

Dicen que un segundo es suficiente para que la vida de alguien cambie, y esa noche lo comprobamos los dos.

Nuestro coche quedó cruzado en la carretera y Matt no pudo hacer nada por evitar lo que iba a ocurrir.

La furgoneta acabó impactando contra nosotros con fuerza, chocando en el lado en el que se encontraba Matt de tal modo, que él se llevó la peor parte.

Ante el impacto, yo noté cómo me sacudía y acabé golpeándome la cabeza con la puerta, notando poco después la sangre caliente deslizándose por mi sien.

Fueron los peores segundos de mi vida mientras la furgoneta nos arrastraba por la autopista, viendo luces acercándose hasta nosotros, hasta que finalmente nos detuvimos.

Si había algo que debía agradecer de aquella noche era que los coches que venían directos a nosotros consiguieran esquivarnos, porque de lo contrario, yo tampoco estaría contando en este momento lo ocurrido.

Mi visión era borrosa, la cabeza me dolía tras el golpe y notaba esos incesantes pinchazos en ella, pero no solo eso, sino que también podía sentirlos en mi vientre.

Cuando miré a Matt le vi con la cara cubierta de sangre, tenía la cabeza girada hacia mí y sentí su mano entrelazada con la mía, algo de lo que no había sido consciente hasta ese momento.

Sus ojos estaban cerrados y tenía la boca ligeramente abierta. Entré en pánico y traté de mover mis brazos para tocarle, pero un pinchazo fuertísimo me atravesó por completo y tuve que llevar ambas manos a mi vientre.

Algo iba mal, lo sabía, en lo más profundo de mi corazón sabía que algo con el bebé estaba yendo mal.

Grité con todas mis fuerzas poco después mientras el dolor seguía, hasta que pareció calmarse. Comencé a escuchar entonces a gente hablando y gritando fuera del coche, alguien abrió la puerta, pero mi visión estaba tan borrosa por el shock que no distinguí a nadie.

Y desde ese instante apenas podía recordar más que pequeños flashes de fragmentos, la gente pidiendo que llamaran a las ambulancias y los bomberos, alguien intentando acceder al asiento de Matt para ver cómo estaba, unas manos rompiendo mi cinturón de seguridad y cargándome en brazos mientras yo, entre el dolor y la leve consciencia, llamaba a mi prometido notando las lágrimas caer por mis mejillas, hasta que todo se volvió negro y un silencio sepulcral me rodeó.

Lo siguiente que recordaba era despertar en la habitación de un hospital, con cables y un gotero que me suministraba algún medicamento, y que habían pasado cinco días desde la noche del accidente.

No entré en coma, pero sí que pasé aquellos días en un estado en el que, según los médicos, mi mente parecía no querer despertar cuando me quedaba dormida, y cuando lo hacía, no dejaba de preguntar por Matt, recordar el accidente y entrar en tal crisis nerviosa que volvían a sedarme.

Esa mañana cuando abrí los ojos escuché la voz de mi madre, susurraba una canción que había oído muchas veces cuando era pequeña, aunque no entendía por qué estaba cantándome en ese momento, ya no era una niña desconsolada.

La miré, estaba sentada en el sillón junto a mi cama y, cuando vi el pequeño bulto envuelto en una mantita blanca lo supe, estaba cantando a mi bebé.

Al ser consciente de que me había despertado, me miró y sonrió, pero vi la tristeza en sus ojos y entendí que algo, lo que fuera, no había ido bien.

Recibir la noticia de que cuando sacaron a Matt del coche estaba aún vivo y fue casi como un milagro, me impactó tanto que por un momento creí que los tres lo habíamos conseguido. Pero no fue así.

Mi prometido estuvo durante horas debatiéndose entre la vida y la muerte en la cama de un quirófano, tenía un fuerte traumatismo en la cabeza, además de perforación en el bazo y una hemorragia interna por la que lo mantenían constantemente con transfusiones de sangre mientras le operaban, tratando de salvarle la vida.

Mientras yo estaba en otra cama, con pérdida de consciencia mientras me practicaban una cesárea de urgencia para sacar a mi bebé, al que, tras unos minutos de intensa reanimación por una parada cardíaca, consiguieron hacer que respirara y gritara como un cantante de ópera, demostrando que tenía no solo unos fuertes pulmones, sino unas increíbles ganas de vivir.

Pero en el momento en el que mi niño cogía su primer aliento de vida, el corazón de Matt se paraba definitivamente.

Esa madrugada, de hacía ahora exactamente seis años, perdí al hombre que más quería y llegó a mi vida el regalo que él me había dejado.

Cuando por fin conocí a mi pequeño y lo tuve en brazos, lloré tanto que creí que acabaría quedándome sin lágrimas. Era igual que su padre, con el cabello rubio y unos bonitos ojos azules llenos de vida. Y me sonrió, mi niño me sonrió cuando nuestras miradas se encontraron.

Teníamos varios posibles nombres para él, pero al saber que Matt nos había dejado, tuve claro que el que más le gustaba a él, sería el que llevaría nuestro hijo, al menos se lo debía, dado que dio su vida por la nuestra, puesto qu fue él quien se llevó todo el impacto del golpe por la furgoneta.

El conductor que chocó con nosotros se quedó dormido al volante apenas unos segundos, pero ese fue tiempo suficiente para que perdiera el control del vehículo y acabara con la vida de Matt.

Su empresa me indemnizó, pero el dinero no podía devolverme a mi prometido, y nuestro bebé nunca conocería a su padre, así que opté por guardarlo en una cuenta para el futuro de mi bebé.

Me costó mucho superarlo, y de no ser por mi madre y mi hermano, estaba segura de que nunca lo habría logrado.

El bebé y yo nos instalamos en casa de mi madre, que llevaba viuda desde que Jack y yo éramos unos críos de apenas dieciséis años él y ocho yo, y ahí seguíamos después de seis años, pues ella me ayudaba con mi pequeño.

Sequé mis mejillas una vez retirando las lágrimas que cada año volvían a mí con fuerza, y salí de la habitación para recibir a los invitados al cumpleaños de mi pequeño.

Era mediados de junio, las clases habían acabado y teníamos por delante todo un verano que mi niño siempre disfrutaba.

Salí al jardín donde lo vi jugando con sus amigos y amigas de clase mientras mi madre terminaba de poner los sándwiches en la mesa. Al verme llegar, sonrió cogiéndome ambas mejillas y acariciándolas con los pulgares.

—Hija, no llores más, este es momento de celebrar.

—Lo sé, mamá.

—Aquí están las patatas y las palomitas, Susy —dijo Mia, mi mejor amiga, saliendo en ese momento.

Tenía dos años más que yo, treinta y dos, y era una preciosa, simpática y alocada rubia de ojos marrones como el chocolate fundido que siempre, siempre, conseguía hacerme sonreír incluso en mis peores momentos.

Nos conocíamos desde la secundaria, por un tropiezo en mitad del pasillo del instituto en el que un idiota de lo más creído me tiró al suelo y ni se molestó en preguntar cómo estaba, ella me ayudó a levantarme y desde ese momento, nos hicimos inseparables.

Estudió Empresariales y a día de hoy trabajaba como secretaria para mi hermano Jack, que era dueño de un concesionario de coches de lujo al que acudían famosos de todos los sectores, desde televisión y cine, a políticos.

Jack era moreno, al igual que yo, pero sus ojos eran verdes como los de nuestro padre, y es que se parecía mucho a él, mientras que yo heredé el color miel de los ojos de nuestra madre, que tenía el cabello castaño.

e

Mi madre ya estaba jubilada, lo hizo de modo anticipado cuando nació mi hijo, a los sesenta y dos años, y a sus sesenta y ocho, a pesar de ya no ejercer como maestra, era la que ayudaba a mi pequeño con los deberes.

—Gracias, Mia —le dijo mi madre, con una sonrisa.

—¿Otra vez has llorado, Nicky? —me preguntó frunciendo el ceño.

—Sabes que, en este día, es inevitable —respondí mientras me tocaba el anillo que aún conservaba, el que me
. regaló Matt para formalizar nuestro compromiso.

—Ay, cariño —me abrazó—. Han pasado seis años, y sí, sé que no podrás olvidarlo nunca, pero por él, por mi ahijado, saca esa sonrisa que solo tú tienes.

Sonreí, y ella me hizo un guiño.

Sí, mi mejor amiga y mi hermano eran los padrinos de mi pequeño, y ambos lo querían con locura, mientras que é sentía auténtica pasión por ellos, por sus tíos.

En cuanto mi niño me vio, sonrió y vino corriendo hasta mí, abriendo los bracitos para que le cogiera.

—¡Mami! —gritó.

—Aquí está mi niño —le di un beso en la mejilla—. Es hora de merendar, ¿de acuerdo?

—Vale.

Volví a dejarlo en el suelo y llamó a sus amiguitos para que se acercaran a la mesa, no tardó en aparecer mi hermano, cargado de botellas de zumo de todos los sabores y fue llenando los vasos de todos.

Me dolía que Matt no estuviera en estos momentos, que no hubiera visto nacer a su hijo, que no pudiera verlo crecer, que se perdiera tantos momentos únicos en la vida de un niño. Pero de algún modo sabía que allá donde estuviera, podía verlo.

Después de que acabaran con los sándwiches como si hiciera semanas que no comían, mi madre apareció por el jardín con la tarta en la mano y comenzamos a cantar…

—*Cumpleaños feliz, cumpleaños feliz, te deseamos Aiden, cumpleaños feliz.*

Mi niño sonreía feliz mirando la tarta de chocolate y avellanas, algo que a su padre también le gustaba, cerró los ojos para pedir su deseo y sopló con todas sus fuerzas mientras los demás aplaudíamos.

No pude evitar que me cayeran unas lágrimas que sequé antes de que él las viera, pero no tan rápido como para que los tres adultos que nos acompañaban tampoco pudieran verlas.

Fue mi hermano quien se acercó a mí, me pasó el brazo por los hombros y me dio un beso en la sien antes de hablar.

—Sabes que, desde allí arriba, Matt está orgulloso de ti y de vuestro hijo.

—Lo echo de menos, Jack.

—Han pasado seis años, hermanita.

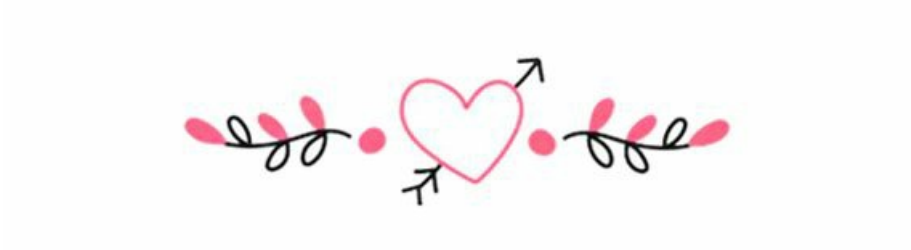
—Aún duele, ese es el problema.

—Lo sé —volvió a besarme y miramos a mi hijo, que ya disfrutaba de su trozo de pastel antes de abrir los regalos
l
Sí, habían pasado seis años, pero solo alguien que hubiera perdido a la persona que amaba, entendería lo que sentía al respecto.

No le deseaba a nadie pasar por eso, por el hecho de tener un día en el que los peores recuerdos se agolpaban con fuerza en la mente, mientras esta luchaba por alejarlos para dar paso a los más felices.

Porque sí, todos teníamos un día que era considerado el más feliz o el más triste, y en mi caso, como dije, este era ambos a la vez.

Capítulo 2



El último niño acababa de salir por la puerta y mientras mi madre, Mia y Jack se encargaban de recoger todo, yo fui a acostar a Aiden.

—Entonces, ¿lo has pasado bien? —pregunté mientras le ponía el pijama.

—Sí —sonrió—. Y mis amigos también, se han divertido mucho.

—Me alegro, cariño —le di un beso en la frente antes de que se metiera en la cama.

—Mami.

—Dime, tesoro.

—¿Papi también me ha visto?

—Sí, como siempre —él sabía desde que tenía cuatro años que su papá estaba en el cielo cuidándonos, y desde entonces, en muchos de sus momentos especiales, preguntaba aquello.

—El tío Jack dice que algún día seré tan grande como mi papi.

—Oh, de eso puedes estar seguro, jovencito —le di un golpecito en la nariz—. Tu papá era muy alto, podría haber sido jugador de baloncesto, pero lo suyo eran los números.

—Y lo mío, también —rio, puesto que le encantaba hacer sumas y resta.

—Cariño, tú podrás ser lo que quieras ser —lo besé de nuevo—. Y ahora descansa, y ten sueños bonitos. Buenas noches, mi niño.

—Buenas noches, mami.

Cerré la puerta al salir y suspiré, mi hijo se parecía tanto a su padre, que en muchos de los gestos que tenía podía

ver a Matt.

Regresé al jardín para ayudar, pero ya estaba todo recogido y Mia y Jack estaban sentados con una copa cada uno.

—¿Ya se ha dormido mi sobrino? —preguntó ella.

—No tardará en hacerlo —sonreí.

—Ah, esa pequeña marmotilla —volteó los ojos.

—¿Y mamá? —me senté junto a mi hermano, que me puso una copa en la mesa.

—Se ha ido a la cama.

—Yo no tardaré en hacerlo —dije acercándome la copa para dar un sorbo—. Estoy agotada.

—No me extraña, si el pequeño ya de por sí es agotador, tener diez correteando por el jardín es un deporte de riesgo.

—Por Dios, Mia —reí.

—¿Qué? Solo he dicho la verdad, no me atrevería a celebrar los cumpleaños de mi hijo con tanto niño.

—Son los amigos de Aiden, y son muy tranquilos y educados.

—Menos mal, solo faltaba que alguno fuera la reencarnación de Chucky o de Daniel el travieso —resopló.

—Nicole tiene razón —dijo mi hermano, refiriéndose a mí, pues Mia era la única que me llamaba Nicky—. Esos niños son súper buenos.

—Chicos, el niño se nos hace mayor —comentó ella, cambiando de tema—, y nosotros cada vez más viejos.

—Habla por ti, yo me siento como un chaval —contestó Jack.

—Te quedan dos años para cumplir cuarenta, no veinte —volteé los ojos.

—¿Y? Hermanita, los cuarenta son los nuevos veinte —me hizo un guiño.

—Mientras no te dé la típica crisis de los cuarenta, te compres un deportivo y empieces a salir con una veinteañera, no vamos mal —rio Mia.

—Primero, el deportivo ya lo tengo —dijo—, para algo soy el dueño de un concesionario de lujo. Y, segundo, sabes de sobra que seré el eterno soltero.

—Cierto, olvidada que, en la vida del gran jefe, Jack, no hay cabida para el amor.

—Error —mi hermano levantó el dedo—. Amor tengo mucho para dar, solo que me gusta repartirlo en pequeñas dosis.

—Vamos, lo que viene siendo un picaflor de manual. Hoy con esta, la semana que viene con la otra, y así todos los meses —volteó los ojos.

—Como canta Maluma, reparto mi corazón, un pedacito a cada nena —soltó al tiempo que hacía un guiño y Mia y yo, nos echamos a reír.

—Tú lo que tienes es mucho morro —le dijo Mia.

—Bueno, basta de hablar de mí. ¿Qué van a hacer mañana ustedes dos, lindas señoritas? —preguntó.

—Quedarme en casa viendo alguna de las películas favoritas de tu sobrino mientras comemos pizza y helado —contesté.

—En serio, hermanita, ese no es un plan de sábado por la noche, por mucho que te empeñes en decirnos que sí —Jack volteó los ojos—. ¿Desde cuándo no tienes una cita?

—Sabes perfectamente desde cuándo, y no voy a tener citas.

—Cariño, no puedes pasarte el resto de tu vida metida en casa, saliendo solo con nosotros, y sin tener citas. Por el amor de Dios, se te acabará por reconstruir solo el himen.

—Mira que eres bruta, Mia —protesté.

—Eso tiene que ser como una cueva llena de telarañas.

—En serio, vosotros dos pasáis demasiado tiempo juntos, te has vuelto igual de bruta que él —le dije a ella, mientras señalaba a mi hermano.

—Pero tiene razón, hermanita. Pareces una monja.

—¿Las monjas visten así? —Me señalé, pues llevaba unos shorts vaqueros, una camiseta y las deportivas— No —añadí—. Ellas usan hábitos y se cubren el pelo. Yo al trabajo voy con falda o pantalones de vestir.

—Es que eso es lo que nos atañe, cariño, que solo sales para ir al trabajo, a la compra, recoger a Aiden del colegio, o a cenar y tomar una copa con nosotros.

—Es lo que hay, Mia, no tengo ganas de citas.

—No tienes ganas desde hace seis años. Que, oye, lo entendemos, pero no sé, una cita al menos podrías tener.

—Jack, dime que no se te ha pasado por la cabeza organizarme una cita —miré a mi hermano, porque al igual que a Mia, lo conocía bien y de ese par podía esperarme cualquier cosa.

—No, tranquila, que no te he organizado ninguna cita, Dios me libre de hacerlo —respondió—. Pero no pienses que mañana vas a quedarte en casa, sales con nosotros —se señaló a él y después a Mia.

—Ya salimos la semana pasada —les recordé.

—Y con eso ya tienes excusa para un mes —Mia volteó los ojos—. Vamos a salir a cenar fuera, nos lo debes por habernos tenido aquí con diez niños adictos al azúcar.

—Era el cumpleaños de vuestro ahijado —arqueé la ceja.

—Y le queremos, Nicky, le amamos con todo nuestro corazón. Pero a ti también te queremos y vamos a hacer que salgas mañana de casa, aunque tenga que sacarte de los pelos y en pijama —me advirtió.

—En pijama no, que hay que ir elegantes —protestó Jack.

—Solo falta que me digas que vamos a la cena de un ministro o algo así, hermano.

—No, pero sí te voy a decir que escojas bien tu vestido, aunque sea negro.

—Solo tiene vestidos negros, y faldas y pantalones también —Mia volteó los ojos.

—Perdona, pero también tengo de color azul marino.

—Oscura, cariño, toda tu ropa es oscura.

—Mentira, en mi armario hay muchas camisas, camisetas y jerséis blancos, también algunos en beige, y lo sabes, Mia.

—Pero predomina el negro luto —se encogió de hombros.

—Me voy a casa —anunció mi hermano, y se acabó su copa de whisky antes de levantarse—. Mañana te recojo a

las ocho —se inclinó para besarme en la mejilla—. Y no acepto un no por respuesta, Nicole. Tienes que salir, sabes que es lo que Matt querría. Nos vemos mañana, Mia —le dio un beso a ella.

—Buenas noches, jefe.

Cuando nos quedamos solas, mi mejor amiga y yo, suspiré con fuerza antes de dar un sorbo a mi margarita, y dejé la copa en la mesa.

—No sé por qué os empeñáis en que salga de casa —protesté.

—Para que no te conviertas en la vieja solterona de los gatos, por eso.

—No tengo gatos —fruncí el ceño—, y sabes que me dan alergia.

—Bueno, pues la vieja solterona y gruñona del final de la calle. Por Dios, Nicky, los niños te tendrán miedo.

—Me estás pintando como una futura bruja de algún cuento —volteé los ojos.

—Acabarás siéndolo si no te relacionas con otros seres humanos.

—Me relaciono con más gente, tengo un trabajo.

—Con el que más hablas en persona es con Mike —se refirió a mi jefe—, con el resto de trabajadores de la empresa lo haces por teléfono o correo electrónico. Nicky, te quiero, pero de verdad que necesitas salir. ¿Cuántas veces te lo ha dicho tu madre?

—He perdido la cuenta —suspiré.

—Cariño, estar de duelo no es malo, pero no eternamente. Todos sabemos cuánto querías a Matt, pero incluso él querría verte salir de esta casa y divertirte.

—Me divierto cuando voy a cenar con vosotros.

—Ajá, sí, pero no quieres tener citas.

—No las necesito —negué.

—Sé que eres una mujer fuerte e independiente, pero hazme caso, que una alegría para el cuerpo no te vendría nada, pero nada mal. Y, en serio, por tener una cita con otro hombre no estás siendo desleal a Matt. ¿Crees que él habría estado todo este tiempo sin conocer a alguien? Porque yo estoy segura de que al menos habría tenido un pa de novias en estos últimos cinco años, después de un año de doloroso duelo.

—Mi madre no tuvo citas ni salió con nadie cuando perdió a mi padre —le recordé.

—Lo sé, y adoro a tu madre, pero, ¿quieres ser como ella? Y por si no lo recuerdas, tu madre tenía ya cuarenta y seis años cuando se quedó viuda. Tú eras más joven, eres más joven de lo que lo era ella.

—¿Qué tiene que ver? Aun con su edad era una mujer joven. Podría haber rehecho su vida y no lo hizo.

—No quiso hacerlo, y su elección es completamente respetable, pero incluso ella se niega a que sigas sus pasos, Nicky.

—Mañana iré a cenar con vosotros, tomaré una copa, y me vendré a casa. Así que espero que, por vuestro bien, no se trate de una encerrona y me hayáis organizado una cita a ciegas.

—Palabra de niña buena que no es el caso —sonrió al tiempo que levantaba la mano.

—¿Niña buena, tú? Por Dios, Mia, Lucifer se está frotando las manos sabiendo que algún día serás parte de su rebaño —volteé los ojos.

—Qué manera más sutil de llamarme demonio.

—Es que tú, de buena, tienes poco. Eres un tanto traviesa —sonreí.

—Ah, pero solo con quien yo quiero serlo —me hizo un guiño—. Tú ya me entiendes…

Reí, al igual que ella, y tras acabarnos nuestras margaritas, se despidió quedando en verme al día siguiente.

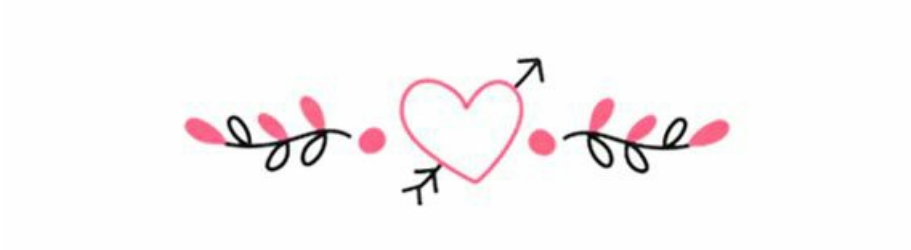
Quería a mi hermano y a mi mejor amiga, de verdad que sí, pero cuando se compinchaban para hacerme salir de casa y dejar la tranquilidad y la calma que me ofrecía mi hijo, por una noche de cena y copas con ellos, simplemente deseaba haber sido hija única y no tener amigas.

Pasé por la habitación de Aiden como cada noche antes de ir a la mía, comprobé que estaba dormido, le di un beso en la frente y fui a meterme en la cama.

Como ocurría cada año en esa fecha, me abracé a la almohada mientras lloraba pensando en Matt. Aún le quería y me costaba no sentir el dolor de su ausencia, pero sabía que mi familia tenía razón, a él no le gustaría verme metida en casa sin salir apenas, querría que viviera mi vida.

Me sequé las lágrimas, toqué el anillo de nuevo tras colocarme bocarriba y mirando al techo, recordando los mejores momentos que compartí con él durante aquellos dos años, y cerré los ojos hasta que finalmente, y como de costumbre cada noche, me quedé dormida.

Capítulo 3



Noté una pequeña manita acariciándome la cara y acabé sonriendo. Si había algo que a Aiden le gustaba, era subirse a mi cama los fines de semana para despertarme.

—Buenos días, mami —dijo cuando abrí los ojos.

—Buenos días, cariño —me dio un beso en la punta de la nariz y sonrió.

—La abuela ha preparado tortitas para desayunar.

—¿Y qué sábado no las prepara? —Volteé los ojos.

—Es verdad —se tapó la boca con la mano mientras reía—. ¿Nos quedamos un ratito más en tu cama?

—¿Y las tortitas?

—No se van a ir de casa, y la abuela no se las come todas.

—Bueno, cinco minutos y nos levantamos, ¿de acuerdo?

—Vale —se acomodó a mi lado y lo abracé, momento en el que él comenzó a jugar con mi pelo como cuando era aún un bebé de un año, que se dormía así—. Mami, cuéntame otra vez cómo conociste a mi papi.

—Yo cruzaba la calle corriendo porque llegaba tarde para coger el autobús, una moto se acercaba a mí muy deprisa, pero no la vi, iba pendiente del autobús, de que no se fuera y cuando la moto estuvo a punto de pillarme, tu papá me cogió por la cintura alzándome al aire y llevándome hacia atrás, motivo por el que ambos caímos al suelo. Al final perdí el autobús, y tu papi se ofreció a llevarme, no sin antes darme una buena regañina por haber cruzado ajena a lo que me rodeaba —suspiré recordando aquel momento.

—Y por eso tú siempre me dices que tengo que cruzar de la mano de un adulto después de asegurarnos que podemos hacerlo.

—Eso es —le besé en la frente.

—¿Mi papi me quería?

—Mucho, mi vida —le acaricié la barbilla—. Desde el momento en el que supo que estabas en mi barriguita, te quiso con locura.

—Yo también le quiero, aunque no esté aquí.

—Eso está muy bien, cariño. Y ahora, vamos a desayunar antes de que… —pero no me dio tiempo a acabar la frase, cuando ya se estaba abriendo la puerta de la habitación y mi madre se asomaba por ella, poniendo ambos brazos en jarras.

—Sabía que te encontraría aquí, pequeño granujilla —dijo al ver a Aiden conmigo en la cama.

—Vine a despertar a mi mami.

—Eso ya lo veo —suspiró—. Venga, arriba los dos que se enfrían las tortitas —dijo dando una palmada.

Aiden se levantó y salió corriendo de la habitación para a ir a la cocina, mientras a mí se me hacía un poquito cuesta arriba dado que era el día siguiente al peor de cada año.

—Hija…

—Estoy bien, mamá —sonreí.

—Esos ojos no me dicen los mismo. ¿Cuánto has dormido?

—Sabes que justo las noches como la de ayer, son las que menos duermo.

—Ay, mi niña —me acarició la mejilla—. Yo también lo echo de menos, ese muchacho se hizo querer y fue como un hijo para mí. Pero ya sabes lo que te digo siempre.

—Lo mismo que Jack y Mia —suspiré.

—¿Anoche se fueron muy tarde?

—No, poco después de que acostara a Aiden.

—¿Y?

—¿Qué? —Fruncí el ceño mientras salía al pasillo para ir a la cocina.

—¿Vas a salir esta noche con ellos?

—Ah, que tú lo sabías.

—Claro, me quedo con el niño —sonrió.

—Pues sí, mamá, saldré a cenar con ellos y a tomar una copa donde sea que me lleven.

—Cariño, que no eres un bolso —rio.

—Como si lo fuera, me llevan donde quieren. Con lo bien que estoy en casa con mi niño.

—Sabes que no quiero que sigas mis pasos. Eres joven, Nicole, y te mereces vivir lo que sea que la vida te tenga preparado, cariño. Matt no querría verte así.

—Pero no está, mamá, Matt no está porque aquella noche un conductor se quedó dormido al volante y lo mató.

—Hija…

—Lo siento —suspiré antes de entrar en la cocina—. No quería ser tan brusca.

—Anda, ve a tomarte el café, que se nota que aún no eres persona —sonrió.

Cuando entramos en la cocina vimos a Aiden sentado en uno de los taburetes haciendo si habitual torre de tortitas y cuando acabó de colocar la última cogió el bote de sirope y, literalmente, las bañó con él.

—¿Quieres mami? —preguntó cuando me senté a su lado y cogí un par de tortitas.

—Si has dejado algo —reí.

—Sí, todavía queda. Toma.

Cogí el bote de sirope y puse un poco en mis tortitas mientras Aiden añadía plátano troceado y frutos rojos a las suyas. Mi madre me sirvió el café y se sentó con nosotros para desayunar.

Aquella era la casa donde se mudaron mis padres cuando mi hermano Jack tenía un año, y estaba llena de recuerdos para todos.

Como los desayunos de los fines de semana, en los que los sábados fueron declarados día oficial para las tortitas

con sirope y fruta.

Jack se independizó cuando tenía veintiséis años y yo dieciocho, él llevaba trabajando como vendedor en un concesionario de coches desde los veinte, cuando comenzó a trabajar mientras cursaba la carrera de empresariales para ganar algo de dinero e ir ahorrando, dado que, al faltar nuestro padre, desde que él tenía dieciséis, dijo que aquello era lo mejor pues con el sueldo de maestra de mi madre y su pensión de viudedad no quería que fuéramos muy justos.

Se compró un apartamento cerca de las playas de Malibú, y cuando su jefe tuvo que cerrar el negocio, decidió montar su propio concesionario de coches de lujo cuando tenía treinta años. Ahora, ocho años después de aquella decisión, ya tenía el apartamento completamente pagado.

Yo también podría haberme buscado un pequeño apartamento para Aiden y para mí, pero el pequeño estaba encantado con el jardín de la casa y no quería privarlo de seguir disfrutando de él.

Por no hablar de mi madre, que era un pilar importante para nosotros y de gran ayuda mientras yo tenía que trabajar.

Llevaba cinco años como asesora de marketing en una empresa dedica a la creación aplicaciones digitales, y además tenía a varios *community managers* a mi cargo, por lo que contaba con un buen sueldo que me permitía ahorrar y ayudar en la casa.

Después del desayuno Aiden fue al salón a ver sus dibujos favoritos y después de ponerme ropa cómoda, mi madre y yo limpiamos la casa.

La casa tenía tres dormitorios y un cuarto un poco más pequeño que el resto que yo utilizaba como despacho, un cuarto de baño en el dormitorio de mi madre, otro en el pasillo que usábamos Aiden y yo, el salón comedor, la cocina y un aseo.

Era todo en una planta y entre las dos la dejábamos lista en apenas una hora.

Cuando acabamos regresamos a la cocina para preparar la comida, Aiden quería los famosos espaguetis con albóndigas que tanto le gustaban y nosotras, que no podíamos decirle que no, le acabamos dando el capricho.

Mi hermano me escribió para recordarme que pasaba a recogerme a las ocho para ir a cenar, y a punto estuve de decirle que no, pero lo conocía, al igual que a Mia, y sabía que eran capaces de venir a sacarme de la casa a la fuerza.

Después de comer me eché un rato con Aiden en mi cama, me gustaba abrazarlo y retener en mi mente todos y cada uno de los momentos que pudiera disfrutar a su lado, puesto que llegaría el día en el que mi niño se convertiría en hombre, iría a la universidad, conocería al gran amor de su vida, se casaría y formaría su propia

familia.

No podía evitar llorar mientras lo veía dormir, se parecía tanto a su padre, y era difícil no extrañar a Matt u olvidarme de él.

Era tan injusto que hubiéramos tenido tan poco tiempo juntos, que ni siquiera pudiese ver a su hijo nacer. Si tan solo aquella noche nos hubiésemos quedado en la celebración de su empresa unos minutos más, tal vez seguiría vivo.

Le di a mi pequeño un beso en la frente y cuando lo abracé, se acurrucó aún más entre mis brazos.

Ojalá mi hermano tuviera razón y Matt, desde donde estuviera, se sintiera orgulloso de mí y de cómo estaba criando a nuestro mayor tesoro.

familia.

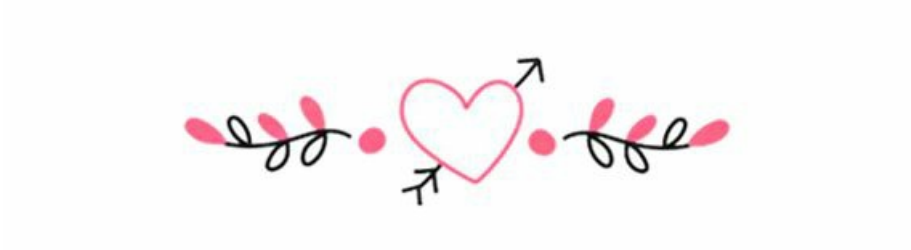
No podía evitar llorar mientras lo veía dormir, se parecía tanto a su padre, y era difícil no extrañar a Matt u olvidarme de él.

Era tan injusto que hubiéramos tenido tan poco tiempo juntos, que ni siquiera pudiese ver a su hijo nacer. Si tan solo aquella noche nos hubiésemos quedado en la celebración de su empresa unos minutos más, tal vez seguiría vivo.

Le di a mi pequeño un beso en la frente y cuando lo abracé, se acurrucó aún más entre mis brazos.

Ojalá mi hermano tuviera razón y Matt, desde donde estuviera, se sintiera orgulloso de mí y de cómo estaba criando a nuestro mayor tesoro.

Capítulo 4



Había tardado quince minutos en ducharme y aplicarme crema hidratante corporal, diez en secarme el pelo y dejarlo liso, otros diez en maquillarme y solo cinco en vestirme.

Un vestido negro con los zapatos de tacón del mismo color, y estaba lista para cuando llegase mi hermano, a quie esperaba en cinco minutos.

—Mami, qué guapa te has puesto —dijo Aiden, al verme entrar en el salón—. ¿Vas a salir con el tío Jack y la tía Mia?

—Sí cariño, y tú te vas a portar bien con la abuela, ¿verdad? —le di un beso en la frente.

—Siempre me porto bien.

—Eso es verdad, no he conocido un niño más bueno que tú —sonreí.

—Vas preciosa, hija.

—¿En serio? No sé, igual debería ponerme uno de los vestidos de manga corta…

—Cariño, ese es perfecto.

Era de tirantes anchos, no muy escotado y me llegaba por debajo de las rodillas.

En ese momento sonó el timbre y supe que era Jack, me despedí de mi hijo y de mi madre y cuando abrí, mi hermano sonrió al verme.

—Ya venía con la idea de sacarte de casa a la fuerza —dijo inclinándose para darme un beso en la mejilla.

—¿Dónde vas con el traje? —pregunté frunciendo el ceño mientas cerraba la puerta.

—Ya te dije que donde vamos esta noche, no se puede entrar en pijama.

—¿En vaqueros tampoco? Al final voy a pensar seriamente en que sí me llevas a la cena de algún político —resoplé cuando abrió la puerta de su coche para que me acomodara.

—Hermanita, vivimos en Los Ángeles, cualquier sitio al que acudas un sábado por la noche, es un lugar al que ir vestido como si fueras a una cena de gala —contestó haciéndome un guiño y cerrando la puerta.

—¿Y por qué no llevas corbata? —pregunté cuando se acomodó en su asiento.

—Porque no es necesario llevarla si no quieres.

—Bueno, ¿y dónde cenamos?

—En *Clayton's* —dijo poniendo el coche en marcha.

—Estás de broma —lo miré con los ojos muy abiertos.

—No bromeo, no. Mia ya estará allí esperándonos.

—Pero, Jack, *Clayton's* tiene una lista de espera como de mil años para hacer una reserva.

—Un año, quizás, seis meses, probablemente, pero no mil años —sonrió.

—¿Cómo has conseguido una reserva allí?

—El dueño se compró un coche nuevo la semana pasada, quedó encantado con el servicio que le dimos y le pregunté si había posibilidad de tener una reserva en su restaurante, me aseguró que tendría una esta noche.

—Mira que Mike tiene contactos en toda la ciudad, pero lo tuyo es otro nivel —volteé los ojos.

—Hermanita, uno debe tener conocidos en todas partes, nunca se sabe cuándo se necesitará un favor.

—Eso siempre lo decía papá —sonreí al recordarlo.

El resto del camino hasta el restaurante más exclusivo de todo Los Ángeles, ubicado en la zona de *Manhattan Beach*, lo hicimos hablando de cómo nos iba a cada uno en el trabajo. Lo bueno era que uno de los *community managers* que tenía a mi cargo en la empresa se encargaba de llevar las redes del concesionario de mi hermano, y siempre estaba al tanto de algunas de las novedades antes de que me hablara de ellas.

Llegamos al restaurante y uno de los empleados se acercó a abrirme la puerta, al tiempo que otro abría la de Jack para hacerse cargo del coche y aparcarlo.

En el momento en el que entramos, vimos a Mia sentada en la barra tomando una copa de vino.

Llevaba un vestido en color blanco, entallado y por encima de las rodillas, al igual que el mío también era de tirante ancho, pero el suyo era con escote de esos en forma de “V” que llegaba hasta la parte baja de los senos.

—Ah, ya estáis aquí —sonrió, extendió el brazo para rodearme con él por los hombros y darme un beso en la mejilla—. Qué guapa estás, deberías salir más, te sienta genial. ¿Has visto qué cutis tienes?

—Por Dios, Mia —sonreí volteando los ojos.

—Venga, una copita de vino antes de sentarnos —dijo llamando al camarero.

Pidió un par de copas del mismo vino blanco que estaba tomando ella, y nos hizo brindar.

—Por una noche, maravillosa —sonrió acercando su copa a las nuestras.

Di un sorbo y eché un vistazo al restaurante. Se notaba que era de lo más lujoso y exclusivo, con paredes en mármol gris, suelos negros y todo el mobiliario blanco con mantelería negra.

En cada mesa había un centro con orquídeas de diferentes colores que resaltaban. Los camareros y camareras llevaban un traje negro con chaleco y corbata blancos, a juego con el entorno.

Después de tomarnos el vino uno de los camareros nos llevó hasta la mesa que teníamos reservada, Jack le pidió una botella del mismo vino que estábamos tomando y nos dejó las cartas.

Todo lo que leía me sonaba delicioso, finalmente acabamos decantándonos los tres por unas tostas de queso y langostinos con cebolla caramelizada como entrante, una brocheta de tomates Cherry y tacos de salmón con mozzarella de primero, y unos solomillos de carne con salsa de yogur y mango que habíamos visto en la mesa de al lado y tenía muy buena pinta.

No tardaron mucho en traer las tostas y mientras las comíamos, vi que se acercaba a nuestra mesa el mismísimo Clayton, dueño del restaurante.

—Jack, me alegra verte de nuevo —dijo dando una leve palmada en el hombro a mi hermano.

—Gracias a que nos hiciste un hueco —respondió él con una sonrisa.

—Te veo muy bien acompañado esta noche. A Mia la conozco —sonrió—, pero, ¿quién esta hermosa mujer?

—Nicole, mi hermana pequeña.

—Ella es la guapa de la familia, ¿verdad? —dijo arqueando la ceja, y no pude evitar reír.

—Me parezco a nuestra madre, él a nuestro padre —respondí.

—Entonces seguro que vuestra madre también es una mujer hermosa. ¿Está todo a vuestro a gusto? —se interesó.

—Acabamos de empezar, pero estas tostas están buenísimas —contestó Mia.

—Me alegra saberlo, a veces me cuesta crear algo con lo que sorprender a mis comensales. Ahora estoy dando vueltas a una idea, fusionar comida asiática con cualquier otra de la gastronomía de algún rincón del mundo. Veremos qué puede salir de ahí.

—Seguro que algo delicioso —sonreí.

—Os dejo seguir disfrutando de la cena. Estáis invitados a una botella de champán.

—Gracias —respondimos los tres al unísono y le vimos marchar.

—Un detalle por su parte —dijo Mia.

—Con lo que va a costarnos la cena, no era para menos —murmuré.

—Mujer, siempre podemos ofrecernos para pagar en especias.

—Mia, no voy a acostarme con nadie por una cena —reí.

—Nicky, yo me refería a fregar los platos, incluso los suelos de todo el salón —volteó los ojos y reímos los tres.

La verdad es que salir con ellos era como un bálsamo de aire fresco a mi rutina, por mucho que me gustara estar con mi hijo en casa viendo una de sus películas favoritas y comienzo pizza.

Antes del accidente solíamos hacer esto una vez cada dos semanas. Matt y yo quedábamos con mi hermano y Mia para cenar y tomar una copa, pero después…

El primer año fue duro para mí, estos últimos cinco salía más, pero como ya había dicho, lo hacía prácticamente obligada.

Continuamos cenando y disfrutando de todos esos manjares que habíamos pedido, y a la hora de decantarnos por uno de todos esos postres pedimos tres para probarlos todos.

Mia pidió el *coulant* de chocolate con una bola de helado de vainilla, Jack la tarta de queso y frambuesa con nata y sirope y yo, una tarta de galletas crujientes rellena de nata y acompañada de nueces.

Todo estaba buenísimo, para qué íbamos a mentirnos. Tal como nos lo acabamos el camarero nos trajo la botella de champán con tres copas que Clayton había dicho que corría de su cuenta y nos la tomamos entre risas y recordando alguna de las trastadas que Mia y yo hicimos durante nuestra adolescencia, provocando a mi hermano Jack más de un quebradero de cabeza.

Él pidió la cuenta y no nos dejó sacar ni un dólar a nosotras, dijo que nos invitaba y que, a la próxima, pagáramos una de nosotras y así teníamos excusa para que yo volviera a salir de casa.

—Desde luego, qué empeño tenéis en que salga, de verdad —resoplé mientras nos levantábamos.

—Y tú, qué manía con querer quedarte en casa. Tienes treinta años, Nicky, no cien —Mia volteó los ojos.

—Bueno, ¿listas para seguir con nuestra noche maravillosas, señoritas? —preguntó Jack, mientras nos pasaba un brazo por los hombros a cada una.

—Yo sí, pero tu hermana, tiene toda la cara de querer irse ya a casa.

—Pues va a ser que no, que todavía queda mucha noche por delante.

Salimos del restaurante, uno de los empleados trajo el coche de Jack y, tras abrirnos las puertas a Mia y a mí, subimos los tres para ir hacia la siguiente parada de la noche, esa que, por más que pregunté dónde era, ninguno de los dos me dio una respuesta.

En el camino aproveché para escribir a mi madre y preguntar si Aiden ya se había dormido, a lo que me respondió que sí.

Tenía una suerte inmensa de contar con mi madre, porque sí, aunque me encantaba quedarme en casa con mi hijo, y lo prefería a pasar la noche fuera, esos ratos que pasaba con mi hermano y mi mejor amiga me daban la vida también.

Y como siempre, me dejé llevar donde fuera que ellos habían decidido ir a tomar una última copa.

Mia pidió el *coulant* de chocolate con una bola de helado de vainilla, Jack la tarta de queso y frambuesa con nata y sirope y yo, una tarta de galletas crujientes rellena de nata y acompañada de nueces.

Todo estaba buenísimo, para qué íbamos a mentirnos. Tal como nos lo acabamos el camarero nos trajo la botella de champán con tres copas que Clayton había dicho que corría de su cuenta y nos la tomamos entre risas y recordando alguna de las trastadas que Mia y yo hicimos durante nuestra adolescencia, provocando a mi hermano Jack más de un quebradero de cabeza.

Él pidió la cuenta y no nos dejó sacar ni un dólar a nosotras, dijo que nos invitaba y que, a la próxima, pagáramos una de nosotras y así teníamos excusa para que yo volviera a salir de casa.

—Desde luego, qué empeño tenéis en que salga, de verdad —resoplé mientras nos levantábamos.

—Y tú, qué manía con querer quedarte en casa. Tienes treinta años, Nicky, no cien —Mia volteó los ojos.

—Bueno, ¿listas para seguir con nuestra noche maravillosas, señoritas? —preguntó Jack, mientras nos pasaba un brazo por los hombros a cada una.

—Yo sí, pero tu hermana, tiene toda la cara de querer irse ya a casa.

—Pues va a ser que no, que todavía queda mucha noche por delante.

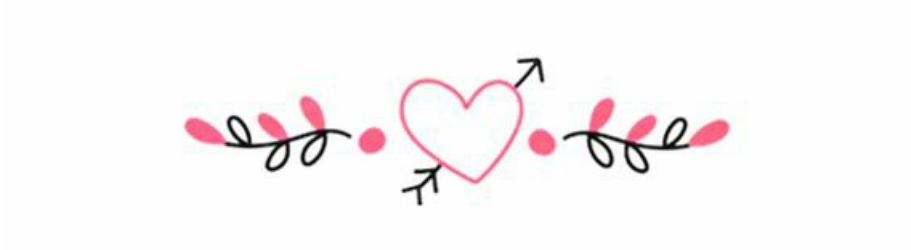
Salimos del restaurante, uno de los empleados trajo el coche de Jack y, tras abrirnos las puertas a Mia y a mí, subimos los tres para ir hacia la siguiente parada de la noche, esa que, por más que pregunté dónde era, ninguno de los dos me dio una respuesta.

En el camino aproveché para escribir a mi madre y preguntar si Aiden ya se había dormido, a lo que me respondió que sí.

Tenía una suerte inmensa de contar con mi madre, porque sí, aunque me encantaba quedarme en casa con mi hijo, y lo prefería a pasar la noche fuera, esos ratos que pasaba con mi hermano y mi mejor amiga me daban la vida también.

Y como siempre, me dejé llevar donde fuera que ellos habían decidido ir a tomar una última copa.

Capítulo 5



No fuimos muy lejos de donde estaba el restaurante, y cuando vi que Jack esperaba en lo que a todas luces era la puerta de garaje, fruncí el ceño.

Estábamos ante un edificio de unas cuatro plantas, con fachada negra y algunos cristales tintados que debían ser amplios ventanales. Sobre la puerta había un letrero con el nombre, *"Fénix"*, en letras negras sobre un fondo de luces blancas, y al lado el icónico pájaro alado que resurgió de sus cenizas.

No había nadie haciendo cola para entrar, y eso me llamó la atención. Pero más lo hizo el hecho de que mi hermano sacara una tarjeta del bolsillo interior de su chaqueta y la pasara por un lector, para que segundos después la puerta se abriera.

—¿Por qué tienes acceso a este garaje? —pregunté cuando entramos.

—Porque soy socio del local —contestó sonriendo mientras conducía hasta una plaza en la que aparcó.

—¿No se puede entrar si no eres socio? Digo, como no he visto a nadie esperando en la puerta.

—Se puede, claro que se puede, pero los socios tenemos ciertos privilegios.

—Madre mía, Jack, qué misterio, por favor. ¿No será esto una especie de secta, o algo así?

—Sí, cariño —dijo Mia, cuando bajamos del coche—. Y tú eres la ofrenda que hacemos nosotros como sacrificio a ver si nos ascienden de nivel.

—¿Qué? —fruncí el ceño, porque la jodida lo había dicho tan seria, que hasta me lo iba a creer.

—Que es broma, Nicky —sonrió dándome un beso—. Tranquila que este lugar es de lo más normal.

Caminamos hasta el ascensor y, una vez frente a la puerta, mi hermano volvió a pasar la tarjeta por el lector para que se abriera, entramos y pulsó el botón de la primera planta.

La verdad que el interior del ascensor era de lo más elegante. La pared del fondo era de espejo, mientras que las de ambos lados eran de madera negra y con los pasamanos para poder agarrarse en plata. El suelo era de mármol negro y podía ver nuestro reflejo en él.

Cuando el sonido del timbre del ascensor avisó que habíamos llegado y se abrieron las puertas, me llegó una suave melodía desde algún lugar del edificio. No tardé en comprobar mientras caminábamos por aquellos pasillos de paredes en madera negra y suelos de mármol, que provenía de la sala a la que nos dirigíamos.

Al igual que en el pasillo, la amplia sala que tenía delante contaba con paredes de madera negra y suelos de mármol tan brillante y reluciente que también veía el reflejo, a pesar de que la luz era tenue, lo que daba una agradable sensación de calma y tranquilidad.

La barra donde había tres camareros sirviendo copas estaba hecha de mármol negro y espejos en la parte baja, y la parte de arriba en madera, como las paredes.

Tras ella había algunos espejos colocados de manera aleatoria, y varias vitrinas con botellas, copas y vasos de todas las clases. Y al igual que en la parte exterior, un fénix negro de unos treinta centímetros de alto se veía en el centro de la pared, sobre uno de los espejos.

Había varias mesas con sofás de terciopelo negro en forma de semicírculo, y otras con elegantes sillones, también negros. En la barra había colocados varios taburetes altos, algunos de ellos ocupados por grupos de hombres o parejas, al igual que las mesas, y otros libres.

Y ahí nos llevó Jack, hasta la zona libre de la barra para que nos sentáramos.

—¿Qué tomáis? —preguntó apoyando en codo en la barra al tiempo que llamaba a uno de los camareros, cuyos uniformes eran completamente negros.

—Yo, quiero un gin tonic —contestó Mia.

—Yo, un San Francisco, pero sin alcohol —dije, ya me conocían de sobra y no se molestaban en protestar.

,
Si salía a cenar con ellos y tomaba vino, no volvía a probar más alcohol en toda la noche.

Cuando se acercó el camarero, mi hermano le pidió las bebidas y yo volví a echar un vistazo alrededor de la sala.

Los hombres todos llevaban traje oscuro, la única nota de color, en alguno de ellos que no en todos, era su camisa que, o bien llevaba de color blanco, o en un azul muy clarito. Las mujeres por el contrario sí que llevaban elegantes vestidos de diferentes colores. Podía contar con los dedos de una mano cuántos eran negros, como el mío, y me sobraba uno.

La música sonaba a un volumen perfecto para poder disfrutar de ella y al mismo tiempo de la conversación con quien estuvieras hablando, y me gustaba, era una especie de *blues*, si no me fallaba el oído.

El camarero regresó con las bebidas y mi hermano chocó su vaso de whisky con nuestras copas.

—¿Cómo es que eres socio de este lugar? —pregunté tras dar un sorbo a mi San Francisco.

—¿Te acuerdas de John, mi amigo del instituto?

—¿Ese que era dos años mayor que tú y había repetido un curso? Nunca perdiste el contacto con él, por lo que sé.

—Exacto. Pues el negocio es suyo —sonrió.

—Lo tiene muy elegante todo, un poco sobrio, tal vez, sin más color que el negro…

—Mira quién habla, la que no se quita el luto ni para dormir —dijo Mia, volteando los ojos.

—No exageres, sabes que el negro para vestir siempre me gustó, combina con todo —le reproché.

—Sí, sí, pero antes tenías más colores en el armario.

—Estábamos hablando del local —dije, y volví a mirar a mi hermano—. Creí que John había estudiado medicina, como su padre.

—Oh, sí, empezó la carrera, y la terminó. Pero se dio cuenta de que no era lo suyo y no llegó a ejercer nunca, aunque sigue conservando los conocimientos aprendidos durante aquellos años —sonrió.

—¿Y decidió abrir este sitio?

—No, primero puso un pub, se hizo con algo de dinero durante unos años, y tras hablar con un cliente se decidió a cambiar de negocio. Este lo abrió hace cuatro años, y le va mucho mejor que antes.

—Hombre, no hay duda que es un sitio elegante, con clase, y no cualquiera puede entrar. Por las botellas que hay en esas vitrinas, menos de cien dólares no te piden por una copa de su mejor whisky —intuí, y mi hermano sonrió al tiempo que negaba—. ¿Y todos los socios tenéis tarjeta para acceder?

—Ajá. Y podemos traer a quien queramos.

—Deja que adivine, ella no es la primera vez que viene, ¿a qué no? —Señalé a Mia.

—No —respondieron ambos con una sonrisilla.

—Pero no eres socia.

—No lo soy, y no me hace falta. Solo he venido algunas veces para acompañarlo. Cuando tú te quedas en casa y yo no tengo otro plan, básicamente.

—Bueno, yo no veo que sea un pub de copas muy diferente a otros que hemos ido. Es decir, este es mucho más elegante que otros, no hay duda, se nota que es para una selecta clientela y además se ve tranquilo, con un ambiente relajado.

—Sí hay algo que lo diferencia de otros, cariño —me dijo Mia con una sonrisa.

—Lo de que es una secta quedó descartado —contesté—, así que, ¿qué es lo que lo diferencia de otros?

—Mi buen amigo Jack —escuché la voz masculina que llegaba de mi izquierda y al mirar, vi un hombre alto, en traje negro, con el cabello oscuro y unos brillantes ojos grises que sonreía mientras se acercaba.

—John —mi hermano dejó su copa en la barra y ambos se dieron un afectuoso abrazo, con palmada en la espalda incluida.

—Me alegra verte, amigo. Mia, como siempre, un placer —le dijo a ella, al tiempo que se inclinaba para darle un par de besos—. ¿Y tú eres? —Miró hacia mí.

—Nicole, hermana de Jack —respondí, y él arqueó la ceja mirando a mi hermano, como a cámara lenta.

—Está bromeando —le dijo a él—. ¿En serio has traído a tu hermana?

—Sí.

—Vaya, ¿cómo la has convencido?

—¿Convencerme? —Fruncí el ceño— Me han traído sin saber dónde venía.

—¿Así que no te han hablado de mi negocio, pequeña? —me preguntó, y negué.

—No. Ahora mismo estábamos hablando sobre qué es eso que hace a tu negocio distinto a otros pubs de copas. Pero no me han contestado, pues has aparecido tú.

—No sé si estarás lista para escuchar esa respuesta, créeme.

—Y, ¿por qué no?

—Bueno, digamos que no es solo un pub de copas más, este es un poco más… exclusivo.

—Eso ya lo veo, se nota en el ambiente.

John miró a mi hermano y a Mia, y yo me quedé allí observándolos a los tres, esperando que alguno de ellos, el que fuera, dijera algo más sobre esa exclusividad de la que el amigo de Jack hablaba.

—Se lo decís vosotros, o lo hago yo —dijo John.

—¿Decirme qué? —insistí, porque me estaban poniendo hasta nerviosa.

—Nicky, lo que diferencia este pub de otros a los que has ido, es que aquí si le gustas a alguien puede invitarte a una copa y, de ahí, a una sala más íntima. O si a ti te gusta alguien, también puedes hacerlo.

—Ah, bueno, pero como en otros —resoplé—. Te invita a una copa, vas a una mesa de uno de los reservados a tomarla y habláis.

—Hermanita, las salas íntimas de aquí no son como esas mesas que pueden parecer reservados —dijo señalando hacia la zona de mesas que tenían sofás con forma de medio círculo.

—¿Podéis hablar en un idioma que os entienda? El extraterrestre todavía no lo domino —volteé los ojos.

—Si le gustas, o te gusta alguien, podéis empezar por tomar una copa, charlar, y si ambos queréis —Mia se quedó callada unos instantes y miró a mi hermano y a John.

—¿Qué, Mia? Si ambos queremos, ¿qué?

—Podéis ir a una sala para intimar —contestó, y, o no me enteraba, o no se explicaba.

—¿Intimar?

—Sexo, pequeña —respondió John, y lo miré notando que me faltaba el aire, no podía respirar.

—Bueno, digamos que no es solo un pub de copas más, este es un poco más… exclusivo.

—Eso ya lo veo, se nota en el ambiente.

John miró a mi hermano y a Mia, y yo me quedé allí observándolos a los tres, esperando que alguno de ellos, el que fuera, dijera algo más sobre esa exclusividad de la que el amigo de Jack hablaba.

—Se lo decís vosotros, o lo hago yo —dijo John.

—¿Decirme qué? —insistí, porque me estaban poniendo hasta nerviosa.

—Nicky, lo que diferencia este pub de otros a los que has ido, es que aquí si le gustas a alguien puede invitarte a una copa y, de ahí, a una sala más íntima. O si a ti te gusta alguien, también puedes hacerlo.

—Ah, bueno, pero como en otros —resoplé—. Te invita a una copa, vas a una mesa de uno de los reservados a tomarla y habláis.

—Hermanita, las salas íntimas de aquí no son como esas mesas que pueden parecer reservados —dijo señalando hacia la zona de mesas que tenían sofás con forma de medio círculo.

—¿Podéis hablar en un idioma que os entienda? El extraterrestre todavía no lo domino —volteé los ojos.

—Si le gustas, o te gusta alguien, podéis empezar por tomar una copa, charlar, y si ambos queréis —Mia se quedó callada unos instantes y miró a mi hermano y a John.

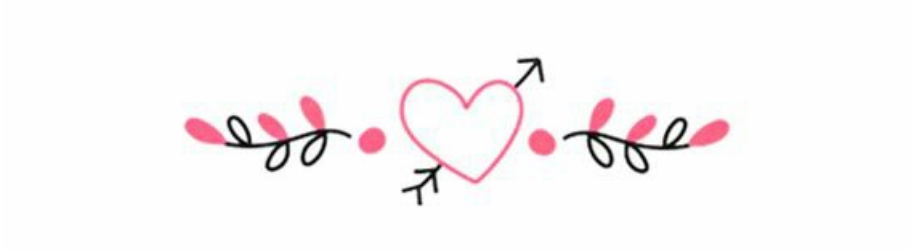
—¿Qué, Mia? Si ambos queremos, ¿qué?

—Podéis ir a una sala para intimar —contestó, y, o no me enteraba, o no se explicaba.

—¿Intimar?

—Sexo, pequeña —respondió John, y lo miré notando que me faltaba el aire, no podía respirar.

Capítulo 6



En shock, así me había quedado al escuchar a John.

Cogí mi copa y me la bebí de un trago para pasar el nudo que tenía en ese momento en la garganta. Casi que habría preferido que tuviera algo de alcohol porque sí, lo necesitaba.

—Nicky —Mia me llamó en apenas un susurro, pero yo seguí mirando la copa vacía que sostenía con la mano en la barra.

No me podía creer que mi hermano y mi mejor amiga me hubieran llevado a un local de sexo, porque sí, eso era.

—Nicole.

—¿En qué momento pensaste que esto era buena idea, Jack? —pregunté, sin apartar la mirada de la copa, en un tono calmado, la verdad, para cómo me sentía en ese instante.

—Solo hemos venido a tomar una copa, hermanita.

—¿Sabes qué pasa, hermanito? —dije con cierto retintín al llamarlo así, mirándolo al fin— Que el hecho de que vosotros dos insistáis tanto en que tenga citas, en que me relacione con otros seres humanos del sexo opuesto a poder ser, y que tenga sexo con esas personas, es lo que me hace pensar que sí, que me habéis traído aquí precisamente para que me acueste con alguien.

—No, Nicky, no es así —contestó Mia—. Nosotros solo…

—No quiero escucharlo —me puse en pie y cogí mi bolso de mano—. ¿Puede alguno de vosotros decirme dónde está el cuarto de baño?

—Te acompaño.

—No, Mia, voy sola. Tengo treinta años, todavía puedo hacer cosas por mí misma, sin que nadie me diga cómo.

—Al final de ese pasillo lo tienes, pequeña —me indicó John señalando hacia la derecha, donde vi un pasillo, y asentí a modo de agradecimiento.

Caminé mientras sentía unas ganas de gritar a mi hermano y a mi mejor amiga por llevarme a ese lugar, que me controlé bastante hasta que llegué al cuarto de baño.

Hasta ese lugar se veía elegante, con tonos negros y plateados por donde fuera que mirase.

Me encerré en uno de los cubículos, cogí aire lo fui soltando muy despacio.

En serio, no sabía en qué pensaban para creer que yo me sentiría a gusto en un lugar así.

Escuché que se abría la puerta y me quedé en silencio, hasta que escuché la voz de Mia.

—Nicky, ¿podemos hablar?

—¿Qué parte de, que quería estar sola, ha sido la que no has entendido, Mia? —resoplé.

—Vamos, cariño, ábreme —dio un par de golpecitos en la puerta.

—Vete.

—Abre, o te juro que me asomo por ahí arriba.

—Vete —insistí.

Y después de unos segundos de silencio, escuché un leve ruido y no tardé en oír su voz, esta vez mientras la muy loca se asomaba por encima de la puerta.

—Hola.

—Por Dios —volteé los ojos al verla.

—No es la postura más cómoda del mundo, pero en peores me he visto —dijo con medio cuerpo colgado por la puerta.

—No quiero oírlo, Mia, en serio, tu vida sexual no es asunto mío.

—A ver, no te enfades. Si hemos pensado en traerte aquí es porque es un lugar tranquilo, sin aglomeraciones ni música ensordecedora, donde podemos disfrutar de una copa y un poco de charla sin tener que hablarnos a chillidos. ¿Tú has oído eso de que dos no follan si uno no quiere? Pues aquí ese lema se lleva a rajatabla.

—Madre mía —apoyé el codo en mi rodilla y me froté la sien.

—En serio, Nicky, si se te acerca un tío le puedes decir, sin compromiso ninguno, que no estás interesada en una noche de sexo. Nadie aquí se va a molestar por eso, créeme. Puedes tomarte una copa y tener una conversación de adultos tranquila y relajadamente. No van a intentar bajarte las bragas cinco minutos después de presentarse, como en algunas discotecas —rio.

—Es que sigo sin saber por qué os pareció una brillante idea traerme aquí.

—Jack y yo solo queríamos que tuvieras conversaciones con otros adultos, cariño. Sabemos que adoras a Aiden, nosotros también, pero necesitas un poco de tiempo para ti, Nicky.

—Esto no os lo voy a perdonar, me habéis traído aquí engañada. Tú sabes por qué no tengo citas.

—Sí, sé que es porque aún piensas en Matt, pero te lo hemos dicho todos cientos de veces. Él no querría ver que no sigues adelante con tu vida.

—No es solo eso, Mia —suspiré.

—También sé el otro motivo, e, insisto, no eres más tonta porque no has hecho un curso —resopló—. Eres preciosa, Nicky, toda tú.

—No me avergüenzo de Aiden.

—¡Oh, por Dios! Y no pienso eso, cariño.

—Es solo que…

—Mira, Nicky, no serás la primera, y tampoco la última que tenga una cicatriz por una cesárea.

—Lo sé, pero el único hombre que me ha visto desnuda en toda mi vida, fue Matt. Y ahora… —suspiré y la miré —. Por Dios, Mia, baja de ahí que te puedes caer.

—Solo si me prometes que vas a salir.

—¿Tengo otra opción? —protesté— No tengo el poder de teletransportarme, porque si fuera así, te aseguro que ya lo habría hecho —me puse en pie y ella bajó de la puerta, momento en el que abrí para salir.

—Venga, ¿nos tomamos otra copa? —propuso mientras me pasaba el brazo por los hombros.

—Pero que tenga alcohol, porque esto es muy fuerte para digerirlo sin él —suspiré.

Regresé con Mia a la zona de bar y allí encontré a mi hermano hablando con John, que sonrió cuando me vio acercarme.

—¿Estás bien, pequeña? —preguntó pasando la mano por mi espalda.

—Un San Francisco, esta vez con alcohol, por favor —le pedí al camarero, que asintió.

—No lo estás —rio John a mi lado, sin dejar de frotar mi espalda.

—Nicole…

—Jack, no me hables en este momento —le pedí levantando la mano sin mirarlo.

—A ver, deja que te aclare algunas cosas, pequeña —dijo John, haciendo que me girara para quedar frente a él—. Si no quieres ir con alguien a una sala, con decir no, es suficiente, puedes creerme.

—Eso ya me lo ha dicho ella.

—Yo te lo hago válido, que para eso soy el dueño del local —hizo un guiño.

—Señorita, su copa —dijo el camarero, dejándola en la barra.

Me giré para cogerla y di un buen sorbo bebiéndome casi todo de una sola vez. Volví a dejar la copa allí, la miré unos segundos, suspiré y miré a mi hermano y Mia.

—Más vale que no se os ocurra dejarme sola esta noche —les advertí.

—Prometido —respondieron al unísono, mientras levantaban la mano.

—John —nos giramos al escuchar que alguien lo llamaba, y tuve que tragar con fuerza al ver a uno de los dos hombres que se habían acercado a nosotros.

Era alto, vestía completamente de negro, tenía el cabello castaño y unos penetrantes ojos azules que resaltaban en aquel rostro duro y serio.

Me quedé enganchada a ellos durante unos segundos, hasta que él se debió sentir observado y, sin siquiera girar la cabeza, solo moviendo los ojos, me miró.

Aparté la mirada rápidamente mientras notaba cómo me sonrojaba. Se veía guapo, eso no iba ni, a negarlo, ni

mucho menos a discutírselo a nadie. Pero que con esa seriedad que había visto en su rostro, no podría decir que no fuera un hombre al que la gente pudiera temer.

—Alan, un placer verte de nuevo por aquí —dijo John, estrechándole la mano—. Y a ti también, Brian —se dirigió al otro hombre, también alto, con traje negro, camisa blanca, de cabello moreno y ojos marrones que le acompañaba.

—Hemos estado algo ocupados —contestó el moreno.

—¿No nos presentas? —de nuevo la voz del que ahora podía identificar como Alan.

—Claro. Él es Jack, dueño de un concesionario de coches de lujo y amigo mío desde el instituto, ella es Mia, amiga de él y de su hermana Nicole —me señaló, y volví a mirar a los dos hombres, pero toda mi atención fue captada por los ojos azules de Alan.

Estaba allí de pie, con ambas manos en los bolsillos, observándome detenidamente y recorriendo mi cuerpo de tal modo, que noté un escalofrió.

Ese hombre tenía algo que hacía que me pusiera nerviosa, mucho, a decir verdad. Me coloqué un mechón de cabello tras la oreja mientras apartaba de nuevo la mirada, evitando que se diera cuenta de lo que provocaba en mí, y cuando lo miré de reojo un segundo después, lo vi sonreír como si fuera un lobo a punto de cazar una pequeña conejita indefensa.

Y sí, yo era la maldita conejita en ese momento.

—Encantado de conoceros —dijo Alan, sin apartar la mirada de mí, hasta que se centró en mi hermano—. Así que, tienes un concesionario.

—Sí, uno de los mejores, y no es porque yo lo diga —sonrió Jack.

—Si me dices dónde está, pasaré la próxima semana por allí, estaba pensando en cambiar de coche.

—Eso está hecho, Mia y yo estaremos encantado de atenderte.

—Ah, que sois pareja —dijo Brian, quien no había dejado de mirar a mi mejor amiga en ningún momento.

—Oh, no, no —rio ella—. Solo soy su secretaria, pero la mejor que podría haber encontrado, si lugar a dudas.

—En ese caso, ¿me permites invitarte a una copa?

—Yo… —Mia me miró, y por cómo la vi mirando a Brian, que era totalmente su tipo de hombre, acabé

suspirando mientras me encogía de hombros y asentía para que supiera que no me importaba que se fuera con él—Será un placer tomarme una copa contigo, Brian —contestó con una sonrisa.

El moreno pidió dos copas de champán y cuando el camarero se las sirvió, ambos se fueron hacia una de las mesa del fondo. Mi hermano me miró con una sonrisa y no tardó en acercarse a mí.

—Nos hemos quedado solos, hermanita.

—Solos no, hombre, que no soy invisible —dijo John volteando los ojos y haciéndome sonreír—. Os invito a una copa —me miró a sabiendas de que yo no estaba muy convencida, y acabé aceptando—. Alan, tú también estás invitado.

—Gracias, John.

Los ojos azules de Alan seguían puestos en mí, lo que hacía que me pusiera sumamente nerviosa.

John pidió una copa de lo mismo que estábamos bebiendo Jack y yo, y un par de bourbon para él y Alan.

Nos quedamos allí en la barra y mientras ellos tres hablaban de coches, del negocio de John y de la empresa de arquitectura que tenía Alan, yo seguía un tanto nerviosa.

Eché un vistazo rápido a la mesa en la que estaba Mia con Brian, y se les veía cómodos. Hablaban y sonreían, pero no veía ningún indicio que me indicara que fueran a acabar yendo a una de esas salas más íntimas.

Mi hermano y John me metieron en la conversación con Alan, Jack lo hizo para decirle que yo era asesora de marketing y que la empresa en la que trabajaba era quien le llevaba todo el tema de las redes del concesionario.

—Me vendría bien la ayuda de una asesora con experiencia —dijo Alan, mirándome tras dar un sorbo a su bourbon—. Hace un par de semanas que no tengo a nadie encargándose de esos temas. ¿Podríamos concertar una cita para hablar sobre ello?

—Oh, sí, claro. Puedo asignarte a uno de nuestros mejores *community managers* —respondí.

—Bien, si me das tu número, le pediré a mi secretaria que se ponga en contacto contigo para concertar la cita.

—Por supuesto —sonreí, y lo vi sacar el móvil que no tardó en entregarme para que le guardara mi número.

Se lo devolví cuando acabé y sonrió, tecleando algo más que no vi, obviamente.

Pasamos allí el resto de la noche hablando hasta que Mia y Brian se acercaron a nosotros, no habían abandonado la mesa en ningún momento, y mi mejor amiga me pasó el brazo por los hombros para darme un beso en la

-mejilla.

Mi hermano no tardó en dar la noche por finalizada, nos despedimos de aquellos hombres y Alan quedó en volver sa ver a Jack en unos días.

—Te llamará mi secretaria para concertar esa cita —me dijo al tiempo que dejaba su mano en mi brazo e inclinándose para besarme en la mejilla, momento en el que sentí un escalofrío recorriéndome todo el cuerpo.

Asentí, y me aparté de él para unirme a mi hermano y a Mia para marcharnos. En el momento en el que subimos al ascensor solté el aire, y ninguno de los tres dijo nada.

Dejamos a Mia en casa, quedé en comer con ella el lunes y después me llevó a mí.

—Oye, hermanita —dijo cuando llegamos—. Siento no haberte dicho dónde íbamos, pero…

—Lo sé, te habría dicho que no.

—Exacto —sonrió.

—Buenas noches, hermanito —le di un beso en la mejilla y bajé del coche.

No me gustaba que me hubieran engañado, pero debía admitir que, dentro lo malo, aquel lugar era tranquilo y se podía mantener una conversación sin andar chillando para escucharnos unos a otros, tal como había dicho Mia.

Entré a ver a Aiden, que dormía plácidamente, y le di un beso de buenas noches. Fui a mi habitación, me puse el pijama y me metí en la cama.

mejilla.

Mi hermano no tardó en dar la noche por finalizada, nos despedimos de aquellos hombres y Alan quedó en volver a ver a Jack en unos días.

—Te llamará mi secretaria para concertar esa cita —me dijo al tiempo que dejaba su mano en mi brazo e inclinándose para besarme en la mejilla, momento en el que sentí un escalofrío recorriéndome todo el cuerpo.

Asentí, y me aparté de él para unirme a mi hermano y a Mia para marcharnos. En el momento en el que subimos al ascensor solté el aire, y ninguno de los tres dijo nada.

Dejamos a Mia en casa, quedé en comer con ella el lunes y después me llevó a mí.

—Oye, hermanita —dijo cuando llegamos—. Siento no haberte dicho dónde íbamos, pero…

—Lo sé, te habría dicho que no.

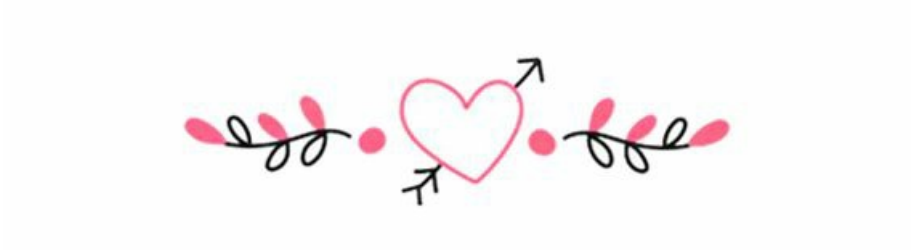
—Exacto —sonrió.

—Buenas noches, hermanito —le di un beso en la mejilla y bajé del coche.

No me gustaba que me hubieran engañado, pero debía admitir que, dentro lo malo, aquel lugar era tranquilo y se podía mantener una conversación sin andar chillando para escucharnos unos a otros, tal como había dicho Mia.

Entré a ver a Aiden, que dormía plácidamente, y le di un beso de buenas noches. Fui a mi habitación, me puse el pijama y me metí en la cama.

Capítulo 7



Cuando me desperté estaba sola en la cama, y eso sí que era raro puesto que Aiden venía todos los fines de semana a buscarme.

Tras unos minutos mirando hacia la puerta, por si llegaba en cualquier momento, y comprobar que no iba a hacerlo, me levanté y salí de mi habitación para ir a desayunar a la cocina.

Allí lo encontré disfrutando de un tazón de leche con sus cereales de colores favoritos.

—Buenos días —dije acercándome a él, que sonrió al verme.

—Buenos días, mami —me dio un beso en la mejilla y lo abracé con fuerza.

—¿Cómo es que no has ido a despertarme, cariño?

—No me ha dejado la abuela —murmuró.

—Le dije que anoche seguro que llegaste tarde y querrías dormir un poco más —dijo mi madre, mientras me ponía el café y un plato de tostadas en la encimera—. ¿Qué tal lo pasaste, hija?

—Bien, ya sabes. Cenamos, fuimos a tomar un par de copas, y Jack me trajo a casa.

—Eso está bien, hija, tienes que salir más a menudo.

—Mami.

—Dime mi vida.

—Alice me dio que hoy iría a la playa con su madre, ¿podemos ir nosotros?

—Alice, ¿tu amiguita de clase?

—Sí. ¿Podemos?

—¿Y cómo sabremos en qué playa estarán? —pregunté cogiendo la tostada para untarme un poco de mantequilla y mermelada.

—Pues llama a su mamá.

—¿Tenemos el teléfono? —miré a mi madre y asintió, no tardó en sacar la agenda del cajón y abrirla por la página donde estaba el número.

No era demasiado temprano, así que esperaba que no me mandara al infierno por llamar a esas horas. Marqué el número y tras dos tonos, respondió.

—¿Hola?

—Sí, hola, soy la mamá de Aiden….

—Ay, hola, Nicole —dijo—. Soy Gina, encantada.

—Igualmente. Lamento llamar tan temprano.

—Tranquila, para quienes tenemos hijos, sabemos que dormir hasta tarde no es una opción —rio.

—Eso es verdad —sonreí—. Verás, me ha dicho Aiden que Alice le dijo cuando estuvo en su fiesta de cumpleaños que iría a la playa contigo, y le dijo que nos uniéramos a nosotras.

—Sí, nuestros peques se llevan muy bien. Iremos a *Venice Beach*, vivimos cerca y no tenemos que desplazarnos mucho. Pasaremos el día allí las dos, y nos encantaría que vinierais.

—Vale, pues nos vemos allí.

—Hay una hamburguesería justo al lado de los aparcamientos, ¿quedamos frente a ella?

—Sí, perfecto. ¿A qué hora iréis?

—A las once estaremos por allí.

—Genial, pues nos vemos a las once.

—A Alice le va a encantar que venga Aiden. Hasta luego, Nicole.

—Adiós, Gina.

Colgué y no tardó Aiden en lanzarme sus brazos al cuello mientras me llenaba la cara de besos.

—Venga, termina de desayunar para ir a vestirte —le dije, y asintió.

Ni cinco minutos le duraron los cereales en el tazón, y en cuanto acabó su desayuno se bajó del taburete y salió acorriendo para ir a su habitación a prepararse.

—¿Conoces a Gina, mamá? —le pregunté, pues ella era quien habitualmente recogía a Aiden del colegio, y el día de su fiesta yo llegué tarde por temas de trabajo y ya estaban todos los niños en casa.

—Sí —sonrió—, es una mujer encantadora, solemos hablar de ti cuando esperamos a los niños en el colegio.

—Ah, es bueno saber que mi madre es un poquito cotilla —reí.

—No, hija, solo que muchas de las madres apenas si te conocen.

—Ya lo sé, mamá. ¿Es joven? Por la voz, me lo ha parecido.

—Tiene dos años menos que tu hermano.

—Es mayor que yo, entonces.

—Solo un poco —sonrió—. Te vendrá bien salir y a él, también, lo sabes, ¿verdad?

—Lo sé.

Y ahí zanjamos el tema, terminé de tomarme el café y fui a darme una ducha rápida, ponerme el bikini y la ropa para preparar el capazo para la playa.

En cuanto lo tuve listo, apareció mi madre por la habitación.

—¿Llevas protector solar? —preguntó.

—Sí.

—Vale. El niño está esperando en el salón, nervioso y moviéndose más que una pulga —volteó los ojos—. Como si no hubiera ido nunca a la playa, vamos. Podía haberos preparado algo para comer allí.

—Tranquila mamá, Gina me ha dicho que hay una hamburguesería, es donde hemos quedado.

—Ah, vale. Bueno, divertíos, ¿sí?

—Sí —sonreí y le di un beso.

Fui al salón y allí estaba mi hijo, de un lado para el otro dando saltitos.

—¿Ya nos vamos, mami?

—Sí, cariño. Dale un beso a la abuela —le dije, y fue corriendo hacia ella.

—Adiós, abuela.

—Adiós, mi niño, pásatelo bien.

—Sí —rio.

Salimos de casa y subimos al coche más que dispuestos a tener un gran día en la playa.

Apenas tardamos en llegar a *Venice Beach* y encontré un aparcamiento cerca de la hamburguesería de la que me había hablado la mamá de Alice.

Después de cogerlo todo, Aiden me dio la mano y fuimos hacia la entrada, pero mi hijo no tardó en soltarme la mano y salir corriendo.

—¡Aiden! —grité, al tiempo que él gritaba el nombre de su amiguita Alice, que debía ser la pequeña que corría hacia él.

Y vi a una mujer sonriendo al contemplar aquella escena, y el modo en el que ambos se abrazaron mientras reían felices.

—¿Gina? —le pregunté al llegar ambas junto a los niños.

—La misma —sonrió acercándose para darme un par de besos.

Era una mujer muy guapa, rubia y con unos bonitos ojos verdes, por no hablar de la figura que tenía. Yo estaba un poquito más rellenita que ella, y la verdad no parecía que Gina hubiese tenido un bebé, igual que yo, hacía seis años.

Alice era una versión en pequeñito de su madre, solo que, en vez de ojos verdes, los tenía marrones, supuse que heredados del padre.

—Encantada de conocerte por fin —dijo.

—Igualmente. Suelo llevar a Aiden al cole, pero lo recoge mi madre.

—No te preocupes —sonrió—. El viernes también la vi a ella cuando recogí a Alice en vuestra casa.

—Es su abuela, pero es como su segunda madre —reí.

—Es bueno que tenga otra mujer en su vida y que tú, cuentes con esa ayuda. ¿Vamos?

—Claro.

—Venga, chicos, ¿listos para ir a la playa? —les preguntó.

—¡Sí! —gritaron al unísono.

Caminamos hacia la entrada a la playa y ellos lo hacían delante de nosotras, cogidos de la mano, como si fueran un par de hermanos.

Gina me contó que de todos los amiguitos que Alice tenía en clase, con el que más había congeniado y más confianza tenía, era con Aiden.

—Creo que es porque son los únicos que no tienen padre —dijo, y aquello me pilló por sorpresa.

—¿No estás con el padre de Alice? —pregunté, poco antes de llegar al lugar en el que nos instalaríamos, y ella negó con una leve sonrisa.

Colocamos las toallas bajo una de las sombrillas que encontramos libre en la playa, y los niños no tardaron en quitarse la ropa y pedirnos que les pusiéramos protector solar para poder ir a darse un baño.

Después de ponerle un poco a ellos, nos pusimos nosotras y fuimos los cuatro al agua.

Los niños se lo pasaban bomba mientas nos salpicaban a nosotras, y es que se morían de risa de vernos girarnos y gritar al sentir el agua fresquita en la espalda.

Querían nadar y como no les dejábamos ir hacia dentro, acabamos por cogerles en brazos, hacer que flotaran en el agua mientras nosotras les sosteníamos, y ellos chillaban diciendo que estaban volando como Superman y Supergirl.

Vaya par de loquillos se habían juntado.

—Hora de ir a las toallas a secarse antes de comer, chicos —dijo Gina—, que vamos a acabar sacándoos de aquí como si fuerais dos pasas, todo arrugados.

—Vale, mami —contestó Alice, que era un amor de niña.

Y los vimos ir corriendo hacia las toallas sin parar de reír.

—Acaba con mi energía —rio.

—Aiden es igual, no para.

—Al menos son buenos, y no dan mucha guerra.

—Eso es cierto.

Nos sentamos en las toallas, y cuando ellos estuvieron un poco más secos, pidieron permiso para ir a la arena a hacer un castillo, momento en el que Gina me contó su historia.

—Me quedé viuda hace cuatro años —comenzó a hablar y suspiró—. Y no hay día que no le eche de menos. Cuando miro a Alice a los ojos, veo a su padre.

—Sé de qué hablas, yo perdí al padre de Aiden la noche que él nació.

—¡No! —Me miró con los ojos abiertos y la mano en el pecho— Nicole, cuánto lo siento.

Se me hizo un nudo en la garganta, pero le conté mi historia, acabamos las dos llorando mientras ella me frotaba la espalda a modo de consuelo.

Aprovechó que éramos las dos como una presa rota, y me habló de la muerte de su marido.

Llevaban cuatro años casados, aunque se conocían desde la universidad. Alice nació un año después de que se casaran y cuando la pequeña tenía dos años ocurrió el accidente.

Su marido venía en un vuelo privado desde Atlanta, después de un viaje de trabajo, les pilló una tormenta y el avión desapareció del radar. Las autoridades lo encontraron y pudieron rescatar los cuerpos de los pilotos, su marido y los dos empleados que los acompañaban.

—Al menos conoció a su hija —dije dándole un apretón en la mano.

—La quería mucho, era su vida —se secó las mejillas—. Me llamó, ¿sabes?

—¿Cómo?

—Mi marido, me llamó desde el avión aquella noche. Sabía que algo iba mal y que no volvería a casa. Quería despedirse de mí, y de la niña.

—Ay, Gina.

—No debería haberlo hecho, pero dijo que, si no se despedía de nosotras, no podría irse en paz, y yo no la tendría tampoco.

—Sé a qué se refería. Yo no pude despedirme de Matt. Cuando desperté, ya no estaba.

—Al menos, Alice, tiene al hermano de su padre como referente. Se desvive por ella —sonrió.

—Eso es bueno. Mi hermano también está muy presente en la vida de Aiden.

—Mami, tenemos hambre —anunció mi hijo, cuando se acercaron los dos hasta nosotras.

—Pues vamos a comer —dijo Gina.

—¿En la hamburguesería? —preguntó Alice.

—Obvio, mi niña, ¿dónde si no?

—Te van a encantar las hamburguesas que prepara Olivia, Aiden, están —la niña se llevó los dedos a los labios y les dio un beso antes de lanzarlos al aire, momento en el que su madre y yo, nos reímos al entender que estaban para chuparse los dedos.

Recogimos todo, nos vestimos, y fuimos los cuatro a la hamburguesería, que estaba llena, pero por suerte encontramos una mesa libre en la que nos sentamos los cuatro.

—Pero mira quién ha venido a verme —una mujer de unos cincuenta años, con el pelo caoba y unos ojos azules de lo más risueños, sonrió al ver a Alice.

—¡Olivia! —La niña se lanzó a sus brazos.

—Hola, preciosa. ¿Otra vez has convencido a tu mami para que te traiga?

—Sí —sonrió—. Mira, él es Aiden, mi mejor amigo del cole —señaló a mi hijo, y tanto Gina, como yo, sonreímos al escucharla.

—Hola, Aiden, pero qué guapo eres.

—Gracias.

—Gina, cuánto me alegro de verte de nuevo.

—Y yo a ti, Olivia. Ella es Nicole, la mamá de Aiden.

—Encantada de conocerte, cielo. Los amigos de Gina y Alice, siempre serán bienvenidos a mi casa. ¿Qué queréis tomar?

Pedimos refrescos sin gas para los cuatro, unas alitas de pollo para compartir, y una hamburguesa con patatas para cada uno.

Olivia tomó nota de todo y cuando se marchó para ir por los refrescos, empezó a sonar el móvil de Gina.

—Es mi cuñado —sonrió—. Voy fuera para que me escuche bien.

—Claro, tranquila, yo me quedo con los niños.

Gina asintió y fue hacia la calle para hablar tranquilamente. Los niños estaban distraídos coloreando los manteles que les había dejado Olivia con la cajita de ceras, y yo aproveché para mandarle un mensaje a mi madre y decirle que estábamos a punto de comer y que la mamá de Alice me caía genial.

Me respondió que se alegraba y cuando Gina regresó, vi que una de las camareras se acercaba con nuestra comida

Pasamos allí dos horas los cuatro comiendo y escuchando las historias que Aiden y Alice nos contaban riéndose a cada rato, pedimos helados y batidos para postre y cuando acabamos, regresamos a la playa para darnos un último baño y tomar el sol.

La verdad que Gina me caía bien, era una mujer de lo más simpática y encantadora, y se notaba que con los niños tenía buena mano y era paciente.

Cuando tocó despedirnos los niños hicieron pucheros, como si no fueran a volver a verse, pero claro, ahora que estaban de vacaciones no coincidían en el cole.

—Nada de pucheros ni tristezas, chicos —dijo Gina—. A ver, tengo una idea.

—¿Una súper idea, mami? —preguntó Alice.

—Ajá, una súper idea. Qué os parece, si Aiden viene a casa el miércoles.

—¡A la tarde de los gofres! —chilló Alice, y me tuve que reír, esa pequeña lo vivía todo con mucha intensidad.

—Si puede traerle Nicole, claro. Y nosotras tomamos café.

Miré a Aiden, que tenía sus ojitos azules brillantes y me observaba como el Gato con Botas en la película de Shreck, con un puchero.

—¿A qué hora empieza la tarde de los gofres? —curioseé, sonriendo.

—A las cinco —me dijo la niña.

—Pues nos vemos el miércoles a las cinco.

—¡Bien! —gritaron los dos y se abrazaron mientras daban saltitos.

—Te paso la dirección al móvil —dijo Gina, pues habíamos aprovechado para guardarnos el número cuando la llamé—. Nos vemos el miércoles.

—Sí, adiós. Adiós, Alice —me incliné y me dio un beso.

—Adiós, Nicole —la niña comenzó a agitar su manita con una sonrisa en los labios.

Aiden me dio la mano y nos fuimos hacia el coche, lo senté en su sillita y me dio un beso en la mejilla.

—Eres la mejor mami del mundo —me dijo.

—Y tú el mejor hijo, mi vida.

Me subí, puse el coche en marcha y regresamos a casa después de haber pasado un buen día de playa. La verdad es que me había sentado bien salir y despejarme, y había conectado tan bien con Gina, que no descartaba proponerle otro día de playa con los niños.

Cuando llegamos a casa, Aiden le contó la mar de feliz a mi madre todo, incluido lo de la tarde de gofres del miércoles, y mientras yo me daba una ducha para ponerme el pijama, ella fue a bañarlo.

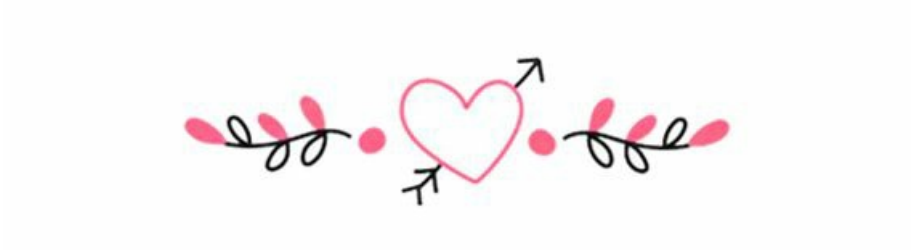
Terminé antes de que mi madre preparara a Aiden para la cena, así que hice unos sándwiches mixtos que a él le encantaban y los acompañé de unas patatas fritas.

Después de cenar se fue a la cama y cayó dormido enseguida, al igual que yo, cosa que agradecí, puesto que al día

siguiente me esperaba una nueva jornada de trabajo de lo más intensa, estaba segura.

siguiente me esperaba una nueva jornada de trabajo de lo más intensa, estaba segura.

Capítulo 8



Después de tomarme un café y un par de tostadas con mi madre, salí de casa lista para una nueva jornada de trabajo.

Como cada lunes tenía reunión con los chicos de marketing para ver cómo iban, y que me pusieran al día con respecto a las empresas de las que cada uno se encargaba.

Si bien era cierto que Mike, mi jefe, estaba más enfocado en la empresa a la creación de aplicaciones digitales, desde el momento en el que me contrató no tuvo ninguna duda en ampliar el mercado que ofertaba y añadir los servicios de *community manager* a muchos de sus clientes y a aquellas empresas que buscasen gente profesional y competente en el sector.

El edificio en el que se encontraban las oficinas estaba situado junto a una cafetería donde preparaban el mejor café con leche y canela de todo Los Ángeles, y yo me había hecho adicta a ese manjar.

Por eso, cada mañana cuando dejaba el coche en mi plaza de aparcamiento, mi primera parada era en la cafetería para hacerme con esa delicia que llevarme al despacho.

—Buenos días, Sali —saludé a la recepcionista, una simpática y sonriente joven de veinticinco años, morena y de ojos verdes, que esa mañana estaba un poquito triste, a mi parecer.

—Buenos días, Nicole.

—¿Estás bien, bonita? —fruncí el ceño, porque incluso su tono de voz no era el habitual.

—Sí, no es nada —sonrió, pero se notaba que no era real.

—A mí no me engañas, te pasa algo. Venga, cuéntame, siempre va bien desahogarse un poquito.

—El viernes llegué antes a casa de mi novio, y… —se le quebró la voz, se le humedecieron los ojos, y no me hizo falta que siguiera hablando antes de que una de esas lágrimas cayera por su mejilla.

—Lo encontraste con otra —asumí, y ella asintió al tiempo que se retiraba las lágrimas con rabia.

—No tendría que llorar, pero lo hago por la rabia que siento. Qué tonta fui, pensando que era especial para él.

—Cielo, no te martirices —me coloqué a su lado frotándole la espalda.

—¿Cómo pude creer que un cantante como él sería fiel a una chica como yo?

—No llores, Sali.

—Ni dos años ha tardado en engañarme. Qué tonta fui, qué tonta.

Estaba echa polvo, eso era evidente, así que me quedé allí con ella hasta que se calmó un poquito, me dio las gracias por haberla escuchado y soportado su llantina, y me aseguró que no iba a llorar más y mucho menos por él.

—Así se habla.

—Ya lo he bloqueado de mis redes, no quiero saber nada de él, para mí, como si no le hubiera conocido nunca. Gracias, Nicole, en serio.

—Cuando quieras, bonita —le hice un guiño y fui hacia el ascensor para subir a la quinta planta, donde estaba mi despacho.

Al salir di los buenos días en general a todos los que estaban en sus cubículos de trabajo, y entré en mi despacho.

Mientras revisaba el correo me tomé el café, respondí a algunos más urgentes y anoté en la agenda las citas confirmadas para el resto de la semana con los chicos que tenía bajo mi mando.

A las diez, como cada lunes, fui hacia la sala de reuniones para hablar con ellos y ponernos al día de todo.

Eran quince *community managers* y cada uno se encargaba de llevar cinco empresas, pero siempre estábamos recibiendo peticiones para contratar nuestros servicios, por lo que, entre ellos y yo, nos cuadrábamos para llevar tantas como nos fuera posible.

Yo llevaba tres, cuatro contando con la nuestra, pues Mike la puso en mis manos, y la semana pasada me dijo que le había pedido a Christopher, el encargado de Recursos Humanos, que echara un vistazo a los currículums que teníamos y que seleccionara a los más cualificados para que yo decidiera a quién podríamos contratar, pues estaba dispuesto a ampliar la plantilla en mi departamento.

Tras la reunión, encontré a Christopher en la puerta de mi despacho esperándome con varios de esos currículums,

y pasé la siguiente hora y media revisándolos, hasta que sonó mi móvil y vi un número que no tenía grabado en m agenda de contactos.

—¿Sí? —pregunté mientras dejaba el currículum que tenía en la mano sobre la mesa.

—Buenos días, Nicole —respondió una voz masculina al otro lado—. Soy Alan.

En ese momento, mi corazón comenzó a latir más rápido, no esperaba aquella llamada, y al principio no había reconocido su voz, la voz del hombre que me observaba en el local la otra noche.

—Oh, hola, Alan.

—¿Te pillo bien?

—Eh… sí, estaba revisando unos papeles. ¿Qué necesitas? Creí que tu secretaria se pondría en contacto conmigo.

—He preferido llamar directamente. Me gustaría hablar sobre el trabajo para llevar el marketing de mi empresa.

—Claro, sí, no hay problema. Tengo libre mañana por la tarde.

—Tiene que ser hoy por la tarde.

—Lo siento, pero…

—Hoy —insistió, y lo dijo en un tono de esos que, como el de cualquier hombre de negocios, no admitía negativas.

Eché un vistazo a la agenda, tenía una reunión programada para esa tarde, pero podía aplazarla al día siguiente puesto que con esa clienta en particular no habría ningún problema.

—No voy a poder antes de las cinco —dije.

—Perfecto. Te paso la dirección y nos vemos en mi despacho. Adiós, Nicole.

Ni tiempo me dio a despedirme, cuando ya había colgado. Qué hombre más exigente, por Dios. No me lo quería ni imaginar como cliente, seguro que me ponía más de una norma.

Suspiré, llamé a Xana, la clienta y dueña de la joyería más exclusiva de la ciudad, y quedé en pasarme por su despacho a la misma hora, pero de la tarde siguiente pues me había surgido un cambio de última hora en una de las reuniones, y como ya sabía, no hubo problema alguno.

¡Al colgar vi que tenía un mensaje de Alan con la dirección de sus oficinas, momento en el que aproveché para guardar su número entre mis contactos.

Terminé de revisar los currículums y seleccioné los mejores perfiles para el puesto antes de ir a la octava y última planta del edificio, donde se encontraba el despacho de Mike.

—Hola, Cloe —saludé a la secretaria de Mike.

—Hola, Nicole.

—¿Está el jefe?

—Sí, puedes pasar.

Asentí, fui hacia la puerta y tras dar un par de golpecitos, abrí asomando la cabeza.

—Nicole, adelante —dijo al verme.

Mike tenía cincuenta años, estaba soltero, pero no le faltaban sus aventuras, no quería formalizar nada con nadie, ya que decía que no se veía casado y con hijos, que eso no era para él.

Era rubio y tenía unos ojos marrones, casi negros, que a pesar de que podrían dar un poco de miedo, eran de lo más cálidos.

—Aquí tienes los que mejor perfil dan para ampliar plantilla de los que me ha dado Christopher —dije entregándoselos.

—Seis —me miró y asentí—. Vale, echo un vistazo y llamo a Christopher para que venga y se ponga en contacto con ellos, a ver si para final de semana los tenemos en plantilla.

—Perfecto, porque esta tarde tengo una reunión con un posible nuevo cliente, y necesitaré a alguien para darle esa cuenta.

—Cuenta con ello —asintió.

Salí del despacho de Mike, regresé al mío, y seguí trabajando en las nuevas campañas de marketing que lanzaríamos la semana siguiente de nuestra empresa, aprovechando la salida al mercado de una nueva aplicación.

A la una y media recogí mis cosas y me marché para ir a comer con Mia, quien me esperaba en el restaurante junto al concesionario de mi hermano, puesto que allí no teníamos que pagar, ya que le pasaban la factura de todas las veces que nosotras y él íbamos allí. Mia y yo para comer y desconectar del trabajo, él para cerrar algún trato

con clientes indecisos.

Entré y vi a mi mejor amiga sentada en nuestra mesa de siempre, tomando una copa de vino y comiendo uno de esos palitos de pan que tanto le gustaban.

—¿Y mi vino? —sonreí.

—Ahora mismo te lo pido, cariño —levantó la mano y no tardó en venir el camarero que la había servido—. Otra copa de vino para ella, y nos traes también una ensalada de pasta para compartir, y el pescado del día.

El camarero asintió y cuando nos quedamos solas, me dio su móvil.

—¿Qué pasa? —pregunté al ver que tenía una conversación abierta.

—Es Brian, el de la otra noche —sonrió.

—¿Y?

—Lee —señaló el móvil.

—¿Quieres que lea vuestra conversación? Mia, por Dios —reí.

—Vale, pues no la leas —me quitó el móvil—. Te la resumo yo —suspiró—. Quiere que nos veamos esta noche, me invita a cenar y tomar una copa.

—Pues muy bien. ¿Puedo preguntarte algo?

—Sé lo que me vas a preguntar, y la respuesta es no. No me quedé en aquella mesa tomando una copa con él porque tú estuvieras allí, sencillamente esa noche a los dos solo nos apeteció charlar y conocernos un poco. También te digo que se ha pasado todo el fin de semana enviándome mensajes —sonrió.

—Alan me ha llamado esta mañana.

—¿El socio de Brian?

—Sí —le conté lo que hablamos aquella noche en el local y que yo esperaba la llamada de su secretaria—. Y tengo que ir a sus oficinas esta tarde a las cinco para hablar de cómo quiere enfocar sus campañas de marketing.

—Vi cómo te miraba —sonrió.

—Ese hombre me pone nerviosa, Mia.

—Cariño, solo voy a darte un consejo, ¿sí?

—Miedo me dan tus consejos —volteé los ojos.

El camarero apareció con la ensalada y mi copa de vino, y cuando volvimos a quedarnos solas, Mia habló de nuevo.

—Si por un casual, que no lo sé, eso que vaya por delante, pero, si por un casual ese hombre te invita a cenar, dile que sí, Nicky. Ya es hora de que te des la oportunidad de vivir y conocer a alguien.

—Mia, ese hombre está acostumbrado a otra clase de relaciones, y puedes estar segura de que yo no soy su tipo.

—Eso no lo sabes, Nicky.

No respondí, pero sí que sabía de lo que hablaba. Alan estaba en un local de sexo liberal, sus relaciones con las mujeres no eran solo para tener cenas, tomar una copa y darse unos besos, de eso estaba segura.

Y yo… Bueno, yo hacía algo más de seis años que no tenía sexo con un hombre, ni con un hombre, ni con alguno de los aparatos que Mia se empeñaba en querer regalarme y yo no la dejaba.

Pasé con mi mejor amiga aquellas dos horas comiendo, charlando y tomando café hasta que fue momento de regresar a la oficina.

Quería coger algunas carpetas con las campañas que habíamos hecho para varias empresas y que Alan se hiciera una idea de cómo era nuestro trabajo.

En cuanto tuve lo necesario, fui al aparcamiento por mi coche y me dispuse a cruzar la ciudad hasta la zona de Santa Mónica, donde Alan me había indicado que se encontraban las oficinas de su estudio.

—Cariño, solo voy a darte un consejo, ¿sí?

—Miedo me dan tus consejos —volteé los ojos.

El camarero apareció con la ensalada y mi copa de vino, y cuando volvimos a quedarnos solas, Mia habló de nuevo.

—Si por un casual, que no lo sé, eso que vaya por delante, pero, si por un casual ese hombre te invita a cenar, dile que sí, Nicky. Ya es hora de que te des la oportunidad de vivir y conocer a alguien.

—Mia, ese hombre está acostumbrado a otra clase de relaciones, y puedes estar segura de que yo no soy su tipo.

—Eso no lo sabes, Nicky.

No respondí, pero sí que sabía de lo que hablaba. Alan estaba en un local de sexo liberal, sus relaciones con las mujeres no eran solo para tener cenas, tomar una copa y darse unos besos, de eso estaba segura.

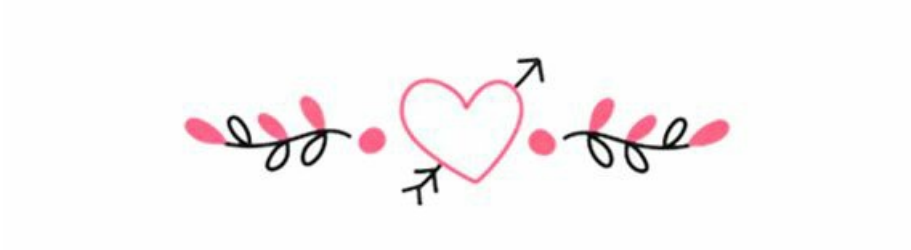
Y yo… Bueno, yo hacía algo más de seis años que no tenía sexo con un hombre, ni con un hombre, ni con alguno de los aparatos que Mia se empeñaba en querer regalarme y yo no la dejaba.

Pasé con mi mejor amiga aquellas dos horas comiendo, charlando y tomando café hasta que fue momento de regresar a la oficina.

Quería coger algunas carpetas con las campañas que habíamos hecho para varias empresas y que Alan se hiciera una idea de cómo era nuestro trabajo.

En cuanto tuve lo necesario, fui al aparcamiento por mi coche y me dispuse a cruzar la ciudad hasta la zona de Santa Mónica, donde Alan me había indicado que se encontraban las oficinas de su estudio.

Capítulo 9



Entré en el edificio y fui directa al mostrador de recepción donde me atendió un chico de mi edad, más o menos, muy simpático.

Me entregó una credencial de visitante y tras indicarme que el despacho de Alan estaba en la décima planta, fui hacia el ascensor.

Una vez dentro comprobé que ni la falda ni la camisa tenían alguna arruga, que mi pelo estaba bien y el maquillaje, también.

Al llegar a la última planta del edificio comprobé que, al igual que la recepción, las paredes eran blancas, los suelos grises y los muebles en negro.

La fachada exterior era toda de grandes ventanales de cristal que dejaban entrar la luz del sol dando una sensación de aún más amplitud a cada estancia.

Me dirigí a la chica que había en la mesa y deduje que sería la secretaria de Alan, y tras identificarme, llamo por teléfono a su jefe.

—Espere allí, en cinco minutos estará con usted —me dijo señalando los sofás y la mesa que había a modo de salita de espera junto a los ventanales.

—Gracias.

Me senté dejando el maletín a mi lado y cogí una de las revistas que había sobre la mesa. Alan salía en la portada, con el semblante serio, las manos en los bolsillos del pantalón y bastante guapo con el traje azul marino que llevaba. Decían de él, que era el arquitecto más reconocido de Estados Unidos y uno de los más galardonados al respecto.

Eché un vistazo al artículo, algo rápido en lo que no me entretuve demasiado, ya que, cinco minutos después la puerta del despacho se abrió.

Al mirar hacia ella, vi salir a una mujer elegante, esbelta, con unos generosos pechos, diría que operados, retocándose el cabello. No tardé en averiguar lo que había pasado dentro de ese despacho cuando vi una marca de pintalabios en el cuello de Alan.

Mi mirada se cruzó con la de la secretaria, se encogió de hombros a modo de disculpa y acabó negando con los labios fruncidos cuando volvió a concentrarse en su trabajo en la pantalla de ordenador.

—Un placer hacer negocios contigo, querido —le dijo la mujer a Alan, en un tono de lo más meloso, mientras pasaba una de sus largas uñas rojas por la camisa de él—. Nos vemos pronto.

La sonrisa que había estado luciendo hasta ese momento se le borró del rostro cuando giró para marcharse y me miró, algo que yo no entendí y tampoco me iba a parar a pensar.

Alan se acercó a mí, me tendió la mano y me puse en pie para estrechársela.

—Gracias por hacerme un hueco hoy —dijo mientras nuestras manos seguían unidas, mirándome fijamente.

—No me ha dejado otra opción —respondí, y él sonrió de medio lado.

—Por favor —se hizo a un lado al tiempo que me indicaba con la mano que fuera delante, y así lo hice.

Cerró la puerta cuando entró tras de mí, y me indicó que me sentara en una de las sillas frente al escritorio.

Tuve que fruncir la nariz al notar el aroma del perfume de la mujer que se había marchado, era de lo más empalagoso.

—¿Quieres un café? —preguntó.

—No, gracias, ya he tomado uno antes de venir. Si podemos empezar…

—Claro —se sentó en el sillón y no pude evitar mirar la marca de pintalabios de su cuello—. ¿Todo bien?

—Sí, sí. He traído algunos de los bocetos de las campañas que hemos hecho para muchos de nuestros clientes —dije mientras abría el maletín y sacaba las carpetas.

Las fui poniendo sobre la mesa y Alan echó un vistazo a todas mientras yo explicaba los puntos que de cada una de ellas había querido destacar, y cuando acabó de verlas todas, me interesé por lo que él quería para su estudio de arquitectura.

—Gestión de redes, principalmente. Yo no tengo tiempo para hacerme cargo, Brian no es un experto en la materia, y necesitamos a alguien que lo lleve. Solemos acudir a actos benéficos y queremos que tú, coordinada

con nuestra jefa de prensa, te encargues de que todo se lleve de manera impoluta. Hemos tenido algunos problemas con la prensa rosa, artículos en los que nos nombran a Brian y a mí, y queremos evitar que ese tipo de prensa ensucie el nombre de la empresa.

—Imagino que tipo de artículos son —volteé los ojos.

—Prensa sensacionalista que no tiene nada que ver con nosotros.

—Claro —me abstuve de decirle que podría evitar muchos de esos artículos no deseados, si no tuviera sexo en su despacho, pero no era asunto mío lo que hiciera allí—. Tengo varios candidatos para llevar su cuenta…

—Te quiero a ti —me cortó.

—No, yo no…

—Sí, Nicole, tú, sí —dijo en ese tono serio y de hombre implacable que, por el modo en el que me miraba, no aceptaba un no por respuesta.

—Mi tarifa es muy superior a la de otros de los empleados a mi cargo —mentí, pero quería que se olvidara de que yo llevara las redes de su empresa.

—Solo di una cifra mensual, y mañana tendrás el primer pago en la cuenta bancaria que le des a Vivian —respondió, mencionando a su secretaria.

—Necesitaré acceso a las redes del estudio.

—Vivian te lo dará, no hay problema. Y Gabriela se pondrá en contacto contigo para coordinaros en lo que a prensa se refiere.

—Bien, pues si hemos terminado…

—Hemos terminado —asintió.

Me puse en pie tras recoger las carpetas que habían quedado sobre su escritorio y guardarlas de nuevo en el maletín, Alan me acompañó a la puerta y tras abrirla, me giré para mirarlo sin poder morderme la lengua por más tiempo.

—Si acepta un consejo, cuando traiga a sus amigas al despacho, no olvide limpiarse bien antes de atender a la siguiente cita en su agenda —dije mirando la mancha de su cuello—, no queda bien si se quiere dar una buena imagen del estudio de arquitectura más importante y galardonado de Estados Unidos —frunció el ceño, y como parecía no entender a qué me refería, le señalé el cuello—. Buenas tardes.

Fui hacia la mesa de la secretaria, Vivian, y la vi haciendo todo tipo de muecas con los labios, tratando por todos los medios de no reír, estaba segura. Hasta que escuchamos un portazo y ambas nos miramos, momento en el que empezó a reírse flojito.

—Nicole, me declaro tu fan —murmuró—. Nadie le había hablado así. Y esa mujer —volteó los ojos—. Es insufrible, en serio. Llega aquí creyéndose la dueña de todo. Ni que Alan tuviera en mente casarse con ella —resopló—. Es un eterno soltero, no cae ante ninguna mujer, y mira que he conocido algunas que se veían ya con el anillo de diamantes en el dedo.

—No quería decirle nada, pero no he podido evitarlo —me encogí de hombros—. Me ha pedido que te dé mi número de cuenta para que me hagan mañana el pago del primer mes de trabajo, voy a llevar las redes del estudio —ella abrió los ojos ante mis palabras, como si la pillaran por sorpresa.

—Oh, vale, bien pues… —buscó en el escritorio y me entregó un papel y un boli— Anótamelo aquí, junto con tu nombre y el correo electrónico para que los de contabilidad te manden el comprobante.

—Claro —lo cogí y apunté lo que me había pedido, así como la cantidad que iba a cobrarle a Alan y que estaba muy por encima de lo que cobrábamos a otras empresas, pero si me quería a mí, y no había manera de que aceptara a otro, iba a pagar en consecuencia. Se lo entregué después—. Si puedes enviarme un e-mail con los datos, para hacer la factura, así os la envío.

—Claro, en cuanto acabe de ajustar la agenda, te lo mando.

—Perfecto, gracias.

—Espero que nos veamos más a menudo, ¿y si te aviso cuando venga la odiosa Ginger?

—No, gracias, no podría soportar volver a oler su perfume.

—¿Tampoco lo aguantas? —rio— Es súper empalagoso. A mí me dan hasta náuseas cuando entro en el despacho después de estar ella —volteó los ojos.

—Sé de lo que hablas —sonreí—. Ha sido un placer conocerte, Vivian. Adiós.

—Adiós, Nicole.

Fui al ascensor y, tras subirme en él, regresé a la planta principal, entregué las credenciales de visitante en recepción y fui a coger el coche para poner rumbo a casa.

Estaba deseando llegar, quitarme los zapatos, y tirarme en el sofá con mi pequeño a ver la televisión y comer

helado.

Pero no podía quitarme de la cabeza el modo en el que Alan me había estado mirando, ya no solo con esa seriedad y queriendo dejar claro que no aceptaría un no por respuesta en nada de lo que me pidiese, sino como si sintiera curiosidad por mí.

Cuando llegué a casa recibí un correo electrónico de Vivian con los datos de la empresa y acto seguido, otro del departamento de contabilidad con el justificante del pago que me habían hecho.

Yo no le había dicho a Alan cuánto iba a cobrarle, y supuse que al verlo Vivian se lo diría a él y me llamaría para decirme que era una cantidad desorbitada, pero al parecer, no era el caso.

A diferencia de los *community manager* que tenía a mi cargo en la empresa y que trabajaban por un sueldo más que generoso, Mike, me permitía cobrar mi propia tarifa a las empresas que solicitaban mis servicios directamente, como era el caso de esas tres que llevaba, y él me pagaba un sueldo, solo que no le cobraba a ninguna de ellas más de lo que Mike me pagaba, pero sin duda alguna, Alan era una excepción por la prepotencia que me había mostrado.

Entré en casa y Aiden vino corriendo a mis brazos, me lo comí a besos.

—La abuela ha preparado un bizcocho para merendar —dijo.

—¿En serio? Pues voy a cambiarme para comernos ese bizcocho —lo dejé de nuevo en el suelo—. Ve buscando una película para ver, cariño, que enseguida salgo.

—Vale —regresó al salón corriendo y yo fui a cambiarme.

Esos momentos con mi hijo no tenían precio, y para mí lo eran todo.

Sí, sabía que tenía que salir más con mi hermano o con Mia, conocer a otra gente, darme la oportunidad de vivir y rehacer mi vida amorosa, pero no estaba segura de estar preparada para ello, y esa era la verdad.

helado.

Pero no podía quitarme de la cabeza el modo en el que Alan me había estado mirando, ya no solo con esa seriedad y queriendo dejar claro que no aceptaría un no por respuesta en nada de lo que me pidiese, sino como si sintiera curiosidad por mí.

Cuando llegué a casa recibí un correo electrónico de Vivian con los datos de la empresa y acto seguido, otro del departamento de contabilidad con el justificante del pago que me habían hecho.

Yo no le había dicho a Alan cuánto iba a cobrarle, y supuse que al verlo Vivian se lo diría a él y me llamaría para decirme que era una cantidad desorbitada, pero al parecer, no era el caso.

A diferencia de los *community manager* que tenía a mi cargo en la empresa y que trabajaban por un sueldo más que generoso, Mike, me permitía cobrar mi propia tarifa a las empresas que solicitaban mis servicios directamente, como era el caso de esas tres que llevaba, y él me pagaba un sueldo, solo que no le cobraba a ninguna de ellas más de lo que Mike me pagaba, pero sin duda alguna, Alan era una excepción por la prepotencia que me había mostrado.

Entré en casa y Aiden vino corriendo a mis brazos, me lo comí a besos.

—La abuela ha preparado un bizcocho para merendar —dijo.

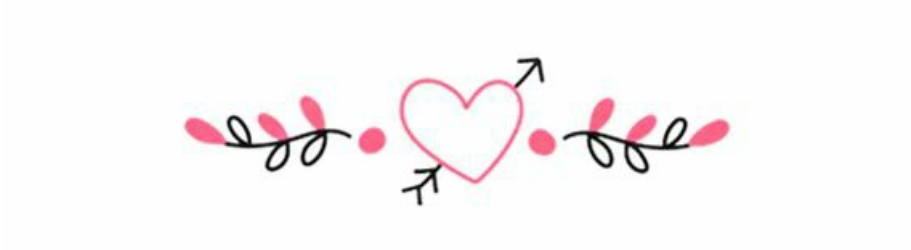
—¿En serio? Pues voy a cambiarme para comernos ese bizcocho —lo dejé de nuevo en el suelo—. Ve buscando una película para ver, cariño, que enseguida salgo.

—Vale —regresó al salón corriendo y yo fui a cambiarme.

Esos momentos con mi hijo no tenían precio, y para mí lo eran todo.

Sí, sabía que tenía que salir más con mi hermano o con Mia, conocer a otra gente, darme la oportunidad de vivir y rehacer mi vida amorosa, pero no estaba segura de estar preparada para ello, y esa era la verdad.

Capítulo 10



El martes, y esa mañana de miércoles en el trabajo, habían sido un no parar.

Mike le entregó a Christopher los currículums que había seleccionado para la ampliación de mi departamento, y durante esos días estuvimos haciendo las entrevistas, además de que me encargué de comenzar a dar una nueva imagen al estudio de arquitectura de Alan.

Roger y Ava, dos de los *community manager* a mi cargo, se encargaban de varias cuentas de grandes empresas, una de ellas era el concesionario de mi hermano, quien se presentó a media mañana en mi despacho para invitarme a un café, puesto que había quedado ellos dos para hablar de una nueva campaña de marketing para uno de modelos que saldrían en dos semanas.

Después de mi jornada de trabajo volví a casa, donde mi hijo me recibió nervioso porque esa tarde iríamos a casa de Alice, algo que por un momento se me había olvidado.

Y ahí estábamos, de camino a casa de su amiguita, cantando una de las canciones infantiles que había aprendido.

Cuando llegué a la dirección que Gina me envió por mensaje, vi que era una casa bastante grande y bonita. Tenía la fachada blanca, algunos ventanales en la planta de arriba, un jardín delantero precioso y lleno de flores, y un gran árbol del que colgaba un columpio.

—Mira, mami, tienen un columpio —me dijo Aiden, al verlo desde el coche.

—Ya lo he visto —sonreí.

Aparqué cerca de la entrada y vi que delante había un deportivo negro, por lo que tal vez Gina tenía visita.

Bajé a Aiden del coche y salió corriendo sin que yo pudiera detenerlo, y cuando llegué a la puerta, vi que esta se abría.

—Tenías que haberme esperado para llamar, Aiden.

—No he llamado, mami —contestó, y al mirar hacia la puerta, me encontré con quien menos esperaba ver en aquella casa.

—¿Nicole?

—¿Alan?

Ambos hablamos al unísono, la sorpresa de nuestras caras era más que evidente.

—¿Qué haces aquí? —preguntamos de nuevo al mismo tiempo.

Aiden me miraba sin entender, y no me extrañaba porque yo tampoco entendía nada. ¿Tal vez Gina tenía una relación con él?

—Hemos venido a la tarde de los gofres —respondió mi hijo, y Alan lo miró con la ceja arqueada—. Alice nos invitó.

—Así que conoces a Alice —dijo, y Aiden asintió.

—Vamos al mismo cole, y a la misma clase. Es mi mejor amiga.

—Pasad, están en la cocina —Alan se hizo a un lado y Aiden fue el primero en entrar.

Cuando lo hice yo, Alan nos llevó por el pasillo hasta la cocina, de donde me llegaban las risas de la pequeña.

—Tenéis visita, chicas.

—Alan, ¿no te ibas? —Gina frunció el ceño.

—Al abrir la puerta, los encontré allí.

—¡Aiden! —Alice gritó y se bajó del taburete para ir corriendo a abrazar a su amigo, y mi hijo la recibió sonriente.

—No sabía conocieras a Nicole.

—¿Y vosotros? ¿Os conocéis? —preguntó Gina.

—Sí, nos conocimos la otra noche, y es la nueva asesora de marketing de mi estudio.

—Vaya, qué pequeño puede ser el mundo —sonrió ella—. Pues Nicole es la mamá del amiguito de Alice del que

te hablaba ahora.

—¿Es tu hijo? —Frunció el ceño.

—Sí —respondí, casi a la defensiva porque no me gustaba cómo me miraba.

Aiden y Alice estaban ya sentados en los taburetes preparando la masa para los gofres junto con Gina, y Alan mir a mi hijo unos segundos.

—Me voy —dijo, y fue hacia la puerta.

—Adiós, tío Alan —escuché que se despedía Alice.

—¿Eres su tío?

—Sí, Leo, su padre, era mi hermano pequeño.

No supe qué responder, y él se fue hacia el pasillo. Cuando reaccioné, me disculpé con Gina y corrí para alcanzarlo, ya estaba en la calle, a punto de subir a su coche.

—Alan —lo llamé y me miró—. Gina no sabe…

—Tranquila, no le diré que conocí a la mamá del mejor amigo de mi sobrina en un local al que fue en busca de sexo. No soy quién para meterme donde no me llaman, si a tu marido y a ti os va bien siendo una pareja abierta, perfecto.

—No estoy casada.

—El anillo de compromiso no dice lo mismo —señaló mi mano, y me quedé mirando el anillo unos segundos, mientras lo tocaba, como siempre—. Tengo que irme, divertíos en la tarde de gofres.

Subió al coche y sin saber muy bien por qué lo hice, acabé explicando por qué llevaba el anillo.

—No llegamos a casarnos —suspiré, y vi que me miraba—. Murió la noche que nació nuestro hijo.

La cara de Alan cambió por completo, sin duda empatizando conmigo en ese momento pues él había perdido a su hermano. Salió del coche, y tuve que parpadear varias veces para no acabar llorando.

—Lo lamento. Gina me habló de Aiden y de su madre, sin darme tu nombre, pero no de…

—No pasa nada —le corté—. A mí también me contó lo que le pasó a su marido, tu hermano, pero no tu nombre

—volví a mirarlo—. Alan, la noche del local, yo no sabía dónde me habían llevado mi hermano y mi amiga, yo no voy a esos sitios.

—Y aunque hubieras ido siendo consciente de ello, no te juzgaría —dijo acariciándome la mejilla, y sentí que me estremecía—. Todos somos libres de hacer lo que queramos.

¿Nos quedamos mirando unos interminables segundos, o eso me pareció a mí, hasta que algo en mi cabeza me dijo que debía irme ya, así que me aparté de modo que pudiera volver a subir al coche.

—Será mejor que vuelva dentro.

—Sí, antes de que te dejen sin gofres —dijo haciéndome un guiño—. Por cierto, me ha gustado el boceto de lo que me has enviado para la nueva imagen de las redes.

—Me alegro.

—Te invito a cenar el viernes, quiero que hablemos de algunos puntos.

—Yo… —iba a decir que no, pero entonces recordé lo que me había dicho Mia al respecto y durante unos minutos pensé que, ¿por qué no? Tan solo sería una cena por temas de trabajo— Dime a qué hora nos vemos, dónde, y estaré allí.

—A las ocho, te recogeré en tu casa.

—No, yo puedo ir donde me digas.

—Te recogeré en tu casa —insistió—. Envíame la dirección en un mensaje.

Y subió al coche, sin duda no aceptaba un no por respuesta.

Regresé a la cocina y en la cocina seguían los niños preparando la masa de los gofres con Gina, que les iba dando las indicaciones necesarias.

—Mira mami —dijo Aiden, levantando la espumadera con la que había estado batiendo la masa.

—De esta te sale cocinero —rio Gina.

—No lo dudo —sonreí—. ¿En qué ayudo?

—Puedes ir montando la nata, está en la nevera —dijo Gina, y asentí.

Y allí pasamos la siguiente media hora, preparando la masa y la nata para los gofres, así como café para nosotras y batido de helado de chocolate para los niños.

Cuando tuvimos todo listo, Gina y Alice nos llevaron al porche del jardín trasero, al que accedimos por la puerta del salón.

—Después te enseño la casa —me dijo con una sonrisa y asentí.

Nos sentamos en la mesa y disfrutamos de aquella merienda, no sin antes de que Aiden me pidiera hacer una foto a su plato de gofres, pues todos estaban hechos con la forma de la cara de Mickey Mouse, y quería enseñárselos a mi madre, y también a mi hermano y a Mia.

Los niños estaban la mar de felices pasando la tarde juntos, y me alegraba tanto que Aiden tuviera una amiguita con quien compartir su infancia, que no podía dejar de sonreír al verlo.

Después de merendar y recoger todo, Alice cogió a Aiden de la mano y se fueron a la habitación de juegos que tenía junto al salón, momento en el que Gina me llevó a conocer la casa.

Estaba decorada con mucho gusto. Las paredes de los pasillos y el salón eran de color crema, los suelos de madera y todos los muebles en blanco.

La cocina era de un diseño bastante moderno, con muebles en rojo y negro brillantes, y una isla en el centro donde no solo podía cocinar, sino que dijo que allí solían desayunar las dos.

En esa planta baja tenía un aseo y el cuarto de lavandería y plancha, así como una biblioteca con dos sofás y el cuarto de juegos de Alice, donde ella y Aiden, estaban creando una torre de Legos.

Cuando subimos a la primera planta me enamoré del cuarto de la pequeña Alice, todo en tonos rosas y azules pastel, muebles blancos y un bonito mural pintado en la pared, con un bosque lleno hadas.

Al llegar a su dormitorio me enseñó una foto de Leo, su difunto esposo y hermano de Alan.

—Se parecen mucho —dije al verla.

—Salvo por el color de ojos —sonrió—. Los de Leo eran marrones, como puedes ver.

—Por lo demás, podrían haber pasado por mellizos.

—Así que, ¿vas a llevar el marketing de la empresa de Alan? —preguntó mientras íbamos de nuevo al pasillo para mostrarme las dos habitaciones de invitados que tenía.

—Sí, de hecho, ya le he mostrado algunas cosas.

—Ahí donde le ves, tan serio y con aspecto de enfadado algunas veces, es un hombre de gran corazón.

—No me cabe dudad —dije entrando en la primera habitación de invitados.

Gina me dijo que cuando Leo y ella compraron esa casa lo hicieron pensando en formar una familia, ambos querían tener dos hijos y una de esas habitaciones estaba destinada al hermanito o hermanita que debería haber tenido Alice.

—Bueno, aún eres joven, ¿quién sabe? Quizás todavía estés a tiempo de encontrar el amor otra vez y formar una familia.

—No sé si estoy preparada, Nicole —suspiró.

—Te entiendo —sonreí—. Mi hermano y mi mejor amiga, incluso mi madre, me dicen que debería abrirme a conocer a alguien, pero, no sé, creo que me sentiría rara. Quise mucho a Matt.

—Alan y Brian son iguales —volteó los ojos mientras me daba la taza de café que íbamos a tomarnos en la cocina —. Incluso me han dicho que debería salir alguna noche con ellos, acompañarlos al pub de un amigo suyo.

En ese momento acabé escupiendo el sorbo de café que acaba de dar.

—¿Estás bien?

—Sí, sí. Lo siento.

—¿Te has quemado? Dios, no pensé que estuviera caliente. ¿Te pongo un poco de leche fría?

—No me he quemado, tranquila, que está perfecto así.

—¿Es por lo que he dicho de salir con Alan y Brian?

—No, no, de verdad, que no pasa nada.

—Nicole, ¿dónde conociste a mi cuñado? —preguntó con la ceja arqueada.

—¿Yo? Pues…

—¿En el Fénix? —en cuanto escuché aquel nombre, abrí tanto los ojos que Gina empezó a reír— No soy tonta, sé que mi cuñado tiene una vida sexual muy activa. ¿Eres socia de ese lugar?

—No, yo no. Mi hermano, sí y él y mi mejor amiga me llevaron allí para tomar una copa, casi me da algo cuando supe a lo que se referían con ir a una sala más íntima.

—Como dice Alan, el sexo no es malo, pero no sé si yo encajaría allí.

—Te aseguro que mi amiga Mia te diría que sí, que encajarías perfectamente —reí.

—Vas a tener que presentármela, seguro que ella me sacaría de casa.

—Oh, puedes apostar a que sí, en cuanto le diga que estás en la misma situación que yo.

—¿Viuda y madre que no ha tenido sexo en años? —Arqueó la ceja.

—Exacto. Incluso nos haría ir al Fénix con ella, si fuera socia. Aunque conociéndola, es capaz de quitarle la tarjeta a mi hermano para llevarnos —reí—. Amenazó con sacarme de casa en pijama el sábado pasado.

—Pues a mí, tendría que sacarme igual —rio.

—Puedo escribirle y preguntar si tiene planes para el sábado, no vaya a ser que Brian la invite a cenar.

—Qué Brian, ¿el socio de mi cuñado?

—El mismo —sonreí.

—Desde luego, el mundo no es que sea pequeño, es que es pequeñísimo —rio.

Después de tomarnos el café, Aiden y yo nos despedimos y quedé en llamar a Gina, cuando hablase con Mia para salir el sábado.

La verdad que me alegraba de haber conocido a Gina, pues al estar en la misma situación que yo, me entendía mejor que nadie.

Cuando llegamos a casa, Aiden no paró de hablar con mi madre, contándole lo bien que lo había pasado con Alice, incluso entre ellos habían planeado que las invitásemos a merendar una tarde.

Mientras mi madre bañaba a Aiden y le ponía el pijama, preparé unos perritos calientes para la cena, esa que mi pequeño se acabó en un santiamén.

Después de cenar lo acosté y escribí a Mia antes de irme a la cama, no tardó en contestarme que, por el momento, no tenía planes para el sábado.

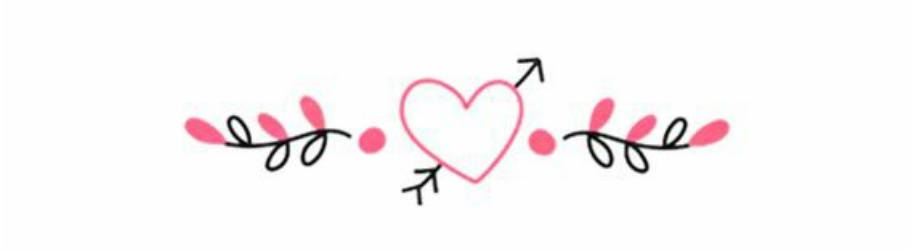
Nicole: *Pues ahora sí tienes. El sábado salimos a cenar, y seremos tres. Mañana hablamos, descansa.*

Le di las buenas noches a mi madre, al pasar por delante de su habitación y me fui a la mía, pensando que el viernes vería a Alan, y me asaltaron los nervios.

Nicole: *Pues ahora sí tienes. El sábado salimos a cenar, y seremos tres. Mañana hablamos, descansa.*

Le di las buenas noches a mi madre, al pasar por delante de su habitación y me fui a la mía, pensando que el viernes vería a Alan, y me asaltaron los nervios.

Capítulo 11



Llegó el viernes, y con él, los nervios aún más presentes ante la inminente cena con Alan.

Estaba en mi habitación terminando de arreglarme, pues no tardaría en llegar a buscarme, cuando en el reflejo del espejo de mi cómoda vi a Aiden asomado en la puerta.

—¿Qué haces ahí, cariño? —pregunté girándome mientras sonreía.

—¿Vas a salir? —Se acercó para sentarse en mi cama.

—Sí, tengo una cena de trabajo —me incliné para acariciarle.

—Estás muy guapa, mami —sonrió.

—Gracias, mi vida —le di un beso en la mejilla y fui a ponerme los pendientes.

Llevaba un vestido negro de manga corta, por debajo de las rodillas, y me había recogido el pelo en un moño bajo de lo más formal.

Estaba poniéndome los zapatos cuando sonó el timbre y fruncí el ceño, pues pensé que, si ya había llegado Alan, me avisaría con un mensaje.

—Nicole, ha llegado Alan —dijo mi madre, asomándose a la puerta.

—Vale, ahora salgo.

Mi madre asintió antes de irse.

—¿Me veo bien? —pregunté mirando a mi pequeño, y girando un poco.

—Muy guapa —se puso en pie y vino a abrazarme.

Me cogió de la mano y fuimos hasta el salón, donde escuchaba a mi madre hablando con Alan. Cuando entramos, me quedé mirando al hombre que estaba allí de pie, con el traje oscuro al igual que la corbata, y la camisa blanca.

—Mami, es el tío de Alice —dijo Aiden, haciendo que Alan se girase para mirarnos, y en el momento en el que sus ojos se encontraron con los míos, vi cómo se le oscurecían mientras recorría mi silueta con ellos.

—Sí, cariño.

—¿Tú vas a cenar con mi mami? —le preguntó.

—Así es —contestó Alan sonriendo.

—¿Vais a hablar de trabajo?

—Ajá. Tu mamá trabaja para mí.

—Pero mi mami ya tiene un jefe —frunció el ceño.

—Aiden, cariño —me agaché para mirarlo—. Mike sigue siendo mi jefe, pero, igual que trabajo con otras empresas, voy a trabajar con la de Alan.

—Ah, vale. Alan —le miró.

—Dime, campeón —se agachó al igual que yo para quedar a su altura, y mi madre y yo nos miramos.

—No traigas a mi mami muy tarde, que mañana es sábado de tortitas para el desayuno, y tengo que despertarla.

—Eso está hecho —le hizo un guiño al tiempo que le ofrecía la mano para estrechársela, y mi hijo sonrió aceptándola—. ¿Estás lista? —me preguntó.

—Sí —fuimos hacia la puerta, y mi madre y Aiden nos siguieron para despedirnos—. No te acuestes muy tarde, ¿vale, cariño? —le dije tras darle un beso.

—Vale, mami.

—Cualquier cosa…

—Te llamo —sonrió mi madre—. Vete tranquila, hija. Y diviértete por una vez en la vida —murmuró mientras me abrazaba.

Alan abrió la puerta de su deportivo para que subiera, y cuando lo hice y volvió a cerrarla, me despedí de mi

familia con la mano.
Cuando ocupó su asiento y puso el coche en marcha, lo miré.

—Tienes un futuro hombrecito ahí dentro —dijo—. Me ha mirado todo serio, como si quisiera hacerme tener miedo.

—Dios mío, perdónalo. Es la primera vez que salgo con alguien que no sea con mi hermano y Mia. O sea, esto no es una cita, pero…

—Te he entendido, preciosa —contestó mientras me cogía la mano y daba un leve apretón.

Y no me soltó, así fuimos hasta un restaurante en la zona de *Venice Beach.*

Alan aparcó frente a la puerta y ambos abrimos a la vez, cuando me vio salir arqueó la ceja, como si quisiera haberme abierto él.

—Vamos —dijo poniendo la mano en la parte baja de mi espalda, y noté un leve escalofrío.

Entramos en el restaurante y me gustó el ambiente cálido, con música de violín sonando de fondo. Todas las paredes eran en beige con algunas láminas de madera negra a modo decorativo, así como espejos y cuadros de varios monumentos de todo el mundo.

Los manteles de las mesas eran blancos y las servilletas, colocadas sobre los platos, en color negro.

Alan se identificó para la reserva y el hombre de recepción nos acompañó a la mesa, situada al fondo junto a los ventanales que ofrecían una bonita vista de la playa.

—¿Qué desean beber los señores? —preguntó un camarero, que se acercó a dejarnos la carta.

—Vino blanco, el mejor que tengan —contestó Alan.

—Enseguida, señor.

Eché un vistazo a la carta y la verdad que todo me sonaba delicioso, pero me acabé decantando por un cóctel de marisco y la carne asada.

—¿Sabes ya qué vas a pedir? — preguntó cuando cerré mi carta.

—Sí —sonreí, y como se quedó mirándome, como esperando que le dijera qué, se lo acabé diciendo.

—Buena elección. Creo que tomaré lo mismo —cerró la carta.

Cuando el camarero nos trajo el vino, Alan hizo del pedido de nuestra cena y volvimos a quedarnos solos.

—No sabía que mi sobrina iba a clase con tu hijo —dijo tras dar un sorbo a su copa.

—Bueno, no hemos hablado de otra cosa que no fuera trabajo.

—Cierto, y vamos a ponerle solución ahora. ¿Cuántos años tienes? No puedes ser mucho más mayor que Gina.

—Soy menor que ella, tengo treinta años. Tú, tienes cuarenta y cinco —le dije—, lo vi en el artículo de esa revista que tienes en la salita de espera en tu despacho.

—¿Leíste ese artículo?

—Solo eché un vistazo mientas esperaba —me encogí de hombros.

—Dijiste que no llegaste a casarte con el padre de Aiden.

—No. Habíamos decidido esperar a que tuviera unos meses para hacerlo, pero no pudo ser.

—Y desde entonces, tú…

—Si lo que quieres saber es si he tenido alguna relación, la respuesta es no. Aiden es el centro de mi vida, cuando no estoy trabajando. Salgo con Jack y Mia alguna vez a cenar, pero solo eso.

—Para Gina es igual —dijo cogiendo su copa y dando un sorbo—. Por más que le digo que a Leo no le importaría que rehiciera su vida, no sale de su coraza. Ella no trabaja, lo dejó cuando se quedó embarazada y no ha vuelto a hacerlo. Vive por y para mi sobrina.

—Cuando seas padre, entenderás que un hijo ocupa mucho tiempo.

—Desde que murió Leo, he ocupado su lugar lo mejor que he podido, pero me conformo con ser el tío Alan, nunca seré papá Alan —volteó los ojos y me eché a reír, lo que hizo que me mirara con la ceja arqueada.

—Lo siento, no quería reírme así, es que… ¿Por qué muchos hombres parecen alérgicos al compromiso y la familia?

—La cuestión es que muchos hombres no estamos hechos para eso, no que seamos alérgicos a ello.

—Señores —el camarero apareció con nuestros cócteles de marisco, que dejó ante nosotros—. Que aproveche.

—Gracias —respondimos al unísono.

Y desde ese momento, mientras cenábamos, estuvimos hablando del plan de marketing que yo había elaborado y algunos cambios que él quería que hiciera y me parecieron factibles.

La carne asada estaba deliciosa, y qué decir del postre que pedí. Unas tartaletas de masa de galleta con crema pastelera, fresas y azúcar glas por encima.

Pedimos café y después de tomarlos, me dijo de ir a tomar una copa.

—Debería irme a casa. Ya hemos hablado de trabajo —respondí mientras me ponía en pie, al igual que él.

—Solo será una copa.

Suspiré, vi que aún no eran ni las once, y acabé accediendo.

—Está bien, pero con una condición.

—Dime.

—Que no me lleves al Fénix —le advertí.

—Tranquila, no vamos allí —sonrió mientras dejaba de nuevo la mano en la parte baja de mi espalda.

Salimos del restaurante y una vez subimos al coche y lo puso en marcha, condujo por las calles de esa zona hasta entrar en lo que, sin duda, era una zona residencial.

—¿Dónde vamos?

—A mi casa —respondió, y sentí que el corazón me daba un vuelco. ¿Acababa de decir que íbamos a su casa? —. No me mires así, es el lugar más tranquilo que conozco para tomarnos una copa.

—Alan, yo…

—No sigas, Nicole —me pidió mientras daba un leve apretón en mi rodilla—. Solo déjate llevar.

Tragué para pasar el nudo que se me había formado en la garganta, dado que eso de dejarme llevar no entraba en mis planes, la verdad.

Alan paró frente una puerta de hierro forjado negro y tras pulsar un botón en el panel del coche, estas se abrieron, dejando unas preciosas vistas a lo que, a todas luces, era una casa de lujo, moderna y de lo más exclusiva.

Fachada gris, grandes ventanales, dos plantas, un camino de grava hasta la entrada de la casa bordeado de palmeras, y cuando llegamos a otra gran puerta, Alan la abrió para entrar en el garaje donde había otros dos deportivos, también negros.

Bajó de coche y vino a abrirme la puerta, puesto que yo estaba observando aquello. Me condujo hasta la puerta blanca que había en un lateral y daba acceso a la vivienda, y las luces se encendieron solas.

—Bienvenida a mi casa —dijo—. ¿Qué bebes?

—Algo que no tenga alcohol, con el vino de la cena ya he tenido suficiente —sonreí.

—Tengo refrescos, ¿cola, naranja, limón…?

—Limón está bien —sonreí.

Alan asintió y fue hacia la cocina, yo lo seguí y al verla, me enamoré de lo que tenía delante.

Paredes blancas, muebles grises y las encimeras, así como la isla, de mármol travertino negro. Los electrodomésticos, todos en acero y de primera calidad. Sin duda, una cocina de diseño.

Alan sacó un vaso de uno de los muebles, puso hielo y cogió un refresco de la nevera que sirvió, y me lo entregó.

—Gracias —sonreí.

—Ven, te enseñaré el resto de la casa.

—Voy a necesitar un mapa para no perderme —dije, y él se echó a reír.

—Tranquila, que no te vas a perder —contestó mientras me cogía de la mano, y por Dios, que noté una corriente eléctrica que me hizo estremecer por completo.

Miré a Alan y sus ojos se oscurecieron, haciéndome tragar con fuerza de nuevo.

¿Qué tenía ese hombre que me ponía tan nerviosa al mirarme?

Fachada gris, grandes ventanales, dos plantas, un camino de grava hasta la entrada de la casa bordeado de palmeras, y cuando llegamos a otra gran puerta, Alan la abrió para entrar en el garaje donde había otros dos deportivos, también negros.

Bajó de coche y vino a abrirme la puerta, puesto que yo estaba observando aquello. Me condujo hasta la puerta blanca que había en un lateral y daba acceso a la vivienda, y las luces se encendieron solas.

—Bienvenida a mi casa —dijo—. ¿Qué bebes?

—Algo que no tenga alcohol, con el vino de la cena ya he tenido suficiente —sonreí.

—Tengo refrescos, ¿cola, naranja, limón…?

—Limón está bien —sonreí.

Alan asintió y fue hacia la cocina, yo lo seguí y al verla, me enamoré de lo que tenía delante.

Paredes blancas, muebles grises y las encimeras, así como la isla, de mármol travertino negro. Los electrodomésticos, todos en acero y de primera calidad. Sin duda, una cocina de diseño.

Alan sacó un vaso de uno de los muebles, puso hielo y cogió un refresco de la nevera que sirvió, y me lo entregó.

—Gracias —sonreí.

—Ven, te enseñaré el resto de la casa.

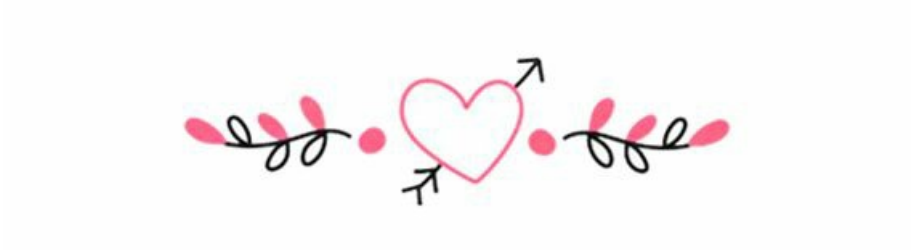
—Voy a necesitar un mapa para no perderme —dije, y él se echó a reír.

—Tranquila, que no te vas a perder —contestó mientras me cogía de la mano, y por Dios, que noté una corriente eléctrica que me hizo estremecer por completo.

Miré a Alan y sus ojos se oscurecieron, haciéndome tragar con fuerza de nuevo.

¿Qué tenía ese hombre que me ponía tan nerviosa al mirarme?

Capítulo 12



Fuimos por el pasillo hasta el salón, una estancia amplia con un sofá en forma de “L” en piel negra y una mesa de café de cristal en el centro.

Las paredes, al igual que en el pasillo, eran blancas, en contraste con el gris del mármol de los suelos, y las estanterías en color negro que formaban un mueble de lo más moderno.

En uno de los laterales tenía dos vitrinas de cristal con varios premios y galardones que le habían entregado a él como arquitecto, o a su estudio.

—Mi hijo no se levantaría del sofá si viera su película favorita en esa televisión —dije mientras señalaba la pantalla plana que había en el mueble, ya que era enorme.

—Puedes traerlo cuando quieras, solo tienes que decirme cuál es esa película para tenerla lista —contestó mientras me llevaba de nuevo hacia el pasillo.

—Mejor no —sonreí, porque no quería molestarlo en ese remanso de paz que era su casa, aunque Aiden era un niño muy tranquilo.

Llegamos a una de las habitaciones que Alan había acondicionado como despacho, tenía una mesa de arquitecto con un boceto en ella, varias estanterías con libros de arquitectura, de arte, e incluso algunas biografías. Había un mueble bar con varias botellas de whisky y burbon, y cuatro vasos.

El escritorio estaba situado delante de un ventanal que daba a un jardín trasero, y en una de las paredes el toque de color a tanta sobriedad negra y gris la daba un cuadro que representaba una de las vistas de la playa desde el muelle de Santa Mónica.

Reconocí el lugar porque había estado muchas veces allí, sentada en el muelle contemplando el mar, era mi lugar favorito para disfrutar de la soledad.

Regresamos al pasillo y caminamos hasta la siguiente habitación, un amplio gimnasio con todo tipo de máquinas.

—No le enseñes nunca esta parte de la casa a mi hermano.

—Lo tendré en cuenta —rio.

Otra habitación que había al lado del gimnasio era el cuarto de la colada y la plancha, además de que allí la mujer que se encargaba de la limpieza dos veces por semana, guardaba toallas y sábanas. También había un aseo para las visitas que era del tamaño del cuarto de baño de la habitación de mi madre, bastante amplio para ser solo un aseo.

Y subimos a la primera planta, donde tenía dos habitaciones para invitados, cada una con su propio cuarto de baño y un armario de cuatro cuerpos. Eran más como habitaciones de hotel, la verdad.

Cuando entramos en su habitación, que era como la suite de un hotel de lujo, tuve uno de esos flechazos ante la amplitud, la elegancia y el buen gusto con el que estaba decorada.

En el centro estaba la cama, de esas de tamaño extragrande en la que, así a ojo como diría mi madre, podrían dormir cuatro personas y sin rozarse. Tenía cuatro pilares, uno en cada esquina, y sostenían una tela a modo de cubierta sobre ella, como si de una carpa de jardín se tratara, recogida en ambos lados. Podía imaginarme esa tela desplegada para no despertarme con los rayos de sol que, sin lugar a dudas, a primera hora de la mañana entrarían por el amplio ventanal.

Todos los muebles eran negros, las paredes grises y los suelos de mármol blanco, lo opuesto al resto de la casa, vaya.

Había dos mesitas de noche, una a cada lado de la cama, y una cómoda junto a la puerta del cuarto de baño. Cuando entramos en él vi que tenía el mismo tamaño que mi habitación. Contaba con una ducha amplia y alargada en el fondo, una bañera redonda que hacía las veces de jacuzzi, muebles con toallas limpias, los sanitarios comunes de un baño, y un mueble con dos senos de lavabo amplios bajo un espejo.

Y lo suyo no era un armario, no, era una habitación pequeña.
Aquel vestidor estaba perfectamente colocado, camisas por colores, así como los trajes, jerséis, polos, camisetas, pantalones de todas las clases, y los zapatos.

Por no hablar de que había en una de las paredes un mueble dedicado en exclusiva a las corbatas, los gemelos y relojes. Parecía una colección, pero todo con muy bien gusto.

Allá donde fuera olía a él, a esa mezcla amaderada y tropical que me gustaba, y al pasar de nuevo por el lado de las camisas, no pude evitar respirarlo unos segundos con los ojos cerrados.

Regresamos a la planta baja y me llevó al porche al que se accedía por el salón. Tenía una mesa amplia de madera sillas y un sofá que se veía cómodo para estar allí sentado disfrutando del desayuno.

Al lado estaba la barbacoa y en el centro del jardín, una piscina rodeada de palmeras y con varias tumbonas donde tomar el sol.

—Voy por una copa, enseguida vuelvo —dijo, y asentí.

Me senté en el sofá y di un sorbo a mi refresco mientras observaba el jardín, sonreí al imaginar a la pequeña Alice correteando por allí.

Alan regresó apenas unos minutos después, se sentó a mi lado y pasó el brazo por el respaldo del sofá, de modo que podía sentirlo rozando levemente mi espalda.

—Tienes una casa muy bonita, moderna y elegante. ¿La diseñaste tú?

—Así es, igual que la de mi hermano —respondió dando un sorbo a su vaso de whisky.

—La casa de Gina también es preciosa. Y el cuarto de Alice, me enamoré al verlo —sonreí.

—Donde te he recogido, ¿es tu casa?

—No, pero sí. Es de mis padres. Cuando perdí a Matt —carraspeé—, el papá de Aiden —Alan asintió—, vendí el apartamento donde nos habíamos mudado, pagué lo que nos quedaba de hipoteca y volví a casa con mi madre. Ella me ayudó mucho durante los primeros meses con Aiden. Yo… —tragué para pasar el nudo en la garganta— No me sentía con fuerzas, pero nunca desatendí a mi hijo.

—Eso nadie lo dudaría, preciosa —dijo, y noté su mano acariciándome el brazo—. No lo tuviste fácil, y lo sé por experiencia. Gina también estuvo mal durante un tiempo, sacaba fuerzas por la niña. Contraté una mujer interna para que le echara una mano, yo iba los fines de semana para hacerles compañía.

—Jack también ha sido una parte importante estos años para mí y para Aiden. Es la figura paterna de la casa —me encogí de hombros.

Di un sorbo a mi refresco y observé el cielo en silencio. ¿Cuántas noches en esos años me había quedado en el porche de mi casa de ese modo?

Alan no dijo nada tampoco, simplemente me acariciaba el brazo de manera distraída, sentado a mi lado como si me diera mi espacio, y sonreí, porque me recordaba a Jack en algunas de esas noches.

Como por inercia, me recosté en el hombro de Alan y noté que me daba un apretón en el brazo.

Cerré los ojos y cogí aire, ese en el que su aroma venía impregnado. Y entonces me incorporé de nuevo.

—Lo siento —dije como disculpa.

—¿Por qué, preciosa?

—Por un momento he pensado que eras mi hermano —sonreí tímidamente.

—De tener un grado de parentesco contigo, preferiría que fuera de hermanastros, porque estaría feo que un hermano pensara en querer besarte —respondió sin dejar de acariciarme, esta vez, el cuello.

—¿Qué? —Lo miré con los ojos muy abiertos.

—Que llevo toda la noche queriendo besarte, Nicole.

—Alan… —tragué con fuerza al ver que se incorporaba, dejaba su vaso en la mesa y cogía el mío para hacer lo mismo.

Cuando me miró, cuando vi sus azules ojos oscurecerse como había visto otras veces, sentí que todo mi cuerpo se estremecía.

Llevó la mano a mi barbilla, la acarició con el pulgar sin apartar la vista de mis ojos y…

Sus labios se posaron en los míos en un leve y suave roce que hizo que cerrara los ojos. Sentí el calor de aquel beso con tal intensidad, que cuando Alan llevó la lengua a mis labios pidiendo en silencio que los entreabriera, acabé haciéndolo.

La acercó a la mía y la sentí suave, cálida, y me dejé llevar por ese beso que me hizo sentir viva por un momento.

Seguimos besándonos mientras las yemas de sus dedos acariciaban despacio mi nuca, mientas la mano que había tocado mi barbilla ahora estaba en mi muslo, haciendo que me erizara por completo.

La fue subiendo despacio, lentamente y por encima de la tela del vestido, pero aun así podía sentir el calor que emanaba de ella.

Dio un leve apretón en mi cintura cuando llegó hasta ella, y yo llevé la mía hasta su cuello, sosteniéndolo al igual que él me sostenía a mí.

Y perdimos la noción del tiempo mientras nos besábamos, alternando suaves toques de labios con apasionados momentos en los que su lengua se adueñaba de mi boca por completo, y algún leve mordisquito en el labio inferior.

Alan me cogió por la cintura y tras levantarme del sofá, me colocó sobre su regazo, sentada a horcajadas,

manteniendo ambas manos sobre mi cuerpo y acariciando lentamente los costados con los pulgares.

Sentí que me movía despacio sobre él, rozando mi entrepierna con la suya, esa que noté dura y palpitante y gemí de manera sutil. Mis manos estaban sobre sus hombros, y apreté con fuerza justo en el segundo en el que la dureza de Alan volvió a rozar mi zona íntima a través de la tela de su ropa y mi braguita, puesto que el vestido estaba ligeramente subido exponiendo así la piel de mis muslos.

Alna comenzó a bajar la mano por el costado, se detuvo en el muslo, lo acarició y apretó levemente, hasta que volvió a deslizarla de nuevo, esta vez, bajo la tela del vestido.

Noté su pulgar acariciando el centro de mi zona íntima, y de nuevo un gemido escapó de mis labios.

Cuando Alan retiró a un lado la tela de la braguita y deslizó el pulpar por mis pliegues, tuve que afianzar aún más el agarre sobre sus hombros.

Él también liberó un sonido casi gutural al tocarme, pues apenas unos besos ardientes y unas leves caricias habían hecho que me humedeciera y excitara de un modo que hacía tiempo no me pasaba.

No se detuvo, y yo tampoco lo hice, dejé que me tocara pues en ese momento se sentía tan bien, que quería disfrutar de lo que fuera que quisiera ofrecerme.

Y mientras rozaba con la yema del pulgar sobre mi clítoris, con la mano con la que aún me mantenía sujeta por la cintura comenzó a moverme de modo que su hombría también rozaba esa parte sensible de mi cuerpo, aumentando así la excitación a cada segundo que pasaba.

Minutos después añadió a esos juegos el dedo corazón, con el que comenzó a penetrarme lentamente al principio, hasta que mis gemidos en su boca fueron más seguidos y sonoros y aumentó el ritmo.

Me penetraba rápido sin dejar de tocarme el clítoris, y poco después sentí el orgasmo formándose en mi interior, ese que no tardé en liberar con un grito que rompía el silencio que nos rodeaba mientras dejaba caer la cabeza hacia atrás y Alan me besaba y mordisqueaba el cuello sin dejar de penetrarme y tocarme, hasta que apoyé a frente en su hombro mientras trataba de recobrar el aliento.

Alan me rodeó con ambos brazos por la cintura, atrayéndome hacia él, mientras sus labios besaban mi cuello y notaba en mi zona íntima, húmeda y excitada aún palpitante por lo que acababa de vivir, el modo en el que su miembro también palpitaba rozándome.

Cogí aire y lo solté poco a poco, miré a Alan y me volvió a besar, le dejé hacerlo y entrelacé mis dedos en su cabello, jugando con él mientras pensaba en lo que acabábamos de hacer.

—Nicole —dijo mi nombre entre besos, y nos miramos de nuevo—. Quédate esta noche, preciosa —me pidió,

mientras colocaba un mechón de cabello que se había desprendido de mi moño.

—¿Por qué quieres que me quede, Alan? —pregunté en un leve susurro.

—Porque no quiero que te vayas —respondió con una sonrisa de medio lado.

—Yo no soy como las mujeres a las que estás acostumbrado —dije, inclinando la mirada.

—No, no lo eres —contestó mientras llevaba dos dedos a mi barbilla y yo me sentí tan poca cosa en ese momento Alan me hizo mirarlo de nuevo y me besó antes de volver a hablar—. Eres mejor, Nicole, mucho mejor que ellas. Tú eres perfecta para mí.

Volvió a besarme y sentí un nudo en la garganta en ese momento.
No tardó en ponerse en pie cargándome em brazos, caminó hacia el interior de la casa sin dejar de besarme, y cuando fui consciente de que subía las escaleras, me aparté.

—Alan.

—Solo déjate llevar, Nicole —me pidió mientras me miraba fijamente a los ojos, tragué con fuerza y dejé que volviera a besarme mientras subía conmigo entre sus brazos camino de la habitación.

No debería, simplemente no debería quedarme, para empezar ni siquiera tendríamos que habernos besado. Pero Alan tenía algo que me atraía a él como un imán, uno tan potente que era imposible alejarse.

Y por alguna razón mi cuerpo entre sus manos se sentía bien, como si ese fuera el lugar en el que debía estar en ese instante.

Por lo que sí, finalmente me dejé llevar y mientras lo rodeaba con ambos brazos por sus fuertes y anchos hombros lo besé con la misma pasión e intensidad que él me ofrecía.

—Me quedo —murmuré cuando me miró—. Me quedo contigo.

mientras colocaba un mechón de cabello que se había desprendido de mi moño.

—¿Por qué quieres que me quede, Alan? —pregunté en un leve susurro.

—Porque no quiero que te vayas —respondió con una sonrisa de medio lado.

—Yo no soy como las mujeres a las que estás acostumbrado —dije, inclinando la mirada.

—No, no lo eres —contestó mientras llevaba dos dedos a mi barbilla y yo me sentí tan poca cosa en ese momento. Alan me hizo mirarlo de nuevo y me besó antes de volver a hablar—. Eres mejor, Nicole, mucho mejor que ellas. Tú eres perfecta para mí.

Volvió a besarme y sentí un nudo en la garganta en ese momento.
No tardó en ponerse en pie cargándome em brazos, caminó hacia el interior de la casa sin dejar de besarme, y cuando fui consciente de que subía las escaleras, me aparté.

—Alan.

—Solo déjate llevar, Nicole —me pidió mientras me miraba fijamente a los ojos, tragué con fuerza y dejé que volviera a besarme mientras subía conmigo entre sus brazos camino de la habitación.

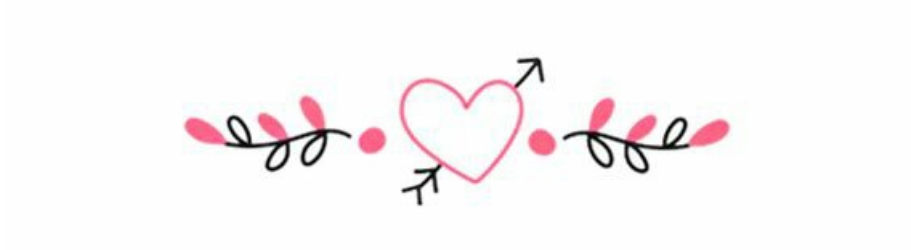
No debería, simplemente no debería quedarme, para empezar ni siquiera tendríamos que habernos besado. Pero Alan tenía algo que me atraía a él como un imán, uno tan potente que era imposible alejarse.

Y por alguna razón mi cuerpo entre sus manos se sentía bien, como si ese fuera el lugar en el que debía estar en ese instante.

Por lo que sí, finalmente me dejé llevar y mientras lo rodeaba con ambos brazos por sus fuertes y anchos hombros, lo besé con la misma pasión e intensidad que él me ofrecía.

—Me quedo —murmuré cuando me miró—. Me quedo contigo.

Capítulo 13



En el momento en el que entramos a la habitación, Alan me llevó hasta la cama y me sentó en el borde.

Se arrodilló frente a mí, y tras quitarme los zapatos, me miró con esos ojos azules que tanto me intimidaban.

Acarició mi mejilla y de nuevo colocó el mechón de pelo tras la oreja, sonriendo. Llevó la otra mano también al recogido que me había hecho y en apenas unos segundos lo deshizo, dejando la melena suelta.

—Me gusta más así —dijo acercándose para besarme.

Se puso en pie y lo vi quitarse la chaqueta y la camisa, exponiendo su torso desnudo ante mí.

Me tendió la mano, la cogí un poco temerosa por no saber lo que iba a hacer, y sin los tacones me sentí pequeña a su lado.

Alan volvió a besarme y mientras lo hacía, desabrochó la cremallera del vestido, llevó ambas manos a los hombros y comenzó a bajarlo despacio, hasta que noté que me quedaba en ropa interior delante de él.

Me observó detenidamente mientras deslizaba el dedo muy despacio por el brazo hasta alcanzar el cuello y la barbilla, en una caricia que me hizo estremecer por completo.

Acortó la distancia nuevamente entre nosotros y sentí el calor de sus labios en la estremecida piel del cuello, donde dejaba suaves y breves besos, uno tras otro, sin parar.

Desabrochó el sujetador y también me lo quitó, dejándolo caer al suelo junto al vestido.

Contempló mis pechos desnudos, los masajeó con sus manos con una delicadeza que no esperaba, y comenzó a tocar los pezones con los pulgares muy, muy despacio, pero consiguiendo que mi excitación fuera en aumento.

—Eres perfectamente preciosa, Nicole —susurró antes de dejar un beso rápido en mis labios para comenzar a besarme el cuello y bajar por el torso.

Se detuvo en uno de los pezones, lo lamió despacio y después comenzó a mover la lengua en círculos, como si dibujara el pezón, y pasó a hacer lo mismo en el otro, esta vez añadiendo un leve mordisquito que me hizo gritar.

—El dolor puede convertirse en placer, preciosa —murmuró mientras se arrodillaba de nuevo ante mí.

Fue dejando un camino de besos lentos por el vientre, y antes de que llegara al borde de mis braguitas noté sus dedos cogiendo la tela y comenzar a bajarla.

—Alan, eso no —dije en un susurro, y noté que temblaba pues justo bajo esa tela estaba la cicatriz de mi cesárea, y no, no era algo bonito de ver.

—No va a pasar nada que no quieras Nicole —contestó—, solo voy a darte placer, un placer que tu cuerpo me est pidiendo a gritos desde el primer beso que te he dado.

—No puedo, Alan, no puedo estar… desnuda —frunció el ceño al ver que apartaba sus manos de mis braguitas, y comencé a caminar por la habitación hasta que entré en el cuarto de baño.

Me sentía avergonzada, no tenía un cuerpo perfecto, no al menos al que él estaría acostumbrado a ver en otras mujeres.

Apoyé ambas manos en el mueble del lavabo, cerré lo ojos y comencé a respirar para calmarme.

—Nicole —Alana susurró mi nombre mientras me rodeaba con ambos brazos por la cintura, sobresaltándome y haciendo que me estremeciera—. ¿Por qué te avergüenzas de estar desnuda? Tienes un cuerpo precioso —dijo cuando abrí los ojos y me encontré con su mirada a través del reflejo del espejo.

—No es como el de las mujeres con las que has estado.

—Eso es cierto, el tuyo es mejor —sonrió—. Me gustan tus caderas —deslizó la mano por el costado hasta tocar una de ellas, esas caderas un poco más anchas que las de otras mujeres—. ¿Sabes que tienes un culo muy bonito también? —me dio un leve mordisquito en el hombro al tiempo que su mano acariciaba la nalga y le daba un apretón— Tus labios me vuelven loco, y esos preciosos y perfectos senos, no dejan de pedirme que los toque.

—Alan.

—Eres preciosa, Nicole, toda tú, por dentro y por fuera.

—Pero no soy perfecta, mi cuerpo no lo es.

—¿A qué le temes? —tragué con fuerza, cogí aire y llevé la mano a mi cintura.

Alan me observaba detenidamente, y cuando deslicé la tela de la braguita hacia abajo, mostrando la cicatriz, frunció el ceño. Lo tomé como eso que tantas veces temí y supe que pasaría, que no le agradaría a la vista, y volví a subirla.

Pero él me detuvo. Cubrió mi mano con la suya manteniendo la tela bajada y dejando la cicatriz a la vista. Con la otra mano me acarició el vientre y bajó hasta ella, hasta esa marca que me acompañaba desde hacía seis años.

Deslizó el dedo por ella muy despacio y sentí que me estremecía, solo yo la había tocado, nadie más.

Alan y yo nos miramos de nuevo a través de nuestro reflejo, y me besó el cuello.

á—Aiden —fue cuanto dijo, y yo asentí inclinando la cabeza para apartar la mirada—. Mírame, Nicole —me pidió pero no me atreví, sentía un nudo en la garganta—. Mírame, preciosa —lo hice y Alan sonrió, sin dejar de acariciar la cicatriz en toda su longitud—. No te avergüences delante de mí, ni, por esto, ni por nada. Eres sencillamente perfecta.

Sostuvo mi barbilla para hacer que le mirara y volvió a besarme mientas la mano que tenía en mi cicatriz comenzaba a bajar y adentrarse por la tela de la braguita. Gemí al notar sus dedos entre mis pliegues húmedos, y en el momento en el que comenzó a penetrarme, rozando con su evidente erección entre mis nalgas, no pude evita moverme para sentir mejor su dedo en mi interior.

Dejó de besarme y movió mi cabeza hasta que nuestras miradas se encontraron una vez más en el reflejo del espejo.

Me besó el cuello, dio un leve mordisquito y comenzó a penetrarme más y más rápido cada vez mientras yo me movía y él también, rozando su erección con mis nalgas.

—Córrete, Nicole —me pidió en ese tono de hombre de negocios que no admitía un no por respuesta.

Y mi cuerpo reaccionó a esa petición, liberando por segunda vez el clímax al que él me había ido llevando.

Cuando sentí aquella última oleada de placer ser liberada, Alan me quitó las braguitas, me hizo girar y tras cogerme por la cintura, me sentó en el mueble del lavabo.

Se arrodilló ante mí, me separó las piernas y tras colocar mis pies sobre sus hombros, comenzó a lamer mi zona íntima con su húmeda lengua haciéndome gemir y gritar.

No paraba, tampoco reducía el ritmo, sino que iba cada vez más y más rápido, por lo que tuve que apoyarme con una mano en el espejo, y la otra enredada en su cabello.

Cerré los ojos, dejé caer la cabeza hacia atrás y me corrí con tanta fuerza mientras él lamía y me penetraba con do

dedos, que no me reconocía a mí misma.

Creí que lo haríamos allí mismo, que Alan se bajaría el pantalón y me penetraría, pero en su lugar, volvió a cogerme en brazos haciendo que le rodeara por la cintura con mis piernas y me besó mientras me llevaba de vuelta a la habitación.

Me recostó en la cama y terminó de desnudarse ante mi mirada. Pero no se unió a mí, sino que fue hacia la cómoda y abrió uno de los cajones. Al regresar lo hizo con lo que, a todas luces era un vibrador de silicona en color negro, y un pequeño succionador de clítoris.

—No te asuste, que no duele —sonrió.

,

—Ya lo sé. Mia lleva años diciéndome que debería tener esos dos amigos en el cajón de mi mesita —volteé los ojos.

—Y puedes tenerlos, solo que… —se colocó de rodillas entre mis piernas separadas— No quiero que lo uses si no es conmigo —se inclinó para besarme y cuando se apartó, tragué para pasar el nudo en la garganta.

rAlan puso el vibrador en marcha y lo pasó despacio varias veces entre mis pliegues, haciéndome gemir mientras me mordía el labio.

Me penetró con él poco después y comenzó a moverlo, dentro y fuera, mientras me miraba a los ojos y veía el azul de los suyos tornarse más oscuro.

Cuando más arriba estaba, añadió el succionador de clítoris y con eso me llevó al borde del abismo apenas unos minutos después, haciendo que liberara el clímax mientras me agarraba con todas mis fuerzas a la cama.

Retiró ambos aparatos de mi zona y sin que me hubiese corrido por completo, me penetró con fuerza llegando a lo más hondo de mí.

Comenzamos a movernos al unísono, gimiendo y gritando, besándonos, tocándonos por todos los rincones a los que llegaban nuestras manos, y me hizo llegar de nuevo y por cuarta vez a un orgasmo tan intenso como inesperado.

Se retiró para ayudarme a colocarme de rodillas en la cama, apoyada con ambos codos en la almohada, y de nuevo y con una fuerte y poderosa embestida, me penetró colmándome por completo y haciendo que me estremeciera.

Alan me sostenía con una mano en la cadera y tenía la otra en el hombro, entrando y saliendo con fuerza, rápido y muy profundo, hasta que noté que volvía a acercarme de nuevo al orgasmo.

sY él también se acercaba a juzgar por sus movimientos, por cómo me penetraba de un modo casi frenético.

Segundos después los dos gritábamos liberando el clímax hasta caer jadeantes sobre la cama.

Sentía el cuerpo caliente de Alan sobre el mío, y el fuerte latido de su corazón casi acompasado con el mío, aretumbando en la espalda.

Me besaba el hombro y notaba mis párpados pesados, todo mi cuerpo además de mi mente en ese instante estaban aletargados, somnolientos, y Alan se dio cuenta.

Tras retirarse noté que se levantaba y escuché sus pasos por la habitación yendo al cuarto de baño, de donde regresó poco después con una toalla húmeda que pasó por mi cuerpo sudoroso, además de por mi zona íntima mientras yo seguía dejándome llevar por Morfeo a su mundo.

Me abracé a la almohada, solté un poco de aire y poco después sentí su brazo alrededor de la cintura mientras me atraía hacia él y me rodeaba con el calor de su cuerpo.

o—Buenas noches, mi preciosa Nicole —murmuró besándome el cuello.

Después de eso, todo lo que podía recordar era oscuridad.

l

o

o

Segundos después los dos gritábamos liberando el clímax hasta caer jadeantes sobre la cama.

Sentía el cuerpo caliente de Alan sobre el mío, y el fuerte latido de su corazón casi acompasado con el mío, retumbando en la espalda.

Me besaba el hombro y notaba mis párpados pesados, todo mi cuerpo además de mi mente en ese instante estaban aletargados, somnolientos, y Alan se dio cuenta.

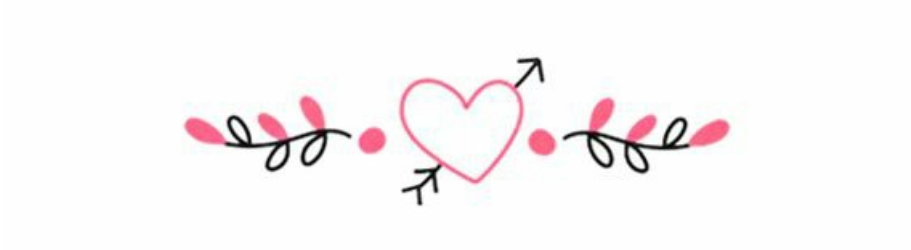
Tras retirarse noté que se levantaba y escuché sus pasos por la habitación yendo al cuarto de baño, de donde regresó poco después con una toalla húmeda que pasó por mi cuerpo sudoroso, además de por mi zona íntima mientras yo seguía dejándome llevar por Morfeo a su mundo.

Me abracé a la almohada, solté un poco de aire y poco después sentí su brazo alrededor de la cintura mientras me atraía hacia él y me rodeaba con el calor de su cuerpo.

—Buenas noches, mi preciosa Nicole —murmuró besándome el cuello.

Después de eso, todo lo que podía recordar era oscuridad.

Capítulo 14



Desperté notando un leve dolor en mi zona, y entonces recordé lo ocurrido la noche anterior.

Me incorporé en la cama cubriéndome con la sábana y comprobé que estaba sola. Miré alrededor y encontré la ropa perfectamente colocada en el sillón que había junto al ventanal, así como mi bolso.

Salí de la cama y fui hacia el sillón para sacar el móvil, donde vi que tenía un par de llamadas perdidas de mi madre, y un mensaje. Eran casi las diez de la mañana.

Mamá: *Buenos días, cariño. Intuyo que anoche lo pasaste bien con Alan, que la noche se alargó y por eso no has dormido en casa. No te preocupes por Aiden, el sábado de tortitas no lo perdona, aunque su madre no esté para desayunar. Te quiero.*

—No puede ser —murmuré mientras marcaba el número de mi madre, al mismo que buscaba mis bragas en el sillón.

—Buenos días, hija —me saludó con una sonrisilla en la voz.

—Buenos días, mamá. Ya voy para casa, ¿ok? Es que…

—No te inventes excusas. Primero, porque me vas a decir que estás en casa de Mia y… ¡Sorpresa! Sé que no has dormido allí. Y segundo, tampoco pienses en tu hermano porque llamó hace media hora. ¿Qué tal la cena?

—Mamá —suspiré.

—Vamos, cariño, que ya eres una mujer adulta. Y eso no está reñido con ser madre. Tienes que vivir tu vida, Nicole.

—No debí haberme quedado dormida, tendría que haberme ido a casa.

—Oh, eso quiere decir que la noche estuvo movidita.

—¡Mamá, por Dios! No queremos tener una conversación de sexo, de verdad que no —cerré los ojos frotándome la frente.

—No queremos, pero la has tenido. Mia se va a alegrar de escucharlo.

—Iré para casa en cuanto pida un taxi, ¿sí? Te quiero.

—Como si no vuelves, tú, tranquila.

Y me colgó, mi madre me había colgado el teléfono, no me lo podía creer.

—¿Dónde demonios están mis bragas? —grité buscando hasta por el suelo, y entonces escuché un carraspeo en la puerta.

Cerré los ojos, muerta de vergüenza porque tenía toda la zona a la vista y cuando me incorporé, cogí el vestido para cubrirme con él.

En el momento en que miré, vi a Alan usando solo un bóxer y cagando una bandeja con el desayuno.

—Buenos días. Aquí está el desayuno.

—Buenos días.

—Quería despertarte y darte una sorpresa, pero te me has adelantado —dijo mientras lo llevaba a la mesa que había al lado del ventanal, junto a dos cómodos sillones.

—¿Dónde están mis…?

—No las he encontrado —frunció el ceño—. Espera —dijo levantando el dedo y lo vi ir hacia el cuarto de baño, de donde regresó con ellas en la mano—. Me olvidé de mirar ahí. Ten.

Se las quité y me las puse, girando después para ponerme el sujetador, pero Alan me detuvo rodeándome por la cintura.

—No te vistas, preciosa —susurró en mi oído con un tono de lo más sensual, y me estremecí.

Me cogió de la mano y me llevó hasta la mesa, se sentó en uno de los sillones y me hizo sentarse sobre su regazo.

—Hay café, zumo, tostadas y croissants —dijo, y miré la bandeja.

Tenía todo, una pinta buenísima, y me lancé por el café para dar el primer sorbo.

Alan cogió una tostada, le untó mantequilla y mermelada y la acercó a mis labios para que diera un bocado, lo hice ante su atenta mirada y esa sonrisa que no parecía írsele del rostro, y después mordió él.

Así nos comimos aquella tostada, alternando un bocado mío y uno suyo, mientras bebíamos el zumo a pequeños sorbos.

Después de la tostada nos comimos un croissant, también compartido, y nos tomamos el café.

Eso sí, ninguno de los dos dijo nada, desayunamos en silencio como si aquello fuera algo normal para los dos.

Cuando acabamos, Alan me ayudó a ponerme en pie, se levantó y tras cogerme de la mano, me llevó hasta el cuarto de baño donde lo vi abrir el grifo de la ducha. Fui a protestar y decir que no iba a ducharme con él, pero en el momento en el que abrí la boca y él me miró con la ceja arqueada, como si de ese modo me retara a hablar y decirle que no, volví a cerrarla.

Alan sonrió, se inclinó para besarme y me quitó las braguitas para después despojarse de su bóxer y meternos en la ducha.

Sobraba decir que no solo me enjabonó el cuerpo, sino que me besó y acarició, que me llevó al orgasmo con sus dos manos tocándome por todas partes, penetrándome y haciéndome vibrar, y me tomó desde atrás con fuerza y sin que yo opusiera la más mínima resistencia.

Cuando ambos liberamos el clímax tras ese fugaz e intenso encuentro, volvió a cubrirme con el gel de ducha y me lavó el pelo antes de ducharse él.
Salimos y primero me secó a mí, para después secarse él.

—Tengo que irme —dije antes de volver a la habitación—. Aiden no está acostumbrado a no verme en casa.

—¿Por qué no vamos a buscarlo y os venís a pasar aquí el fin de semana? —propuso mientras me abrazaba.

—Lo siento, pero esta noche voy a salir con Mia y Gina. Lo planeamos el otro día, cuando fui a su casa.

—Quiero pasar el fin de semana contigo —se inclinó para besarme.

—Alan…

—Está bien, hoy es noche de chicas, entendido. Lo que quiere decir que me va a tocar quedarme con Alice —arqueó la ceja.

—No —reí—. Gina la va a dejar con mi madre en casa. Noche de niños.

—Así que mis tres chicas tienen plan, y yo no.

—¿Qué tres chicas? —Fruncí el ceño.

—Preciosa, tú ya eres una de mis chicas —volvió a besarme con esa ternura que a veces me mostraba—. Vamos a vestirnos, y te llevo a casa.

Eso hicimos, vestirnos como si de una pareja se tratara antes de salir de casa.

Subimos al coche y lo puso en marcha, salimos del garaje y condujo hasta la verja que ya estaba abriéndose cuando llegamos y comenzó a cerrarse cuando salimos a la calle.

Alan me llevó todo el camino hasta casa con nuestras manos entrelazadas, de vez en cuando me daba un leve apretón y otras incluso la acercaba a sus labios para besarla.

Cuando paró el coche frente a mi puerta, me miró con una sonrisa.

—Gracias por traerme —dije.

—Tendría que haberte mantenido en mi casa, llamar a Gina y pedirle un rescate.

—Qué bobo eres —reí mientras le daba un leve manotazo en el hombro.

—¿Me vas a echar de menos? —preguntó, con el brazo extendido en el asiento mientras se inclinaba sobre mí.

—Pues no creo, estaré con las chicas, hablando, riendo… —y noté su mano subiendo despacio por el muslo— Alan.

—Qué.

—Pueden vernos.

—No nos ve nadie, preciosa. Y quiero que me eches de menos esta noche.

Me besó mientras seguía subiendo la mano por el interior del muslo hasta alcanzar mi entrepierna.

Deslizó el pulgar sobre ella y gemí cuando retiró la tela de las braguitas y comenzó a penetrarme.

Estábamos frente a mi casa, a plena luz del día, expuestos a las miradas de cualquiera de los vecinos o de quien pasara por allí, y mi cuerpo parecía querer solo aquello que Alan le daba en ese instante.

Gemí de nuevo y Alan me mordisqueó el labio.

—Separa las piernas, preciosa —me pidió en un susurro, y le di lo que me pedía.

Comenzó a penetrarme más fuerte y rápido al tiempo que con el pulgar frotaba mi clítoris hasta que sentí que me iba a correr. Me agarré con fuerza a la manilla de la puerta, y Alan me llevó a un orgasmo de lo más intenso.

—Levanta un poco las caderas —dijo cuando acabé de liberarlo todo y, en un rápido movimiento, me quitó las braguitas—. Me las quedo hasta nuestro próximo encuentro —hizo un guiño.

—¿Qué? No, no, no. Alan, no puedo volver a mi casa sin ellas.

—Claro que puedes y, de hecho, lo vas a hacer —me besó—. Y te voy a mandar trabajo para esta noche.

—¿Qué?

—Quiero que cuando estés en el restaurante donde vayas a cenar con las chicas, entres al cuarto de baño y me llames. Vas a tocarte para mí, preciosa, y a correrte con tu propia mano.

—No me pidas eso, Alan, que me muero de vergüenza.

—Nicole, conmigo esa palabra no existe —me besó de nuevo.

—Espero tu llamada, o llamaré a Gina para que me pase contigo. Saluda a tu madre y a Aiden de mi parte.

Salí del coche y fui a casa con las mejillas rojas como dos tomates, en el momento en el que entré se marchó antes de que cerrara la puerta, y no tardé en escuchar los pasitos de Aiden corriendo.

—¡Mami! —gritó abrazándome

—Hola, cariño.

—¿Ya está bien Alan?

—¿Qué? —Fruncí el ceño.

—La abuela me ha dicho que cenó algo que le sentó mal y te quedaste a cuidarlo, como me cuidas a mí cuando me duele la tripa —frunció la nariz y miré a mi madre, que sonreía encogiéndose de hombros.

—Sí, sí, ya está bien.

—¿Vomitó mucho?

—Un poco, sí.

—¿Le has dicho que tome sopa de pollo?

—Se la he dejado preparada —sonreí.

—Luego lo llamas, a ver si está mejor, que quiero preguntarle.

—¿Sabes quién viene a quedarse a pasar la noche contigo? —cambié de tema.

—¿Quién?

—Alice.

—¿En serio? —gritó y asentí— ¡Qué bien!

Salió corriendo y cuando pasé junto a mi madre, arqueé la ceja.

—¿La tripa, mamá? ¿En serio?

—¿Qué otra cosa podía decirle, hija? —rio, la muy bruja de mi madre se rio en ese momento.

;

—¿Vomitó mucho?

—Un poco, sí.

—¿Le has dicho que tome sopa de pollo?

—Se la he dejado preparada —sonreí.

—Luego lo llamas, a ver si está mejor, que quiero preguntarle.

—¿Sabes quién viene a quedarse a pasar la noche contigo? —cambié de tema.

—¿Quién?

—Alice.

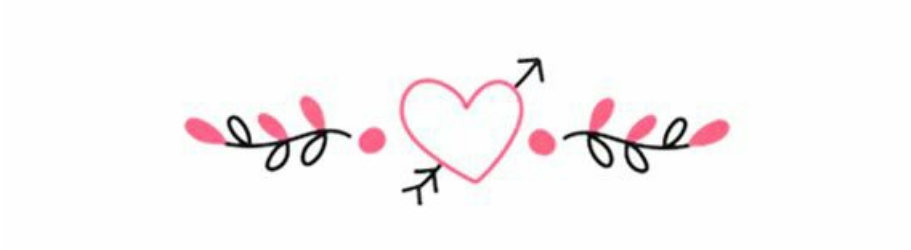
—¿En serio? —gritó y asentí— ¡Qué bien!

Salió corriendo y cuando pasé junto a mi madre, arqueé la ceja.

—¿La tripa, mamá? ¿En serio?

—¿Qué otra cosa podía decirle, hija? —rio, la muy bruja de mi madre se rio en ese momento.

Capítulo 15



El timbre de casa sonó a las siete y media en punto y no tardé en escuchar los gritos de Aiden y Alice al verse.

Ese par se había vuelto inseparable, no me cabía duda.

Terminé de ponerme los zapatos y fui hacia el salón, donde encontré a Gina hablando con mi madre. Estaba guapísima con un vestido azul marino de tirantes anchos, entallado hasta la cintura y la falda con algo de vuelo.

—Hola, Gina —saludé.

—Nicole —sonrió y se acercó para darme un abrazo—. Qué guapa estás.

—Bueno, es solo un sencillo vestido negro —dije, pues lo era. Era entallado y de manguitas muy cortas, de esas que quedaban sobre el hombro.

—Sencillo, pero que te sienta genial. Ya quisiera yo ese cuerpo para lucir un vestido entallado como tú. Me faltan caderas —se encogió de hombros.

—Pues ella siempre se anda quejando de que le sobran —dijo mi madre, volteando los ojos.

—A esto lo llamo yo, mal reparto en la genética —contestó Gina, riendo.

—Mami, dice Aiden que el tío Alan está malito —escuché que le decía Alice a Gina.

—¿Malito? —Frunció el ceño— No me ha dicho nada cuando hemos hablado antes.

—Anoche fue a cenar con mi mami —le informó Aiden—, y ella no vino a dormir porque él comió algo que le sentó mal, y le dolía la tripa. Ella se quedó a cuidarlo.

—¿En serio? —Gina me miró con la ceja arqueada, y se le dibujó una sonrisa de lo más diabólica— Veo que tienes mucho que contarme, jovencita.

Por suerte en ese momento sonó de nuevo el timbre anunciando la llegada de Mia, y fui a abrir evitando más momentos incómodos.

—Ya ha llegado el alma de la fiesta —dijo con un guiño.

—Pasa, anda —reí.

—Así que, vamos a tener una noche de chicas, ¿eh?

—Ajá. Mia, ella es Gina, mamá de la mejor amiga de Aiden —dije señalando a Alice.

—Yo, a esta princesita la conozco —sonrió Mia—. En la fiesta de Aiden te sentaste a mi lado.

—Sí —sonrió ella.

—Tienes una hija preciosa, además de muy educada. Encantada de conocerte, Gina.

—Lo mismo digo, Mia —se dieron un par de besos—. Y gracias por la parte que me toca en cuanto a la niña.

—Entonces, esta noche salimos las tres.

—Sí, cuando les dije a mi cuñado y a Brian que iba a salir, Brian estuvo a punto de llamar a un cura por si me había poseído algún espíritu —dijo volteando los ojos.

—Brian, ¿mi Brian? —curioseó Mia, con una sonrisa.

—Ese. Es que es raro que yo salga, desde que perdí al papá de Alice…

—Gina, has dado con las personas correctas en estos momentos. Si consigo que tú salgas más a menudo, lo de Nicky será pan comido, porque os arrastraré a las dos fuera de casa de los pelos y en pijama cuando no queráis. Advertida quedas de antemano.

—No, si advertida ya estaba —rio.

—Bien, pues, si estáis listas, tengo el taxi esperando en la puerta.

—Por mí, sí —respondió Gina—. Cariño, ya sabes lo que hemos hablado —se puso en cuclillas para hablar con su hija—. Pórtate bien, ¿vale?

—Sí, mami. Diviértete mucho —le dio un abrazo y Gina sonrió.

—No comas mucho helado, que nos conocemos.

—No te preocupes, Gina, que la niña conmigo está en buenas manos —le dijo mi madre—. Venga, iros ya, que al final veo que os acabaréis quedando.

—De eso nada, ya me las llevo yo, Susy —contestó Mia, cogiéndonos a cada una de un brazo para llevarnos hacia la puerta.

Nos despedimos y subimos al taxi. Gina había ido en taxi también para dejar a la pequeña, después regresaría a casa y por la mañana, después del desayuno, yo le llevaría a Alice de vuelta.

En cuanto Mia, que llevaba un vestido blanco sin tirantes y le sentaba muy bien resaltando el bronceado de su piel, le dio al taxista la dirección del restaurante cerca de Santa Mónica, Gina me miró y en ese momento empezó el interrogatorio.

—Así que anoche te quedaste a cuidar a mi cuñado.

—¿Qué? —Mia me miró con los ojos muy abiertos— Yo sabía que tenías una cena por trabajo con Alan, pero nada más.

—Pues se ve que mi cuñado comió algo que le sentó mal —rio Gina.

—¿Qué te comió, Nicky?

—¡Mia, por Dios! —miré hacia el taxista, pero iba centrado en la carretera y escuchando un partido de fútbol por la radio.

—Vayamos por partes. Fuisteis a cenar —dijo Gina levantando el dedo, enumerando así lo que hicimos, y asentí —. ¿Y después?

—Me pidió que fuéramos a tomar una copa.

—Ajá. ¿Dónde? —preguntó Mia.

—Le dije que, donde fuera, menos al Fénix.

—¿Y dónde te llevó para que acabaras durmiendo con él? —fui a contestar a Mia, pero Gina se me adelantó.

—¡Fuiste a su casa! —gritó.

—Sí.

—Pues mi cuñado no lleva a su casa a cualquiera, que lo sepas.

—¿Y por qué tiene vibradores y succionadores de clítoris en un cajón de la cómoda? —Fruncí el ceño.

—Tú, Santa Nicole, ¿has usado eso en el sexo? —dijo Mia— Me declaro fan del arquitecto desde este mismo momento.

—A ver, que yo sepa, a su casa han ido solo unas… tres chicas antes que tú.

—Vale, o sea, me queda claro que soy una de las afortunadas —volteé los ojos—. ¿Te suena el nombre de Ginger?

—Sí —suspiró—. Es una bruja.

—Eso mismo dijo Vivian.

—Me estoy perdiendo, chicas —dijo Mia—. ¿Quiénes son Ginger y Vivian?

—Vivian es la secretaria de mi cuñado, y Ginger…

—Una de sus amiguitas, al parecer. Cuando fui a sus oficinas el otro día, ella salía del despacho arreglándose el pelo, y él tenía una mancha de pintalabios en el cuello.

—Le he dicho muchas veces que debería prohibirle la entrada a esa mujer, pero nada.

—¿Quién es ella para Alan? —insistí.

—Alguien con quien se ha visto en el Fénix de vez en cuando, pero nada serio.

—Hemos llegado —dijo el taxista, y yo pagué la carrera.

Bajamos y fuimos hasta le entrada del restaurante, que tenía un ambiente de lo más acogedor y tranquilo.

Era una trattoria italiana y la decoración se basaba en los viñedos de La Toscana.

Una camarera nos llevó hasta nuestra mesa, pedimos vino blanco y echamos un vistazo a la carta.

Nos decantamos por pedir todo para compartir, así que como aperitivo mientras esperábamos los demás, pedimos unos panes de *focaccia* con tomates, aceitunas y cebolla que nos trajeron en una cestita de mimbre.

Como entrante, una ensalada de varias clases de lechuga, langostinos, salmón y tomate confitado.

Y de plato principal a las tres nos apetecía pasta, así que pedimos nos tallarines carbonara.

Mientras cenábamos me hicieron contarles todo lo que había pasado con Alan, y aunque me daba un poco de vergüenza porque era el cuñado de Gina, les dije incluso lo que pasó en la puerta de casa cuando me dejó.

—¿Se llevó tus bragas? —preguntó Mia.

—Tal cual —suspiré.

—Y no lo has llamado, lo cual quiere decir, que… —miré a Gina, y sonrió— Me acabará llamando a mí.

—Pues no lo cojas, dile que me he dejado el móvil en casa.

—¿Teniendo un hijo? No cuela, Nicky.

El móvil de Gina empezó a sonar y las dos gritaron dando palmaditas. Intenté evitar que ella respondiera, pero no hubo suerte.

—Hola, cuñado —lo saludó con una sonrisa—. Sí, aquí la tengo. Claro, un segundo —volvió a sonreír mientras me miraba—. Todo tuyo, cielo.

—Con lo bien que me caías, Gina —resoplé, y cogí el móvil—. ¿Hola?

—¿Te has olvidado de mí tan pronto, preciosa?

—No, es que estábamos aquí charlando y he perdido la noción del tiempo.

—Ve al cuarto de baño, Nicole —de nuevo ese tono, esa autoridad en su voz que hacía que mi cuerpo se estremeciera.

—No puedo.

—Sí, sí que puedes.

Miré a las chicas, y las dos se pusieron en pie para hacer que yo me levantara, empezaba a arrepentirme de haberlas presentado, de verdad que sí.

Suspiré y las dejé en la mesa mientras iba al cuarto de baño, donde entré y, tras comprobar que no había nadie, me encerré en un cubículo.

—Que sepas que esto no está bien, Alan —dije mientras me sentaba—. No puedo dejar a mis amigas solas para encerrarme en el cuarto de baño a hablar por teléfono

—No vas a hablar mucho, tengo otros planes, ya lo sabes.

—Peor todavía. ¿Tú sabes la vergüenza que me dará si entra alguien y me escucha?

—En ese caso, preciosa, gime bajito, que solo yo te oiga. Ahora, ¿estás lista?

—No —se me escapó una risita.

—Cierra los ojos, imagina que estoy ahí contigo y lleva tu mano a esa zona que sé que me echa de menos.

—Dios mío, qué ego más grande tienes.

—No, preciosa, pero otra parte sí puede ponerse grande con solo pensar en ti. ¿Me has obedecido?

—Sí —susurré, pues me había atrevido a llevar la mano a mi entrepierna, e introducirla por la tela de las braguitas.

—Tócate, despacio, desliza el dedo entre tus labios vaginales poco a poco, de arriba hacia abajo —dijo en un tono sensual y autoritario que hizo que me estremeciera.

Y mientas Alan me decía cómo tocarme, yo simplemente seguía sus indicaciones mientras me iba excitando más a cada segundo que pasaba.

Cuando me pidió que me penetrara, gemí tan flojito como pude, a pesar de que el cuerpo me pedía que lo hiciera gritando fuerte como la noche anterior.

Jamás en toda mi vida me había imaginado que acabaría haciendo algo así en un lugar público, pero ahí estaba yo con las piernas ligeramente separadas, el sexo húmedo y completamente excitada mientras me tocaba siguiendo las instrucciones de un hombre al otro lado del teléfono, con mi mejor amiga y mi nueva amiga en una de las mesas del restaurante esperando a que volviera con ellas.

—Alan —jadeé al notar que estaba a punto de alcanzar el clímax.

—Dime, preciosa.

—Voy… yo… yo…

—Hazlo, Nicole. Córrete.

Y de nuevo, como la noche anterior cuando dio aquella sencilla orden, mi cuerpo obedeció.

Cuando lo hice, y mientras recobraba el aliento, escuché que se abría la puerta.

—Ha entrado alguien —susurré, colocándome la ropa tan rápido como pude, pero Alan no contestó—. ¿Alan? —volví a susurrar, y no recibí respuesta.

Escuché dos golpes en la puerta y entré en pánico, ¿tan absorta había estado mientras tenía sexo telefónico con Alan, que no había escuchado entrar a otra persona y ahora todos los cubículos estaban ocupados?

Iba a colgar y salir de allí, y entonces…

—Ábreme, preciosa —dijo Alan tras la puerta.

—¿Qué haces aquí? —pregunté cuando le abrí.

—Acabar lo que hemos empezado —respondió mientras me atrapaba entre sus brazos y devoraba mis labios como un lobo hambriento.

Gemí en sus labios y noté cómo me levantaba del suelo haciendo que le rodeara con las piernas por la cintura y, sin dejar de besarme, en un rápido movimiento hizo la tela de mis braguitas a un lado, se desabrochó los pantalones y me pegó a la pared al tiempo que me penetraba con fuerza.

Me agarré a sus hombros como pude, dejando que me tomara allí mismo con esas ganas que yo también tenía debido a lo que acababa de pasar.

Fue rápido, rudo e intenso, y ambos llegamos al clímax en cuestión de minutos mientras él amortiguaba con sus besos todos y cada uno de mis gemidos y gritos.

Cuando recobramos el aliento me besó con esa ternura que había empleado otras veces, me dejó en el suelo y tras ayudarme a arreglar el desastre de ropa que tenía, mientras los dos sonreíamos, salimos del cuarto de baño.

—¿Qué haces aquí, Alan? ¿Cómo sabías…?

—Brian conoce al dueño, y le recomendó a Mia que os trajera aquí. Está en la mesa con ellas, ah, y tu hermano también está aquí.

—¿Qué? ¿Mi hermano? ¿Jack?

—¿Tienes otro al que no conozco? —Arqueó la ceja.

—No, es solo que… ¿Por qué está con vosotros? —Fruncí el ceño.

—Había quedado con él para que me enseñara un coche, y decidimos venir a tomar una copa de vino —me hizo un guiño.

—Alan, dime que Jack no…

—¡Hombre, hermanita! —dijo mi hermano al vernos aparecer, y cogidos de la mano, para más vergüenza mía,

Intenté que Alan me soltara, pero no hubo manera, me tenía bien agarrada.

—Jack, ¿qué haces aquí? —le di un beso.

—Tomar una copa de vino, hemos salido a probar un coche —contestó mientras me colocaba un mechón de pelo tras la oreja, y sonrió después de mirar por el rabillo del ojo a Alan.

ɔ—¿Te sientes mejor, cielo? —preguntó Gina.

—Sí —murmuré, muerta de vergüenza.

—Bueno, ¿pedimos los postres? A mí me está llamando esa tarta de chocolate de ahí —comentó Mia, señalando la que había en la mesa de al lado.

—Os acompañamos, que me apetece comer algo dulce —dijo Brian sonriendo, mientras miraba a mi mejor amiga

—Si te portas bien, igual dejo que me comas —le hizo un guiño.

—Ay, Dios —murmuré sentándome.

—¿Y si vamos luego a tomar una copa? Me han hablado de un pub por aquí cerca que está muy bien —propuso Jack.

—Yo debería volver a casa y descansar, mañana tengo que madrugar para llevar a Alice a su casa —contesté.

—Hermanita, no creo que a mamá le importe que llegues tarde y no madrugues. Estará encantada de tener a la niña en la casa, ¿o se te ha olvidado que lleva años pidiendo más nietos? —Jack volteó los ojos.

—A mi hija la puede adoptar como una nieta más, yo, encantada. Vuestra madre es un amor de mujer —dijo Gina con una sonrisa.

—Solo una copa, preciosa —miré a Alan y me acarició la mejilla—. Después yo te llevo a casa.

—Está bien, pero solo una copa. Advertidos quedáis todos, que sois una mala influencia para mí —señalé a los cinco.

—¿Yo también? Pero si es la primera noche que salgo en siglos.

—¡Anda, la exagerada! —rio Mia al escucharla— Gina, a partir de esta noche, tú vas a salir más a menudo con Nicky y conmigo. Los niños se pueden quedar con la abuela Susy, con el tío Jack o con el tío Alan, que estarán encantados de cuidarlos.

—Sí, encantados, sí, pero no cuentes con ello, Mia, que nosotros nos apuntamos a salir con vosotras.

—Jack, ¿qué parte de noche de chicas no entiendes, hermano? —reí.

—Eso, igual salimos y conozco al hombre perfecto para mí —dijo Gina.

—Quién sabe, igual incluso está en este restaurante —comentó Mia, que conociéndola como la conocía, al igual que a mi hermano, sabía que ella también había visto el modo en el que Jack miraba a Gina.

Pedimos los postres y una botella de champán, y después de tomarlo, mientras Alan me acariciaba el brazo o besaba mi mejilla de vez en cuando, él pagó la cuenta y salimos para coger los coches e ir al pub.

En el momento en el que me subí al de Alan, suspiré.

—No debiste venir, mi hermano se ha dado cuenta de lo que hemos hecho.

—Preciosa, tu hermano ya sabe que anoche estuviste en mi casa.

—¿Se lo has contado?

—Sí.

—Qué vergüenza —me tapé la cara con ambas manos.

—Vergüenza ninguna, ya eres una mujer adulta. Eso sí, me ha pedido que no te haga daño o me atropella con un coche y lo hace parecer un accidente.

—Puedes apostar a que lo haría —volteé los ojos.

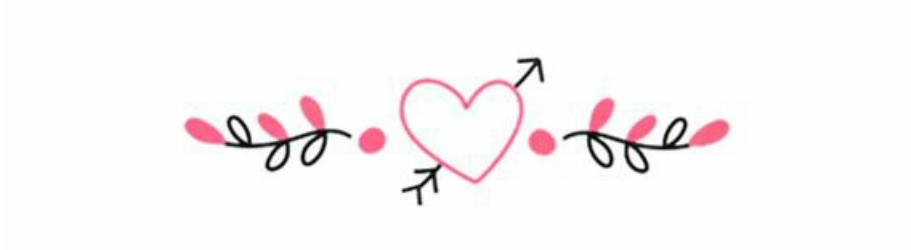
—Nicole, solo disfruta del presente —me pidió al tiempo que sostenía mi barbilla con dos dedos, y se inclinó para besarme.

Puso el coche en marcha y condujo hasta llegar al pub.

—Nicole, solo disfruta del presente —me pidió al tiempo que sostenía mi barbilla con dos dedos, y se inclinó para besarme.

Puso el coche en marcha y condujo hasta llegar al pub.

Capítulo 16



Después de aparcar a unos metros del pub, fuimos los seis hasta la entrada, pero al ver la cantidad de gente que había esperando, no creí que fuéramos a entrar pronto.

Mi hermano, que iba delante de todos, no se detuvo en el final de la interminable cola de gente que había allí, sino que continuó caminando hasta la puerta donde había dos porteros vestidos de negro y con cara de pocos amigos.

—Buenas noches, chicos —los saludó—. Vienen conmigo —dijo mirándonos a los demás.

—Que disfruten —dijo uno de ellos, al hacerse a un lado para que accediéramos al interior.

Jack sonrió al tiempo que nos hizo un guiño, y yo lo miré con la ceja arqueada.

—¿También eres cliente VIP aquí? —pregunté.

—No, es solo que conozco al dueño, me ha comprado un par de coches —respondió.

Nos llevó hasta la barra y pidió una ronda de chupitos de tequila, además de unos gin tonics para nosotras y whisky para ellos.

Entre Mia y Brian se notaba una gran complicidad, no se alejaban el uno del otro y él siempre encontraba el momento perfecto para rodearla por la cintura, pasarle el brazo por los hombros o besarla en la mejilla.

No necesitaba que me contara mucho sobre lo que había pasado entre ellos, sabía más que de sobra que no solo habían quedado para cenar y hablar, y es que era más que evidente que se gustaban, y mucho.

Me sobresalté al notar la mano de Alan en la cadera, lo miré por encima del hombro y se inclinó para besarme en los labios.

—¡Vivan los novios! —gritó Jack.

—Por Dios —reí.

—Lo siento hermanita, me ha salido del alma. Es que hacéis muy buena pareja.

—¿Verdad que sí? —dijo Gina— Yo es que los miro, y pienso, mi cuñado acaba yendo al altar —rio.

—No lo creo —sonrió Alan.

—Desde luego, porque igual entra en la iglesia y empieza a arder como si fuera el maligno —dijo Brian.

—Ni que fuera Lucifer —reí.

—Ahí, ahí anda —me contestó moviendo la mano—. Primo segundo, seguro.

—Ten amigos para esto… —Alan volteó los ojos.

—Ahora, en serio, Alan, hacéis muy buena pareja —Gina sonrió al tiempo que le daba un apretón en el brazo.

—Me encanta esta canción —gritó Mia al escuchar una que no faltaba en su *playlist*—. Vamos, que esta es para bailar en pareja —cogió a Brian de la mano y lo llevó muerto de risa hasta la pista.

—¿Te apetece bailar, encanto? —le preguntó mi hermano a Gina, y vi cómo se sonrojaba.

—Vale.

Ambos dejaron la copa en la barra y fueron a la zona de baile, donde Mia y Brian, ya estaban dándolo todo.

—¿No te animas? —curioseó Alan, que seguía pegado a mi espalda.

—Aquí estoy bien —sonreí—. Creo que a mi hermano le ha llamado la atención tu cuñada.

—Lo mismo he pensado yo.

—Es un buen hombre, puedes estar tranquilo —le aseguré.

—Yo solo quiero verla feliz. Es lo que mi hermano querría. Que esté pensando en salir más a menudo contigo, ya es todo un avance.

—Nadie la entiende mejor que yo, te lo aseguro —suspiré.

—Estabas destinada a que yo te encontrara —me dio un beso en el cuello.

—Qué romántico ha sonado eso, señor arquitecto —reí.

—Que tenga ciertos gustos en cuanto al sexo, y me guste dar órdenes en ese aspecto, no está reñido con el romanticismo.

—No te pega ser un romántico, lo siento, pero tenía que decirlo.

—¿No? —Arqueó la ceja.

—No.

—¿Y eso por qué, si puede saberse?

—Bueno, a ver, una persona romántica espera encontrar el amor y acabar formando una familia. Tú no quieres casarte —me encogí de hombros.

—Puedo ser todo un romántico cuando me lo propongo.

—Eso me gustaría verlo —reí.

—Hum.

—¿Qué significa ese, hum? —sonreí.

—Nada, cosas mías.

—No, no, dime, ahora tengo curiosidad.

—Puedo ser muy romántico —contestó acariciándome la mejilla.

—Afortunada será la mujer que lo compruebe de primera mano —sonreí.

Di un sorbo a mi copa y empecé a bailar allí mismo, no como lo hacía Mia, que parecía que estuviera a punto de enrollarse con Brian delante de todo el mundo, pero sí que movía las caderas de un lado al otro.

Noté ambas manos de Alan en mis caderas y cómo se movía al mismo ritmo que yo, pegado a mi espalda.

Podía sentir el roce de su entrepierna entre mis nalgas y eso hizo que me ruborizara al pensar lo que habíamos hecho poco antes en el cuarto de baño del restaurante.

Por no hablar de que sus labios comenzaron a dejarme suaves besos en el cuello que hacían que me estremeciera.

—Vente a pasar la noche a mi casa —me susurró al oído.

—No puedo, Alan. Mañana tengo que llevar a Alice a casa.

—Podemos llevarla juntos.

—No insistas —le pedí—. No quiero tener que mentir a mi hijo de por qué no he dormido en casa. Mi madre le dijo esta mañana que comiste algo en la cena que te sentó mal, y me quedé a cuidarte como lo cuido a él.

—Pues dile que fuiste a verme, me sentía muy malito y te quedaste a cuidarme de nuevo —dijo haciendo un puchero, y me eché a reír.

—Dime que no acabas de hacer un puchero como mi hijo de seis años.

—¿Funciona si vuelvo a hacerlo?

—No, eres demasiado mayor para hacer pucheros.

—Nunca sé es demasiado mayor para eso —se inclinó para besarme—. No sé qué tienes, Nicole, pero no puedo evitar querer tenerte cerca.

—No siempre se consigue lo que uno quiere —me encogí de hombros.

—Yo, sí.

—Madre mía, qué energía tiene Mia —dijo Gina cuando se unió a nosotros—. Eso, o que yo estoy desentrenada —rio.

—Lo segundo —contestamos mi hermano y yo, al unísono, y acabamos los cuatro riendo.

—Pues sí, es que cuatro años sin salir… son muchos años —suspiró.

—¿De verdad no has salido en tanto tiempo? —le preguntó Jack, y ella negó.

—A cenar con ellos, alguna vez, pero pocas —se encogió de hombros—. Cuando lo he hecho ha sido contratando una niñera, pero no dejo de estar pendiente del teléfono.

—Pues esta noche ni lo has mirado —sonreí.

—¿No? —Gina me miró frunciendo el ceño y negué— Eso es que como está con tu madre me he quedado más tranquila —rio.

—Hermanita, hay que hablar con mamá. Le damos un dinero todos los fines de semana para que haga de niñera.

—No, no, por Dios, ¿qué dices? No voy a dejar a mi hija con vuestra madre todos los sábados para salir, ¿qué clase de madre sería yo?

—¿Una que piensa en algo más que en ser madre veinticuatro horas al día, siete días a la semana? —respondió Alan— Te lo he dicho muchas veces, Gina, tienes que salir más. Y sí, sé que no necesitas un hombre para ser feliz o para que os mantenga a la niña y a ti, pero como mujer, tienes unas necesidades.

—¿Vamos a tener una charla de sexo en este momento, cuñado? Porque eso merece un gin tonic, cargadito.

—Que sean dos —reí.

—¿Y si la conversación la tenemos en el Fénix? —propuso mi hermano, haciendo un movimiento divertido y elevando ambas cejas.

—No —respondimos las dos al unísono, y los cuatro nos echamos a reír.

Hasta que se me borró la sonrisa al escuchar una voz femenina llamando a Alan.

—Cielo, qué sorpresa encontrarte aquí —dijo Ginger, esa mujer a la que había visto salir del despacho de Alan, y ni corta ni perezosa, lo rodeó con un brazo por el cuello y le plantó un beso en los labios.

—¿Qué haces, Ginger? —Alan frunció el ceño.

—Oh, vamos, ¿qué crees? Saludar a mi arquitecto favorito.

Sentí un nudo en la garganta en ese momento, por no hablar del modo en el que empezaron a escocerme los ojos por esas lágrimas que querían salir.

Noté la mano de Gina en el brazo, la miré y me hizo un leve gesto con la cabeza para indicarme que la acompañara.

—Vamos al baño —le dijo a mi hermano, que asintió mientras me miraba con el ceño fruncido.

Bien, lo primero que le dice a Alan es que no me haga daño, y ahora ve a una mujer lanzarse a él como si fuera su novia.

Gina me llevó de la mano hasta el cuarto de baño y, aunque de verdad que podría haberme puesto a llorar, no lo hice.

—Cielo —me dijo bajito mientras me acariciaba la mejilla.

—Estoy bien, Gina —sonreí.

—Esa mujer parece que tiene un radar —volteó los ojos—. Que esté aquí, con la de sitios que hay en la ciudad, no puede ser una coincidencia. Como esté todavía con él cuando salgamos, no respondo.

—Gina, entre tu cuñado y yo no hay nada —le recordé—. Solo ha sido… sexo.

—Pues no quiero que esté con ella, solo busca la posición que tiene Alan. Es una bruja. No la quiero en su vida. Tú haces mejor pareja con él, te veo como la tía de Alice —sonrió.

—Madre mía, ¿no llevas ni veinticuatro horas cerca de Mia, y ya te ha contagiado su locura?

—Ya sabes lo que dicen, todo se pega —se encogió de hombros.

Mi móvil empezó a sonar en ese momento y al sacarlo del bolso vi que era el de mi madre. Se activaron todas mis alarmas y Gina frunció el ceño cuando también lo vio.

—Mamá, ¿va todo bien? —pregunté.

—Cariño, es Aiden. No se siente bien.

—Voy para allá.

Colgué y salí del cuarto de baño con Gina siguiéndome de cerca. Cuando llegué a la barra vi que Ginger aún estaba allí con Alan, se habían retirado de donde estaba mi hermano y los veía a los dos hablando como si discutieran. Pero no tenía tiempo para eso ahora.

—Jack, necesito que me lleves a casa —le pedí.

—Claro, ¿va todo bien?

—Aiden, no se siente bien.

—Vamos —dejó la copa en la barra y llamó a Mia para que se acercara.

—¿Qué pasa? —preguntó mi amiga.

—Nos vamos. Me ha llamado mi madre, es Aiden.

—Ay, mi niño —dijo llevándose las manos a la boca—. Voy con vosotros.

—Yo también —escuché a Gina a mi lado, mientras me frotaba el brazo a modo consuelo, y asentí.

—¿Y Alan? —Brian frunció el ceño, y Gina señaló hacia donde estaba él con Ginger— Joder —resopló.

—No voy a esperarlo, me voy —dije, y empecé a caminar con mi hermano y Gina a mi lado.

Al salir a la calle comprobé que Mia y Brian también venían con nosotros, ni rastro de Alan, pero no me importaba. Nadie sería nunca más importante que mi hijo, absolutamente nadie.

Subimos los tres al coche de Jack mientras Mia y Brian subían al de él, y fuimos hasta mi casa. Durante el camino solo podía pensar en que no fuera nada grave, y conociendo a mi hijo seguro que lo que tenía era una indigestión.

Mi móvil sonó y lo saqué del bolso pensando que era mi madre, pero vi el nombre de Alan en la pantalla. Lo bloqueé ignorándola.

—¿Era mamá? —me preguntó Jack.

—No.

—¿Alan? —intuyó Gina, y tan solo asentí.

Y entonces fue el móvil de Gina el que sonaba en ese momento, ella respondió y tan solo le dijo que habíamos tenido que irnos, y colgó.

Cuando llegamos a casa de mi madre entré corriendo y fui hacia la habitación de Aiden, pero lo escuché vomitando en el cuarto de baño. Alice estaba en el pasillo y se la veía triste.

—Mami, ha comido muchas palomitas y se ha puesto malo —le dijo la pequeña a Gina, que la cogió en brazos.

—Mamá —la llamé y ella se giró para mirarme.

—Ay, cariño, lo siento. Creí que se pondría mejor, pero no deja de vomitar —tenía los ojos vidriosos.

—Aiden, mi vida.

—Mami, me duele, y tengo frío.

—Es por la fiebre, está ardiendo —me dijo mi madre.

—Vamos, mi vida, vamos a que te vea un médico —lo cogí en brazos y sí, tenía una fiebre altísima.

Cuando llegué a la entrada, donde Mia y Brian esperaban, vi a Alan llegando. Al verme, salió del coche y vino corriendo hasta mí.

—¿Qué le pasa?

—Tiene fiebre alta, y ha estado vomitando —respondí, con la voz temblorosa.

—Sube, os llevo a la clínica.

—No, Jack nos lleva a…

—Nicole, sube ahora mismo al coche —dijo en ese tono de autoridad que no admitía un no por respuesta.

Alan me abrió la puerta y entré con el niño en brazos, que no tardó en tener una nueva arcada antes de que le viniera el vómito. Lo asomé por la puerta para que vomitara y cuando lo hizo, se recostó en mis brazos diciendo que le dolía mucho la tripa.

—Mami, ¿se va a poner bien? —le preguntó Alice a Gina, llorando.

—Sí, mi niña, ya verás que sí —respondió ella, que la tenía en brazos.

—Es mi amigo, no quiero que le pase nada.

—Se va a poner bien, pequeña —le aseguró Jack, que la cargó en brazos—. ¿Te tomas un vaso de cacao conmigo —le preguntó mientras la llevaba dentro.

—Vamos con vosotros —le dijo Brian a Alan, refiriéndose a él y a Mia, y Alan asintió.

—Hija, llámame cuando sepas algo —me pidió mi madre, y asentí.

Alan subió al coche, lo puso en marcha y condujo por las calles de la ciudad como si no le importara que le pudieran poner una multa.

Yo no dejaba de abrazar a mi pequeño y rezar para que se pusiera bien, que solo fuera una de sus indigestiones.

—Va a estar bien, preciosa —me dijo Alan, sin soltar el volante ni perder la carretera de vista, volando

literalmente por la carretera, hasta que llegamos a la clínica.

Paró el coche allí mismo y cuando salimos, mientras me cogía a Aiden de los brazos, Brian también llegó y le dijo que él se encargaba del coche.

Mia se quedó allí con el coche de Alan mientras Brian aparcaba el suyo, y nosotros entramos en la clínica.

No tardaron en atendernos, y mientras un enfermero se llevaba al niño a la zona de urgencias, yo le di todos los datos.

Me derrumbé cuando acabé y comencé a llorar. Noté las manos de Alan en mis hombros y lo miré.

—Todo irá bien, Nicole, Aiden va a estar bien —se inclinó y me dio un beso en los labios antes de abrazarme.

Por la cara del enfermero cuando Alan le dijo los síntomas que tenía Aiden, supe que no debía ser solo una indigestión.

No podía perder a Aiden. Era mi vida, mi mundo entero.

?

literalmente por la carretera, hasta que llegamos a la clínica.

Paró el coche allí mismo y cuando salimos, mientras me cogía a Aiden de los brazos, Brian también llegó y le dijo que él se encargaba del coche.

Mia se quedó allí con el coche de Alan mientras Brian aparcaba el suyo, y nosotros entramos en la clínica.

No tardaron en atendernos, y mientras un enfermero se llevaba al niño a la zona de urgencias, yo le di todos los datos.

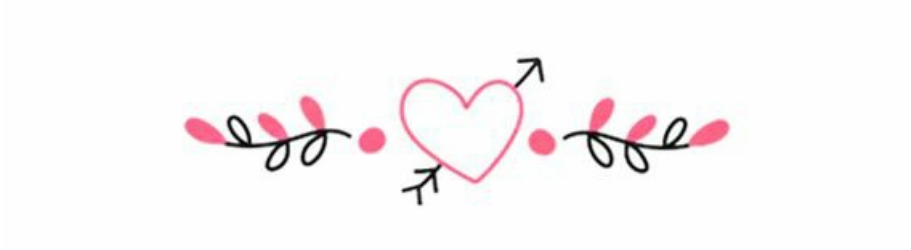
Me derrumbé cuando acabé y comencé a llorar. Noté las manos de Alan en mis hombros y lo miré.

—Todo irá bien, Nicole, Aiden va a estar bien —se inclinó y me dio un beso en los labios antes de abrazarme.

Por la cara del enfermero cuando Alan le dijo los síntomas que tenía Aiden, supe que no debía ser solo una indigestión.

No podía perder a Aiden. Era mi vida, mi mundo entero.

Capítulo 17



Después de esperar lo que me parecieron horas, pero realmente fueron unos largos e interminables minutos en el pasillo frente a la puerta por la que se habían llevado a Aiden, vi salir al enfermero y corrí hacia él.

—¿Cómo está mi hijo? —pregunté.

—El médico ha hecho una primera exploración, y tras un examen rápido, ha verificado que es apendicitis. Lo han traído a tiempo, van a operarle.

—Dios —me eché a llorar cubriéndome el rostro con ambas manos y no tardé en notar los brazos de Mia rodeándome.

—Pueden estar tranquilos. Esperen en la sala, el médico saldrá a avisarles.

—Gracias —escuché la voz de Brian a mi lado.

—Vamos, cariño —me dijo Mia—, vamos a sentarnos, ¿sí?

Me dejé llevar por ella hasta la sala de espera y no tardé en notar lo mullido y cómodo que era el asiento, nada que ver con las sillas duras de las salas de espera de algunos hospitales.

Saqué el móvil del bolso y llamé a mi madre para darle la noticia. Se puso a llorar puesto que sabía que, de no haber llegado a tiempo y en caso de complicaciones, mi pequeño podría haber muerto.

—Lo siento mucho cariño, tendría que haberte llamado antes —dijo entre lágrimas.

—Me avisaste a tiempo, mamá. No es culpa tuya, yo tendría que haber estado en casa.

—No digas eso, hija, tienes todo el derecho a salir y divertirte.

—¿Qué está diciendo? —escuché que preguntaba Jack— Dame el teléfono, mamá —oí ruido y poco después la voz de mi hermano me llegó mucho más clara—. Nicole, dime que no te sientes culpable.

—Sí, Jack, me siento así. Soy su madre y tenía que haber estado en casa con él.

—Y yo soy su tío y tampoco estaba aquí. No te eches culpas que sabes que no tienes, ¿acaso podías haber sabido que Aiden se pondría enfermo? Nadie lo habría sospechado, y lo sabes. ¿Cómo está ahora?

—Lo van a operar.

—Estate tranquila, ¿de acuerdo, hermanita? Llámame cuando salga de quirófano, me voy a quedar despierto el resto de la noche.

—¿Cómo está Alice? La pobre se veía asustada.

—Conseguí tranquilizarla, ya sabes que se me dan bien los niños, por no hablar de mi famoso y delicioso vaso de leche con cacao. Está dormida en la cama de Aiden, abrazada al perro de peluche favorito de tu hijo.

—¿Y Gina?

—Anda de un lado para el otro calmando a mamá. Llama cuando salga, ¿ok?

—Sí.

—Ahora intenta descansar, al menos en lo que a pensar tonterías se refiere. Te quiero, Nicole.

—Y yo a ti, Jack.

Colgué y de nuevo noté las manos de Mia dándome ese calor y calma que necesitaba.

—Va a salir todo bien, cariño, ya lo verás —me dijo dándome un beso en la mejilla.

—Voy a la cafetería a por un café, ¿queréis algo? —preguntó Brian.

—Yo, otro café —contestó Alan.

—Nicky, ¿quieres una tila? Te sentará bien —miré a Mia y asentí—. Te acompaño —se puso en pie y ambos fueron hacia el pasillo, donde les perdí de vista.

Me sequé las mejillas sin poder dejar de pensar en Aiden, en que debería haber estado en casa en vez de haber salido. Pero mi madre tenía razón, de vez en cuando me venía bien desconectar.

El aroma del perfume de Alan me rodeó en ese momento y supe que se había sentado a mi lado. No tardó en pone

una mano sobre mi rodilla y dar un leve apretón.

—Lo hemos traído a tiempo, preciosa —dijo—. Y estoy seguro de que Aiden es un chico valiente y fuerte, va a ir todo bien.

No dije nada, tan solo asentí mientras me quedaba allí mirando hacia la pared de enfrente, a un punto fijo cualquiera.

—Nicole, antes, en el pub…

—No quiero saberlo.

—Pero yo quiero hablar de ello —dijo levantándose para ponerse en cuclillas delante de mí—. Lo que has visto, no significa nada.

—Esa es la mujer que estaba en tu despacho la primera vez que fui, la que te dejó la marca en el cuello. ¿Por qué si estás con ella, te acuestas conmigo? ¿Tenéis una de esas relaciones abiertas o algo así?

—No, no somos pareja. Ya sabes mi modo de ver la vida.

—El eterno soltero —murmuré—. Me da igual, Alan —le miré—, no me importa. Ahora mismo no quiero tener en la cabeza nada ni nadie que no sea mi hijo de seis años en una mesa de quirófano. Aiden es mi vida, mi mundo entero, y no antepondré a nadie antes que él.

—Lo entiendo, solo quería que supieras que ella no significa nada para mí. Solo ha sido sexo.

—Pues igual que conmigo, Alan —dije poniéndome en pie para ir hacia la calle, necesitaba que me diera un poco el aire.

Una vez salí cerré los ojos y respiré hondo. Mi madre y mi hermano tenían razón, aunque hubiera estado en casa no habría servido de nada. Tal vez Aiden ni siquiera se hubiera puesto enfermo.

Pero en esos momentos me sentía mal, y me culpaba porque no solía dejar a mi hijo en casa para salir a divertirme.

—Aquí tienes la tila, cariño —me giré al escuchar a Mia y sonreí cogiendo el vasito que me ofrecía.

—Gracias.

—¿Qué ha pasado?

r

—Solo necesitaba aire, sabes que no me gustan los hospitales —dije, y ella asintió.

Estar en esos sitios me traía tan malos recuerdos que los quería tener bien lejos. Pero una nunca sabía cuándo se vería en un lugar como ese por una urgencia.

Di un sorbo a la tila y volví a mirar hacia la playa, no quedaba muy lejos de donde estábamos y pensé que, aquellos que tuvieran que permanecer allí ingresados, al menos tenían unas vistas bonitas.

—¿Cómo supo Alan que estábamos en casa? —curioseé, aunque sabía la respuesta.

—Llamó a Brian, y él…

—No entiendo por qué fue —la corté.

—¿Por qué va a ser, Nicky? Le gustas a ese hombre.

—Mia, yo no soy la clase de mujer que le gusta. ¿La has visto a ella?

—¿Eres tonta, Nicky? Esa mujer no te llega ni, a la suela de los zapatos. Ya quisiera ella ser la mitad de mujer de lo que tú eres. Brian me ha hablado de ella.

—No quiero saber nada, Mia. Gracias por la tila.

—Bonita manera de mandarme adentro —suspiró—. Sabes que estoy aquí, cariño, yo siempre estaré aquí para ti —me pasó el brazo por los hombros y me dio un beso en la mejilla.

Regresó dentro dejándome sola de nuevo y fui a sentarme en uno de los bancos que había a un lado de la entrada. No era la primera vez que Aiden se ponía enfermo y teníamos que salir de casa en mitad de la noche, pero en las anteriores ocasiones yo estaba con él, y en todas ellas, aunque Jack me acompañaba, siempre sentí la ausencia de Matt.

Cuando vi a Alan aparecer en mi casa y el modo en el que miró al niño, cómo lo cargó cuando llegamos a la clínica y entró con él para que alguien se lo llevara a atenderlo, deseé que ese hombre estuviera en nuestras vidas siempre, que, si alguna vez mi hijo necesitaba ayuda y ni yo, ni mi hermano estábamos ahí, que él sí estuviera.

Me sequé las lágrimas que ni siquiera me había dado cuenta que estaba derramando y miré al cielo.

Echaba de menos a Matt, lo quería y siempre lo haría, pero había algo con respecto a Alan que me daba miedo, y no tenía nada que ver con sus gustos en lo que a sexo se refería, pues me había dado cuenta de que me gustaba experimentar de ese modo, por mucha vergüenza que pudiera sentir.

No, lo que me daba miedo era acabar enamorándome de él, como una vez lo hice de Matt, porque, aunque podría ser tan diferentes, se parecían mucho.

No sabría decir cuánto tiempo pasé allí afuera sentada contemplando la luz de la Luna, viendo las ambulancias llegar o los coches que, como había sido nuestro caso, paraban en la puerta de urgencias y salían con cara de preocupación esperando ser atendidos.

—Nicky —miré hacia la puerta y vi a Mia—. Vamos, cariño, ha salido el médico.

Me levanté y fui hacia ella para entrar, en la sala de espera el médico hablaba con Alan y Brian.

—¿Cómo está mi hijo? —pregunté, con un nudo en la garganta.

—Como le decía a su esposo —me respondió señalando a Alan y fruncí el ceño—, ha salido todo bien. Por suerte lo atendimos a tiempo, no había rotura del apéndice.

—¿Puedo verlo?

—Está sedado aún, pero pueden pasar unos minutos. Acompáñenme.

Lo seguí, pero vi que Alan no venía. No, no era su padre, pero había reaccionado rápido para traerme a la clínica privada donde él solía acudir y sabía que atenderían a mi hijo tan pronto nos vieran, así que lo llamé, y cuando escuchó su nombre, me miró.

—Ven —le pedí.

—¿Estás segura? —preguntó acercándose, y asentí.

—Os esperamos aquí —dijo Mia.

Alan y yo caminamos por el pasillo detrás del médico, entramos en una pequeña sala donde mi niño parecía dormir tranquilo, llevaba un pijama de la clínica y tenía una vía intravenosa para recibir el medicamento y el suero.

—Van a preparar la habitación para trasladarlo, y tienen una cama a su disposición para que puedan pasar la noche ustedes también —dijo el médico, antes de dejarnos solos.

Me acerqué a la cama y sentí las lágrimas cayendo por mis mejillas, lo veía tan pequeño e indefenso en esa cama.

Alan me dio un leve apretón en el hombro a modo de consuelo, haciéndome saber que estaba ahí para apoyarme.

Cogí la mano de Aiden y me incliné para besarle la frente.

—Ya no tiene fiebre —dije entre sollozos—. Nunca había tenido la temperatura tan alta.

—La apendicitis es así, preciosa, da una fiebre muy alta.

—Nunca tuve tanto miedo —me sequé las mejillas.

—Es normal, cuando son tan pequeños, todo nos asusta.

—Gracias, Alan, por venir tan rápido.

—Cuando me necesites, solo tienes que llamarme —me dio un beso en la sien, y me encontraba tan sensible en ese momento, que volví a llorar.

Nos quedamos allí en silencio, tan solo contemplando a mi hijo dormir, hasta que una enfermera vino para decirnos que se llevaban a Aiden a la habitación.

Cuando nos indicó dónde iban a acomodarle, regresamos a la sala de espera y decírselo a Mia y a Brian, quienes no pensaban irse a casa hasta ver a mi hijo, aunque fuera dormido.

Aproveché para llamar a mi hermano, antes de entrar en la habitación y así dejarlos a ellos tranquilos también. Me dijo que le pediría a mi madre que nos preparara algo de ropa en una bolsa y me la traería después del desayuno.

Cuando entré en la habitación me quedé sin palabras, dado que no era la típica que podías encontrar en otros hospitales o clínicas.

La cama de Aiden estaba junto al ventanal con vistas a la playa, y al lado había un sillón que se veía muy cómodo y una mesita.

Frente a la cama, y en la pared donde estaba la puerta de entrada, había un sofá y un armario. En el otro extremo había una cama grande que sin duda era para el familiar que se quedara a pasar la noche.

Mia y Brian se acercaron a Aiden, ella le dio un beso en la frente y le pidió que se recuperara pronto porque quería volver a escucharlo reír.

Brian se limitó a observar la escena y cuando ella se apartó de la cama, le pasó el brazo por los hombros.

—Llámame cuando se despierte, aunque vendré a verlo antes de comer —me dijo Mia, dándome un beso—. Y descansa, ¿sí?

—Vale.

—Socio, si necesitas algo, ya sabes —Brian le dio una palmada en el hombro a Alan, y él asintió.

Cuando se fueron, me acerqué a la cama para comprobar la temperatura de Aiden, y al igual que antes, era normal

Le di un beso en la mejilla y me senté en el sillón a su lado mientras le observaba.

—Deberías irte a la cama, Nicole —me dijo Alan.

—No tengo sueño.

—Preciosa, tienes que descansar. Mañana querrás estar al cien por cien para él, ¿verdad? Vamos, ve a la cama.

—Pero si se despierta y no sabe dónde está…

—Para empezar, hay enfermeras que irán pasando a ver cómo está durante toda la noche. Y, además, voy a quedarme aquí.

—No tienes por qué, Alan, de verdad.

—Pero quiero hacerlo. Me quedaré en ese sofá toda la noche —señaló el sofá y, por muy cómodo que pareciera, sin duda era demasiado pequeño para que él durmiera allí.

Me cogió de la mano y no dudó en llevarme hasta la cama, donde me hizo sentarme, y tras quitarme los zapatos, me ayudó a meterme en ella.

—Descansa —susurró antes de inclinarse, y pensé que iba a besarme en los labios, de hecho, algo dentro de mí quería que lo hiciera, pero me besó en la frente.

Cuando se giró para ir al sofá, y como si mi mano tomara sus propias decisiones, le cogí del brazo esperando que me mirara.

—¿Podrías… quedarte un rato conmigo? —pregunté.

—Claro, espera que acerco el sillón.

—No, me refiero, a aquí, en la cama.

—¿Estás segura? —asentí, y Alan respondió de igual modo.

Se quitó la chaqueta, que dejó doblada en el respaldo del sillón, y tras quitarse también los zapatos, se recostó en la cama, dejando la ropa como barrera entre nuestros cuerpos, y me pasó el brazo por los hombros para que me acomodara sobre su pecho.

Cogí aire y aspiré su aroma, ese que tanto me gustaba y que me hacía llenarme de una sensación de paz y calma incluso en momentos como ese.

Alan me acariciaba el brazo despacio y eso me tranquilizaba tanto que hasta comencé a notar los párpados pesados, de modo que, poco a poco, me fue venciendo el sueño a pesar de que quería permanecer despierta por si Aiden se despertaba llamándome.

No me había dormido aun cuando escuché la puerta abrirse y, en ese estado de duerme vela en el que me encontraba, escuché la dulce voz de una mujer con la que Alan estuvo hablando bajito. Debía ser una de las enfermeras que, según dijo, estarían vigilando el estado de Aiden toda la noche.

La puerta volvió a cerrarse y me acurruqué más entre los brazos de Alan, que me dio un leve apretón en el brazo y sentí sus labios en la sien.

—Descansa, preciosa, yo os cuido esta noche, y todas las que me dejes hacerlo —susurró, o tal vez lo había soñado.

Suspiré y poco a poco fui notando cómo mi cuerpo se relajaba aún más y el silencio comenzó a hacerse con el control de todo.

Seguía notando las yemas de los dedos de Alan deslizándose despacio por mi brazo, relajándome aún más y sintiendo que podría acostumbrarme a eso.

Se quitó la chaqueta, que dejó doblada en el respaldo del sillón, y tras quitarse también los zapatos, se recostó en la cama, dejando la ropa como barrera entre nuestros cuerpos, y me pasó el brazo por los hombros para que me acomodara sobre su pecho.

Cogí aire y aspiré su aroma, ese que tanto me gustaba y que me hacía llenarme de una sensación de paz y calma incluso en momentos como ese.

Alan me acariciaba el brazo despacio y eso me tranquilizaba tanto que hasta comencé a notar los párpados pesados, de modo que, poco a poco, me fue venciendo el sueño a pesar de que quería permanecer despierta por si Aiden se despertaba llamándome.

No me había dormido aun cuando escuché la puerta abrirse y, en ese estado de duerme vela en el que me encontraba, escuché la dulce voz de una mujer con la que Alan estuvo hablando bajito. Debía ser una de las enfermeras que, según dijo, estarían vigilando el estado de Aiden toda la noche.

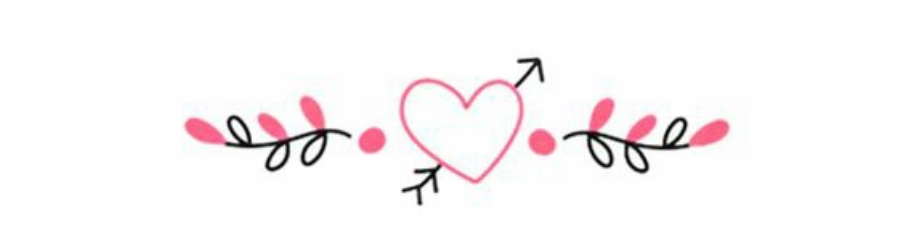
La puerta volvió a cerrarse y me acurruqué más entre los brazos de Alan, que me dio un leve apretón en el brazo y sentí sus labios en la sien.

—Descansa, preciosa, yo os cuido esta noche, y todas las que me dejes hacerlo —susurró, o tal vez lo había soñado.

Suspiré y poco a poco fui notando cómo mi cuerpo se relajaba aún más y el silencio comenzó a hacerse con el control de todo.

Seguía notando las yemas de los dedos de Alan deslizándose despacio por mi brazo, relajándome aún más y sintiendo que podría acostumbrarme a eso.

Capítulo 18



Me pareció escuchar unos susurros, pero estaba tan cómoda y tranquila durmiendo, que traté de ignorarlos, hasta que una risa, una que conocía muy bien y era esa melodía que me levantaba el ánimo cada día, me hizo agudizar el oído para tratar de escuchar.

—Tuve miedo —susurró Aiden—, me dolía mucho, y la abuela lloraba porque no dejaba de vomitar.

—Pero ya estás bien, campeón —me estremecí al escuchar la voz de Alan, y entonces recordé dónde estaba y lo que había pasado la noche anterior.

—Me duele aquí —dijo, y supe sin verle que estaba tocando el lugar donde le habían hecho la incisión para operarlo.

—Cuidado, amigo —contestó Alan—, no te toques o se te saltarán los puntos.

—¿Puntos? —preguntó con duda y sorpresa.

—Te operaron de urgencia, y pusieron algunos puntos de sutura, por eso te duele.

—¿Me han cosido, como la abuela cosió una vez a mi viejo oso de peluche cuando se le desprendió el brazo?

—Sí, algo así —rio Alan.

—Vaya, no sabía que me podían coser.

—Ahora tienes que tener mucho cuidado, moverte despacio y esperar a que los médicos digan que puedes ir a casa.

—¿Y no voy a poder jugar con Alice?

—Durante algún tiempo, no. Cualquier esfuerzo que hagas es malo para la herida.

—Vale. ¿Por qué te quedaste aquí, Alan? —preguntó, y presté mucha más atención en ese momento.

—No quería dejaros solos. Tu madre estaba muy asustada, y le daba miedo quedarse dormida y no escucharte si despertabas.

—Mi mami me quiere mucho, siempre me dice que soy el hombrecito de su vida —rio.

—Claro que lo eres. Y un hombrecito muy valiente.

—Alan.

—Dime, campeón.

—Gracias por quedarte a cuidar de mi mami mientras yo no podía.

—Te diré un secreto. Siempre que tú no puedas, yo cuidaré de ella.

Eso hizo que se me saltaran las lágrimas, pero no quería empezar a llorar y que me viera Aiden.

Abrí los ojos poco a poco y vi a Alan sentando en el sillón de espaldas a la cama en la que yo estaba. ¿Cuándo se levantó él? ¿Acaso había dormido algo?

Mi hijo, que parecía tener un radar para saber cuándo me despertaba, miró hacia mí y sonrió.

—Hola, mami —en cuanto me saludó, Alan se giró para mirarme y me pareció que estaba incluso más guapo que la noche anterior.

—Hola cariño. ¿Cómo estás? —me levanté y cuando me acerqué a su cama, quedándome al lado del sillón en el que estaba sentado Alan, noté su mano en la cintura.

—Me duele un poco.

—Ya no tienes fiebre —sonreí al tocarle la frente, y me incliné para darle un beso.

—No ha tenido en toda la noche —dijo Alan, y lo miré—. Han estado vigilándolo las enfermeras cada hora, y todo estaba bien.

—¿No has dormido? —fruncí el ceño y él negó.

—El café de la máquina del pasillo, ha surtido efecto —sonrió.

—¿Cuánto café has tomado, Alan?

—Seis, tal vez siete —se encogió de hombros.

—Dios mío, eso no es bueno.

La puerta se abrió y vi entrar una enfermera con una bandeja.

—Buenos días, ¿cómo está mi paciente favorito? —preguntó acercándose a la cama.

—Tengo hambre —contestó mi hijo, haciéndonos reír a los tres.

—Entonces he llegado a tiempo.

La enfermera colocó la mesita de tal modo que la bandeja de desayuno quedó sobre la cama. Alan ayudó a Aiden incorporarse despacio para que no se hiciera daño y tanto la enfermera, como yo, no podíamos dejar de mirar el cuidado con el que trataba al niño.

—Eso es un papá, sí señor —dijo la enfermera con una sonrisa y Aiden, frunció el ceño.

—No es mi papi, él está en el cielo.

—Oh —la enfermera se puso blanca como la pared, no sabía dónde meterse, así que salí en su ayuda.

—Es un buen amigo —dije sonriendo al tiempo que daba un apretón a Alan en el antebrazo, él me miró y sonrió.

—Muy bueno, entonces —sonrió—. Cielo, estas pastillas tienes que tomarlas con el desayuno —señaló un vasito con un par de pastillas dentro.

—Vale.

—¿Quieren algo para desayunar? Se lo traeré enseguida.

—Dos cafés, zumo y tostadas, por favor —respondió Alan.

—Ahora vuelvo.

La vi salir y ayudé a Aiden a tomarse el desayuno. Tenía un vaso de leche con cacao, galletas y un bol de frutas que no tardó en comer.

Cuando la enfermera regresó con nuestros desayunos, se llevó la bandeja vacía de Aiden y dijo que volvería para

hacer la cura de su herida cuando nosotros acabáramos de comer.

Y en el momento en el que eso ocurrió, aproveché para llamar a mi hermano y contarle que el niño estaba mejor.

—Alan dice que ha dormido toda la noche.

—Espera, ¿se quedó Alan contigo?

—Sí, y no ha dormido, ha estado a base de cafés.

—Vaya. Oye, estamos a punto de salir, mamá le ha dejado a Gina algo de ropa tuya para que se cambiara, quería ir a ver a Aiden antes de irse a casa.

—Vale. Ahora nos vemos.

Colgué, y llamé a Mia, quien me dijo que estaba de camino para ver a su sobrino favorito.

Cuando la enfermera salió de la habitación lo hizo con una sonrisa.

—Ese niño es todo un valiente. Yo no quería que viera la herida, esas cosas pueden hacer que uno se maree —volvió a sonreír—. Pero él dijo que no lo haría.

—¿Cómo la tiene? —se interesó Alan.

—Bastante bien. La enseñaremos a hacerle las curas —me dijo a mí—, para que pueda hacérselas en casa cuando el médico le dé el alta en unos días.

—¿Tendrá que quedarse aquí mucho tiempo?

—Al menos dos días más. El martes por la tarde ya podrá irse a casa.

Asentí y tanto Alan, como yo, volvimos a entrar en la habitación, donde mi hijo sonrió al vernos.

—¿Qué tal, campeón? —preguntó Alan.

—Es una herida fea —frunció el ceño—. Pero Roxy dice que curará bien. Tenía muchos puntos.

—Ya sabes lo que hemos hablado, nada de movimientos bruscos ni esfuerzos para que no se salten, o la herida podría infectarse —le advirtió.

—Vale.

Me pidió ir al cuarto de baño y Alan se encargó de ayudarlo a bajar de la cama. Si algo tenía mi hijo es que era un valiente que no le temía a nada, y quería comprobar que podía moverse por sí mismo.

Cuando fui a entrar en el baño con él, frunció el ceño y me pidió que lo dejara solo, por lo que suspiré.

—Preciosa, no te angusties —me dijo Alan, cogiéndome por las caderas y mirándome fijamente—. Quiere demostrar que sigue siendo independiente.

—Pero, ¿y si se le saltan los puntos?

—Eso no va a pasar —se inclinó y me dio un beso suave y rápido en los labios, justo en el momento en el que Aiden abría la puerta.

—¿Ves, mami? —sonrió— Estoy bien.

—Venga, a la cama entonces —dijo Alan, cogiéndolo de la mano.

Y mi corazón explotó en ese momento. Hasta ahora, el único hombre en el que había confiado Aiden era en su tío Jack, y porque era mi hermano. Yo no había tenido ninguna relación desde que perdí a Matt y, sinceramente, nunca creí que fuera a tenerla, mi vida, mi mundo, giraba en torno a mi hijo y nadie más podría ocupar mi corazón, pero en ese momento, al verlo con Alan…

Un par de golpecitos en la puerta me hicieron mirar, y no tardé en ver a la pequeña Alice asomándose y entrar corriendo.

—¡Alice! —gritó Aiden al verla.

—Aiden, ¿estás mejor?

—Sí, me han cosido, como mi abuela al osito de peluche.

—Ugh —la pobre puso una cara de asco, que los cinco adultos nos reímos al verla.

—Hermanita —Jack se acercó para darme un beso en la frente mientras me pasaba el brazo por los hombros—. Toma, ropa para los dos —me dio una bolsa de deporte.

—Gracias —la cogí y fui a dejarla en el armario.

—Mi vida, ¿qué tal noche habéis pasado? —preguntó mi madre, abrazándome.

—Yo me quedé dormida, pero Alan ha estado pendiente de él —contesté mirándolo.

—Se nota que es un buen hombre —sonrió, y fue a ver a su nieto, a quien cubrió de besos por toda la cara.

Gina saludó a su cuñado y sonreí al ver que llevaba uno de mis vaqueros y una camiseta beige con sus zapatos de tacón.

Se acercó a darle un beso en la frente a mi pequeño y vi que Alan cogía a Alice en brazos para sentarla en la cama con él.

La pequeña era un amor de niña, y se notaba que quería mucho a mi hijo, por el modo en que le cogió de la mano.

Mia y Brian, llegaron en ese momento, y al igual que los demás, me saludaron y abrazaron antes de acercarse a ver a mi niño.

La verdad es que todos se mostraban preocupados por el estado de Aiden, y no era para menos, porque cuando lo vimos temblar por la fiebre y vomitar de aquella manera, a todos nos dio cierto miedo.

—Hija, ¿por qué no aprovechas para darte una ducha ahora que estamos aquí? —me dijo mi madre.

—Sí, hermanita, te vendrá bien —añadió Jack.

—Y tú, socio, deberías ir a casa a cambiarte también, y dormir un poco —le dijo Brian a Alan.

—Estoy bien.

—No lo dudo, pero hazme caso. Vamos, te llevo para que no tengas que conducir.

Alan me miró como esperando que le dijera algo, pero, ¿qué? Por mucho café que hubiera tomado, estaba claro que debía dormir un poco, darse una ducha y ponerse ropa más cómoda.

A fin de cuentas, Aiden, era mi hijo, no el suyo.

—Estaremos bien, Alan —dije, frunció levemente el ceño de modo casi imperceptible para los demás, y asintió.

Brian y él, salieron de la habitación y yo aproveché que estaban los demás allí para darme una ducha y ponerme ropa cómoda.

Cuando salí, escuché la risa de Aiden y eso me hizo sonreír a mí.

Agradecía poder seguir teniéndolo, que llegáramos a tiempo de que lo atendieran, porque de lo contrario no sé qu

habría hecho.

El médico entró para ver cómo estaba mi niño y tras comprobar que había pasado la noche sin fiebre y que la enfermera le había hecho la primera cura, me confirmó lo que ella dijo un par de horas antes.

—Lo dejaremos ingresado hasta el martes por la tarde, las enfermeras le enseñarán a hacer las curas, pero no se preocupe, si viera algo en la herida fuera de lo normal, lo traen y le echamos un vistazo.

—Gracias doctor —sonreí mientras lo acompañaba a la puerta.

Poco después todos se despidieron de nosotros y quedaron en volver al día siguiente.

—Hija, yo me puedo quedar con vosotros, así no estás sola —me dijo mi madre.

—Estaremos bien, mamá. Vete a casa, ¿sí? Te llamaré si pasara cualquier cosa.

—No me voy tranquila, cariño —suspiró.

—Estaremos bien, de verdad —le di un beso en la mejilla y a regañadientes, acabó yéndose.

Mi hermano había llevado el libro de colorear de Aiden y algunos lápices, así que cuando nos quedamos solos, puse la televisión con sus dibujos favoritos de fondo y estuvo coloreando hasta que nos trajeron la comida.

Toda mi familia tenía un buen seguro médico, pero sabía que algunas cosas no las cubrirían, por lo que tendría que desprenderme de unos pocos ahorros para hacerme cargo de las facturas de aquellos días.

Después de dar de comer a Aiden, le entró sueño, así que lo ayudé a acomodarse en la cama, le di un beso en la frente y me senté de nuevo en el sillón mientras lo veía quedarse dormido.

Salí por un café a la máquina y cuando regresé me lo tomé junto al ventanal, disfrutando de las vistas de la playa que tenía ante mí.

habría hecho.

El médico entró para ver cómo estaba mi niño y tras comprobar que había pasado la noche sin fiebre y que la enfermera le había hecho la primera cura, me confirmó lo que ella dijo un par de horas antes.

—Lo dejaremos ingresado hasta el martes por la tarde, las enfermeras le enseñarán a hacer las curas, pero no se preocupe, si viera algo en la herida fuera de lo normal, lo traen y le echamos un vistazo.

—Gracias doctor —sonreí mientras lo acompañaba a la puerta.

Poco después todos se despidieron de nosotros y quedaron en volver al día siguiente.

—Hija, yo me puedo quedar con vosotros, así no estás sola —me dijo mi madre.

—Estaremos bien, mamá. Vete a casa, ¿sí? Te llamaré si pasara cualquier cosa.

—No me voy tranquila, cariño —suspiró.

—Estaremos bien, de verdad —le di un beso en la mejilla y a regañadientes, acabó yéndose.

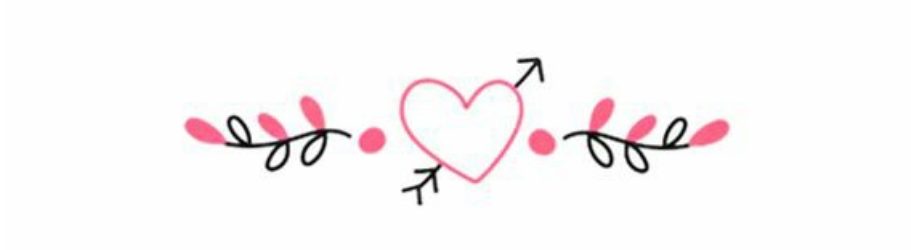
Mi hermano había llevado el libro de colorear de Aiden y algunos lápices, así que cuando nos quedamos solos, puse la televisión con sus dibujos favoritos de fondo y estuvo coloreando hasta que nos trajeron la comida.

Toda mi familia tenía un buen seguro médico, pero sabía que algunas cosas no las cubrirían, por lo que tendría que desprenderme de unos pocos ahorros para hacerme cargo de las facturas de aquellos días.

Después de dar de comer a Aiden, le entró sueño, así que lo ayudé a acomodarse en la cama, le di un beso en la frente y me senté de nuevo en el sillón mientras lo veía quedarse dormido.

Salí por un café a la máquina y cuando regresé me lo tomé junto al ventanal, disfrutando de las vistas de la playa que tenía ante mí.

Capítulo 19



Noté una caricia en la mejilla y cuando abrí los ojos, vi a Alan allí delante.

—Hola, preciosa —susurró y me dio un beso en los labios.

—Me he quedado dormida.

—Ya lo veo —sonrió—. Aiden sigue dormido.

—¿Qué haces aquí?

—Vine a haceros compañía.

—No tenías por qué, Alan. Bastante que te has quedado aquí toda la noche.

—Solo quería asegurarme de que tú dormías tranquila.

—Mientras no te quedes esta noche —le advertí.

—¿Vas a echarme de la cama? —Elevó ambas cejas.

—De la habitación —reí.

—Y yo que pensaba que podría volver a arroparte entre mis brazos mientras te quedabas dormida —suspiró.

Negué y me puse en pie para ir al cuarto de baño, cuando regresé, Aiden se estaba despertando y le pidió un vaso de agua a Alan, que no tardó en llenárselo de la jarra que teníamos en la mesita.

—Hola, mami —sonrió al verme.

—Hola mi vida. ¿Qué tal has dormido? —me acerqué a darle un beso.

—Bien, pero me sigue doliendo un poquito.

—Eso es porque está muy reciente todavía, cariño. ¿Quieres ver los dibujos?

—Sí.

Cogí el mando de la mesita y tras ponerle los dibujos que veía a esa hora, le dije que enseguida volvíamos.

Me llevé a Alan al pasillo para coger un café de la máquina y tomarlo allí mientras hablaba con él.

—¿Qué pasa, preciosa? —preguntó.

—Tenemos seguro médico, pero…

—No sigas por ahí —me cortó mientras me acariciaba la barbilla—. La clínica sabe que mi seguro lo cubre todo.

—¿Qué? No, Alan, no puedo aceptar eso.

—Ya está hecho, preciosa —se encogió de hombros y se inclinó para besarme.

—No tenías que hacerlo, de verdad.

—Quería, y lo hice, porque puedo.

Nos tomamos el café y regresamos a la habitación, donde encontramos a Aiden coloreando en el libro. Él solo había acercado la mesita hasta la cama, lo que me dejaba claro que mi hijo quería demostrar que era muy independiente.

Mi madre llamó para ver cómo estaba el niño y le di el teléfono para que hablara con ella. Alan, mientras tanto, revisaba algo en su móvil, y algo debía estar mal porque le vi fruncir el ceño.

—Tengo que irme —dijo poniéndose en pie.

—Claro. Gracias por venir.

—Volveré esta noche, ¿de acuerdo? —me acarició la mejilla y al ver que Aiden seguía distraído hablando con mi madre, me besó— Échame un poquito de menos, preciosa.

Se fue y cuando mi hijo terminó de hablar con mi madre, preguntó por Alan.

—Ha tenido que irse, cariño.

—¿Pero va a volver? Me gusta que esté aquí.

—Cariño, no tiene por qué quedarse todo el tiempo con nosotros.

—Ya.

La puerta se abrió y Alice entró corriendo cargando con un oso de peluche y un globo.

—¡Alice!

—Hola, Aiden —sonrió ella, acercándose a la cama—. Te hemos traído esto, que la habitación se ve muy triste.

—Gracias.

—Hola, Nicole.

—Gina, ¿qué hacéis aquí?

—Mi hija no dejaba de pedirme que viniéramos, quería ver a Aiden y traer algo para decorar la habitación —volteó los ojos.

—¿A que ahora está mejor, mami? —le preguntó la pequeña a Gina.

—Sí cariño, mucho mejor —sonrió.

—Súbeme a la cama, mami.

—Alice, hija, no deberías…

—Porfiii —dijeron los dos niños al unísono, con esos ojitos de cachorro con los que conseguían todo.

Gina sentó a Alice en el lado de la cama contrario a donde Aiden tenía la herida de la operación para que no le diera algún golpe, y los dos se pusieron a colorear en el libro mientras veían los dibujos.

—Te he traído algo a ti también —me dijo Gina, sacando una pequeña cajita de chocolates del bolso—. ¿Qué tal está el café aquí?

—El de la máquina, bastante bueno —sonreí—. Vamos.

Fuimos al pasillo por un café para cada una y nos sentamos junto al ventanal para tomarlo y comer algunos

chocolates.

—¿Ha venido mi cuñado? —preguntó.

—Sí, estuvo aquí un rato, pero se ha ido, debía ser importante, estaba mirando el móvil, parecía preocupado y, de repente, dijo que se iba.

—Le gustas —sonrió—. Conozco muy bien a Alan y sé que ha visto algo en ti.

—O solo es la impresión que te ha dado.

—No, te aseguro que le gustas.

—No quiero que Aiden se confunda, y tener a Alan cerca…

—Oye, no lo pienses, ¿sí? Tú deja que pase lo que tenga que pasar —hizo un guiño y me acarició el brazo.

Nos tomamos el café y regresamos a la habitación donde Alice y Aiden estaban riendo por algo, haciendo que nosotras sonriéramos.

Poco antes de la hora de cenar se marcharon quedando en que lo visitarían la tarde siguiente. Cuando trajeron la cena para ambos, ayudé a Aiden con la suya y después comí yo. Lo acompañé al cuarto de baño para que se lavara los dientes, lo aseé un poco para cambiarle el pijama y lo llevé de nuevo a la cama, donde me pidió que me recostara con él y le contara un cuento.

Abracé a mi hijo, le besé la frente y comencé con una de esas historias inventadas que a él tanto le gustaban, hasta que finalmente le venció el sueño.

Me quedé allí disfrutando el momento durante unos minutos más, y como me había pasado tantas veces antes, acabé llorando al pensar en Matt y todo lo que se había perdido de nuestro hijo, y lo que Aiden no había podido tener con su padre.

Sí, tenía a mi hermano en su vida y suplía a la perfección el puesto de padre, pero no era lo mismo.

Le di un último beso y me levanté para ir al cuarto de baño a asearme y ponerme un pijama que mi madre había metido en la bolsa. Cuando regresé, eché un vistazo a la hora en el móvil y me metí en la cama con la televisión puesta de fondo, viendo las imágenes en la pantalla, pero sin llegar a quedarme con lo que veía realmente.

Alan no había venido y tenía dudas de que fuera a hacerlo. Y por eso no le había dicho a Aiden que vendría tal como dijo, porque no quería que mi pequeño se llevara una decepción al no verlo entrar por la puerta.

Y no solo no quería que él se hiciera ilusiones, sino que yo misma no quería hacérmelas.

En algún momento acabé quedándome dormida sin darme cuenta, y me desperté al escuchar un ruido. Cuando abr los ojos vi a una de las enfermeras comprobando que Aiden estaba bien, y la televisión ya estaba apagada.

—Siento haberla despertado —dijo con una sonrisa de lo más amable.

—No se preocupe. ¿Está bien? —miré a Aiden.

—Oh, este jovencito está perfectamente. Solo comprobaba su temperatura y el apósito de la herida. Hay que vigilar bien a los niños, se mueven más que los adultos y si saltan los puntos…

—No debería haberme dormido —suspiré, tratando de salir de la cama.

—¿Dónde cree que va? —Frunció el ceño.

—Al sillón, seguro que ahí lo escucho mejor si se mueve.

—Querida, ese es nuestro trabajo —sonrió—. ¿O quiere que me despidan?

—No, por Dios.

a

—Estaba bromeando. Usted tiene que descansar. Mañana la enseñaremos a hacer las curas para que pueda hacerlo en casa, así que, duerma tranquila que iré viniendo a verlo cada hora. ¿No ha venido su marido?

—No es mi marido, solo un amigo.

—¿En serio? Ojalá tuviera yo un amigo que me mirara como él la mira a usted. Creo que él quiere ser algo más que solo un amigo —sonrió elevando ambas cejas—. Ahora descanse.

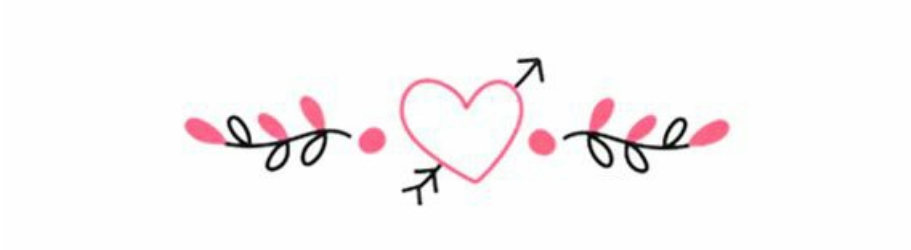
—Vale.

Volví a meterme en la cama y cuando la enfermera salió, eché un vistazo al móvil. Eran las doce de la noche y ya no contaba con que Alan viniera.

Dejé el móvil de nuevo en la mesita y se me pasó por la cabeza que, posiblemente, estaría con ella, con Ginger, en ese momento.

Yo no era quién para llamarlo y recriminarle nada, a fin de cuentas, no había nada entre nosotros, solo había sido sexo, nada más que algo de sexo.

Capítulo 20



Decir que esos dos días que el médico tuvo a Aiden bajo vigilancia y supervisión en todo momento habían pasado rápidos, era mentira.

Se me hicieron realmente interminables, ya que estaba acostumbrada a tener algo que hacer, siempre había algo en el trabajo que me tenía ocupada, y las horas de la mañana se me hicieron largas y demasiado pesadas sin nada que hacer en aquella habitación.

Me dijeron cómo tenía que hacerle las curas a Aiden, me trajeron algunas revistas para leer mientras él coloreaba o veía los dibujos, y hablé con mi madre, Mia y Gina.

Cuando le dije a Mike el lunes por la mañana que no iría a trabajar en unos días por lo ocurrido, me dijo que me tomara un par de semanas libres sin problema, aunque le dije que cuando estuviera en casa podría trabajar desde allí.

Mi madre vino a la hora de comer el lunes y se quedó con nosotros hasta que Aiden se echó la siesta. Gina y Alice, también nos visitaron esa tarde, al igual que Mia y mi hermano, cuando salieron del trabajo.

Pero ni rastro de Alan, y no quise preguntarle a Gina para no parecer ansiosa por querer saber de él.

El caso es que ni siquiera me había escrito o llamado para preguntar qué tal estaba Aiden.

Por eso, cuando por la noche una enfermera me entregó un ramo de flores y una caja de bombones con una nota, y leí que eran de él, sentí que me daba un vuelco el corazón.

Alan se disculpaba porque había tenido que salir de viaje a última del domingo a ver una de las construcciones que estaban llevando a cabo de un edificio de apartamentos que él había diseñado.

Lo mejor de todo fue que, al final de la nota, ponía *"¿Ves cómo sí que puedo ser un romántico?"*

Aquello me sacó una sonrisa, pero aún más grande fue la que se me dibujó esa mañana de martes cuando una enfermera entró en la habitación con una caja para Aiden, flores, bombones y mi perfume favorito para mí.

Alan le había comprado a Aiden un coche de esos de coleccionista a escala, de un deportivo rojo como los que vendía mi hermano en su concesionario, además de un nuevo libro para colorear.

De nuevo una nota para mí, que acaba con la siguiente frase:

“Tu romántico favorito”

Estaba loco, de eso no tenía ni la más mínima duda, pero ese hombre me hacía sonreír, y se estaba ganando a mi hijo poco a poco.

Cuando el médico vino a darle el alta, Gina y Alice estaban allí con nosotras, así que mientras yo recogía nuestras cosas, ella ayudó a Aiden a vestirse.

Nos acercó a casa y mi madre las invitó a quedarse a merendar, había preparado un bizcocho marmoleado con chocolate que a Aiden le encantaba.

—Entonces, hija, ¿vas a quedarte estos días trabajando desde casa? —me preguntó mientras recogíamos todo.

—Sí, aunque sea solo esta semana.

—Mike te dijo que cogieras dos semanas —me recordó.

—Lo sé, pero si Aiden se encuentra mejor al final de esta, me incorporaré el próximo lunes a la oficina.

—Nicole, si quieres, cuando te incorpores, puedo venir a echar una mano a tu madre por las mañanas. Seguro que a Aiden le encantará tener la compañía de Alice.

—No es mala idea —dijo mi madre—. Esos dos son casi inseparables —rio.

Llamaron al timbre y mientras ellas terminaban de colocar todo en el lavavajillas, fui a abrir suponiendo que serían Mia y mi hermano, pero en lugar de ellos, fue a Alan, a quien encontré al otro lado de la puerta.

—Hola, preciosa —sonrió y se inclinó para besarme.

—Hola. ¿Ya has regresado de tu viaje?

—Sí, acabo de aterrizar. Quería estar a tiempo para traeros a casa, pero me ha sido imposible —contestó mientras pasaba.

—No te preocupes, Gina y Alice estaban allí, así que nos han traído ellas. Gracias por los regalos, por cierto.

—¿Te he parecido suficientemente romántico? —Arqueó la ceja.

—Aún te falta mucho —sonreí.

—¿Mucho?

—Mucho.

—Vale, llegaré a ser un gran romántico —hizo un guiño y me rodeó por la cintura para besarme de nuevo.

Estaba guapísimo con el traje de hombre de negocios, por no hablar del modo en el que me besaba.

—¿Me has echado de menos? —preguntó.

—No —mentí, porque la noche del domingo sí que esperaba volver a verlo.

—Pues yo a ti sí —susurró.

—Mami, ¿quién ha venido? —preguntó Aiden desde el salón.

Alan caminó hacia allí y cuando lo vio, mi hijo sonrió al tiempo que levantaba el brazo con el puño cerrado y él lo chocó despacio en un saludo.

—¿Cómo estás, campeón?

—Bien. ¿No has podido venir estos días a verme?

—No, tuve que viajar por trabajo. Pero ya estoy aquí y si a tu mami no le importa, vendré a verte todas las tardes —dijo mirándome.

—Claro que no me importa —sonreí.

—Hola, Alan —lo saludó mi madre, al entrar en el salón.

—Susy, ¿cómo estás? —le dio un par de besos.

—Bien, hijo. ¿Quieres un café y un trozo de bizcocho?

—Mi abuela hace el bizcocho de mármol más bueno del mundo —dijo Aiden.

—De mármol, no, cariño —rio mi madre—. No asustes a Alan, a ver si va a pensar que le voy a poner un trozo de baldosa en un plato.

—Marmoleado —sonrió Gina—. Es de yogur y chocolate.

—Suena rico, ponme un trozo.

—Ya voy yo, mamá. Tú quédate aquí que llevas todo el día en la cocina —le pedí, y ella asintió.

—Te acompaño —escuché a Alan a mi espalda y me siguió hasta la cocina.

Cuando llegamos, no dudó en cerrar la puerta y atraparme entre sus brazos para devorar mis labios con una intensidad y posesión que no esperaba encontrar en él.

Me cogió en brazos y no dudó en sentarme en la encimera de la cocina, mientras sus manos me tocaban por todas partes. Me estremecí al sentir las yemas de sus dedos por los costados, y gemí cuando los pulgares se posaron en los pezones y comenzaron a frotarlos.

Una de las manos comenzó a bajar y no tardé en notar que se adentraba por los leggins, así como por la braguita, y el pulgar fue directo al clítoris.

)

Agarré con fuerza la tela de la chaqueta de Alan y él empezó a mover el dedo cada vez más rápido, haciendo que me excitara en cuestión de segundos. Me penetró con uno de los dedos y me llevó al límite, hasta que me bajó de la encimera, me colocó de espaldas a él y, tras hacer que me inclinara sobre ella, bajó mi ropa y escuché cómo liberaba su miembro.

Ese que en un rápido movimiento ya estaba dentro de mí, llenándome por completo una embestida tras otra mientras Alan, con una mano me sostenía por la cadera de modo que me movía atrayéndome hacia el encuentro con su pelvis, y con la otra me cubría la boca para amortiguar mis gemidos.

Mi familia y la suya estaban a solo unos metros de nosotros, y ahí estábamos los dos, dejándonos llevar por las ganas y el deseo que, por mucho que hubiera querido negar, sentía por él.

—Dime otra vez que no me has echado de menos, preciosa, pero haz que me lo crea —susurró en mi oído.

—No te he echado de menos —jadeé.

—Mi mentirosa favorita —susurró de nuevo, y se apoderó de mis labios mientras me penetraba cada vez más y más fuerte.

Cuando ambos sentimos esa necesidad de liberar el clímax, Alan me agarró por la cadera con todas sus fuerzas y nos dejamos llevar, alcanzando el orgasmo al unísono.

Se recostó sobre mi espalda mientras ambos tratábamos de recobrar el aliento, y me besó el cuello y el hombro con ternura antes de retirarse.

Tras ayudarme a recomponerme, le serví el café y un trozo del bizcocho y nos quedamos allí hasta que ambos, o a menos yo, dejé tener ese aspecto de haber tenido sexo.

—¿Vas a seguir diciendo que no me has echado de menos? —Arqueó la ceja.

—En absoluto.

—Preciosa, a mí, no puedes mentirme. Tus ojos, tu cuerpo, no dicen lo mismo que tu boca.

—¿Tú me has echado de menos? —pregunté de vuelta mientras me cruzaba de brazos.

—Sí.

—No me lo creo. Seguro que Ginger no es la única que quiere algo contigo.

—Preciosa, ella no significa nada para mí —se acercó y me cogió por las caderas mientras me miraba fijamente.

—¿Y qué significo yo, Alan?

—Eso es lo que estoy tratando de averiguar —fue inclinándose hasta besarme en los labios, y apoyó la frente en la mía—. Por lo pronto, he descubierto que me gusta estar contigo, y también con Aiden.

—Te gusta tener sexo conmigo, querrás decir.

—Oh, sí, eso también, puedes estar segura de ello —sonrió—. Pero, hablo en serio, Nicole, me gusta pasar tiempo contigo.

—Creo que deberíamos salir, o los niños pensarán que nos hemos ido a buscar el café y el bizcocho al otro lado del mundo.

—Dame un beso antes —me pidió.

—Ya te he dado muchos —sonreí.

—Quiero otro, porque, a saber, cuándo volveré a poder besarte.

—¿Tendrás morro? Si me besas cuando quieres, que me robas muchos más de los que me pides.

—Es que esos me saben mejor —hizo un guiño y se lanzó de nuevo a mis labios.

No sabía qué tenía ese hombre, lo que sí sabía era que, por algún motivo, no podía mantenerme alejada de él por mucho que quisiera.

Regresamos al salón y las miradas de mi madre y Gina, me dejaron claro que sabían qué había pasado en la cocina entre nosotros, los niños por suerte se mantuvieron ajenos a ese hecho.

Aiden se veía tan bien con Alan que a mí me salía la sonrisa sola tan frecuentemente, que empecé a temer seriamente que acabaría enamorándome de él, eso si no lo estaba ya.

Mia y Jack llegaron una hora después y mi madre, propuso que se quedaran todos a cenar, así que aceptaron.

Alan no dejaba de tener muestras de cariño conmigo, me acariciaba la mano o la pierna cuando los niños no podían verle, y cuando ya se iban todos Aiden le dijo que no se olvidara de venir a verlo cada tarde.

—No te preocupes, campeón, que aquí me tendrás —chocó el puño con él y se despidió de mí, con un beso demasiado cerca de la comisura de los labios—. Nos vemos mañana, preciosa —susurró, y asentí.

Gina, Mia y Jack, tenían esas sonrisas de quien sabe lo que ocurre y yo acabé resoplando.

Cuando nos quedamos los tres solos en casa me llevé a Aiden a la cama y tras ponerle el pijama, dijo algo que jamás habría imaginado que escucharía.

—Alan, es un buen papi.

—¿Por qué lo dices, cariño?

—Porque, como el tío Jack conmigo, se preocupa mucho por Alice. Y a mí, creo que también me quiere. Es un buen papi con Alice.

—Sí lo es, mi vida —le di un beso en la frente—. ¿Te leo un cuento?

—Sí.

Cogí uno de la estantería, me recosté en la cama con él y comencé a leer. Apenas si pudo quedarse despierto unos minutos pues estaba agotado.

Cuando salí de la habitación vi a mi madre yendo hacia la suya.

—Me gusta —dijo.

—¿El qué?

—Alan —sonrió—. Me gusta Alan para vosotros. Os hace bien a los dos.

—Mamá, no empieces, y no veas cosas donde no las hay.

—Vale, pero, a modo de observación nada más, ¿has ido a buscar el café y el bizcocho a la cafetería de tu trabajo andando? Porque habéis tardado un poquito en salir de la cocina.

—Ay, mamá —volteé los ojos, notando las mejillas sonrojadas.

—Hacéis muy buena pareja, y aunque Aiden no necesite un padre, Alan sería el mejor que podrías darle. Buenas noches, cariño —me dio un beso en la mejilla y entró en su habitación.

Me fui a la mía y una vez allí pensé en lo que mi madre y Aiden me habían dicho, y sí, al igual que ellos, sabía que Alan podría llegar a ser un buen padre el día que quisiera tener hijos, pues según sus palabras, no quería formar una familia por ahora.

Cuando salí de la habitación vi a mi madre yendo hacia la suya.

—Me gusta —dijo.

—¿El qué?

—Alan —sonrió—. Me gusta Alan para vosotros. Os hace bien a los dos.

—Mamá, no empieces, y no veas cosas donde no las hay.

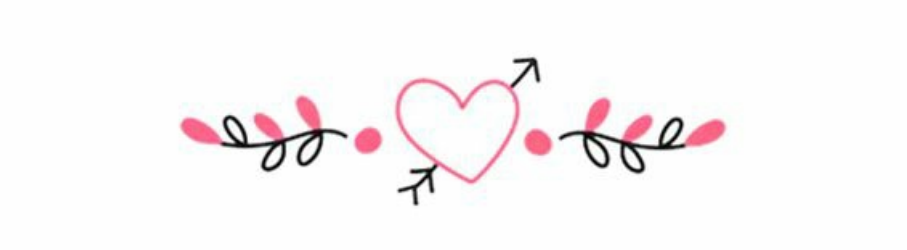
—Vale, pero, a modo de observación nada más, ¿has ido a buscar el café y el bizcocho a la cafetería de tu trabajo andando? Porque habéis tardado un poquito en salir de la cocina.

—Ay, mamá —volteé los ojos, notando las mejillas sonrojadas.

—Hacéis muy buena pareja, y aunque Aiden no necesite un padre, Alan sería el mejor que podrías darle. Buenas noches, cariño —me dio un beso en la mejilla y entró en su habitación.

Me fui a la mía y una vez allí pensé en lo que mi madre y Aiden me habían dicho, y sí, al igual que ellos, sabía que Alan podría llegar a ser un buen padre el día que quisiera tener hijos, pues según sus palabras, no quería formar una familia por ahora.

Capítulo 21



Eran la una y media del viernes, y estábamos terminando de poner la mesa para comer, cuando sonó el timbre.

—Voy yo, hija —dijo mi madre.

Aiden seguía viendo dibujos, recostado en el sofá, lo dejábamos allí para que mantuviera todo el reposo que pudiera y evitar que se le saltaran los puntos. La verdad es que ya tenía la incisión bastante bien, le hacíamos las curas entre las dos por la mañana y por la noche, como en la clínica, y mi niño se portaba como todo un pequeño valiente.

—Mirad quién ha venido a comer —me giré al escuchar a mi madre y vi a Alan.

—¡Alan! —gritó Aiden, y se incorporó despacio.

—Hola, campeón, ¿cómo estás hoy?

—Mucho mejor. Y la costura también, ¿verdad mami?

—Sí, mi vida —sonreí, porque le dio por decir que lo suyo era una costura y no lo sacábamos de ahí.

—Espero que no os importe que haya venido antes, pero no me apetecía comer solo.

—Tranquilo, hijo, que tenemos lasaña de sobra —contestó mi madre—. ¿Qué quieres beber?

—Lo que tengáis está bien.

—Menos mal que suelo tener cervezas para cuando viene Jack —dijo mi madre, yendo a la cocina.

—Hola, preciosa —me miró con esos ojos azules que me hacían temblar mientras me acariciaba la mejilla y se inclinó para besarme en la otra—. Ey, amiguito, con cuidado —le dijo a Aiden al ver que iba a levantarse.

—Lo hago despacio, Alan, no te preocupes.

—Recuerda que si se salta algún punto…

—Sí, lo sé, puedo sangrar y mami se asustaría.

—No hijo, me moriría del susto —volteé lo ojos.

—Aquí está la cerveza —dijo mi madre.

Alan se quitó la chaqueta, se arremangó la camisa y se sentó a mi lado. Para cualquiera que nos viera en ese momento pensaría que éramos una familia, y en verdad lo parecíamos.

—¿Qué tal el trabajo, Alan? —se interesó mi madre, mientras le servía lasaña.

—No me quejo —sonrió—. Nos han encargado el diseño de un nuevo edificio para oficinas que quieren construir en Boston.

—A un arquitecto desde luego que nunca le falta trabajo.

—No, y que sea así durante muchos años —sonrió.

—Alan, ¿tú podrías diseñar una casa del árbol para mí?

—Aiden, hijo, ¿y en qué árbol quieres construirla? No tenemos ningún árbol tan grande en el jardín —le dije.

—Podemos diseñar una casa y construirla al lado del porche —propuso Alan.

—¿En serio? —preguntó mi hijo emocionado.

—No —respondí.

—Hija, a mí me parece una buena idea. Eso sería como un cuarto de juegos para él —dijo mi madre.

—Mamá.

—Por favor, mami. Alice tiene un cuarto de juegos y su habitación siempre está recogida, no tiene los juguetes por en medio como yo.

—Eso es porque Alice los recoge, y tú no.

—Más bien es Gina quien lo hace —dijo Alan con una sonrisa.

—No me estás ayudando, Alan —reí.

Mi hijo me miró con esos ojitos y el puchero que era el arma que siempre empleaba para persuadirme, y ante eso fui débil y acabé accediendo.

—¡Bien! —dijo levantando las manos cuando le dije que sí.

—Otro encargo más, sabía que hoy sería un buen día —comentó Alan.

Después de comer, mientras mi madre y yo recogíamos la mesa y preparábamos café, Alan y Aiden, estuvieron dando forma a varios bocetos de cómo podría ser la casa. Cuando acabamos de tomarlo, mi pequeño se despidió de Alan con un abrazo ya que mi madre, lo llevaba a su dormitorio para que se echara la siesta.

—¿Estarás aquí cuando me despierte? —le preguntó.

—¿Cuánto sueles dormir?

—Hora y media, o dos horas —contesté yo.

—Me quedo, así le hago compañía a tu mami.

—Vale —Aiden sonrió y se fue a la habitación con mi madre.

En el momento en el que los perdimos de vista por el pasillo, Alan me cogió de la mano para levantarme de la silla y que me sentara sobre su regazo. Fue directo a por mi boca y me besó con esa necesidad y urgencia que yo misma había sentido desde que lo vi entrar.

—Vamos a tu habitación, preciosa —dijo tras darme un mordisquito en el labio inferior.

—¿Te has vuelto loco? No voy a hacer nada con mi madre y mi hijo en la casa.

—Eso ya lo veremos —sonrió poniéndose en pie y haciendo que le rodeada con las piernas por la cintura—. ¿Qué puerta es? —preguntó cuando llegamos al pasillo, y le indiqué la de mi habitación— Buena chica —volvió a besarme.

En cuanto entramos en la habitación y cerró la puerta, no dudó en hacerlo también con el pestillo, de modo que nadie podía entrar sin antes llamar.

—Alan, esto no está bien. Si Aiden se despierta…

—Has dicho que dormía una hora y media o dos, así que, tenemos tiempo de sobra para hacer todo lo que te quiero hacer.

—No me mires así, que me pones nerviosa.

—Y tú, a mí, me pones en un estado permanente de excitación, preciosa —volvió a besarme y noté que me recostaba en la cama.

Poco a poco fue desnudándome, dejando besos por todo mi cuerpo, y cuando quedé completamente expuesta ante su mirada, se colocó entre mis piernas para besarme la cicatriz de la cesárea.

Jamás pensé que pudiera hacer algo tan tierno.

Se puso en pie y tras quitarse la corbata, siguió despojándose del resto de su ropa hasta que, al igual que yo, no quedó una sola prenda que nos supusiera una barrera.

Cogió la corbata que había dejado sobre la cama y sonrió mientras me miraba.

—¿Por qué sonríes? —Fruncí el ceño.

—Voy a vendarte los ojos.

—¿Qué? No, no, de eso nada.

—Es solo para que lo sientas todo mucho más intensamente, no te preocupes. Pero antes, una pregunta: ¿tienes aceite para masajes por aquí en algún lugar?

—¿Aceite para masajes? No. Tengo un aceite corporal que uso para hidratar la piel.

—Ese es perfecto. ¿Dónde está?

—Alan, ¿qué vas a hacer?

—Tú dime dónde guardas el aceite, preciosa.

—En la puerta de la cómoda —suspiré, y fue a cogerlo.

Cuando regresó, con una sonrisa de oreja a oreja de esas que muestra quien se siente victorioso, dejó el bote de aceite en la mesita de noche y me cubrió los ojos con la corbata.

—No veo nada —dije.

—¿Segura?

—Segurísima, Alan —resoplé—, todo cuanto puedo ver es negro.

—Perfecto —me besó y volví a notar que la cama se movía.

Lo siguiente que sentí fue el frío líquido cayendo en mi vientre y unos segundos después, las manos de Alan fueron extendiéndolo despacio por el vientre y los muslos, hasta que sentí ambas manos en mi zona íntima.

Me aguanté el jadeo porque no quería que nos escucharan, Aiden estaba en la habitación de al lado y mi madre justo en frente. Me moriría de vergüenza si me oyeran.

Alan siguió tocándome y a cada segundo que pasaba me sentía más y más excitada. Cuando me penetró, no pude reprimir el gemido por más tiempo, y lo dejé salir tan bajito como fui capaz.

—Así es, preciosa, disfrútalo —dijo mientras seguía penetrándome con un dedo, y excitándome aún más sin dejar de pasar el pulgar por mi clítoris.

Llevé ambas manos hacia arriba y me agarré a la almohada cuando la toqué, lo hice con tanta fuerza que acabé clavando las uñas.

Volví a gemir cuando Alan pasó la lengua despacio por toda mi zona, haciendo que notara el clítoris aún más sensible. Sin dejar de penetrarme, siguió lamiendo sin parar, cada vez más rápido, con más avidez, moviendo esa lengua sin vergüenza ni pudor alguno.

—Alan —jadeé cuando noté que estaba a punto de llegar al borde del abismo en ese momento.

Él no dijo nada, se limitó a seguir penetrándome y lamiendo hasta que me hizo alcanzar un intenso orgasmo por el que tuve que ponerme la almohada sobre la cara para gritar al tiempo que me corría y movías las caderas para notar aún más cada movimiento de Alan en mi zona.

No tardó en penetrarme de una certera y contundente embestida, y tras quitarme la almohada comenzó a besarme con esa urgencia que solía mostrarme.

Sentí que podría desmayarme ante el placer que me estaba dando, pero tras unos minutos entrando y saliendo de mí, se retiró y me quitó la corbata con la que me había cubierto los ojos.

Cuando acostumbré la vista a la claridad, lo vi ante mí y, antes de que la vergüenza me consumiera, llevé la mano a su miembro erecto y lo envolví con cuidado.

Alan jadeó al notar mi mano y cuando empecé a moverla despacio, arriba y abajo, cerró los ojos unos segundos.

En el momento en el que los abrió de nuevo, nuestras miradas se cruzaron y vi el deseo en ellos, me sentí libre y un tanto poderosa.

Eso lo había provocado yo, y él estaba disfrutando de lo que le hacía. Y entonces pensé en que podía devolverle un poco de ese placer que él me había dado minutos antes.

Sin dejar de mirarlo, y mordisqueándome el labio debido a que me sentía un poco tímida a pesar de haberme lanzado a ello, me arrodillé a su lado y me incliné. Deslicé la lengua poco a poco sobre toda su longitud y cuando llegué al glande, comencé a acogerlo en mi boca.

—Nicole —jadeó, y no tardé en notar cómo su miembro palpitaba.

Seguí acogiéndolo una y otra vez, deslizando la lengua por él hasta que noté que sostenía mi cabello con una mano y me guiaba.

No dudé en ponerme en sus manos, en darle el control de la situación en ese momento, y cuanto más lo escuchaba jadear, más me excitaba yo.

Tras unos minutos hizo que me apartara y me devoró la boca con furia mientras mantenía mi cabeza inclinada hacia atrás aun sosteniéndome el pelo con la mano.

Noté su otra mano entre mis piernas, deslizando la palma por mi sexo una y otra vez, haciendo fricción con ella en mi clítoris hasta conseguir que gimiera en su boca.

Y entonces, en un movimiento rápido y que no esperaba, sentí una leve cachetada justo sobre mi sensible y excitado clítoris que hizo que gimiera aún más.

—Si tuviera una fusta ahora mismo, preciosa —murmuró tras darme un mordisquito en el labio—. Pero lo haremos así.

Volvió a devorar mis labios en un beso tan fiero como excitante, y de nuevo dio con la palma de la mano en mi sexo.

Gemí, presa de ese placer, y Alan siguió azotando esa zona una y otra vez, hasta que comenzó a penetrarme de nuevo y me hizo volver a correrme.

Me colocó de rodillas en la cama, con las manos apoyadas en la pared del cabecero y las piernas separadas, se situó a mi espalda y de una poderosa y certera embestida, me penetró de nuevo hasta llegar a lo más profundo de mi ser.

Pellizcaba mis pezones y tiraba de ellos mientras entraba y salía con fuerza de mí, moviéndonos al unísono una y otra vez sin parar, hasta que ambos sentimos que nos acercábamos al orgasmo sin poder retrasarlo más tiempo.

Llevó una mano a mi sexo y comenzó a jugar con el clítoris entre sus dedos, a hacer círculos sobre él mientras seguía penetrándome, y cuando no pude más y noté cómo su miembro palpitaba y se engrosaba entre los músculos internos de mi vagina, busqué sus labios para besarlo y poder gemir y gritar mientras liberábamos el clímax al unísono.

En el momento en el que todo acabó, nos quedamos allí abrazados recobrando el aliento antes de recostarnos en la cama, donde Alan me abrazó y besó el cuello y el hombro hasta que sentí que me quedaba dormida.

Desperté tiempo después notando la yema de sus dedos acariciándome la cadera, abrí los ojos y sonrió.

—Hola —se acercó a besarme.

—¿Cuánto tiempo he dormido? —pregunté con la voz aún somnolienta.

—Menos de una hora.

—Aiden debe estar a punto de despertarse.

—Sí —subió la mano por el costado y volvió a acercarse para besarme—. Y es una pena que no tengamos tiempo para una nueva ronda.

—Alan —reí.

—Lo sé, ser padres es lo que tiene —suspiró, pero no dije nada sobre lo que acababa de decir.

—Mañana vendrán Mia y Jack a cenar, ¿te apetece venir? He pensado en invitar también a Gina y así Alice y Aiden se ven. Además, seguramente Mia venga con Brian.

—Parece que están saliendo de manera oficial, ¿no?

—No sé si como una pareja, pero se ven muy a menudo, sí —sonreí.

—Creo que se complementan bien —comentó, mirándome fijamente y acariciándome la mejilla.

—Será mejor que nos levantemos y vayamos al salón antes de que lo haga Aiden, no quisiera que…

—Entiendo —me besó—. No necesito explicaciones, preciosa.

Nos levantamos, y después de vestirnos, abrí la puerta despacio y una vez comprobé que no había nadie en el pasillo, salimos y fuimos a la cocina.

Mi madre y Aiden, aún no estaban por allí, así que preparamos café para nosotros tres y un tazón de leche y cacao scon galletas para mi hijo, y lo llevamos al jardín, donde no tardaron en aparecer ellos.

Aiden sonrió y fue directo a por Alan, que no dudó en cogerlo en brazos para sentarlo en su regazo y le dio un beso en la frente.

Mientras ellos hablaban, mi madre y yo observábamos detenidamente la escena, ella sonreía y no tenía la menor duda de que Alan le gustaba, incluso a Aiden le gustaba la compañía de aquel hombre.

Lo malo de todo era que a mí no solo me gustaba su compañía, o su personalidad, y la manera en la que se relacionaba con mi hijo, sino que sentía algo más por él.

Algo tan fuerte como la palabra que, con solo cuatro letras, podía ser tan poderosa, letal y dolorosa como una herida profunda que no deja de sangrar.

Porque sí, yo no me había permitido sentir nada así por nadie desde que perdí a Matt, y si lo estaba sintiendo ahora quería decir que ese hombre había conseguido derribar mis barreras y hacerme ver que un hombre puede congeniar con un niño que no es su hijo.

—Cariño, ¿estás bien? —me preguntó mi madre.

—Sí —sonreí—. Voy por unas pastas para el café.

Ella asintió y fui a la cocina por la cajita de pastas que nunca podían faltar en casa.

Cuando regresé, la risa de Aiden mezclada con la de Alan hizo que el corazón me diera un vuelco.

¿Sería posible que un hombre como él pudiera ser un buen padre para mi hijo?

Me quité esa idea de la cabeza pues Alan dejó claro que la familia no era para él.

Salí con las pastas, Alan me sonrió al tiempo que me hacía un guiño, y cuando me senté con ellos le dije a mi madre, que lo había invitado a cenar al día siguiente.

—Pues muy bien, hija. ¿Has llamado a Gina?

—No, voy a llamarla ahora.

—Y luego llama a tu hermano, para que traiga más carne para la barbacoa, cervezas y refrescos.

—Y helado, abuela.

—No, nada de helado por la noche que luego te pones malo —le advertí.

—Pero, mami…

—Aiden, ya has oído a tu madre —le dijo Alan—. Tienes que hacerle caso.

—Vale —respondió.

Y tanto mi madre, como yo, nos miramos, sin duda alguna, con el mismo pensamiento.

Alan sería una figura paterna perfecta para mi pequeño Aiden.

—Y luego llama a tu hermano, para que traiga más carne para la barbacoa, cervezas y refrescos.

—Y helado, abuela.

—No, nada de helado por la noche que luego te pones malo —le advertí.

—Pero, mami…

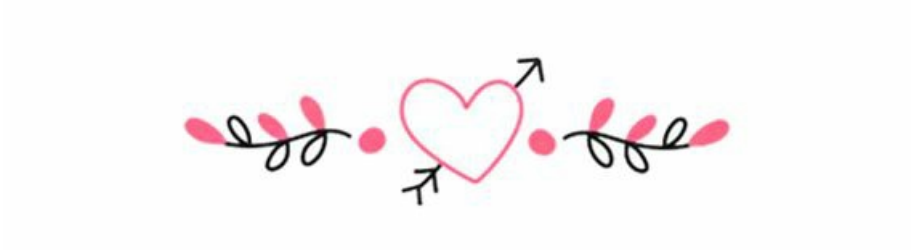
—Aiden, ya has oído a tu madre —le dijo Alan—. Tienes que hacerle caso.

—Vale —respondió.

Y tanto mi madre, como yo, nos miramos, sin duda alguna, con el mismo pensamiento.

Alan sería una figura paterna perfecta para mi pequeño Aiden.

Capítulo 22



Aiden no dejaba de preguntar cuándo llegarían todos, y es que mi niño estaba deseando ver a su amiguita Alice y enseñarle la maqueta del *Empire State Building* que Alan le había hecho llegar esa mañana.

Ya la había colocado en su habitación, en la estantería junto a la maqueta del coche que también le envió estando en la clínica tras la operación.

A mi pequeño le gustaban los coches, algo normal pues era sobrino de un gran aficionado del motor como mi hermano, por eso no me extrañó que le gustara la maqueta del coche, pero que mostrara aquel interés y admiración por la maqueta de un edificio de New York que no había visto más que en la televisión, me sorprendió y mucho.

Mi madre ya tenía una ensalada preparada y las mazorcas de maíz con las que acompañaríamos las hamburguesas Habíamos llevado todo lo necesario a la mesa del jardín y yo ya acababa de dejar la barbacoa lista para que cuando llegara Jack con la carne, la pusiera a hacerse.

Y hablando de mi querido hermano mayor, por la puerta aparecía.

—Hola, hermanita —dijo cuando llegó hasta mí—. ¿Ya está lista para poner la carne? —preguntó al ver las brasas.

—Toda tuya, hermano —sonreí y me puse de puntillas para darle un beso.

Fui al salón a ver a Aiden y allí seguía, recostado en el sofá viendo la televisión mientras esperaba.

El timbre sonó y fui a abrir mientras mi madre terminaba de hacer la limonada que le había pedido Aiden.

—¿Llegamos a tiempo o ya os habéis comido todo? —dijo Mia.

—Anda, pasa —reí, nos dimos un abrazo y saludé a Brian, que venía con ella—. Mi hermano está con la barbacoa, por si quieres acompañarlo —le dije a él.

—Ah, la barbacoa es cosa de hombres esta noche, ¿eh? Dime que tenemos cervezas.

—Ahora os llevo un par —sonreí, y Brian asintió mientras iba hacia el jardín, saludando a Aiden antes de salir.

Mia y yo fuimos a la cocina por las cervezas y le dio a mi madre una bolsa en la que había traído una tarta de manzana casera de la pastelería que había en la esquina de su calle.

—No tenías que haber traído nada, Mia.

—Susy, un dulce siempre es bienvenido en una comida o una cena.

—Pues también es verdad —rio mi madre, que sí, era una mujer a la que le gustaba comer sano y no aparentaba los sesenta y ocho años que tenía, pero a la que le encantaba el dulce, igual que a nosotras.

Cogimos las cervezas y cuando íbamos hacia el jardín llamaron una vez más a la puerta.

—Hola, Nicole —me saludó Alice mientras entraba corriendo en la casa.

—Hola, Alice —reí.

—Esta hija mía —Gina volteó los ojos—. Y demos gracias a que te ha saludado, que la conozco y le advertí de ello. Antes de ir a ver a Aiden, saluda a quien abra la puerta.

—A ver, caso te ha hecho —reí de nuevo—, pero ha entrado como si fuera *Flash*.

—Siente pasión por tu hijo.

—Es mutuo, te lo aseguro.

Vi a Alan acercándose, Gina entró para ir a la cocina a saludar a mi madre, y yo me quedé allí esperando al arquitecto, que no podía estar más guapo.

Llevaba unas bermudas en color beige con un polo blanco y las deportivas del mismo color, muy casual y de sport, y es que a ese hombre cualquier prenda le sentaba bien, era como un modelo de revista.

—Hola, preciosa —sonrió mientras me rodeaba por la cintura y se inclinó para besarme—. ¿Me echabas de menos? —Arqueó la ceja

—No.

—Mentirosa —susurró en mi oído y me dio un leve mordisquito en el lóbulo al tiempo que me apretaba una nalga

Cerré la puerta y fuimos hacia el salón, donde vimos aparecer a Alice y Aiden, que sonrió al ver a Alan y vino hacia él.

—Gracias por la maqueta, me gusta mucho —le dijo cuando él lo cogió en brazos.

—Me alegra escuchar eso, campeón. Yo de pequeño tenía varias maquetas de edificios.

—¿Hay más? —preguntó con los ojos muy abiertos.

—Muchas —rio Aiden—. Ya tendrás tu propia colección —le dio un beso en la sien y lo bajó de nuevo.

Verlos a los dos interactuar de ese modo y llevarse tan bien, era increíble. Habían conectado tanto, que no podía dejar de temer el momento en el que Alan y yo dejáramos de vernos, y que Aiden lo pasara mal.

Los niños se cogieron de la mano para ir al jardín y sonreí al verlos. Eran los dos de la misma estatura y tan rubios que parecían mellizos.

Mi madre apareció con la limonada, se llevó a Alan al jardín y yo fui a la cocina a por el pan de hamburguesas y perritos, pues era lo que tocaba cenar esa noche.

Saludable, lo que se decía saludable, lo único que habría en la mesa serían la ensalada y las mazorcas.

Cuando salí ya estaban todos hablando y riendo, mi madre había servido ensalada para cada uno en su plato y Jack me miraba como siempre, con ese gesto de “mamá y las ensaladas”, que me hizo reír.

—¿Qué pasa, hija? —me preguntó ella.

—Nada, mamá.

—¿Y te ríes por nada?

—Es Jack, que me pone caras raras.

—Toda la vida igual, vaya dos —sonrió, a sabiendas que, desde bien pequeño, mi hermano siempre me había puesto caras raras solo para buscarme la lengua.

—Susy, la ensalada está buenísima —dijo Gina, que había pinchado un buen montón de ella—. ¿Qué le has puesto? Hay una especia que no consigo distinguir, ¿qué es?

—Ni lo sabrás nunca —rio Jack—. Esa especia es el condimento secreto de mi madre para las ensaladas y según dice, solo nos lo dirá cuando el Creador la llame para reunirse con él.

—Así es —sonrió mi madre—. Todo buen chef tiene sus secretos.

—Pues espero que la compartas conmigo —comentó Gina.

—Desde luego que sí, cielo.

Una vez estuvieron listas las mazorcas, y las primeras salchichas y hamburguesas, fuimos cogiendo todos para comer una u otra.

Alan estaba sentado a mi lado y no dejaba de acariciarme la rodilla cuando tenía oportunidad, por no hablar de qu estaba muy pendiente de Aiden, a quien tenía a su izquierda.

Tanto Mia, como mi madre y Jack, se dieron cuenta de eso y sonreían cuando me miraban.

Mi hermano también estaba pendiente de Alice, se notaba que tanto él, como Alan, estaban más que acostumbrados a cuidar de sus respectivos sobrinos.

—Deberíamos hacer esto al menos una vez al mes —propuso Mia.

—Yo, encantada —dijo mi madre—. Ya sabéis que cuanta más gente en casa, mejor —sonrió.

—No, pero habría que ir turnando, un día aquí, otro en mi casa —comentó Gina.

—Otro en la mía —dijo Alan.

—O en la mía —añadió Brian.

—Sí, sí, en casa de quienes tengan jardín y barbacoa, yo en el apartamento como no haga las hamburguesas en la plancha —Jack volteó los ojos.

—No, hermano, en tu apartamento es imposible —reí.

—Voy a tener que plantearme volver aquí, o comprarme una casa con jardín.

—Lo segundo, tío Jack —contestó Aiden—, así pones un columpio en el árbol.

—Mira, el niño te aclaró la duda —rio Brian.

Seguimos comiendo y charlando entre risas hasta que no quedó nada en la mesa, ni siquiera sobró ensalada.

Me levanté para recoger y cuando vi que mi madre lo hacía también, le pedí que se quedara allí, que bastante liada había estado en la cocina toda la tarde.

Fue Alan quien se unió a mí para llevar los platos y cubiertos hasta la cocina.

—Alan, para —reí tan bajito como pude cuando sentí sus manos por dentro de mi camiseta.

—No puedo, eres como un imán, atrayéndome todo el tiempo —contestó mientras me besaba el cuello desde atrás.

e—Puede venir alguien.

—Como si no supieran que estamos juntos —resopló, y fruncí el ceño.

Porque no estábamos juntos, al menos en lo que abarcaba aquella palabra.

Me pegó más a él y noté su entrepierna rozándome las nalgas, cerré los ojos cuando una de sus manos subió hasta cubrirme el pecho y gemí en el momento en el que comenzó a frotar mi pezón.

Alan asaltó mis labios en un beso de esos que incitaban a más, y mi mente se perdió en la neblina del deseo, hasta que escuchamos un carraspeo.

—Cuñado, esas manos, que luego van al postre —dijo Gina y estaba sonriendo cuando la miramos, pero no venía sola, Jack estaba con ella y también sonreía.

—Hermanita, que, si queréis, me quedo esta noche en casa para cuidar de Aiden y vosotros os vais a casa del arquitecto.

—Perfecto —contestó Alan, al mismo tiempo que yo decía que no, pero un no rotundo.

—¿Y si me quedo yo? —propuso Gina— Alice estaría encantada de quedarse.

—Oye, que no soy tan mal niñero —protestó mi hermano.

—No se va a quedar ninguno, porque no me voy a ir a su casa —contesté.

—Entonces me quedo yo, mucho mejor.

—Mira qué avispado el arquitecto —rio mi hermano, dejando los vasos que traía en la mano—. Rubita, ¿dejas aquí a la niña y nos vamos tú y yo de fiesta? —le preguntó a Gina mientras le pasaba el brazo por los hombros, y ella se sonrojó.

a

—No, no, que no quiero cargarles a ellos con la niña también.

—Por mí no hay problema, que él no va a quedarse —dije señalando a Alan.

—¿Quieres apostar algo, preciosa? —Alan arqueó la ceja.

—¿Habéis traslado aquí la fiesta o qué pasa? —preguntó Mia, entrando en ese momento— Vengo a por la tarta.

—¿Y él? —curioseó Alan, señalando a Brian.

—A por los platos para servirla.

—Ya —sonrió.

—Bueno, venga, que aquí ya hay mucha gente —di una palmada.

Los chicos se fueron y nos quedamos allí las tres para recoger, sacar la tarta y los platos, y preparar café para nosotros y un vaso de leche con cacao para los niños.

Regresamos al jardín y nos tomamos aquel dulce mientras hablábamos de la siguiente cena, de dónde sería y cuándo podríamos hacerla.

Los niños empezaron a quedarse dormidos y a pesar de que mi madre dijo de llevarlos a la cama, Gina prefirió marcharse a casa antes de que se hiciera mucho más tarde.

Alan se ofreció a acompañarlas, pero ella rechazó el ofrecimiento.

Al final todos se despidieron y se marcharon. Me llevé a Aiden a la cama medio dormido en mis brazos y cuando regresé al jardín mi madre y Alan habían recogido todo.

—Me voy a la cama, hija —dijo mi madre con una sonrisa y me dio un beso en la mejilla—. Alan, buenas noches hijo —le dio un abrazo al que él correspondió de inmediato.

Cuando nos quedamos solos, Alan me cogió por la cintura atrayéndome hacia él y se apoderó de mis labios como había hecho poco antes en la cocina.

—Dime que me vaya —me pidió apoyando la frente en la mía.

Pero yo no quería que se fuera, esa era la verdad. Le acaricié la mejilla y besé sus labios con ternura, él correspondió al beso y cuando llevé la mano hasta su nuca, atrayéndolo más a mí, jadeó en mi boca.

—Preciosa, dime que me vaya, o no respondo —dijo en un susurro mirándome fijamente.

Sonreí y le di un beso rápido antes de contestar.

—No quiero que te vayas, Alan.

No tardó en devorar mis labios de nuevo mientras me cogía en brazos, entró en la casa y caminó hasta llegar a mi habitación, donde al igual que la noche anterior, cerró la puerta con el pestillo para que nadie pudiera abrir.

Me llevó a la cama y allí nos desnudamos mutuamente con prisa y deseando dejarnos llevar por el deseo que nos invadía en ese momento.

Alan comenzó a besar y tocar mi cuerpo como si fuera la primera vez que lo hacía, llegó a mi zona íntima, lamió y mordisqueó a su antojo, excitándome más y más a cada segundo que pasaba. Me penetró con dos dedos, fuerte y rápido, tirando hacia él, haciendo que mis gemidos y gritos, a pesar de hacerlo flojito para que no pudiera escucharme mi familia, fueran en aumento.

Hizo que me corriera en apenas unos minutos, y antes de que la última sacudida de placer producida por el orgasmo abandonara mi cuerpo, Alan me penetró con fuerza y certeza hasta lo más profundo de mi ser.

Nos besamos, tocamos, arañamos y entregamos en aquel acto carnal y lujurioso como si no hubiera un mañana, liberando al unísono el clímax al que habíamos llegado completamente exhaustos y sudorosos.

Me besó con ternura mientras me acariciaba la mejilla, con las piernas entrelazadas y aún unidos por nuestros sexos.

—Hora de dormir —dije cuando se apartó para mirarme, y arqueó la ceja.

—¿De verdad crees que voy a conformarme con un poco de sexo rápido, preciosa? Esto no ha sido más que el aperitivo, ahora me lo voy a tomar con más calma, y estarás gimiendo y gritando el resto de la noche.

’

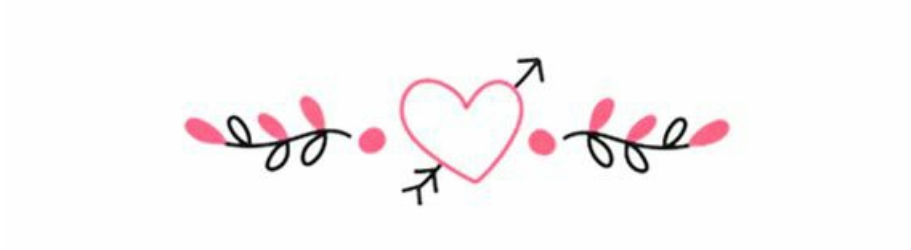
—Suena a amenaza —reí.

—Para nada, es una promesa —se inclinó y me besó, volviendo a tocar en aquellos lugares donde bien sabía él que conseguía excitarme.

Cumplió su promesa, vaya si lo hizo, y estuvimos enredados entre las sábanas durante el resto de la noche.

y

Capítulo 23



Sentí un cosquilleo en la mejilla y se fue moviendo poco a poco hasta la punta de la nariz. Fue ahí cuando la moví tratando de apartar lo que seguro sería una mosca molestando.

Hasta que escuché una risa, abrí los ojos y me encontré con la mirada y la sonrisa de Alan.

—Buenos días, preciosa —se inclinó para besarme.

—Buenos días. ¿Qué hora es? —Me estiré como un cachorro.

—Casi las ocho.

—Por Dios, qué poco hemos dormido —resoplé, recordando que, entre ronda y ronda de sexo excitante y sudoroso, nos habían dado las cinco y media de la mañana.

—Pues nos quedamos un poquito más aquí, que me gusta la compañía —dijo mientras me atraía hacia él, rodeándome por la cintura.

—Oye, oye, ¿dónde va esa mano? —pregunté mirándolo por encima del hombro, al notar que la bajaba por el vientre en dirección a mi zona íntima, dado que estaba tal y como mi madre me trajo al mundo, desnuda.

—Solo quería ver cómo estaba —me besó el hombro y se me escapó un gemido cuando sentí su dedo deslizándose entre mis pliegues.

—Alan —jadeé, y ahí supe que estaba perdida.

—Relájate, preciosa —murmuró.

Siguió deslizando el dedo, excitándome y humedeciendo nuevamente mi zona, comenzó a penetrarme con el dedo y mis jadeos se convirtieron en gemidos mientras movía las caderas de adelante atrás en busca de más placer.

—Alan…

—Disfruta, Nicole.

Me sostuvo la barbilla con la mano que mantenía libre, tenía el brazo estirado bajo mi cuello, e hizo que lo mirara para besarme.

Llevé mi mano hacia atrás, rodeé su miembro con ella y comencé a subir y bajar dándole una mínima parte del placer que él me estaba ofreciendo en ese instante.

Para cuando quise darme cuenta, Alan separó mis piernas con la rodilla y ayudándose con la mano, colocó mi pierna sobre la suya y me penetró desde atrás haciendo que gritara en su boca al notarle tan profundamente.

Volvió a llevar la mano a mi entrepierna y jugó con sus dedos sobre mi clítoris haciendo así que mi excitación creciera por segundos.

Ambos nos movíamos al unísono, él entrando y saliendo y yo buscando sus penetraciones.

Nos dejamos llevar vencidos por el deseo y el placer, y amos sucumbimos a un nuevo orgasmo, como si no hubiéramos pasado la noche enredados en mi cama.

El sudor cubría nuestros cuerpos y en ese momento lamenté no tener un baño propio en la habitación, pero a mi amante diurno no pareció importarle el hecho de que el que yo usaba estuviera en el pasillo, puesto que se levantó y, cogiéndome en brazos, salió de la habitación.

—¿Qué haces? —casi grité muerta de vergüenza.

—Vamos a darnos una ducha —me besó.

—Alan, por Dios, que no vivo sola.

—Tranquila —sonrió—. No van a vernos.

Y por suerte así fue, entramos en el cuarto de baño sin ser vistos, nos duchamos entre besos, caricias, y una nueva ronda de sexo como si no pudiéramos dejar de tocarnos de ese modo, como si fuésemos dos adolescentes que recién conocían el sexo y el placer de amarse, y tras secarnos y comprobar que no había nadie en el pasillo, regresamos a mi habitación para vestirnos.

Cuando salimos y llegamos a la cocina ya estaba allí mi madre preparando el desayuno.

—Buenos días, mamá —saludé y se giró, pues estaba de espaldas a la puerta, y abrió los ojos al ver a Alan, hasta que sonrió como una niña a la que habían pillado haciendo una travesura.

—Buenos días, Susy —dijo Alan, acercándose para darle un beso en la mejilla.

—Buenos días, hijos —respondió—. Supongo que tendréis hambre —no se le iba la sonrisa.

—Me comería a tu hija —contestó él.

—Creo que eso es precisamente lo que has estado haciendo esta noche —ambos rieron.

—¡Mamá, por Dios!

—¿Qué? A ver si te crees que soy tonta —volteó los ojos—. Tu hermano traía a sus novias a dormir —hizo el gesto de comillas en esa palabra— muchos sábados. Y no te olvides de que antes de independizarte, encontré a Matt saliendo a hurtadillas de tu cuarto muchos domingos por la mañana.

—Dios mío —apoyé ambos codos en la encimera y me cubrí la cara muerta de vergüenza.

—Yo prefiero quedarme a desayunar, si no te importa —dijo Alan cogiendo una tostada.

—Haces bien, hijo, hay que reponer fuerzas después de una noche intensa.

—¡Mamá!

—Ya me callo —contestó levantando ambas manos.

No me podía creer que incluso mi madre tuviera esa complicidad con Alan, como si para ella fuera lo más normal haberlo visto allí esa mañana.

Pero así era, mi madre lo veía como algo natural, como si Alan formara parte de la familia y de nuestras vidas desde hacía años, sin importarle el hecho de que su hija hubiera metido a ese hombre en su cama.

Ayudamos a mi madre a preparar el desayuno y cuando lo teníamos todo, fui a despertar a mi niño, a quien me comí a besos antes de que abriera los ojos.

—Vamos, dormilón —reí cuando comenzó a desperezarse—. Te están esperando en la cocina para desayunar.

—¿Quién? —Me miró con el ceño fruncido, un gesto tan de su padre, que cuando le veía el parecido con Matt me estremecía de pies a cabeza.

—Levántate y lo verás —sonreí.

Aiden se bajó de la cama y fue hacia la puerta, si no estuviese aún convaleciente por la operación, habría salido corriendo de allí, pero no podía correr dado que no queríamos que se le saltaran los puntos.

—¡Alan! —gritó cuando lo vio, y él sonrió mientras giraba y se agachaba para cogerlo en brazos.

—Buenos días, campeón —chocaron los puños.

—¿Qué haces aquí?

—He venido a desayunar contigo, ¿qué te parece?

—¿En serio? —Abrió los ojos ante la sorpresa, sin darse cuenta de que Alan llevaba la misma ropa que la noche anterior, bendita inocencia.

—Sí, en serio, además, tenemos que hablar de los bocetos de tu casa de juegos —le hizo un guiño y lo sentó en el taburete.

Desde ese momento nadie más que ellos dos hablaron mientras tomábamos el desayuno.

Yo los veía y no podía evitar sentir un nudo en la garganta. Esto podía estar haciéndolo Matt, esta podría ser una de esas escenas familiares que siempre pensamos vivir cuando cada vez que hablábamos de nuestro bebé, pero que en apenas unos segundos aquella fatídica noche esos sueños se esfumaron.

—Me tengo que ir, mañana tengo una reunión con unos nuevos clientes y debo prepararla —dijo Alan, cuando acabamos de desayunar.

—¿Vendrás a verme otro día? —preguntó Aiden.

—Claro que sí, campeón, eso no lo dudes —volvieron a chocar el puño mientras mi hijo sonreía—. Nos vemos, preciosa —me dijo acariciándome la mejilla antes de inclinarse y darme un beso en la frente.

—Vale —sonreí.

—Susy, cualquier día vuelvo a venir a desayunar sin avisar —le hizo un guiño y mi madre rio.

—Hijo, mi casa es tu casa, ya lo sabes. Puedes venir siempre que quieras.

Se despidió sin que me dejara acompañarlo a la puerta, y allí nos quedamos los tres. Aiden decía que Alan era muy bueno y mi madre y yo, nos mirábamos con la sonrisa en los labios.

Ninguna de las dos tenía la menor duda de que Aiden, estaba encariñándose con Alan aún más cada día que

pasaba, y era inevitable que yo sintiera ese miedo al pensar en lo que ocurriría cuando lo que fuera que había entre nosotros se acabara.

—No pienses en el mañana, hija —me dijo mi madre, que me conocía muy bien, cuando Aiden se fue al salón a ver los dibujos.

—Es inevitable, mamá —suspiré.

—Lo sé, mi niña, pero vamos a ir un día a la vez, ¿sí? Estamos aquí y ahora, en el presente, el futuro es algo lejano y es mejor dejar que nos sorprenda.

Sonrió, me dio un beso en la mejilla y se puso a preparar la comida.

Todas las madres eran un pozo de sabiduría, y esperaba algún día ser como la mía para ayudar y aconsejar a Aiden en lo que necesitara.

pasaba, y era inevitable que yo sintiera ese miedo al pensar en lo que ocurriría cuando lo que fuera que había entre nosotros se acabara.

—No pienses en el mañana, hija —me dijo mi madre, que me conocía muy bien, cuando Aiden se fue al salón a ver los dibujos.

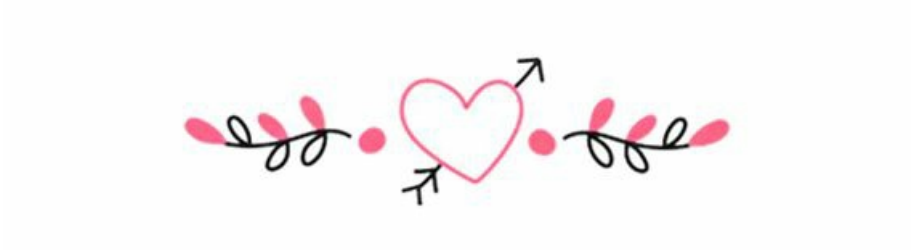
—Es inevitable, mamá —suspiré.

—Lo sé, mi niña, pero vamos a ir un día a la vez, ¿sí? Estamos aquí y ahora, en el presente, el futuro es algo lejano y es mejor dejar que nos sorprenda.

Sonrió, me dio un beso en la mejilla y se puso a preparar la comida.

Todas las madres eran un pozo de sabiduría, y esperaba algún día ser como la mía para ayudar y aconsejar a Aiden en lo que necesitara.

Capítulo 24



Dejé a Aiden en casa con mi madre y me fui a trabajar.

A pesar de que Mike me dijo que podía tomarme dos semanas libres para quedarme con él, había estado trabajando desde casa esos días, pero ya necesitaba ir a la oficina y organizar cosas.

Había varias empresas que solicitaron presupuesto y quería hacer bien los números con mi jefe, así como revisar algunas de las aplicaciones que estaban desarrollando los programadores esos días y que serían de ayuda para quienes se gestionaban sus propias redes sociales.

Aparqué el coche y fui directa por mi café con ese toque de canela que tanto me gustaba y que solo tomaba en la oficina.

—Buenos días, Sali —sonreí al saludar a nuestra recepcionista.

—Nicole, ¿cómo está Aiden?

—Mucho mejor, pero deseando poder ser el de siempre —sonreí.

—Normal, estar convaleciente después de una operación es un fastidio. ¿Cómo va la incisión? ¿Cura bien?

—Oh, sí, está curando muy bien.

—Me alegro.

Fui hacia el ascensor, subí a la planta de Mike y entré en su despacho a saludarlo.

—En serio, creí que me harías caso y te quedarías esta semana también en casa con el niño —dijo al verme.

—Imposible —sonreí—. Mi madre se las apaña bien y él está mucho mejor. Además, hay cosas que, aunque quisiera, no podría hacerlas desde casa.

—Pues que las haga otro, Nicole.

—Me voy a mi despacho.

—Como hablar con una pared, ya veo —resopló, y me eché a reír.

Regresé al ascensor y fui a mi despacho para comenzar el día. Mientras me tomaba el café y encendía el ordenador, cogí la agenda, revisé las llamadas que tenía que hacer y me puse a ello de inmediato.

Agendé reuniones para los nuevos *community managers* con empresas que necesitaban un profesional en el sector, respondí algunos correos de clientes, revisé los cambios que querían un par de empresas para sus nuevas campañas de marketing, y paré a tomar un café y llamar a casa a ver cómo estaba Aiden.

—Está leyendo un libro que le ha enviado Alan —me dijo mi madre.

—¿Un libro?

—Sí, bueno, le ha mandado una caja llena de cuentos, cuadernos para colorear y pinturas. Parecía que hubiera llegado Santa Claus —rio.

—Está consintiendo demasiado al niño —suspiré.

—O conquistándolo para ganarse a la madre.

—Lo que me faltaba. Tendré que hablar con él y pedirle que no le mande tantas cosas.

—A ver, hija. Alice ha llamado a Aiden para contarle que su tío le había enviado una caja con cuentos como la que ha recibido él, Alan solo está siendo un buen tío para ambos niños, bajo mi punto de vista. Quiere que los dos se sientan queridos por su parte por igual.

—Pero es que Alan no es el tío de Aiden.

—¿Y? Como si lo fuera, es amigo tuyo, igual que Mia.

—Vale, veo por dónde vas, pero de igual modo hablaré con él, no quiero que Aiden piense que siempre va a poder tener todo lo que quiera.

—Eso ya lo sabe. ¿Qué tal te está yendo el día?

Y pasé a resumirle a mi madre, aquellas tres horas de trabajo antes de despedirme y continuar con la jornada.

Fui a la planta donde estaba el equipo de diseño para hablar de las aplicaciones a las que estaban dando forma, revisamos algunos puntos, vimos qué podíamos cambiar o mejorar, y volví a mi despacho para esa última media hora de trabajo.

Acababa de enviar un correo a Rober para hablar de una de las empresas de las que se encargaba, cuando llamaron con un par de golpes a mi puerta.

—Adelante —dije mientras cogía la agenda para tachar otro punto del día.

—Hola, preciosa —la voz de Alan hizo que mirara hacia la puerta.

—Hola —fruncí el ceño—. ¿Qué haces aquí? ¿Habíamos quedado para hablar de trabajo?

—No, tranquila —sonrió cerrando la puerta. Estaba guapísimo con ese traje gris marengo, y caminaba por mi despacho como si fuera suyo. Llegó hasta el escritorio y en vez de sentarse frente a mí, lo rodeó hasta quedar a mi lado—. Estás muy sexy vestida de ejecutiva —susurró apoyando una mano en el respaldo de mi sillón y la otra en el escritorio, inclinado sobre mí, para después, besarme—. Te invito a comer.

—¿Por eso has venido? —sonreí mordisqueándome el labio.

—Sí. Me apetecía verte —me acarició la mejilla.

—¿Y si no pudiera salir a comer? He estado trabajando desde casa estos días, tal vez aún tengo mucho trabajo.

—Con lo organizada que eres, sé que ya has terminado —me hizo un guiño.

—Eso, o me espías.

—Nunca haría eso. ¿Vamos?

—Sí, dame un momento que recojo. Por cierto, no tienes que hacerle regalos a Aiden, no quiero que crezca pensando que podré darle todo lo que se le antoje.

—Quería que tuviera algunos cuentos y libros de colorear para distraerse este verano, igual que Alice. Nunca haría nada que te perjudicara, preciosa. Eres su madre, tú siempre pondrás las normas. Yo solo… —se quedó callado, esperé que siguiera, pero simplemente negó—. ¿Vamos?

—Sí.

Salimos del despacho ante la mirada de quienes aún no se habían ido a comer, subimos al ascensor y cuando llegamos a la zona de recepción, Sali sonrió mientras me decía adiós con la mano.

Alan tenía el coche aparcado justo en la puerta, me abrió para que me sentara y tras hacerlo él, lo puso en marcha y comenzó a conducir por las calles de la ciudad hasta llegar a la zona de Santa Mónica, donde paró en un restaurante bastante lujoso.

Mientras nos acompañaban a la mesa percibí la mezcla de aromas de la comida que había en el salón y se me hizo la boca agua.

Cuando nos sentamos, Alan pidió vino blanco y ni siquiera hizo falta que dejaran la carta, sabía más que de sobra lo que quería comer.

—Nos trae una tabla de tostas con aguacate y salmón, una ensalada para compartir y la carne asada.

—Sí, señor.

—Menos mal que no soy rarita para la comida —sonreí cuando nos quedamos solos.

—Sé que lo que he pedido te va a gustar.

—Tampoco lo dudaba.

Nos trajeron la botella de vino y sirvieron las copas antes de dejarla y volver a irse.

Alan cogió su copa y la acercó a la mía para brindar sin decir un motivo.

—He pensado algunas cosas que podrías hacer para el marketing de tus redes —dije tras dar un sorbo a mi copa.

—¿Vamos a convertir esta comida en una reunión de trabajo? —Arqueó la ceja.

—No, no, solo hacía un comentario.

—Bien, hablemos de otras cosas, entonces.

—¿De qué cosas?

—Tú, yo, Aiden.

—¿Qué pasa con nosotros tres?

—Quiero invitaros a hacer un viaje, cuando él esté recuperado, obviamente —dijo al ver que abría la boca para decirle que no—. Solo un fin de semana, si quieres. Podemos salir el viernes a la una y media, y regresar el

domingo, estaríais en casa justo para iros a dormir.

—No sé, Alan. Habría que coger tres habitaciones…

—Una suite con dos habitaciones.

—No dormiría contigo.

—Lo suponía. Podrías irte a la habitación con Aiden después de una sesión de sexo —me hizo un guiño.

—Estás fatal —reí.

—Será que me gusta demasiado cierta mujer y no puedo apartar las manos de ella.

—No creo que debamos hacer un viaje los tres —negué mientras miraba la copa.

—¿Por qué no?

—No quiero confundir a Aiden, Alan. Esto, lo que sea que es —nos señalé a ambos—, en algún momento acabará y no quiero que mi hijo esté tan apegado a ti que lo pase peor que yo.

—Nicole —me cogió la mano por encima de la mesa y le miré—. Pase lo que pase entre nosotros, quiero que sepas que los dos podréis contar siempre conmigo, siempre.

Se llevó mi mano a los labios y la besó. El camarero llegó con las tostas y la ensalada y, por suerte, Alan cambió de tema preguntándome por esas ideas que había tenido, y durante el resto de la comida, aunque no faltaron miradas ni frases con doble sentido por su parte, hablamos de trabajo.

Tras el café me llevó de vuelta a las oficinas para que recogiera el coche, y nos despedimos con un beso que siempre me dejaba con ganas de más.

—¿Te veo pronto? —preguntó acariciándome la mejilla.

—Al parecer depende de ti, que eres experto en hacer visitas sorpresa.

Alan sonrió de medio lado y volvió a besarme antes de que me bajara del coche.

Mientras iba al aparcamiento a recoger el mío para irme a casa, me llegó un mensaje de Gina.

Gina: *Hola, cielo. Quería saber si te venía bien que Alice y yo fuéramos el miércoles a pasar la tarde con vosotros. Con eso de que Aiden está mejor y tu madre se las arregla bien sola con él por las mañanas, tengo a la*

niña preguntando cuándo podrá ver a su mejor amigo.

Nicole: *Por mí, perfecto, y a Aiden le vendrá bien la visita. Parecen hermanos más que amigos.*

Gina: *Desde luego, no lo jures. Nos vemos el miércoles entonces. Adiós.*

Me despedí cuando abrí el coche, me senté y tras ponerlo en marcha conduje hasta casa, donde planeaba ponerme ropa cómoda y sentarme en el sofá a ver películas con mi hijo hasta la hora de cenar.

í

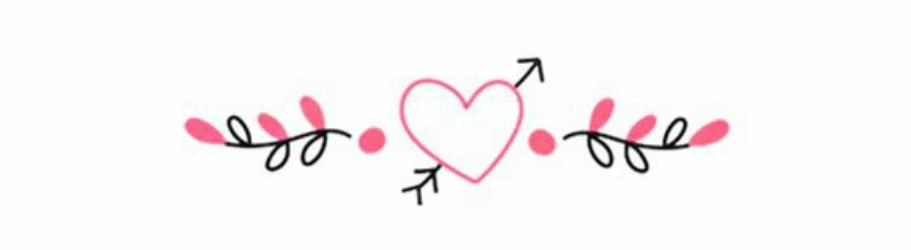
niña preguntando cuándo podrá ver a su mejor amigo.

Nicole: *Por mí, perfecto, y a Aiden le vendrá bien la visita. Parecen hermanos más que amigos.*

Gina: *Desde luego, no lo jures. Nos vemos el miércoles entonces. Adiós.*

Me despedí cuando abrí el coche, me senté y tras ponerlo en marcha conduje hasta casa, donde planeaba ponerme ropa cómoda y sentarme en el sofá a ver películas con mi hijo hasta la hora de cenar.

Capítulo 25



Miércoles por la tarde, y Aiden estaba deseando ver a Alice.

Desde luego que el vínculo de amistad que ambos habían forjado era de esos que, estaba segura, no se rompería nunca.

Mi madre y yo acabábamos de terminar de preparar la masa para las crepes que comeríamos con Nutella y nata, acompañando al café, los niños tomarían un vaso de leche con cacao.

Cuando sonó el timbre, escuché el grito de Aiden desde el salón.

—¡Ya están aquí, mami!

—Ya me he enterado, hijo —sonreí.

—Se ha enterado todo el vecindario, qué pulmones tiene —dijo mi madre, volteando los ojos.

Fui a abrir y allí estaban Gina y Alice, sonriendo.

—Señoritas, bienvenidas a la crepería —dije haciéndome a un lado para que pasaran.

—¿Vamos a comer crepes? —preguntó Alice, entrando delante de su madre.

—Con Nutella —le hice un guiño y ella empezó a aplaudir dando saltitos.

—Qué golosa es mi hija —dijo Gina antes de darme un abrazo como saludo—. Claro que tiene a quien parecerse —volteó los ojos y me eché a reír.

Entramos al salón y ya estaban allí los dos sentados en el sofá viendo un cuento que Alice había llevado.

Los dejamos tranquilos y fuimos a la cocina para ayudar a mi madre, que no hacía más que decirnos que nos fuéramos al porche, pero nosotras, ni caso.

Después de preparar el café, la leche con cacao para ellos, y coger la Nutella y la nata, sacamos todo a la mesa del porche y nos sentamos a esperar a mi madre.

En cuanto entró y nos llegó a todos el olor de las crepes, se nos hizo la boca agua.

Nos servimos un par de ellas cada uno, bien cubiertas con Nutella, las enrollamos, les pusimos un poco de nata por encima, y comenzamos a cortar un pedacito tras otro.

Los niños no dejaban de decir lo buenas que estaban, Alice le dijo a su madre que aprendiera a hacerlas para merendarla ellas en casa alguna tarde, y mi madre disfrutaba de verlos comer.

Cuando acabamos, recogimos todo y mientras los niños se iban a la habitación de mi hijo a jugar, mi madre se quedó en la cocina para empezar a preparar el pollo frito crujiente que Aiden había pedido para cenar.

Hice un par de cafés para Gina y para mí, y salimos a tomarlo tranquilamente al jardín.

—No sabes lo que me alegro de que Alice y Aiden se hayan encontrado —me dijo tras dar un sorbo a su café—. Cuando mi hija empezó el curso lo único que pedía era que encontrara una buena amistad en la que apoyarse, hasta ese momento solo me había tenido a mí, a Alan y a Brian. No sabes cuánto quiere a tu hijo, no deja de habla de él.

—Es mutuo, te lo aseguro —sonreí—. Cuando se van a ver, mi hijo se pone de lo más impaciente.

—Ojalá esa amistad les dure toda la vida, que no se pierdan el uno al otro. Yo tenía una buena amiga en el colegio, y en la universidad. Pero cuando nos casamos, perdimos el contacto. Eché de menos tener a alguien en quien apoyarme cuando perdí a Leo, además de Alan y Brian, quiero decir.

—Yo tengo la suerte de no haber perdido nunca a la loca de Mia —reí—. Cuando la contrató mi hermano, rezaba para que no pasara algo entre ellos que hiciera que nosotras perdiéramos la amistad.

—Ellos alguna vez… ya sabes —fruncí el ceño—. Si se han acostado.

—No, no, eso sería como si Jack se acostara conmigo —reí—. Solo son amigos, además de jefe y secretaria.

Gina asintió y me quedé mirándola.

—¿Qué pasa? —pregunté.

—Bueno, es que… No sé por dónde empezar.

—Por el principio —sonreí.

—La noche que salimos las tres, cuando que me quedé aquí con Alice porque llevasteis a Aiden a la clínica.

—Ajá.

—Tu hermano estuvo muy atento conmigo, muy cariñoso. Nos sentamos en el sofá y no sé cómo, pero me quedé dormida y cuando desperté, tenía la cabeza apoyada en su hombro y él me rodeaba con el brazo y me acariciaba e mío.

—Jack es un amor, y no es porque sea mi hermano, a pesar de que también sea un poquito mujeriego y frecuente el Fénix.

—Alan también va a ese lugar y es un hombre maravilloso.

—No lo niego ni lo dudo —reí.

—El caso es que pensé que ese día fue porque tanto a Alice, como a mí, nos vio preocupadas, pero después de qu intercambiáramos los teléfonos por si alguna vez estábamos juntas y por lo que fuera a ti no te localizaba, me rescribió ese lunes por la mañana para ver cómo estaba, y solemos hablar a menudo —sonreí al escucharla—. El sábado, después de la barbacoa aquí, me acompañó con el coche a casa, quería asegurarse de que llegábamos bien Entró y esperó en el salón a que acostara a Alice. Cuando regresé para agradecerle lo que había hecho, me besó.

—¿Jack te besó? —pregunté en un susurro.

—Sí. Fue breve, pero…

—Sé lo que piensas, y no, no está mal si te gustó. Perdí al padre de mi hijo igual que tú y desde entonces, Alan ha sido el primero. ¿Te gusta mi hermano?

—Pues un poco sí, bastante diría yo —se recostó en el sofá con los ojos cerrados y resoplando, tuve que reírme— Me alegra saber que, te parece divertido.

—Es que estás en la misma situación que yo.

—Me ha invitado a cenar el viernes, no sé ni qué decir. ¿Y qué le digo a Alan para que se quede con la niña? Es e hermano mayor de mi marido muerto —suspiró.

—Jamás creí que yo diría esto, pero en palabras de Mia, ante todo eres una mujer, y también tienes necesidades y no me refiero al sexo, que también, pero necesitas ser mujer y divertirte además de ser mamá. Y ahora, si Alan no entiende eso, es cosa suya. De todos modos, si te dijera algo, puedes rebatirle diciendo que él está acostándose co

la hermana pequeña de un amigo —le hice un guiño—. Lo peor de todo es que aún no le ha comprado un coche a mi hermano —volteé los ojos y ambas nos echamos a reír.

—No sé si debería salir con Jack, sé que es como Alan y yo… hace años que no tengo sexo, creo que hasta se me habrá olvidado cómo se hace.

—Te recuerdo que llevaba dos años más que tú sin relaciones. Pero como dice Mia, eso es como montar en bici.

—Mia como consejera no tiene precio —rio.

—Ni desperdicio tampoco, a veces me dice cada perla de su sabiduría, que me echo a temblar.

—Tendré que hablar con Alan, a ver si puede quedarse con la niña, si no tiene planes contigo, claro.

—¿Por qué no la dejas aquí? Estará encantada de cenar con Aiden, ver una película y dormir en su cuarto.

—No quiero molestar, Nicole, dos niños es mucha carga.

—Vuelves a decir una tontería de ese estilo, y te prohíbo la entrada a mi casa —le advertí—. La niña se queda aquí el viernes, así que ve diciéndole a mi hermano que aceptas la invitación.

—No sé si me atrevo.

—Pues ya lo yo hago por ti —cogí su móvil de encima de la mesa y trató de quitármelo, pero no lo consiguió.

Tecleé el texto después de entrar en su chat de mensajes, y lo envié.
Mi hermano no tardó demasiado en responder que se alegraba de que aceptara y que la recogería el viernes en su casa a las ocho.

—Perfecto, cuando salga del trabajo iré a recoger a Alice —dije, y ella suspiró.

—Espero no estar equivocándome.

—Solo vas a salir a cenar, aunque igual acabas tomando una última copa en tu casa o en el apartamento de mi hermano.

—No me pongas más nerviosa, por Dios, que voy a tener que buscar vídeos en Internet, de cómo tener sexo.

Me eché a reír y ella acabó uniéndose a mí poco después.

—La abejita llega a la flor y… —empecé, y Gina me dio un leve empujón en el hombro.

—¿De qué os reís vosotras dos? —preguntó mi madre, poco después cuando salió con una bandeja con tres cafés.

—De la abejita y la flor, mamá —contesté, y arqueó la ceja.

—No le hagas caso, Susy, que debe ser que el café tenía más azúcar de la normal.

—Eso debe ser, sí —sonrió mi madre, mientras se sentaba.

Y allí echamos el resto de la tarde las tres, hasta que mi madre dijo que era hora de cenar e invitó a Gina y Alice a quedarse. Aceptaron, y es que, ¿quién querría perderse una noche de pollo frito con patatas y kétchup?

—¿De qué os reís vosotras dos? —preguntó mi madre, poco después cuando salió con una bandeja con tres cafés.

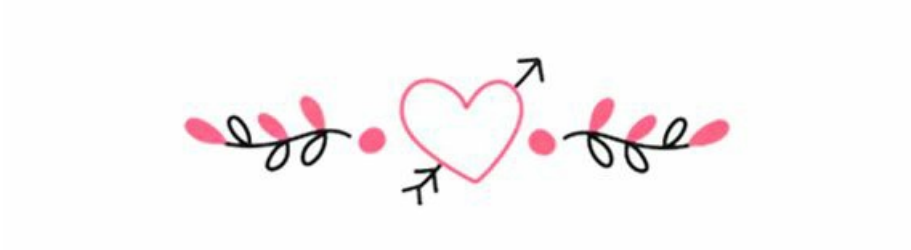
—De la abejita y la flor, mamá —contesté, y arqueó la ceja.

—No le hagas caso, Susy, que debe ser que el café tenía más azúcar de la normal.

—Eso debe ser, sí —sonrió mi madre, mientras se sentaba.

Y allí echamos el resto de la tarde las tres, hasta que mi madre dijo que era hora de cenar e invitó a Gina y Alice a quedarse. Aceptaron, y es que, ¿quién querría perderse una noche de pollo frito con patatas y kétchup?

Capítulo 26



Llevaba toda la mañana centrada en el trabajo, acababa de parar a tomar un café cuando me llegó un mensaje de Alan.

Alan: *Te espero en mi despacho en una hora para hablar de trabajo.*

Nicole: *Buenos días a ti también. Ok, nos vemos allí.*

Cogí el café y regresé al despacho para tomármelo allí mientras preparaba el maletín con los bocetos que había estado haciendo el martes de esas nuevas propuestas que hablamos cuando comimos el lunes.

En cuanto tuve todo listo, recogí mis cosas, dejé unas carpetas en la mesa de Ava con nuevas empresas para que llevara ella, y me marché de las oficinas hacia el aparcamiento por el coche.

Las oficinas de Alan no estaban demasiado lejos, así que no tardé mucho en llegar y aparcar justo frente a la puerta, donde había un hueco libre.

Me dirigí al mostrador de recepción y tras colocarme la identificación de visitante, subí en el ascensor hasta la última planta, tal como la primera vez que estuve aquí.

—Buenos días, Vivian —saludé a su secretaria, que me recibió con una amplia sonrisa.

—Nicole, buenos días. ¿Te está esperando?

—Sí, me ha pedido que viniera para hablar de algunas ideas.

—Dame un segundo que le aviso. Es que… —se inclinó para estar más cerca de mí y susurrar— Se ha presentado la bruja por sorpresa hace como quince minutos, y no se va.

Miré hacia el despacho sabiendo que se refería a Ginger, y por un momento se me pasó por la cabeza la idea de abrir la puerta y entrar sin esperar a que Vivian me anunciara, pero, ¿quién era yo para hacer aquello? Nadie, salvo una trabajadora a las órdenes de Alan en ese momento.

Vivian cogió el teléfono, le dijo a Alan que estaba allí y sonrió cuando colgó.

—Ya sale —dijo.

Y efectivamente, la puerta del despacho se abrió y Alan salió de él, tan arrebatadoramente guapo como siempre, con un traje azul marino, corbata un tono más claro y camisa blanca.

—Hola, preciosa —sonrió rodeándome por la cintura y dándome un beso en los labios que no me esperaba—. Has llegado pronto, me gusta —me dio un leve mordisquito en el labio inferior.

—Alan —la voz provenía de su despacho, y allí estaba parada Ginger, esperando, y con los ojos fijos en mí—. Estábamos con un asunto entre manos.

—Ya te he dicho que no hay nada que hablar —seguía con el brazo alrededor de mi cintura—. Vivian, no me pases llamadas, si es urgente que hablen con Brian.

—Sí, señor —contestó ella con una sonrisa.

Alan me llevó hasta el despacho con la mano en la parte baja de mi espalda, Ginger se retiró tras una mirada de lo más severa por parte de él, y a mí me observó detenidamente de arriba abajo como si no fuera más que un insecto que acababa de pisar.

—Esto no queda así, Alan, tenemos un acuerdo —dijo Ginger, pero él, le cerró la puerta del despacho en las narices.

Me llevó hasta el escritorio y, lejos de hacer que me sentara, me quitó el maletín y el bolso, colocó mis manos sobre el escritorio y me inclinó al tiempo que separaba mis piernas.

—Dime que me echabas de menos —ordenó en mi oído, y lo miré por encima del hombro.

—He venido para hablar de trabajo, ¿recuerdas?

—Después, antes voy a follarte en mi despacho como llevo deseando hacer desde la primera vez que entraste por esa puerta —se lanzó a mis labios con hambre, con fiereza, y mientras me besaba, subía ambas manos por mis piernas.

Cada centímetro de piel que tocaba parecía empezar a arder, y es que, por mucho que quisiera negármelo, ese hombre conseguía que lo deseara cada vez que lo tenía tan cerca.

Retiró la tela de la braguita a un lado con una mano y con la otra comenzó a tocar mi zona íntima.

Deslizó el dedo entre mis pliegues despacio, jugando, torturándome como solo él sabía hacerlo, y noté que llevaba el dedo de la otra mano a la entrada de mi vagina, penetrándome con él tan hondo como podía.

Gemí en su boca, me estremecí y noté que me fallaban un poco las piernas. No tardó en comenzar a moverse detrás de mí, rozando su miembro, ya erecto y duro bajo la tela de su ropa, contra mis nalgas.

—Dime que me echabas de menos —repitió.

s

—No.

—Mentirosa —sonrió en mis labios antes de volver a besarme.

Mientras me tocaba y penetraba yo me movía en busca de más placer, hasta que se detuvo.

—Dime que me echabas de menos, Nicole. Es una jodida orden. Quiero escucharte decirlo, o te castigaré.

—No te echaba de menos —gemí mientas nos mirábamos fijamente.

—Tú lo has querido.

Me separó aún más las piernas, y mientras me sostenía con la mano pegaba a él sin posibilidad de moverme, me dio una palmada en mi zona haciendo que gritara por la excitación que había sentido en ese momento.

—Esto te gusta, ¿verdad? —susurró, y me mordisqueó el labio— Vas a correrte así, Nicole, y vas a hacerlo tan fuerte que tus gritos se oirán en todo el edificio.

Volvió a besarme de ese modo voraz que tantas veces había empleado mientras me daba una palmada fuerte que me resultó excitante.

Y no se detuvo, una tras otra fue dándome esas palmadas que hacían que mi clítoris protestara de dolor y placer a partes iguales mientras me penetraba desde atrás con dos dedos.

Acabé corriéndome con la cabeza sobre su hombro, gritando con tanta fuerza que no me importó que pudieran escucharme.

Antes de que terminara de liberar el clímax, Alan me penetró con fuerza de una certera embestida.

Comenzó a entrar y salir de una manera casi frenética, jadeaba a mi espalda, me agarraba con fuerza de las cadera llevándome al encuentro de cada una de sus penetraciones mientras yo seguía gimiendo y gritando.

—Dime que echabas de menos —ordenó de nuevo.

—Sí, Alan, sí —confesé mirándolo a los ojos—. Te echaba de menos.

Se lanzó a mis labios en un beso fiero y febril, aumentó el ritmo de sus penetraciones y me llevó directa a un nuevo orgasmo que liberé a chillidos mientras él me acompañaba con sus jadeos.

Nos quedamos quietos junto al escritorio, recobrando el aliento cuando todo acabó, me besó el cuello antes de retirarse y me ayudó a recomponer mi ropa y me pelo.

—Me muero de vergüenza, ¿qué va a pensar Vivian cuando salga?

—¿Qué va a pensar de qué?

—Por Dios, Alan, que nos acaba de escuchar teniendo sexo.

—No, no nos ha escuchado.

—¿Cómo qué no? He gritado como un animal en celo, madre mía —me pasé la mano por la frente.

—Preciosa, los despachos y la sala de juntas están insonorizados —sonrió.

—¿Lo dices en serio?

—Absolutamente. Me gusta tener privacidad. Si tengo que darle la bronca a alguien, no quiero que nadie más lo escuche. Y, si quiero follarme a mi mentirosa favorita, tampoco quiero que lo escuchen. Tus jadeos, tus gemidos, tus gritos y todos esos soniditos de placer que haces y tanto me excitan, son míos —me besó de nuevo y no tardó en cogerme en brazos haciendo que le rodeara con las piernas por la cintura.

Me sentó en el escritorio y comenzó a acariciarme los muslos, subiendo las manos poco a poco a la entrepierna.

—Para —le detuve—. No vamos a repetir.

—¿Por qué no?

—Porque has dicho que teníamos que hablar de trabajo.

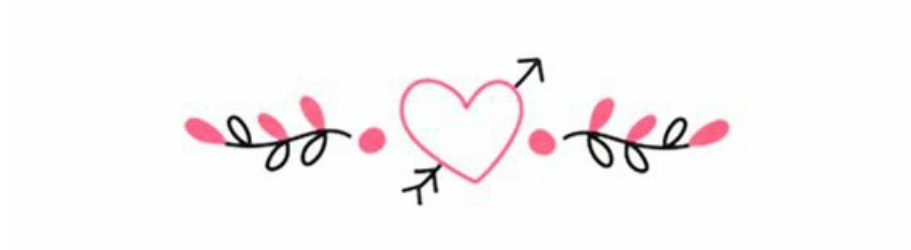
—Eso después, mientras comemos. Ahora voy a volver a saciar otro tipo de hambre que tengo y solo tú provocas, spreciosa.

Me besó y consiguió que me volviera a excitar en apenas unos minutos antes de llevarme una vez más al placer y

la lujuria.

la lujuria.

Capítulo 27



Viernes, y me despedí del trabajo hasta el lunes.

Había sido una semana cargadita de tareas, y ahora tocaba desconectar un par de días y pasarlos en casa con mi niño, porque sí, al haber estado trabajando desde casa y pasando tiempo con él, ahora me daba cuenta de lo mucho que echaba de menos tenerlo por allí cerca mientras hacía el trabajo desde casa.

Fui directa a por Alice, le había enviado un mensaje a Gina para que la tuviera preparada y me dijo que ya estaba impaciente, esperándome para ir a ver a Aiden, que no sabía que su mejor amiga iba a pasar la noche en casa.

Aparqué en su puerta y ni siquiera me hizo falta llamar al timbre, la niña me abrió y vino corriendo.

—¡Nicole! —gritó con los bracitos abiertos.

—Hola, preciosa —la cogí y me dio un abrazo tan fuerte que un poco más y me deja sin aire—. ¿Lista para irnos?

—Sí —sonrió—. Mi mami dice que Aiden no sabe que voy.

—No, no lo sabe, así que cuando te vea se va a llevar una sorpresa.

—Mami, corre, dame la bolsa —le pidió extendiendo la mano.

—Hija, al menos deja que salude a Nicole.

—Venga, dile hola que nos vamos.

—Qué prisas —Gina volteó los ojos mientras iba al salón, nosotras la seguíamos—. Aquí está la bolsa. Y ya sabes lo que te he dicho.

—Que sí, mami, que me voy a portar muy bien, de verdad. Además, solo es una noche.

—Ya lo sé, cariño, pero es la segunda noche que me separó de ti —dijo cogiéndola en brazos.

—¿Me vas a echar de menos? —preguntó Alice con su vocecilla.

—Mucho, mi vida, mucho —le dio un beso.

—Yo también.

—No es verdad —rio Gina—. Vas a estar jugando con Aiden y ni te acordarás de mami. Pero no pasa nada, hija, tú diviértete —le dio otro beso y la dejó en el suelo.

—Está en buenas manos, ya lo sabes —sonreí cuando Alice me dio la mano—. Y tú, disfruta —le hice un guiño y me acerqué a darle un par de besos—. Mañana nos vemos.

—Sí —sonrió y nos acompañó hasta la puerta.

Acomodé a la niña en la sillita que siempre llevaba en el coche para Aiden, y cuando cerré la puerta, se despidió de su madre con la manita.

Subí al coche, lo puse en marcha y dije adiós a Gina cuando salimos de allí para ir a mi casa.

—Mi mami me ha dicho que se va a quedar en casa, pero sé que no es así —dijo, y la miré por el retrovisor.

—¿Por qué lo dices, cielo?

—La oí hablar por teléfono antes, con Jack. Van a cenar juntos —se cubrió la boca con las manitas mientras reía.

—¿Has espiado a tu mami? —sonreí, y ella asintió— Eso no se hace, pero te guardaré el secreto.

—Me gusta Jack, es divertido. Mira —dijo, mientras abría la bolsa que llevaba con ella, y sacó una muñeca de trapo igualita que Elsa de Frozen—. Me la mandó él a casa, con un libro de Frozen para colorear.

—¿En serio?

—Sí. Y a mi mami le mandó una cesta de desayuno.

—Vaya con mi hermano, qué calladito lo tenía —sonreí.

—Jack es como el tío Alan, siempre está pendiente de mí, como no tengo papi…

—Claro que tienes, mi vida —le dije cuando paramos en el semáforo y me giré para tocarle la rodilla de modo cariñoso—. Tu papi está en el cielo, y te cuida desde allí. Y te sigue queriendo mucho.

—Está con el papi de Aiden, ¿a qué sí? —sonrió.

—Sí —asentí sin poder dejar de sonreír también—. Están los dos viendo todo lo que hacéis desde allí arriba.

—Aquí nos cuidan Alan y Jack, ¿verdad?

—Eso es, y siempre os cuidarán porque os quieren mucho.

Continué conduciendo hasta casa mientras la pequeña me hablaba de su tío Alan, de las veces que la había llevado al parque o a tomar un helado por alguno de los paseos de las playas de la ciudad. No solo lo quería con locura, sino que sentía absoluta pasión y admiración por él.

Cuando llegamos a casa le dije que se quedara detrás de mí todo el tiempo, ella sonrió con esa carita de pillina que a veces ponía, igual que mi hijo, y fuimos hasta la puerta del salón donde estaba Aiden.

—Hola, cariño —le dije sin entrar.

—Hola, mami —sonrió.

—¿Qué haces?

—Leer uno de los cuentos que me regaló Alan —reí, porque, aunque sabía leer, no leía del todo bien y siempre nos preguntaba a mi madre o a mí, pero se entretenía viendo los dibujos y aprendiendo a leer solo.

—¿No quieres merendar?

—Sí, te estábamos esperando. La abuela ha hecho brownies.

—Pues espero que haya hecho muchos, porque somos cuatro para la merienda.

—¿Cuatro? —Frunció el ceño, y entonces…

—¡Aiden! —gritó Alice saliendo de detrás de mí, y fue hasta el sofá para abrazarlo.

—Alice, ¡has venido!

—Sí, y me quedo aquí a dormir.

—¿En serio, mami? —Me miró con los ojos muy abiertos.

—Sí, cariño. Id a dejar su bolsa en la habitación, que la abuela y yo vamos poniendo la merienda.

—Vale.

Se cogieron de la mano y así fueron a la habitación de mi hijo a llevar la bolsa de Alice. Quien los viera, desde luego, pensaría que eran mellizos, ese par era inseparable.

Entré en la cocina, saludé a mi madre y la ayudé a preparar la mesa en el jardín mientras ella hacía los vasos de leche con cacao para los niños.

Cuando nos sentamos a comer, mi madre les preguntó qué les apetecía cenar, y los dos lo tuvieron claro.

—¡Pizza!

—No sé para qué pregunto —dijo ella, volteando los ojos.

Recogimos y fui a darme una ducha y a cambiarme de ropa mientras ellos veían los dibujos, en cuanto estuve lista, pasamos a la hora del baño de Aiden y la cura de su cirugía.

—Ya lo tienes muy bien, cariño —le dije dándole un beso en la frente.

—Y casi no me duele.

—Eso está bien. ¿Te ha gustado la sorpresa que te ha dado Alice?

—Sí —sonrió—. La quiero mucho, es mi mejor amiga, para toda la vida.

—Me alegro de oír eso. Es bueno tener una mejor amiga, o un mejor amigo, para apoyarse en lo bueno y en lo malo.

—¿Cómo tú y la tía Mia?

—Ajá.

—Bueno, ya que ni Alice ni yo tenemos hermanitos, nos tenemos el uno al otro.

No era la primera vez que Aiden me hablaba de tener un hermanito, y dado que en su clase algunos niños tenían uno, era normal que a su edad sintiera esa ausencia en su día a día para jugar con alguien.

Gina me había comentado que Alice también sacó el tema a raíz de empezar en el cole, y por eso a ambas nos gustaba que ellos estuvieran juntos, y procuraríamos que nunca perdieran la amistad tan grande que les unía.

Regresamos al salón, mi madre ya había ayudado a Alice a ponerse el pijama y estábamos listos para pedir la pizza familiar y cenar viendo una película.

Y entonces pensé en Alan, ¿qué tal si le invitada a cenar con nosotros? Igual le gustaba la idea, o que yo tuviera iniciativa para invitarlo. Pero no había sabido nada de él desde el día anterior cuando comimos juntos y hablamos de esas ideas que tenía para el marketing de su empresa.

No lo llamé, tampoco le escribí, si no había tenido noticias suyas en todo el día quería decir que estaba ocupado, tenía varios posibles contratos que cerrar.

Pedí la pizza y mientras la traían llené un cuenco con patatas y saqué los refrescos, mi madre puso la mesa y cuando llegó la cena, nos acomodamos los cuatro en el suelo, sentados en los cojines.

Mientras ellos veían el principio de la película hice un breve vídeo y se lo mandé a Gina, momento que aproveché para decirle que disfrutara de su noche con mi hermano y que dejara que pasara lo que tuviera que pasar.

Me respondió que estaba un poquito nerviosa, pero que disfrutaría la velada.

Dejé el móvil en la mesa, y me olvidé del mundo por unas horas volviendo a ser niña otra vez.

Regresamos al salón, mi madre ya había ayudado a Alice a ponerse el pijama y estábamos listos para pedir la pizza familiar y cenar viendo una película.

Y entonces pensé en Alan, ¿qué tal si le invitada a cenar con nosotros? Igual le gustaba la idea, o que yo tuviera iniciativa para invitarlo. Pero no había sabido nada de él desde el día anterior cuando comimos juntos y hablamos de esas ideas que tenía para el marketing de su empresa.

No lo llamé, tampoco le escribí, si no había tenido noticias suyas en todo el día quería decir que estaba ocupado, tenía varios posibles contratos que cerrar.

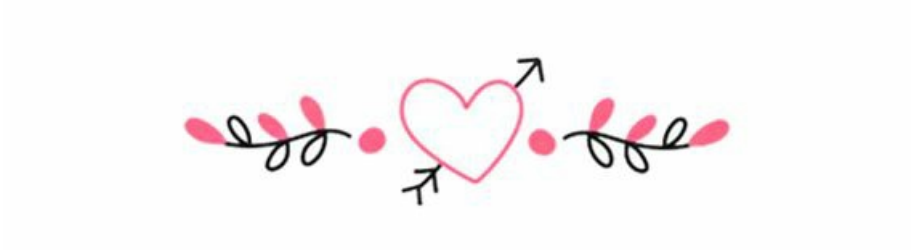
Pedí la pizza y mientras la traían llené un cuenco con patatas y saqué los refrescos, mi madre puso la mesa y cuando llegó la cena, nos acomodamos los cuatro en el suelo, sentados en los cojines.

Mientras ellos veían el principio de la película hice un breve vídeo y se lo mandé a Gina, momento que aproveché para decirle que disfrutara de su noche con mi hermano y que dejara que pasara lo que tuviera que pasar.

Me respondió que estaba un poquito nerviosa, pero que disfrutaría la velada.

Dejé el móvil en la mesa, y me olvidé del mundo por unas horas volviendo a ser niña otra vez.

Capítulo 28



El sábado Gina vino después de desayunar a por Alice, y le dijimos que se quedaran a comer. Aceptó y mientras los niños se echaban una siesta nosotras hablamos en el jardín de su cita con mi hermano.

No solo se divirtió y disfrutó la velada, sino que acabaron la noche juntos en casa de ella. Me lo contó con las mejillas sonrojadas, pero una sonrisilla en los labios.

Le prohibí contarme detalles, pero me dijo que mi hermano había sido muy cuidadoso y paciente en todo momento.

Tampoco supe nada de Alan en todo el día, y tal vez por eso había pasado una noche rara, dando vueltas en la cama y sin apenas poder dormir.

En algún momento incluso pensé en la posibilidad de que estuviera con Ginger.

Seguía en la cama, mirando al techo sin más, y finalmente me levanté para ir a despertar a Aiden. Era domingo y le había prometido ir a dar un paseo al muelle de Santa Mónica después del desayuno.

Cuando entré en la habitación se me dibujó una sonrisa al verle, dormía como Matt, con la almohada sobre la mitad de la cabeza. Era increíble lo mucho que se parecía a su padre, lo iguales que eran muchos de los gestos que hacía con la cara, incluso con los brazos, sin haberlo visto nunca a él.

Me senté en el borde de la cama, le quité la almohada y le di un beso en la frente.

—Aiden, hora de levantarse —tenía la boca entreabierta, hasta en eso era igual que Matt—. Vamos, dormilón, despierta —lo zarandeé un poco y comenzó a moverse, pero sin abrir los ojos—. Si no te levantas, empieza el ataque de cosquillas —le advertí—. Tú lo has querido.

Comencé a hacerle cosquillas en el cuello, en el pecho y la tripa, con cuidado de no tocarle donde tenía la incisión de la operación, y empezó a reír pidiendo que parara.

—Vamos, arriba que es hora de desayunar —dije dándole un beso.

—Ay, ay, que no tengo fuerzas —murmuró casi sin aliento de tanto de reírse.

Conseguí que se levantara por fin y fuimos a la cocina, donde mi madre estaba preparando el zumo.

Llamaron al timbre y pensamos que sería Jack, no sería la primera vez que venía a desayunar después de pasar toda la noche de copas.

Pero no era él, sino Alan a quien encontré cuando abrí. Llevaba bermudas, camiseta de deporte y las gafas de sol, y hasta de ese modo se veía guapo. ¿Es que no había una sola prenda de ropa que le quedara mal a este hombre?

—Buenos días, preciosa —se inclinó para besarme.

—Buenos días. ¿Qué haces aquí?

—Traigo el desayuno —levantó una bolsa marrón de una cafetería muy reconocida de la zona de *Venice Beach*, y negué.

—No tenías que hacerlo.

—Pero quería —me volvió a besar y entró en casa como si fuera suya, caminando con esa despreocupación habitual en él, y yo lo seguí hasta la cocina, donde Aiden reía por algo con mi madre—. Buenos días.

—¡Alan! —gritó mi pequeño al verlo, y chocó el puño con él.

—Hola, campeón.

—¿Vienes a desayunar? La abuela iba a tostar pan ahora.

—Traigo el desayuno —le hizo un guiño y dejó la bolsa en la encimera.

Donuts, croissants, palmeras de chocolate y unos bollitos de crema, todo recién hecho y oliendo de maravilla.

—Ay, hijo, no tenías que molestarte —dijo mi madre, dándole un par de besos.

—No es molestia, Susy, no quería venir a gorronearos el café.

—Gorronear, dice, qué valor —mi madre volteó los ojos y fue a sacar una taza para el café de Alan.

Decidimos salir a desayunar al jardín y mientras mi madre y yo colocábamos los bollos en una bandeja, Alan y Aiden fueron a preparar la mesa.

—Ese hombre es un encanto, hija —sonrió cuando entramos en el salón y los vimos desde allí hablando.

No le faltaba razón, Alan era un hombre encantador y sin duda alguna tenía a mí hijo en el bote.

Mientras desayunábamos los dos estuvieron hablando de la casa de juegos que iba a construir Alan para él, algo a lo que ni mi madre, ni yo, pensábamos oponernos puesto que sí era una buena idea que Aiden tuviera un rincón especial en la casa, no solo su habitación o el salón.

—Alan, mami va a llevarme después de desayunar al muelle de Santa Mónica, ¿quieres venir?

—Me encantaría —sonrió, y mi hijo se emocionó—, pero no puedo.

—Oh —se le borró la sonrisa y la alegría de la cara.

—El viernes me reuní con unos posibles clientes, anoche cené con otros, y he quedado con Brian para hablar sobre lo que me han pedido.

—Otro día, entonces —dijo Aiden.

—¿Qué os parece si comemos juntos algún día de la próxima semana? —propuso— Tú ya estás mucho mejor.

—¿Podemos, mami? —preguntó, mientras me miraba con esa carita y el puchero que siempre me ponía, ese con el que sabía que me hacía decir que sí a cualquier cosa que me pidiera, dentro de unos límites, obviamente.

—Por mí, bien, pero avísame con tiempo de qué día nos vemos para organizarme —le pedí a Alan.

—Eso está hecho, preciosa.

Me hizo un guiño antes de dar un sorbo a su café y noté que me sonrojaba por el modo en el que me miraba. Esos ojos azules que comenzaron a oscurecerse indicaban que por la mente de Alan pasaban toda clase de pensamientos, de los más pecaminosos, en ese momento.

Terminamos de desayunar y se levantó para irse, se despidió de Alan chocando el puño de nuevo, le dio un beso a mi madre y lo acompañé a la puerta.

—Me voy a cobrar tus provocaciones pronto, preciosa —murmuró mientras me acorralaba contra la pared del pasillo y su cuerpo.

—¿Mis provocaciones? —Fruncí el ceño— Pero si no he hecho nada.

—Llevar ese pijama tan corto, ¿te parece poco? —Arqueó la ceja y noté su mano bajo la tela de la camiseta.

Me besó mientras deslizaba la mano por el costado y gimió al tocarme el pecho desnudo.

—Si no estuviera el niño despierto, me las cobraría todas ahora —susurró mordisqueándome el labio, levantó la camiseta y se fue directo a mi pecho, lamió el pezón y lo mordisqueó mientras me miraba.

—Alan, por Dios —jadeé agarrándome a sus hombros cuando la mano que tenía libre se adentró por la tela del pantalón y las braguitas, tocándome esa zona que, con un simple roce suyo, me hacía estremecer.

—No grites, preciosa —murmuró en mi oído.

Y el muy canalla me tocó allí mismo, jugó con mi clítoris y me penetró hasta hacerme temblar aún más mientras me besaba y pellizcaba uno de mis pezones.

Hasta que se detuvo y me dejó allí, excitada, jadeando y con ganas de liberarme.

—La próxima vez no me dirás que no me echabas de menos —dijo antes de besarme por última vez, ponerse las gafas de sol y salir de mi casa.

Sin palabras me había quedado, no podía decir nada porque me estaba concentrando en recobrar el aliento y tranquilizarme. ¿Sería cabrito? ¿En serio se había atrevido a dejarme allí de ese modo?

Ya me las pagaría, ya, que la revancha sería mía.

Cuando estuve más tranquila ayudé a mi madre a recoger la mesa, y mientras yo me vestía para salir con Aiden, ella se encargaba de hacerle la cura y vestirlo.

Nos despedimos de mi madre y le dije que no sabía si volveríamos para comer o nos quedaríamos en alguno de lo bares del muelle.

Acomodé a Aiden en su silla de viaje, me subí al coche y pusimos camino hacia la zona de Santa Mónica.

—Mami.

—Dime, cariño.

—¿Te gusta Alan? —preguntó mientras miraba por la ventana.

—¿Que si me gusta? —Fruncí el ceño.

—Ajá. ¿Te cae bien?

—Ah, eso —sonreí—. Sí, mi vida, me cae muy bien.

—A mí también. Es un poco serio —se encogió de hombros—, pero es divertido conmigo.

—Le estás cogiendo cariño, ¿verdad?

—Sí, mucho. Como al tío Jack, solo que al tío lo quiero más, claro.

—Claro, claro —reí—. Y no le digas lo contrario que es tu padrino y te deja sin herencia.

—No —rio—. El tío Jack me quiere mucho, es… como un papi.

—Así es, cielo.

—¿Cómo era mi papi?

—Muy cariñoso conmigo, y se preocupaba mucho por los dos.

—Me gusta Alan —dijo después de unos minutos de silencio, y volvió a quedarse callado.

Llegamos a Santa Mónica y después de dar un par de vueltas hasta encontrar un aparcamiento, nos adentramos en el muelle y fuimos hacia uno de los puestos donde vendían unos bollos de chocolate que a Aiden le encantaban.

Después de comprarlos, nos acercamos hasta el barandal para contemplar las vistas del mar en ese punto del horizonte donde se unía con el cielo y el reflejo del sol dejaba una hermosa imagen.

Cogí a Aiden en brazos, nos giramos quedando de espaldas al horizonte y nos hicimos un selfi con esas vistas de fondo y dando un mordisco al bollo de chocolate.

—¿Se la puedes enviar a Alan? —preguntó.

—¿Y para qué quieres que se la envíe? —sonreí.

—Para que vea lo que se está perdiendo —me dijo con una risilla, tapándose la boca.

—Uy, tú lo que quieres es darle envidia.

—Solo un poquito.

—Eres un pequeño diablillo —reí.

Nos sentamos en uno de los bancos y le mandé la foto a Alan, poniendo exactamente esa frase.

Nicole: *Mira lo que te estás perdiendo. Firmado: Aiden.*

Mi hijo y yo nos echamos a reír, y poco después me contestó.

Alan: *Os aseguro que prefería estar ahí y no con Brian, que es más feo y más aburrido.*

Aiden volvió a reír y fuimos a pasear a la playa, descalzos y cogidos de la mano, hasta que decidimos que nos quedaríamos a comer por allí, a él le apetecía un plato de *fish and chips*, además, así aprovechábamos a pasar el día juntos los dos solos.

Aquello era algo que los dos disfrutábamos al máximo, la compañía del otro.

—Eres un pequeño diablillo —reí.

Nos sentamos en uno de los bancos y le mandé la foto a Alan, poniendo exactamente esa frase.

Nicole: *Mira lo que te estás perdiendo. Firmado: Aiden.*

Mi hijo y yo nos echamos a reír, y poco después me contestó.

Alan: *Os aseguro que prefería estar ahí y no con Brian, que es más feo y más aburrido.*

Aiden volvió a reír y fuimos a pasear a la playa, descalzos y cogidos de la mano, hasta que decidimos que nos quedaríamos a comer por allí, a él le apetecía un plato de *fish and chips*, además, así aprovechábamos a pasar el día juntos los dos solos.

Aquello era algo que los dos disfrutábamos al máximo, la compañía del otro.

Capítulo 29

El lunes y el martes fueron días relativamente tranquilos en el trabajo, reuniones con los *community managers*, con Mike, revisando cambios para las nuevas aplicaciones y organizando mi agenda para la semana siguiente, con reuniones con varias empresas que querían una nueva imagen para el marketing del que nosotros nos encargábamos.

Alan me llamó el martes a media mañana para ver si me venía bien quedar a comer hoy, miércoles, tal como acordamos, y le dije que sí.

Y después de una mañana intensa en la que había estado con los chicos revisando cambios para una de las aplicaciones que les traía de cabeza, acababa de llegar a casa donde me esperaba mi niño ya vestido y listo para irnos.

—Pero qué guapo te has puesto —dije al verlo con unas bermudas vaqueras, un polo blanco y las deportivas del mismo color.

No pude evitar sonreír porque más o menos así vino Alan vestido a la barbacoa en casa una semana antes.

—Quería arreglarse por si Alan os llevaba a un sitio bonito —sonrió mi madre.

—Claro, si vais los dos así de arreglados, yo no me iba a poner ropa deportiva, mami.

—Claro que no, mi vida —reí cogiéndolo en brazos—. Estás guapísimo —le di un beso en la mejilla y justo en ese momento sonó el timbre.

—Voy yo —dijo mi madre.

Bajé a Aiden y fui al salón para dejar allí mi maletín, cuando regresé, ya estaban los dos chocando el puño, como siempre.

—Mami ya está lista también —le informó Aiden, y Alan rio.

—Ya lo veo. Hola, preciosa —se inclinó para saludarme y cuando vi que iba directo a mis labios, como de costumbre, giré para que me besara en la mejilla.

—Hola, Alan.

—¿Nos vamos, entonces? —preguntó.

—Sí, vamos, que tengo un poquito de hambre —contestó mi hijo.

—Tú siempre tienes hambre, no sé dónde echas todo lo que comes —mi madre volteó los ojos—. Pasadlo bien, hijos. Y tened cuidado con el coche.

—Sí, mamá.

—Tranquila Susy, que esta noche te los traigo de vuelta de una pieza.

—¿Me los vas a traer? Vaya por Dios, pero si yo pensaba que te los quedabas en casa para siempre.

—¡Abuela!

—¡Mamá!

Aiden y yo protestamos al mismo tiempo y tanto mi madre, como Alan, se echaron a reír.

—Que os divirtáis —dijo diciéndonos adiós con la mano.

—Voy a coger la sillita.

—No hace falta, llevo una en el coche —me contestó Alan, y eso sí que no lo esperaba.

—Mami, este es uno de los coches que tiene el tío Jack.

—Sí que lo es, sí. ¿Al final se lo has comprado? —le pregunté a Alan.

—Lo recibieron ayer por la mañana y tu hermano hizo todo el papeleo para que pudiera tenerlo hoy —respondió mientras abría la puerta de la parte trasera.

—¡Mira, mami! —gritó Aiden al ver la sillita— Tiene la marca del coche bordada en el respaldo. ¡Y mi nombre!

Me asomé, y sí, no solo habían bordado el logo de la marca de coches que mi hermano vendía, sino que también podía leerse el nombre de mi hijo en ella.

—¿Te gusta, campeón?

—¿Que si me gusta? ¡Me encanta!

—Me alegro. Esta se queda en el coche para cuando salgamos los tres juntos.

—Guay. ¿Nos vamos?

—Venga, arriba —Alan lo cogió en brazos y lo acomodó en la silla, me sorprendió ver cómo se desenvolvía abrochando los cinturones, pero claro, teniendo una sobrina, estaba más que acostumbrado a hacerlo.

Me abrió la puerta, esperó a que me sentara para volver a cerrarla y ocupar su asiento, y puso el coche en marcha para ir hacia donde tuviera pensado llevarnos a comer.

Él seguía con el traje gris con el que había ido a la oficina esa mañana, y yo con mi falda lápiz negra y la camisa beige.

Durante el camino le contó a Aiden que tenía varios bocetos más hechos para esa casa de juegos que tendríamos en el jardín de casa de mi madre, antes de acabar el año, y mi niño estaba deseando verlos.

Llegamos a la zona de *Manhattan Beach* y tras aparcar, nos llevó hasta el restaurante que había en ese aparcamiento.

Se trataba de un lugar cuya especialidad eran los mariscos y el pescado, esos que cocinaban de varias formas diferentes.

Nada más entrar, Alan le cogió la mano a Aiden y mi niño sonrió de lo más feliz, verlos juntos era como ver a un padre con su hijo.

Una camarera muy simpática y sonriente nos acompañó a la mesa que habían reservado para nosotros, en la terraza y con vistas a la playa, y una vez nos acomodamos, Aiden pidió agua para beber y nosotros vino blanco.

—No sé qué pedir, mami —me dijo Aiden poco después, mientras veía las imágenes de los platos.

—Lo que te apetezca comer, campeón.

—¿Puedo pedir un plato de *fish and chips*?

—Claro que puedes —contestó Alan con una sonrisa.

—Pues eso quiero.

La camarera vino a traer la bebida, Alan pidió *fish and chips* para el niño, y para nosotros, una bandeja con un surtido de marisco a la plancha y un pescado al horno con patatas y verduras de acompañamiento.

—Enseguida les servimos los primeros, señor —dijo ella cogiendo las cartas.

Vi que Alan me observaba y no tardé en sonrojarme, disimulando como pude mientras me colocaba un mechón de pelo tras la oreja.

—¿Qué os parece este sitio? —nos preguntó al niño y a mí.

—A mí, me gusta —contestó Aiden—. La playa está muy cerca.

—Cuando tengas la incisión de la cirugía curada del todo, venimos un sábado a pasar el día a la playa, ¿te apetece?

—Sí, me gusta mucho ir a la playa. ¿Puede venir Alice también?

—Claro que puede, su madre estará encantada de que la niña salga.

—El viernes se quedó a dormir en mi casa.

—¿SÍ? —Alan me miró con el ceño fruncido mientras Aiden asentía— ¿Gina también se quedó?

—No —negué—, solo la niña. Gina tenía planes.

—Salió a cenar con mi tío Jack —soltó mi hijo, con toda la naturalidad del mundo.

—¿Cenó con tu hermano?

—Sí —le contesté a él, y miré a Aiden—. ¿Tú, cómo lo sabías?

—Me lo dijo Alice —frunció el ceño.

—¿Por qué no me pidió a mí que me quedara con la niña? —curioseó Alan.

—Yo le dije que la dejara en mi casa, ya sabes que tu sobrina y mi hijo son como un par de mellizos.

—Eso es verdad —sonrió—. ¿Qué tal le fue la cita?

—Eso debería decírtelo ella, no yo —arqueé la ceja.

—Preciosa, conozco a mi cuñada, y si no me ha dicho nada aún, es porque le da un poco de vergüenza.

—Fue bien, cenaron, hablaron, rieron, y acabaron la noche.

—Ya entiendo —sonrió.

e

Por suerte la camarera llegó con la bandeja de marisco y todo tenía una pinta tan buena, que incluso Aiden cogió algunas gambas.

Estando allí los tres había momentos en los que sentía que éramos una familia, o al menos que podríamos haberlo sido si Alan y yo nos hubiésemos conocido mucho antes de lo que lo habíamos hecho, si él fuera el padre de Aiden, y no Matt.

Comimos sin que faltaran risas ni momentos en los que Aiden decía algo que nos hacía quedarnos sin palabras a los dos, pero sobre todo pude comprobar esa complicidad que ambos tenían y que era palpable para todo el mundo.

Incluso la camarera cuando llevó a Aiden a la vitrina de postres a ver cuál quería tomar, nos dijo que teníamos un hijo encantador y muy educado. Alan y yo, nos limitamos a sonreír sin sacarla de su error, Aiden puso esa sonrisilla de pequeño diablillo que a veces le salía, y me miró.

Después de tomarnos el postre y acabar la velada con un café, Alan y yo, pagó y salimos del restaurante para ir a dar un paseo por allí.

Ni dos pasos habíamos dado fuera del restaurante, cuando escuché la voz de una mujer que hizo que me estremeciera.

—¿Qué se supone que haces, Alan? —gritó Ginger a nuestra espalda.

Aiden, que iba agarrado de la mano de Alan, se colocó tras él un poco asustado por las formas y la cara de odio que tenía Ginger.

—No es asunto tuyo —contestó Alan.

—Sí, sí lo es. ¿Es que ahora juegas a las casitas con estos muertos de hambre?

Alan soltó la mano de Aiden, y yo lo cogí en brazos.

—No te consiento que hables así de ellos —le dijo acercándose tanto que quedó a unos milímetros de su cara

cuando se inclinó—. No te lo consiento, Ginger.

—Las cosas no van así, Alan.

—Las cosas van como a mí me dé la puta gana que vayan, te lo dije desde el principio.

—Tenemos un acuerdo.

—Teníamos —contestó furioso—, ese acuerdo acabó y lo sabes.

—No, querido, las cosas no acaban porque tú lo digas, sino cuando yo quiera —Ginger me miró de arriba abajo con tal desprecio, que por un momento me sentí más insignificante que nunca.

—Mami, ¿quién es? —me preguntó Aiden en un susurro.

—Alguien que conoce Alan del trabajo —me limité a responder.

—Diviértete con esa cuanto quieras mientras puedas —le dijo ella a Alan—, porque antes de lo que imaginas, acabarás con ella.

—Nuestro acuerdo se terminó, Ginger, asume eso.

—Te lo he dicho, Alan —se acercó a él y colocó la uña en su camisa—, esto termina cuando yo diga que termina.

Se fue sin decir nada más, Alan apretó los puños y cuando se giró para volver con nosotros, se veía bastante alterado.

—Lo siento, preciosa —murmuró acariciándome la mejilla.

—Creo que es hora de irnos a casa —dije.

—Pero…

—Es mejor que nos lleves, Alan —le pedí, los dos miramos a Aiden y mi niño se encogió de hombros.

Sentía mucho que el momento mágico de posible familia feliz acabara así, pero no me quedaba otra.

El ver a Ginger, cómo miraba a Alan, cómo me decía con sus gestos que era su hombre y no el mío, me habían dejado tocada.

Fuimos hacia el coche y Alan nos llevó a casa, cuando bajó al niño se despidió de él con un abrazo y beso en la

frente y antes de que yo pudiera alejarme, me cogió de la mano atrayéndome hacia él.

—Nicole.

—Está todo bien, Alan —le corté—. Vete a casa —le di un beso en la mejilla.

—No está bien, preciosa, lo veo en tus ojos.

—Estoy cansada, solo eso. Y aún me quedan dos días de trabajo —me encogí de hombros.

—Confía en mí, no tengo nada con ella. No he vuelto a estar con ella desde que tú y yo estamos juntos.

Asentí, porque no sabía qué decir en ese momento, la verdad. Juntos, ¿en qué sentido? Tampoco lo sabía.

—Te recojo el viernes y cenamos, ¿de acuerdo?

—No.

—¿No? —Frunció el ceño— Nicole, te juro que…

—Quiero que me lleves al Fénix —dije impidiendo que siguiera hablando, y cuando escuchó mi petición, tragó con fuerza y se le oscurecieron los ojos.

—¿Estás segura?

—Sí. Quiero que me lleves a una de esas salas íntimas del Fénix.

—Preciosa, en mi casa podemos hacer lo mismo que en el Fénix, ya lo viste la primera vez que estuvimos allí.

—Lo sé, pero quiero ir al Fénix.

—No necesito ir allí contigo, Nicole —me cogió ambas mejillas y me miró fijamente—. De verdad, preciosa, no tienes que sentir la obligación de ir allí por mí.

—No quiero ir por ti, quiero ir por mí. Quiero conocerlo, quiero saber qué haces allí.

—Lo haremos en mi casa.

—En el Fénix, y si no quieres enseñármelo tú —le di un golpecito con el dedo en el pecho—, se lo pediré a John —dije refiriéndome al dueño del Fénix y amigo de mi hermano y de Alan.

—Te recojo a las diez —respondió y asentí.

Me dio un breve y rápido beso en los labios y me fui para casa. Sí, quería ir al Fénix por mí, para saber qué pasaba en aquellas salas íntimas, aunque no era tonta y me hacía una idea, pero también porque necesitaba demostrarme a mí misma que no sentía tanta vergüenza en cuestiones de sexo, que podía romper con esas barreras que me impedían a veces ser un poco menos tímida de lo que era.

Entré en casa y mi madre me preguntó qué había pasado para que volviéramos tan pronto, pues Aiden le había dicho que una mujer hizo que Alan se enfadara.

Le hice un breve resumen de quién era esa mujer y lo que había pasado, y sonrió mientras me acariciaba.

—Sé lo que piensas, hija, y no debes preocuparte, Alan te quiere, aunque aún no lo haya dicho.

Y se fue, dejándome con esas palabras dando vueltas en mi cabeza.

—Te recojo a las diez —respondió y asentí.

Me dio un breve y rápido beso en los labios y me fui para casa. Sí, quería ir al Fénix por mí, para saber qué pasaba en aquellas salas íntimas, aunque no era tonta y me hacía una idea, pero también porque necesitaba demostrarme a mí misma que no sentía tanta vergüenza en cuestiones de sexo, que podía romper con esas barreras que me impedían a veces ser un poco menos tímida de lo que era.

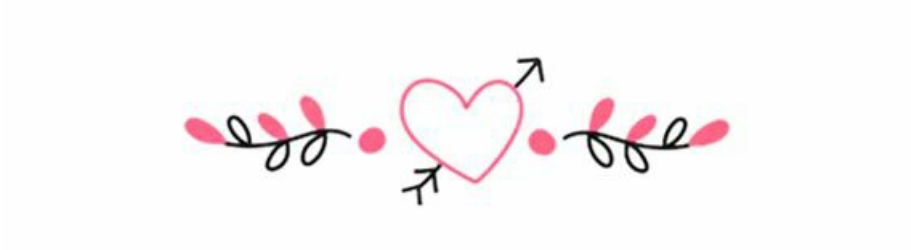
Entré en casa y mi madre me preguntó qué había pasado para que volviéramos tan pronto, pues Aiden le había dicho que una mujer hizo que Alan se enfadara.

Le hice un breve resumen de quién era esa mujer y lo que había pasado, y sonrió mientras me acariciaba.

—Sé lo que piensas, hija, y no debes preocuparte, Alan te quiere, aunque aún no lo haya dicho.

Y se fue, dejándome con esas palabras dando vueltas en mi cabeza.

Capítulo 30



Puntual como siempre, Alan llegó a casa a las diez de esa noche de viernes a recogerme, y yo estaba terminando de acostar a Aiden cuando mi madre entró a avisarme.

—Que descanses, cariño —le dije tras darle un beso en la frente.

—¿Puede entrar Alan para darle las buenas noches?

—Claro —sonreí y fui hacia la puerta, lo llamé desde allí, se asomó y le pedí que viniera—. Aiden quiere darte las buenas noches.

Alan sonrió y entró en la habitación conmigo.

—Hola, Alan —lo saludó mi niño.

—Hola, campeón. Dice tu mami que quieres darme las buenas noches.

—Sí.

Ver a Alan allí, tan alto, todo vestido de negro y besando a mi hijo, me pareció una escena demasiado tierna para ser verdad. Sonreí mientras los observaba hablar y reír, mientras mi hijo le pedía que me llevara a un sitio bonito a bailar y me hiciera reír porque había estado esos días un poquito triste.
Alan me miró con el ceño fruncido y negué encogiéndome de hombros.

—Buenas noches, Aiden —sonrió mientras se inclinaba para darle un beso en la frente, despidiéndose de él.

—Buenas noches, Alan. Adiós, mami.

—Adiós mi vida.

Salimos de la habitación y cuando cerré la puerta, Alan me agarró por la cadera con una mano y me atrajo hacia él con la otra en el cuello para besarme.

No pude y tampoco quise resistirme a ese beso que me hizo perder la noción del tiempo y hasta de dónde estaba, hasta que escuché un leve carraspeo de mi madre y Alan se apartó mirándome con una sonrisa.

—¿Nos vamos? —preguntó, y solo asentí.

Entrelazó nuestras manos y me llevó hasta el salón, mi madre estaba en la puerta del pasillo sonriendo y me sonrojé como una adolescente.

—No te espero ni a desayunar, ¿verdad, hija? —dijo sin dejar de sonreír.

—No, no la esperes —contestó Alan, sonriendo igual que ella,

Cogí el bolso y salimos de casa para subir al deportivo que Alan había dejado aparcado en la entrada. Lo puso en marcha y condujo todo el camino hasta el Fénix con la mano en mi rodilla, acariciándola, y dejando algún que otro leve apretón en ella.

Al igual que la primera vez que estuve en ese lugar, Alan paró ante la puerta del aparcamiento, pasó la tarjeta y cuando se abrió la puerta, entró llevando el coche hasta el lugar reservado para él.

Me ayudó a bajar y sin soltarme de la mano, caminamos hacia el ascensor donde volvió a pasar la tarjeta para acceder a él.

En el momento en el que traspasamos las puertas de la sala de bar, la música consiguió que me relajara un poco, fuimos a la barra y allí nos encontramos con John, que arqueó la ceja al verme.

—Vaya, no esperaba verte por aquí de nuevo, y menos con él —me dijo tras darme un par de besos—. A ti, ya te echaba yo en falta y ahora entiendo por qué no has venido —sonrió mirando a Alan—. Quién lo iba a decir, el gran arquitecto dejando esta vida.

—Que no haya venido no quiere decir que la haya dejado —dijo mientras me pasaba el brazo por los hombros—. Tengo casa, ¿sabes? —sonrió.

—Ahórrate los detalles por favor, que yo estoy en sequía —resopló—. ¿Qué queréis tomar? Invita la casa —llamó a uno de los camareros y Alan pidió un whisky, yo, un San Francisco sin alcohol.

John fue a saludar a una pareja que entraba en ese momento, no sin antes desearnos que nos divirtiéramos, y cuando el camarero puso las bebidas ante nosotros, cogí mi copa para dar un sorbo.

—Nicole, sabes que podemos ir a mi casa —susurró Alan pegado a mí, mientras me rodeaba por la cintura con el brazo.

—Pero quiero estar aquí contigo, aunque solo sea una vez y para probar.

—¿Y si después te gusta? —curioseó con una sonrisa de medio lado y la ceja arqueada.

—Pues vendré más veces —me encogí de hombros.

—Conmigo.

—O con mi hermano, si tú te has cansado de mí.

—¿Crees que voy a cansarme de ti, preciosa? ¿En serio? —preguntó sosteniendo mi barbilla con dos dedos y mirándome fijamente— Eso no va a pasar, Nicole, y, ¿sabes por qué? —negué mientras tragaba con fuerza— Porque te deseo como nunca había deseado a una mujer, porque no te puedo sacar de mi cabeza y porque tu hijo me ha conquistado tanto como tú —se inclinó y me besó con esa necesidad y urgencia que otras veces había mostrado—. Termínate la copa, quiero estar a solas contigo —me pidió sin apartar la vista de la mía.

Nos tomamos las bebidas y cuando acabamos, Alan volvió a entrelazar su mano con la mía y me llevó hacia la puerta por donde se accedía a las salas.

Abrió, entramos en un pequeño recibidor donde había un ascensor y pasó su tarjeta para que se abrieran las puertas.

—¿Segura? —fue lo único que preguntó.

—Sí —contesté y asintió.

Accedimos al interior del ascensor, Alan pulsó el botón con el número tres y las puertas volvieron a cerrarse.

Sentía los nervios haciendo de las suyas por no saber lo que iba a encontrarme en la sala a la que me llevaba, pero confiaba en él y sabía que no tenía nada que temer.

Salimos del ascensor y mientras caminábamos por aquel pasillo de luz tenue y una música sensual de fondo, Alan me daba leves apretones en la mano para tranquilizarme.

Paró ante una puerta a la mitad del pasillo, pasó la tarjeta y esta se abrió. Solo necesitaba dar un paso, eso era todo, un paso y atravesaría el umbral que me llevaba hacia ese mundo en el que Alan se movía.

Lo di, él me siguió y cerró la puerta. Me rodeó con un brazo por la cintura dejando la mano sobre mi vientre, me sostuvo la barbilla con la otra y comenzó a besarme cuando nuestras miradas se encontraron.

Sentí la mano que estaba en mi vientre comenzar a bajar despacio, ir hacia el muslo derecho y coger la tela de mi vestido negro para subirla. Acarició la piel desnuda con la yema de sus dedos, y poco a poco la fue llevando hacia mi entrepierna, hacia esa zona en la que no iba a encontrar barreras. Gimió en mi boca cuando tocó mi sexo desnudo, me mordisqueó el labio y se apartó para mirarme.

—¿Has salido así de casa? —preguntó, y asentí— Estoy creando una diablesa —sonrió antes de volver a besarme

Comenzó a tocarme sin pudor alguno, deslizando el dedo entre mis pliegues y haciendo que poco a poco comenzara a excitarme. Pellizcaba mi clítoris arrancándome un gemido tras otro, y cuando me penetró con dos dedos, no puede evitar gritar mientras llevaba mis manos a sus muslos.

Empecé a moverme, rozando mis nalgas con su miembro, ese que ya notaba duro y erecto bajo su pantalón, y él aumentó el ritmo de sus penetraciones. Estaba claro que quería conseguir que me corriera allí mismo, en la entrada de la habitación.

Y cuando estaba a punto de hacerlo, se detuvo.

—Todavía no, preciosa —murmuró.

Me llevó hasta el centro de la habitación donde había un sofá y allí se sentó mientras deshacía el nudo de la corbata para quitársela.

—Desnúdate —me pidió, y llevé las manos a mi espalda para desabrochar la cremallera del vestido.

Lo dejé caer poco a poco hasta que quedó arrugado a mis pies. Los ojos de Alan se oscurecieron al verme completamente desnuda pues debajo del vestido no llevaba ropa interior.

—Eres tan sexy que controlarme es una empresa difícil, preciosa. Quiero que te toques —dijo—. Tócate, Nicole.

Llevé las manos hacia mi torso y fui bajándolas despacio, acariciándome, deteniéndome en los pechos y cubriéndolos de modo que con el roce en mis pezones me excitaba.

Seguí hacia abajo por el vientre, las deslicé hacia mi zona íntima y, como tantas veces había hecho él, separé mis labios vaginales con una mano mientras comenzaba a tocarme con la otra.

Alan me miraba con los ojos cada vez más oscuros, tragando con fuerza y con una evidente rección que cada cierto tiempo veía palpitar bajo sus pantalones.

Me penetré con mi propio dedo despacio, una y otra vez, notando el modo en el que el cuerpo temblaba ante lo que sentía, y cuando cerré los ojos más que dispuesta a correrme, su voz hizo que me detuviera.

—No —dijo, y lo miré—. No vas a correrte todavía —se puso de pie y me atrajo hacia él, del mismo modo que lo había hecho en mi casa.

Me besó con urgencia, con hambre, con avidez, y fue su mano la que sentí en mi sexo, acariciado al principio y dando esas palmadas a las que me tenía más que acostumbrada después.

Paró a tiempo de nuevo para que no me corriera, y me llevó hacia la cama donde me pidió que me colocara de rodillas con las piernas muy separadas.

Lo escuché buscando en algún cajón y no tardó en volver e introducirme un pequeño vibrador en la vagina que puso en funcionamiento y a una fuerte velocidad.

Gemí, y cuando noté que la vibración subía un poco más, comencé a gritar. Lo hice mucho más fuerte cuando Alan me colocó un succionador de clítoris.

Aquello era una bomba de placer, de eso no tenía duda, y como no la detuviera acabaría corriéndome aun si no me dejaba hacerlo todavía.

Él supo el momento exacto en el que estuve a punto de correrme y retiró ambos vibradores de mi zona, me dio un beso en la espalda y me pidió que me quedara en esa misma posición.

No tardé en notar su mano palmeando en mi sexo una vez más, algo con lo que ese hombre podría conseguir que me corriera casi sin esfuerzo, pero no lo hice, dado que se detuvo a tiempo.

Se desnudó, subió a la cama colocándose ante mí, se tocó el miembro erecto mientras deslizaba el pulgar por mis labios y supe qué era lo que quería y deseaba en ese momento.

Me incliné hacia adelante y lo acogí en mi boca, deslizando la lengua despacio por toda su masculinidad, haciendo a mi antojo hasta que se hizo con el control de la situación guiando mis movimientos con la mano.

Alan jadeaba y eso hacía que yo me excitara, que quisiera seguir y seguir dándole ese placer que buscaba con tanta necesidad, pero me hizo parar.

—Recuéstate, preciosa, y separa bien las piernas.

Lo hice, y se lanzó a mi zona para devorarla sin darme un respiro, lamiendo, mordiendo y penetrándome con la lengua o dos dedos hasta hacerme gritar presa del placer.

Pero tampoco liberé el clímax en ese momento.

Alan se levantó y fue al cajón de nuevo, de donde sacó un vibrador de silicona rojo con el que no dudó en volver a

penetrarme una y otra vez mientras me lamía, mordisqueaba y pellizcaba los pezones.

Me notaba laxa y exhausta cuando lo retiró, por no hablar de esa leve frustración por no poder correrme.

Se levantó y tras ayudarme a bajar de la cama me llevó hasta una mesa que había al lado del sofá. Allí me recostó con los brazos y las piernas extendidos, y comenzó a verter un aceite con aroma a coco por el vientre.

Lo extendió con ambas manos despacio, masajeándome los pechos y el sexo, me penetró con dos dedos y volvió a devorarme hasta hacerme gritar presa del placer.

Me cogió en brazos y fue hacia el sofá, donde se sentó haciendo que me colocara sobre su regazo. Fue adentrándose con su miembro en mi vagina mientras ambos jadeábamos, y cuando quedó por completo unido a mí, comenzó a moverme de adelante atrás con ambas manos en mis nalgas.

Yo gemía y gritaba mientras me sostenía con fuerza en el respaldo del sofá, Alan atrapó uno de mis pechos y comenzó a lamer y mordisquear el pezón mientras los dos nos movíamos casi al unísono.

Sentí de nuevo cómo el orgasmo se formaba en lo más profundo de mi ser, noté el modo en el que el miembro de Alan se hacía cada vez más grueso y palpitante entre los músculos de mi vagina que lo aprisionaban, y ahí sí, por fin, me pidió lo que tanto quería y necesitaba hacer.

—Córrete, Nicole.

Lo hice, y lo hice acompañada por él en un orgasmo tan intenso como excitante y agotador.

Caí sobre su cuerpo, jadeando y en busca del aire con el que recobra el aliento mientras Alan me acariciaba la espalda despacio y dejaba suaves besos en mi hombro.

Estuvimos allí en silencio y abrazados durante unos minutos, hasta que se levantó llevándome en brazos hasta un cuarto de baño donde nos dimos una ducha rápida antes de vestirnos y salir de la habitación.

—¿Bien? —preguntó abrazándome cuando estábamos en el ascensor.

—Un poco agotada, pero bien —sonreí.

—Ahora descansas en casa, preciosa —me dio un beso en la frente justo cuando el ascensor avisó de que habíamos llegado.

Salimos a la sala de bar y fuimos a tomar una copa. No me pasó desapercibido el hecho de que muchos hombres y mujeres que había allí nos observaban con curiosidad y deseo a partes iguales.

John se acercó para ver cómo estábamos y sonrió al mirarme a los ojos.

—Ese brillo es de satisfacción, no hay duda —dijo.

—Puedes apostar a que sí —rio Alan, y sonreí negando roja como un tomate.

—¿Os veré pronto? —preguntó.

—Dependerá de ella —contestó Alan, y John sonrió como si con esa respuesta supiera algo que a mí se me escapaba.

Se despidió de nosotros y cuando acabamos nuestras bebidas, Alan entrelazó nuestras manos y me llevó hacia el ascensor para ir al aparcamiento.

Cuando subimos al coche y lo puso en marcha estaba convencida de que me llevaba a mi casa, de hecho, había dicho que ahora descansaría en casa, pero llegamos a la suya, dejó el coche en el garaje, y me cargó en brazos para llevarme hasta la habitación, donde me desnudó, se despojó de su ropa, y nos metimos en la cama. Alan me abrazó desde atrás y, tras besarme el cuello, me deseó buenas noches.

¿Por qué sentía que eso era lo que quería tener el resto de mi vida, pero me resultaba a la vez tan difícil creer que podría llegar a tenerlo?

Cerré los ojos y me dejé llevar por el cansancio y el sueño hasta la oscuridad.

John se acercó para ver cómo estábamos y sonrió al mirarme a los ojos.

—Ese brillo es de satisfacción, no hay duda —dijo.

—Puedes apostar a que sí —rio Alan, y sonreí negando roja como un tomate.

—¿Os veré pronto? —preguntó.

—Dependerá de ella —contestó Alan, y John sonrió como si con esa respuesta supiera algo que a mí se me escapaba.

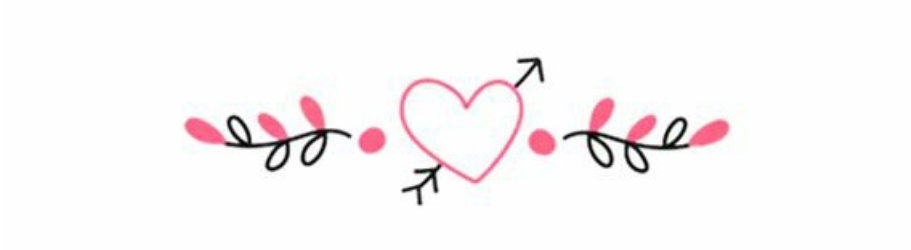
Se despidió de nosotros y cuando acabamos nuestras bebidas, Alan entrelazó nuestras manos y me llevó hacia el ascensor para ir al aparcamiento.

Cuando subimos al coche y lo puso en marcha estaba convencida de que me llevaba a mi casa, de hecho, había dicho que ahora descansaría en casa, pero llegamos a la suya, dejó el coche en el garaje, y me cargó en brazos para llevarme hasta la habitación, donde me desnudó, se despojó de su ropa, y nos metimos en la cama. Alan me abrazó desde atrás y, tras besarme el cuello, me deseó buenas noches.

¿Por qué sentía que eso era lo que quería tener el resto de mi vida, pero me resultaba a la vez tan difícil creer que podría llegar a tenerlo?

Cerré los ojos y me dejé llevar por el cansancio y el sueño hasta la oscuridad.

Capítulo 31



Desperté casi cegada por los rayos del sol que entraban por la ventana, giré y no vi a Alan en la cama.

Cuando estaba a punto de levantarme entró en la habitación llevando la bandeja con el desayuno en las manos.

—Buenos días, preciosa —dijo inclinándose para besarme antes de sentarse en la cama conmigo.

—Buenos días. ¿Siempre que me quede a dormir en tu casa me vas a traer el desayuno a la cama?

—Ajá —sonrió.

—Te lo advierto, puedo pedirte que me dejes mudarme aquí. Y no vendría sola.

—Seríais bienvenidos los dos, solo tendrías que decirme cómo quieres la decoración de la habitación para Aiden —me besó de nuevo, y me quedé sin palabras.

Cogí una tostada que ya venía con mantequilla y mermelada y le di un bocado que me supo a gloria. Hasta gemí de placer con los ojos cerrados al saborearla.

Alan cogió su taza de café y dio un sorbo mientras me observaba comer, y es que tenía un hambre que parecía que no hubiera comido nada la noche anterior.

—¿Por qué no llamas a tu madre y le pides que prepare a Aiden?

—¿Para qué? —pregunté tras beber de mi café.

—He pensado que podíamos ir a casa de Gina, seguro que los niños se alegrarán de pasar el día juntos.

—Para eso primero deberías llamar a Gina y preguntarle. No vamos a presentarnos en su casa, así como así.

—Tienes razón, no vaya a ser que la interrumpamos una sesión de sexo con tu hermano —dijo, y comencé a toser porque a punto estuve de atragantarme con el bocado de tostada que tenía en la boca.

—No creo que hagan eso a plena luz del día con la niña en la casa —contesté, y él arqueó la ceja.

—Preciosa, sois hermanos, y tú lo hiciste en tu habitación conmigo, y en el cuarto de baño, mientras tu hijo dormía al lado.

—Por Dios, no me recuerdes eso —me cubrí la cara con ambas manos y Alan se echó a reír.

—Voy a llamarla, pero ya verás como no hay ningún problema para que vayamos a su casa —hizo un guiño y cogió el móvil de la mesita para llamar a Gina.

Después de unos minutos hablando con ella, quedamos en ir en un par de horas y llevar hamburguesas, salchichas pan, cervezas y refrescos, además de invitar a Mia y Brian a esa barbacoa improvisada.

Llamé a mi madre para que preparara a Aiden y cuando mi hijo supo que íbamos a pasar el día en casa de Alice, empezó a gritar de felicidad.

Alan se puso unas bermudas vaqueras blancas, un polo azul marino y las deportivas también blancas, mientras yo me ponía mi vestido, y salimos de su casa para ir a recoger a mi hijo, que nos esperó dando saltos y se lanzó a los brazos de Alan.

—¿Se divirtió anoche mi mami? —le preguntó inocentemente a Alan.

—Ajá, se divirtió mucho.

—¿Y la hiciste reír?

—Sí, y esta mañana también.

—¿Esta mañana? —Frunció el ceño— Mami, ¿has dormido en su casa?

—Yo…

—Ha dormido conmigo, sí —se adelantó a contestar Alan—. ¿Te gustaría quedarte a dormir esta noche?

—¿En tu casa? —Abrió mucho los ojos.

—Sí, en mi casa.

—Lo que diga mi mami.

—¿Tú qué dices, mami? —curioseó Alan con una sonrisa de medio lado.

—Si tú quieres que nos quedemos…

—Lo estoy deseando, preciosa —respondió, y por primera vez, me dio un beso rápido en los labios delante de Aiden, que no dijo nada, tan solo sonrió.

—Voy a guardar ropa del niño en una bolsa mientras tú te cambias y haces la tuya, hija —dijo mi madre con una sonrisa.

Diez minutos después estábamos saliendo de casa para coger el coche de Alan donde teníamos la sillita de Aiden ,para ir a pasar el día con nuestras familias.

Cuando llegamos a casa de Gina y mi hermano abrió la puerta, ambos sonreímos al verle.

—¿Has dormido aquí, hermano? —Arqueé la ceja.

—¿Y tú en su casa, hermanita? —respondió señalando a Alan.

—Y esta noche también voy a dormir yo allí, tío Jack —le informó mi hijo.

—Vaya, vaya… parece que la familia ha crecido en poco tiempo —rio mi hermano.

Alice apareció por el pasillo corriendo y abrazó a Aiden antes de saludar a su tío Alan, a quien la niña no tuvo el más mínimo reparo en decir que lo veía más que a mi hijo.

—Relegado a un segundo puesto, qué trauma voy a coger —dijo Alan volteando los ojos.

Saludé a Gina, dejamos todo en la cocina y no tardaron en llegar Mia y Brian que traían un montón de chuches para los niños y bollos para el café.

—Nosotros somos los tíos que van a malcriar a estos dos y que harán que os dejéis el sueldo en dentistas —comentó mi mejor amiga, alegremente.

—Qué mala baba tienes, Mia —rio mi hermano.

—También nos ofrecemos a hacer de niñeros cuando queráis un fin de semana sin críos y la abuela Susy no pueda quedarse con ellos.

—Nena, no digas eso que como te tomen la palabra, estamos jodidos —le dijo Brian.

—Pues, ahora que lo dices… —empezó a hablar mi hermano— Yo quiero un fin de semana de pasión con mi chica —abrazó a Gina desde atrás besándole el cuello, y ella se sonrojó mientras sonreía y negaba—. ¿Qué me dices, pequeña? Nos fiamos de estos dos para que se queden con la princesita.

—Tú sabrás si te fías de Mia —rio—. A Brian lo conozco, y como ya no tiene que cambiar pañales, no le da asco.

—Colega, cuando tengas que cambiar pañales a tus hijos, prepárate. Como hagan regalitos como los que hacía Aiden, eso eran bombas fétidas.

—Hermano, no te quejes que tú has cambiado pocos pañales —le recordé.

—Voy a ir preparando la barbacoa —dijo saliendo de la cocina.

—Eso, huye, cobarde —reí.

—Te acompañamos —dijeron Alan y Brian al unísono, saliendo tras él.

—Vaya tres —rio Mia—. ¿Qué tal con vuestros galanes, chicas? —nos preguntó al tiempo que cogía un palito de zanahoria que Gina tenía preparado para hacer la ensalada.

—Alan me ha dado un beso delante de Aiden.

—¿En serio? Y qué ha dicho —curioseó mi amiga.

—Nada, solo se ha reído.

—Ese niño es más listo de lo que nos pensamos —contestó.

—Nos quedamos a dormir esta noche en su casa.

—Eso está bien —Gina sonrió—. Mi cuñado siente algo por ti, lo veo.

—No sé… —suspiré y les conté lo que había pasado unos días atrás, cuando nos encontramos a Ginger al salir del restaurante.

Gina me habló de que sí, que algo sabía de un acuerdo entre ellos, pero que no sabía de qué se trataba, y me pidió que no me preocupara, que, si él me había dicho que esa mujer no significaba nada para él, es que así era.

Nos estuvo diciendo que Alice también estaba al tanto de que Jack y ella se veían, y la niña al parecer estaba tan encantada al respecto como mi hijo.

Terminamos de preparar todo y salimos al jardín donde Alan tenía a Aiden en brazos y mi hermano a Alice mientras Brian hacía la carne.
Al vernos, los cuatro sonrieron y siguieron charlando mientras nosotras poníamos la mesa.

—Les quedan bien —dijo Mia con una sonrisa—. Tienen una pinta de papá de lo más sexy.

—Ya solo falta Brian —rio Gina.

—Va a tardar en serlo, al menos conmigo.

—¿Segura? —reí arqueando la ceja.

—Segurísima.

Y cuando Brian cogió en brazos a mi hijo en el momento que Alan quiso hacerse cargo de la barbacoa, Mia suspiró.

—Por favor, ¿cómo se puede ver tan sexy un hombre con un niño en brazos?

—Me da que lo de tardar en ser padre… no, ¿no? —reí.

—No —rio Gina conmigo.

—Qué malas sois las dos conmigo —Mia frunció el ceño y más nos reímos.

Terminamos de preparar todo y salimos al jardín donde Alan tenía a Aiden en brazos y mi hermano a Alice mientras Brian hacía la carne.
Al vernos, los cuatro sonrieron y siguieron charlando mientras nosotras poníamos la mesa.

—Les quedan bien —dijo Mia con una sonrisa—. Tienen una pinta de papá de lo más sexy.

—Ya solo falta Brian —rio Gina.

—Va a tardar en serlo, al menos conmigo.

—¿Segura? —reí arqueando la ceja.

—Segurísima.

Y cuando Brian cogió en brazos a mi hijo en el momento que Alan quiso hacerse cargo de la barbacoa, Mia suspiró.

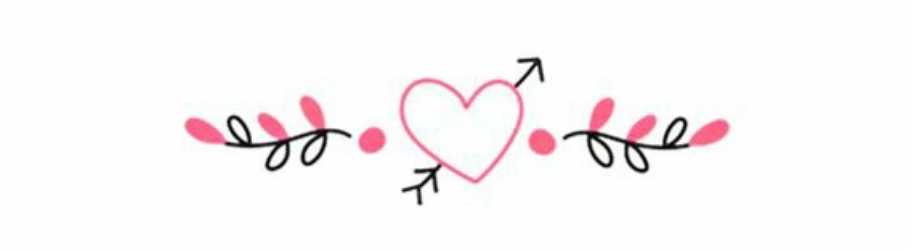
—Por favor, ¿cómo se puede ver tan sexy un hombre con un niño en brazos?

—Me da que lo de tardar en ser padre… no, ¿no? —reí.

—No —rio Gina conmigo.

—Qué malas sois las dos conmigo —Mia frunció el ceño y más nos reímos.

Capítulo 32



La semana había pasado rápida, entre el trabajo y esas citas para comer o cenar con Alan, por no hablar de las noches que me llevaba a su casa y me dejaba agotada tras una sesión de sexo, o se quedaba en la mía, pues habíamos cenado allí con mi madre y mi hijo.

Mi hijo, mi pedacito de cielo que tanto quería, sentía pasión absoluta por Alan y cuando estaban juntos no dejaban de hacer bocetos en un papel sobre posibles futuras construcciones.

Desde que nos quedamos los dos a dormir en casa de Alan el sábado anterior, donde además pasamos el domingo entero, no había un solo día que me preguntara cuándo volveríamos a ir a su casa, por lo que le aseguramos que el domingo le recogeríamos por la mañana para llevarlo con nosotros a casa de Alan.

Pero esta noche de sábado era para los adultos, y Alan y yo estábamos llegando al restaurante donde mi hermano había reservado mesa para cenar los seis.

Alan aparcó el coche y entramos cogidos de la mano, aquello ya no era algo extraño para ninguno de nosotros, ni siquiera para Aiden, que ya estaba más que acostumbrado a ver a Alan darme un beso en los labios al llegar a casa o al marcharse.

—Aquí está la pareja feliz —dijo mi hermano, cuando entramos.

—Será que tú estás triste —reí dándole un abrazo.

—No, hermanita, por primera vez, me siento feliz —sonrió y no tardó en pasarle el brazo por los hombros a Gina, mientras la miraba como nunca antes había visto a mi hermano mirar a una mujer.

—Quién lo iba a decir, ¿eh, Nicky? El gran Jack, enamorado —comentó Mia.

—¿Enamorado? —pregunté con los ojos muy abiertos.

—Sí, sí, mira qué ojitos tiene —rio mi amiga.

—¿Hermano?

—Pues sí, hermanita, que me he enamorado como un adolescente. Que eso que dicen de las flechas de Cupido, pues va a ser verdad, porque cuando la vi esa noche que fuimos a buscarte al restaurante, sentí que me atravesaba con algo en el pecho y me puse malísimo.

—¿No serían gases? —preguntó Brian, riendo.

—¿Y lo tuyo? —rebatió mi hermano, pues Brian estaba igual que él, rodeando a Mia con el brazo por la cintura, bien pegadito a ella.

—*Touché* —respondió Brian.

—¿Y si cenamos? Tengo un poquito de hambre —dije.

—Ya sabemos a quién ha salido Aiden —dijo Alan con una media sonrisa antes de besarme en la sien.

Fuimos hacia la mesa, mi hermano pidió vino y echamos un vistazo a la carta. Al final nos decantamos por varios entrantes de tostas y marisco para compartir, y como plato principal un solomillo de ternera con salsa de yogur, pimienta y cebolla caramelizada.

En la mesa no faltaron las risas, pero tampoco esos gestos y miradas de cada una de las tres parejas que estábamos allí.

Alice estaba en casa con mi madre desde que la recogí el día anterior por la tarde y la traje para que así Gina no tuviera que dejarla hoy, o mi hermano pasar por casa de ella a recogerla y dejar a la niña, además, a ella y Aiden todo lo que fuera estar juntos el máximo tiempo posible, les encantaba.

—Hermanita, por cierto —miré a Jack cuando me habló—, a ver si puedes decirles a tus chicos que me llamen el lunes, vamos a empezar con una nueva campaña de marketing para uno de los modelos que tenemos en el concesionario.

—Vale, ¿a qué hora te va bien que te llamen?

—Sobre las nueve y media, que ya tendré las ideas claras de lo que quiero.

—Ok.

—Nicole, ¿cómo es que no te has planteado trabajar por tu cuenta? —preguntó Brian— He visto las ideas que les has dado a Alan para el marketing, y eres buena. No necesitarías un jefe, podrías tener tu propio equipo.

—Pues no es algo que haya pensado nunca, la verdad —me encogí de hombros—. Con Mike me va bien, y tengo libertad como si fuera independiente.

—Pero ir por tu cuenta te daría mucha más libertad aún, Nicky, sobre todo con Aiden.

—Eso es cierto, hermanita.

—No es algo que me haya planteado.

—¿Y si te ofrezco ser mía en exclusiva? —dijo Alan, y lo miré con el ceño fruncido

—Socio, que eso ha sonado a todo menos a trabajo —rio Brian.

—A ver, ella me entiende —sonrió Alan—. Podría trabajar solo para nosotros.

—No sé, ya digo que con Mike estoy muy bien.

—Al menos piénsalo, preciosa —Alan se inclinó y me dio un beso en la mejilla.

Como les había dicho a todos, estaba bien con mi trabajo en la empresa de Mike, pero sí que era cierto que, si me plantease ir por mi cuenta, podría hacer el trabajo desde casa y tener más tiempo para Aiden.

Terminamos de cenar y fuimos a un local cercano a tomar una copa, uno de los comerciales de Jack había vendido un coche al dueño y lo invitó a ir cuando quisiera, estuvo la semana anterior y le comentó a mi hermano, que era un buen sitio donde tomar algo y poder charlar sin tener que hacerlo a gritos.

Nos acomodamos en una mesa al fondo, era como un reservado y tenía una lámpara en el centro que iluminaba ese pequeño rincón.

Los chicos pidieron whisky y nosotras unos gin tonics, y tras varios minutos allí viendo que en una de las zonas había gente bailando al ritmo de la música, acabamos animándonos nosotros también.

—Llevo toda la noche pensando en quitarte este vestido —susurró Alán en mi oído cuando me tenía abrazada desde atrás.

—¿Tan mal me sienta? —pregunté con una leve sonrisa.

—Te queda espectacular —sonrió de medio lado—, pero es un estorbo para lo que quiero hacerte.

—¿Qué quieres hacerme?

—De todo, preciosa —dijo en ese tono bajo, sensual y excitante antes de darme un leve mordisco en el cuello.

Seguimos bailando, compartiendo besos y miradas, tonteando, excitándonos entre promesas dichas y esas que solo nuestros ojos y caricias contaban, hasta que regresamos a la mesa para tomar una copa y tratar de que se nos pasara ese momento ardiente y lujurioso que acabábamos de vivir.

—De verdad me gustaría que te pensaras lo de trabajar solo para mi empresa —dijo mientras pasaba el brazo por el respaldo del sofá en el que estábamos sentados—. Es un trabajo que puedes hacer desde casa sin problema, lo comprobaste durante los días que te quedaste cuidando de Aiden. Y tendrías mucho más tiempo libre, no tendrías que trabajar después de comer si no quieres.

—¿Es ahora cuando me haces una oferta económica que no voy a poder rechazar? —Arqueé la ceja.

—Ajá —sonrió—. El doble de lo que te pagué esa primera vez.

—Alan, ya te cobré mucho más de lo que cobramos con Mike —volteé los ojos.

—Lo intuía.

—Es mucho dinero, Alan, en serio, como estoy ahora, estoy bien.

—Lo sé, solo quiero que estés mejor, que Aiden y tú estéis mejor —me colocó un mechón de cabello tras la oreja mientras me miraba con esos ojos azules e intensos que solía ver cuando tenía ante mí al hombre de negocios, hasta que se le oscurecieron pasando a esos ardientes y lujuriosos que miraban mis labios con deseo.

Se inclinó para besarme y me dejé llevar por el momento, hasta que noté que su móvil vibraba en el bolsillo de su pantalón.

Alan lo sacó y frunció el ceño al ver quién lo llamaba, pero yo no vi nada.

—Dime, Susy —contestó y, al escuchar el nombre de mi madre, me puse alerta—. ¿Qué? —Se levantó casi de un salto— Vamos para allá.

—¿Qué pasa, Alan? ¿Aiden está bien? —pregunté siguiéndolo mientras iba hacia donde estaban los demás, pero no me contestaba— Alan, por Dios.

—Gina, tenemos que irnos —le dijo a su cuñada.

—¿Qué ha pasado? —Mi hermano se puso serio al ver a Alan.

—Lo ha llamado mamá, pero no me dice por qué —contesté yo.

—¿Alan? —noté a Gina preocupada, tanto o más que yo.

—Se han llevado a los niños.

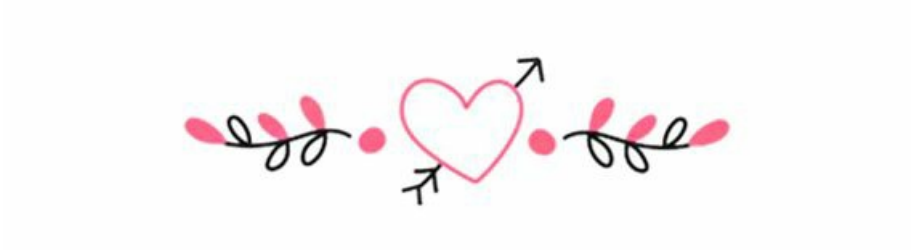
Escuchar esas palabras fue para mí como si me clavaran un puñal en el pecho, fuerte y doloroso.

—¿Alan? —noté a Gina preocupada, tanto o más que yo.

—Se han llevado a los niños.

Escuchar esas palabras fue para mí como si me clavaran un puñal en el pecho, fuerte y doloroso.

Capítulo 33



Decir que el camino de vuelta a mi casa fue tranquilo, era una absoluta mentira.

Alan, al igual que Brian y mi hermano, conducía tan rápido como el coche le permitía, sorteando otros coches e incluso saltándose algún que otro semáforo en rojo, no quería ni pensar en las multas que le llegarían después de esta noche.

Y yo, ¿cómo iba yo? Además de nerviosa, preguntándome quién podría haber querido llevarse a mi hijo, y por qué.

Cuando llegamos ni siquiera esperé a que Alan apagara el motor del coche, en el momento que paró frente a mi casa bajé y corrí hacia la puerta, no tardé en escuchar los otros dos coches llegando.

—Nicole, hija —mi madre me abrió la puerta llorando y sosteniendo un pañuelo en la cabeza, tapando su ceja y cubierto de sangre.

—¿Qué ha pasado, mamá? —pregunté entrando.

—Se los han llevado, mi vida —lloró—, se han llevado a los niños.

—Pero, ¿por qué? No entiendo nada —empecé a llorar igual que ella.

Alan y los demás entraron en ese momento, mi hermano se acercó para ver cómo estaba y al retirar el pañuelo comprobamos que seguía sangrando.
Tenía un corte bastante feo y profundo en la ceja, y Mia fue al cuarto de baño a por el botiquín para hacerle una primera cura antes de llevarla al hospital.

—Cuéntanos qué ha pasado, Susy —le pidió Alan mientras Mia le hacía las curas, era la única, junto con Brian, que no estaba temblando o atacada de los nervios en extremo.

—Alguien llamó a la puerta —comenzó a explicar mi madre—. Pensé que sería uno de vosotros, aunque dijisteis que vendrías mañana a por los niños. Había un hombre fuera, tendría unos cuarenta años y buen aspecto. Me dijo

que se había quedado tirado con la camioneta, que no tenía batería en el móvil y si podía dejarle el mío para llamar a una grúa.

—Valiente excusa —dijo Brian.

—Ahora lo sé, muchacho —se lamentó ella—. El caso es que fui a coger mi móvil, cerré la puerta para que no entrara, pero cuando volví a abrir, él y otros dos la empujaron con fuerza y me caí al suelo, golpeándome con el muble del recibidor. Intenté levantarme, pero no pude, estaba un poco aturdida. Los escuché hablar sobre los niño y fueron directos hacia la habitación de Aiden, sabían bien dónde encontrarlos. Cuando los vi aparecer, dos de ellos llevaban a los niños en brazos, dormidos, como si fueran muñecos moviendo los brazos con cada paso que daban.

—Voy a mirar —dijo Brian.

—No toques nada, hay que llamar a la policía —le pidió mi hermano, y él asintió.

—Lo siento mucho, hija —lloró de nuevo mientras yo lo hacía también—. Gina, de verdad que lo siento —le dijo a ella, que la abrazó entre lágrimas.

—No pudiste hacer nada, Susy —le contestó ella.

—Yo no entiendo nada, os juro que no lo entiendo —me sequé las lágrimas—. ¿Quién querría llevarse a los niños? No tengo enemigos como para hacer algo así —dije.

—Yo tampoco —añadió Gina.

—Joder, ni yo, pero, ¿y si algún capullo al que no he vendido un coche ha ido a por mí? O, qué sé yo —mi hermano se pasó las manos por el pelo mientras caminaba de un lado a otro.

—He encontrado un par de pañuelos con lo que, si no me equivoco, debe ser cloroformo —dijo Brian cuando volvió al salón.

—Se han asegurado de que no se despierten en un tiempo —contestó Alan, y Brian asintió.

En ese momento el móvil de Alan empezó a sonar y lo vi ir hacia el jardín, mi madre seguía llorando al igual que Gina y yo, que nos secábamos las lágrimas constantemente. No dejaba de disculparse, de decirnos cuánto lo sentía, y Mia le pedía que se calmara para poder ponerle el apósito.

—¿Puedes recordar algo de esos hombres? —le preguntó Brian.

—Poco, muy poco. También vi la camioneta, pero no sabría decirte si era negra o azul, solo que era oscura, la

tenían donde no había mucha luz.

—Casualidad no fue, desde luego —suspiró mi hermano.

—¿Por qué ellos? No tiene sentido —dijo Gina—. Ni que Nicole o yo fuéramos multimillonarias para poder pagarles un rescate.

—Vosotras no, pero… —miramos a Brian— Alan sí.

—Colega, dime que tu socio no anda metido alguna mierda de drogas o cosas así, y por eso se han llevado a mi sobrino y futura hija —le pidió mi hermano, acercándose a Brian mientras lo señalaba con el dedo.

—No, joder, Alan no se metería en nada de eso.

—¿Entonces? ¿Por qué se los han llevado? ¿Y quién? —insistí en querer saber.

—No lo sé, Nicole, te juro que estoy tan perdido en este asunto como tú, tampoco le encuentro sentido, créeme.

—Necesito beber algo —me levanté del sofá y fui hacia la cocina, estaba tan nerviosa que el simple hecho de dar un paso detrás de otro era una verdadera aventura, me sentía como un cervatillo recién nacido queriendo ponerse en pie.

Saqué una botella de refresco de la nevera y me serví un vaso, necesitaba algo frío y con azúcar en ese momento.

No podía imaginar, ni tan siquiera un poco, quién tendría a los niños o por qué se los había llevado.

Si se trataba de un asunto de extorsión contra Alan, solo se habrían llevado a Alice por ser su sobrina, que tampoco deberían haberlo hecho, solo que en casos de secuestro era lo más común, llevarse a un familiar.

Por lo tanto, no veía sentido alguno a que se hubieran llevado también a mi hijo, a no ser que tuvieran a Alan vigilado desde hacía el tiempo suficiente como para ver que mi hijo era importante para él.

Di un sorbo al vaso y sentí ese cosquilleo de las burbujas en la garganta mientras el frío líquido pasaba por ella. No tardaría en hacer efecto el azúcar y es que, a pesar de no tener diabetes diagnosticada, en momentos de estrés y angustia a veces me daban esos bajones que me tenían flojita unas horas, y esta noche no quería que me pasara.

Necesitaba estar al cien por cien, alerta y con todos los sentidos disponibles para que no se me pasara nada.

Se habían llevado a mi niño, teníamos que llamar a la policía y cualquier pregunta que hicieran quería poder responderla sin dudar lo más mínimo.

Regresé de la cocina y sonreí a mi madre, que parecía un poco más calmada, aunque en una situación como esta nadie de los presentes podía estar completamente tranquilo, siendo sincera.

Alan seguía en el jardín hablando por teléfono, lo veía alterado y gesticulaba mucho con los brazos. No tenía ni idea de quién podría haberle llamado a las doce y media de la noche, pero a juzgar por cómo parecía estar gritando, estaba enfadado, y mucho.

Cuando colgó, lo vi cerrar los puños con fuerza mientras dejaba caer la cabeza hacia atrás mirando al cielo, pero con los ojos cerrados, como si ese fuera el único modo de tranquilizarse.

Se giró para volver dentro y cuando su mirada se encontró con la mía, vi miedo, angustia y pena en sus ojos. Soltó el aire y entró.

—He llamado a un amigo policía para que venga —dijo.

—Bien, el cuarto de Aiden está como lo han dejado, no he tocado nada —comentó Brian.

—¿Por qué querrían llevárselos? —preguntó Mia.

—Socio, si te piden un rescate…

—No quieren dinero —le contestó Alan a Brian.

—¿Cómo puedes estar seguro de eso? —cuestionó Gina.

—Porque sé lo que quieren, y quién tiene a los niños.

Regresé de la cocina y sonreí a mi madre, que parecía un poco más calmada, aunque en una situación como esta nadie de los presentes podía estar completamente tranquilo, siendo sincera.

Alan seguía en el jardín hablando por teléfono, lo veía alterado y gesticulaba mucho con los brazos. No tenía ni idea de quién podría haberle llamado a las doce y media de la noche, pero a juzgar por cómo parecía estar gritando, estaba enfadado, y mucho.

Cuando colgó, lo vi cerrar los puños con fuerza mientras dejaba caer la cabeza hacia atrás mirando al cielo, pero con los ojos cerrados, como si ese fuera el único modo de tranquilizarse.

Se giró para volver dentro y cuando su mirada se encontró con la mía, vi miedo, angustia y pena en sus ojos. Soltó el aire y entró.

—He llamado a un amigo policía para que venga —dijo.

—Bien, el cuarto de Aiden está como lo han dejado, no he tocado nada —comentó Brian.

—¿Por qué querrían llevárselos? —preguntó Mia.

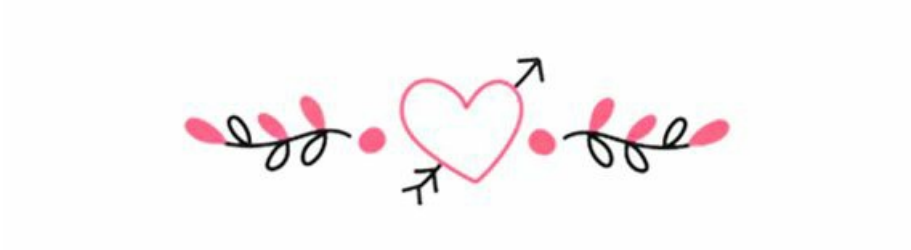
—Socio, si te piden un rescate…

—No quieren dinero —le contestó Alan a Brian.

—¿Cómo puedes estar seguro de eso? —cuestionó Gina.

—Porque sé lo que quieren, y quién tiene a los niños.

Capítulo 34



Todos intentamos hacer hablar a Alan y que nos dijera quién había ido a mi casa a por los niños, pero no dijo nada, tan solo que hablaría con la policía.

Cuando llamaron al timbre fue Mia a abrir la puerta, no tardó en aparecer con un hombre de la edad de Alan, más o menos, alto y robusto, con aspecto rudo.

—Alan —lo saludó al verlo y extendió la mano para estrechársela.

—Somers —se dirigió a él por el apellido.

—Has dicho que era urgente, y aquí estoy.

—Se han llevado a mi sobrina y al hijo de Nicole, mi pareja —contestó mirándome y el policía asintió al verme —. Estaban aquí, con Susy, la madre de Nicole, usaron una excusa para entrar en la casa.

—Bien. Susy— se acercó a mi madre.

—Dígame, agente.

—Por favor, llámame Tom. Alan es el único capullo que conozco que me llama por el apellido —volteó los ojos.

—Claro —sonrió mi madre—. Dime, Tom.

—Mejor así. Cuéntame qué pasó, Susy, todo lo que recuerdes también me será de ayuda.

Mi madre suspiró y comenzó a hablar, relatándole a Tom lo que nos había contado a todos nosotros, sin dejarse nada. Dijo cómo era la camioneta que el hombre había señalado como suya y averiada, pero sin poder identificar el color, marca o modelo y tampoco la matrícula.

—¿Algo que puedas recordar de alguno de los hombres?

—A ver —dijo mi hermano—. Alan, si ya sabes quién se los ha llevado y por qué, ¿qué cojones hacemos escuchando a mi madre otra vez?

—Tranquilo, amigo —le pidió Tom, poniéndose en pie.

—No me jodas, no soy tu amigo —protestó Jack.

—Alan me ha dicho que sabe quién y por qué se los ha llevado, o, mejor dicho, ha mandado que se los lleven. Pero te aseguro que no están con esa persona en este momento, ni lo estarán en las próximas horas. Por eso necesito que Susy me cuente todo lo que recuerde.

—Un anillo —dijo mi madre de pronto y todos la miramos—. El hombre que llevaba a Aiden en brazos tenía un anillo en el dedo anular. Era grande, de oro, con la parte de arriba negra y una especie de cruz de brillantes pequeños.

—Bien, ya tenemos algo —sonrió Tom—. Lo has hecho bien, Susy. Ahora voy a pedir una ambulancia para que te echen un vistazo, y vendrán más policías. ¿Dónde está la habitación de los niños?

—Yo te acompaño —se ofreció Brian, que le fue hablando de los pañuelos con lo que suponía era cloroformo.

—Más vale que digas ya quién coño tiene a mi sobrino —le advirtió mi hermano a Alan, acercándose a él y señalándolo.

—También se ha llevado a mi sobrina, ¿crees que me gusta eso? —gritó Alan— Porque no me gusta, Jack, me jode, y mucho.

—Confirmado, es cloroformo —escuché a Tom y todos miramos hacia el pasillo—. Vienen un par de coches patrulla de camino, y una ambulancia para ti, Susy.

—Gracias, Tom —mi madre sonrió.

—Y ahora, amigo, enséñame lo que has recibido —le pidió Tom a Alan, y él sacó su móvil.

Cuando Tom lo cogió empezó a leer, hacía gestos con la cara, chasqueaba la lengua y soltó un silbido.

—En esta foto no sales nada guapo, colega —le dijo cuando le devolvió el móvil—. Te dije siempre que Ginger te traería problemas.

—¿Ginger? —gritamos Gina y yo, al unísono.

—Las amenazas en los mensajes están claras, Alan, ¿qué vas a hacer? —preguntó Tom.

—Alan, ¿Ginger se ha llevado a mi hija? —Gina se acercó a él gritando y lo cogió por la camisa— Dime que es mentira, que esa mujer no ha planeado nada de esto.

—Ha sido ella —contestó.

—¿Y qué quiere? ¿Por qué se ha llevado a los niños? —insistió.

—Está claro lo que quiere —dijo Brian con un suspiro.

—Perdona, estará claro para ti y para Alan, porque los demás estamos como al principio —protestó Mia.

—El acuerdo del que ha hablado las dos veces que nos vio juntos —intuí, Alan me miró y asintió—. ¿Qué clase de acuerdo es, Alan?

—No voy a hablar de eso ahora.

—Perdona, pero esa mujer se ha llevado a mi sobrino y a tu sobrina, creo que aquí hay cuatro personas con un claro interés en saber qué mierda de acuerdo tenías con esa mujer para que haga lo que ha hecho.

—Hijo, tranquilo —le pidió mi madre—. Seguro que Alan va a recuperar a los niños, ¿verdad?

—Sí, Susy, los voy a recuperar, voy a hacer que vuelvan a casa, pero… —me miró, y yo estaba tan mal que no podía dejar de llorar.

—No va a ser fácil, ¿es eso, hijo? —le preguntó ella, al ver cómo me miraba, con el dolor que lo hacía.

—No, Susy, no va a ser fácil y tampoco bonito.

—Mientras no la mates y tengan que llevarte al trullo, no va mal la cosa —dijo Tom.

—Entonces, ¿no quiere dinero? —preguntó Mia.

—No —respondió Alan.

—Pues si lo que quiere es que sigas follándotela, dile que sí, que Nicky prefiere tener a su hijo de vuelta que a un hombre en su vida.

—Mia, qué bruta eres, cariño —le dijo mi madre.

—Pero sincera, Susy. Conozco a Nicky, y sé que, al igual que yo, ese niño va delante de cualquier tío.

Alan me miró, y supe al ver sus ojos, que tenía claro que mi hijo quedaba por delante de cualquiera, que siempre sería así. Me sequé las lágrimas y quise desaparecer en ese momento, pero llegaron los policías y la ambulancia que había pedido Tom.

Me quedé con mi madre mientras la atendían, se encargaron de poner algunos puntos de esos que se pegaban a modo de sutura en el corte, ya que decían que la veían bastante lúcida y ella no quería ir a hacerse pruebas, era la mujer más cabezona que conocía, y yo había heredado esa tozudez innata en ella.

Cuando la policía comprobó que en mi casa no había cámaras, pero en las de algunos vecinos sí, no dudaron en llamar a la central de las empresas y pedir las grabaciones del exterior para tratar de dar con la camioneta en la qu se habían llevado a los niños.

Necesitaba respirar, tomar el aire y alejarme de ese ambiente cargado de llanto y dolor, de rabia y enfados.

Salí al jardín y me abracé a mí misma, mientras seguían cayendo una tras otra esas lágrimas de angustia que no cesaban.

Esa mujer se había llevado a mi hijo en un intento desesperado de recuperar a Alan, sin importarle el daño que me hiciera a mí como madre.

Era despreciable que alguien pudiera actuar así, por despecho, causando un dolor tan grande que a mí me hacía sentir que me faltaba la vida.

—Preciosa —escuché la voz de Alan a mi espalda, era un susurro suave para no asustarme, pero no me giré, no podía, tan solo cerré los ojos mientas las lágrimas seguían cubriendo mis mejillas. Y entonces noté sus manos, grandes, cálidas y fuertes, posándose en mis hombros—. Jamás pensé que pudiera llegar a esto —dijo.

—Es mi hijo, Alan, y no tiene nada que ver con lo que sea que te traes con esa mujer —sollocé.

—Es nuestro chico, preciosa —me aseguró, y sentí que se me partía el alma al escuchar aquello—. Quiero a Aiden tanto como tú.

—No, Alan, tanto como yo, no —lo miré—. Nadie quiere más a un hijo que una madre.

—O un padre —contestó mirándome fijamente mientras secaba mis mejillas—. No lo soy, sé que Aiden no lleva mi sangre, pero lo quiero como si la llevara —cerré los ojos sin poder dejar de llorar y Alan me abrazó besándom la cabeza—. Voy a recuperarlo, Nicole, voy a traer a Aiden de vuelta a casa, te lo aseguro. Pero quiero pedirte algo, preciosa. Por favor, veas lo que veas los próximos días, oigas lo que oigas, no creas nada. Y espérame, te pido de corazón que me esperes, Nicole —me sostuvo ambas mejillas y me miró, yo no entendía nada de por qué me decía y me pedía aquello.

Se inclinó para besarme y sentí que me desgarraba por dentro, me dolía aceptar aquel beso en un momento como el que estaba viviendo, con mi hijo a saber, dónde y cómo estaría. Pero dejé que lo hiciera porque, en lo más profundo de mi ser, necesitaba ese beso que, de algún modo, era un gesto de consuelo por su parte.

—Espérame, Nicole, espérame porque te amo como no te haces una idea, preciosa.

Me besó la frente por última vez y se fue, sin decir nada más, sin mirar atrás, mientras yo me quedaba allí, en el jardín de mi casa, llorando por la pérdida de mi hijo, de mi vida, de mi mundo entero, viéndolo marchar.

e

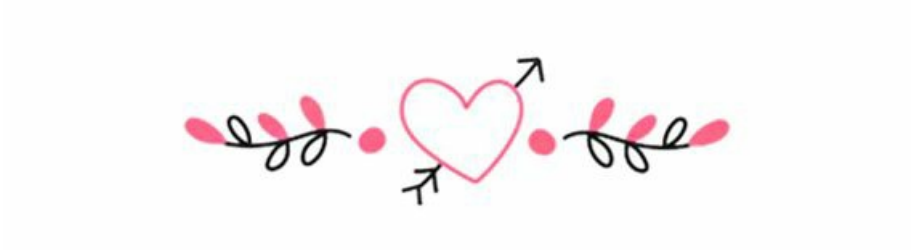
e

Se inclinó para besarme y sentí que me desgarraba por dentro, me dolía aceptar aquel beso en un momento como el que estaba viviendo, con mi hijo a saber, dónde y cómo estaría. Pero dejé que lo hiciera porque, en lo más profundo de mi ser, necesitaba ese beso que, de algún modo, era un gesto de consuelo por su parte.

—Espérame, Nicole, espérame porque te amo como no te haces una idea, preciosa.

Me besó la frente por última vez y se fue, sin decir nada más, sin mirar atrás, mientras yo me quedaba allí, en el jardín de mi casa, llorando por la pérdida de mi hijo, de mi vida, de mi mundo entero, viéndolo marchar.

Capítulo 35



Había pasado los dos peores días de mi vida desde que supe que había perdido a Matt la misma noche que nació mi hijo.

Alan se fue el sábado de mi casa y no habíamos vuelto a hablar, le pedí a mi hermano que, por favor, fuera él quien se comunicara con Alan para saber cómo estaba todo, si la policía daba con la furgoneta, con los niños, si Ginger se decidía a dejar que se marcharan. No tenía fuerzas para escuchar su voz sin derrumbarme, esa era la realidad.

Ya era martes, el domingo lo pasé todo el día en la cama llorando y durmiendo a ratos, apenas sin ganas de comer el lunes no fui a trabajar y Mike me dijo que podía tomarme unos días libres, que no quería ni, verme por las oficinas, ni trabajando desde casa.

Estuve todo el lunes alternando salidas al jardín para caminar de un lado a otro y respirar aire puro, y la cama de Aiden, esa que aún olía a él, abrazando su peluche favorito.

Tampoco pude dejar de llorar, pero lo peor fue cuando me decidí a comer un poco de ensalada que mi madre se empeñó en que comiera para no caer enferma. Teniendo en cuenta que el domingo apenas ingerí alimentos sólidos, sino que fueron zumos todo lo que tomé, la ensalada me acabó sentando mal y vomité, por lo que la cena consistió en un vaso de zumo.

El caso es que ni siquiera eso parecía tolerar ya mi cuerpo, pues estuve casi toda la noche en el cuarto de baño, y me había levantado igual de mal del estómago que como me había acostado.

Comí un poco de sopa pensando que me sentaría bien, pero tampoco, era como si todo lo que ingiriera fuera a ser rechazado por mi cuerpo, por el estado en el que me encontraba, decaída y débil, triste, llorando a cada rato y sin querer levantarme de la cama.

Después de comer mi madre salió a hacer compra, yo aproveché para darme una ducha, ponerme unos leggins y una camiseta con las deportivas, y salir a la calle a que me diera un poco el aire. Sí, me fui a hurtadillas de casa como una adolescente porque mi madre no me dejaría salir estando tan mal, pero necesitaba dejar esas paredes que comenzaban a ahogarme.

Pasé por delante de un kiosco de prensa y me quedé paralizada al ver lo que tenía delante.

En la portada de una revista salían Alan y Ginger, sonriendo, abrazados, incluso besándose, y eso fue la peor de las puñaladas que podía darme el hombre del que me había enamorado.

En otra revista se veían esas mismas fotos, sentía tanta rabia, tantas ganas de llorar y tal dolor en el alma, que ni siquiera podía leer lo que ponían sobre ellos.

Sentí una nueva náusea y acabé corriendo hasta un rincón apartado donde pude vomitar sin que nadie me viera. Tenía que acabar con aquello y decidí ir a la farmacia a por algo que me controlara las náuseas.

Cuando salí de allí me llamó Mia para preguntarme cómo estaba, ella sabía que no había estado bien esos días.

—Y para rematar he visto las revistas —dije con un suspiro.

—¿Has salido a la calle?

—Sí, Mia, necesitaba que me diera el aire.

—Cariño, sabes que estoy aquí, puedes llamarme para hablar. ¿Quieres que vaya a verte?

—No, de verdad, quiero estar sola —contesté mientras llegaba a mi casa—. Te llamo más tarde, ¿vale?

—Ok, descansa un poco. Adiós.

Mi madre suspiró al verme, me encogí de hombros y me abrazó dándome un beso antes de dejar que me fuera a mi habitación.

—Las has visto, ¿verdad? —dijo.

—¿El qué? —Me giré.

—Las revistas —asentí—. Cariño, tal vez…

—No quiero hablar de eso, mamá, y tampoco quiero volver a saber nada de Alan.

Continué caminando hacia el pasillo sin esperar a que mi madre me dijera algo, a que me diera una de sus charlas o me dijera que lo que hacía Alan posiblemente tenía una explicación. Sí, eso ya lo sabía y fuera cual fuera esa explicación que pudiera querer darme Alan sobre esas imágenes de él con la mujer que lo amenazó llevándose a mi hijo y su sobrina, no me importaban.

Entré en el cuarto de baño y volví a llorar mientras sacaba la bolsa de la farmacia de mi mochila.

Me sequé las lágrimas e hice lo que había ido a hacer antes de volver a mi habitación.

Una vez encerrada en ella, aun llorando con desconsuelo, me recosté en la cama con los ojos cerrados y las lágrimas cayendo por mis mejillas como lava candente, así las sentía.

Esas lágrimas eran de dolor por lo que sabía que iba a pasar, lo que había perdido y lo que posiblemente estuviera a punto de ganar.

Pasados los minutos que ponía en el prospecto, cogí la prueba de embarazo que había dejado en la mesita de noche y la respuesta a mis dudas fue más que evidente.

Positivo. Estaba embarazada.

Las lágrimas de dolor se mezclaban con las de alegría, tenía una pequeña personita creciendo en mi vientre y era mitad mía y mitad del hombre al que amaba, un hombre que había vuelto con la mujer que se llevó a mi hijo con tal de recuperarle a él.

De manera instintiva me llevé la mano al vientre, iba a tener un bebé, un bebé de Alan.

Volví a recostarme en la cama y me quedé mirando por la ventana, sin darme cuenta de que entre el cansancio y e estado en el que me encontraba, me iba quedando dormida poco a poco.

No sabía cuánto tiempo llevaba dormida cuando escuché que sonaba el timbre de casa, lo que hizo que me despertara.

Me encontraba tan agotada que no me moví, ni siquiera se me pasó por la cabeza levantarme.

Hasta que escuché que mi puerta se abría y entonces…

—¡¡Mami!! —el grito de mi hijo hizo que me incorporara en la cama, Aiden corrió hasta ella y se subió trepando para abrazarme— Mami —lloró.

—Mi niño, mi niño —lloré abrazándolo con todas mis fuerzas y le besé la mejilla—. Cariño, mami te echaba mucho de menos.

—Yo a ti también, mami —lloró—. Cuando Alice y yo nos despertamos y no vimos a la abuela, tuvimos mucho miedo.

—Ya estás en casa, mi vida —lo abracé de nuevo—. Ya estás en casa.

Lloramos abrazados sin poder creernos que estaba allí, que finalmente Aiden estaba de vuelta.

Miré hacia la puerta de mi habitación y vi a mi hermano y mi madre allí, observándonos.

Pero también estaban Mia, Gina y Alice, estas dos últimas llorando como imaginaba que habían llorado cuando se reencontraron.

—Mami, te quiero mucho —me dijo entre sollozos mi niño.

—Yo también te quiero, vida mía.

No quería volver a separarme de mi hijo, y esa noche pensaba tenerlo durmiendo en mi cama para poder observarlo sin perderlo de vista un solo segundo.

Le di un baño, le puse un pijama y nos unimos a los demás en el salón, donde ya tenían la mesa con unas pizzas para cenar esperándonos.

Apenas si cogí un pedazo y lo comí despacio, seguía con el estómago revuelto y ahora sí sabía cuál era el motivo.

Podría contárselo a ellos, decirles que iba a tener un bebé y por eso esos días había estado tan mal anímicamente, pero no lo hice, me limité a disfrutar de mi hijo, a quien no dejaba de dar besos en la mejilla o la cabeza puesto que estaba cenando sentado en mi regazo.

Cuando se quedó dormido, al igual que Alice en los brazos de mi hermano, los dejamos en el sofá donde mi madre y Jack se acomodaron para ver la tele y vigilarlos mientras las chicas me llevaban al jardín para hablar.

—Si vais a mencionar el tema de Alan, os digo de antemano que no quiero hablar de ello —les advertí.

—Pues lo siento, cielo, pero vas a escucharme —dijo Gina—. Sé que esas fotos duelen, porque, aunque tú no nos hayas confirmado nada, estás enamorada de mi cuñado. Pero él no siente nada por esa mujer, Nicole, tienes que creerlo. Alan accedió a hacer eso para que Ginger dejara que los niños se fueran.

—Ahora lo único que me importa es haber recuperado a mi hijo —dije con las lágrimas comenzando a caer de nuevo y sin control—. No quiero saber nada de él, si esa mujer no nos hubiera visto juntos, nunca se habría llevado a mi hijo, para empezar.

—Nicky.

—No, Mia —me sequé las lágrimas—. No intentes hacerme cambiar de opinión. Agradezco que Alan y la policía

nos devolvieran a los niños, pero yo no quiero volver a verlo en mi vida. Se llevaron a mi hijo porque me enamoré de él —las dos me miraron con los ojos muy abiertos, puesto que era la primera vez que lo decía tan abiertamente —. Si nunca le hubiese conocido, no se lo habrían llevado después de golpear a mi madre. ¿Qué clase de persona disfruta haciendo daño a otras de ese modo?

—La bruja de Ginger —murmuró Gina.

—No me siento bien, chicas —dije secándome las mejillas mientras me ponía en pie—. Gracias por venir, pero me voy a la cama con mi hijo, necesito abrazarlo y saber que está bien.

Entré al salón, mi madre y Jack habían estado escuchándome y sus caras eran de tristeza. Cogí a Aiden en brazos, les di las buenas noches y me fui con mi niño a mi habitación.

Cuando le recosté en la cama me puse el pijama y me acomodé a su lado, abrazándolo para notar el calor de su pequeño cuerpo entre mis brazos. Le di un beso en la frente y me quedé observándolo dormir tranquilo, mientras pensaba en lo que acababa de decirle a las chicas.

Era cierto que si nunca hubiera conocido a Alan esa mujer vengativa no se habría llevado a mi hijo, pero tampoco estaría esperando un bebé, un regalo que él no sabía que me había dado.

Y nunca lo sabría, porque por mucho que dijeran Gina o Mia, Alan tenía una historia con Ginger, un pasado, una relación como la que nosotros habíamos tenido, y bien sabido era que donde hubo fuego, brasas quedan.

Pero, ¿y si había algo que se me escapaba?

No quería pensar más en nada de ese asunto, en nada que tuviera que ver con Gina, ahora lo importante era mi hijo, mis hijos, y la vida que iba a darles.

—Mami —Aiden me llamó en sueños y eso me partió el corazón, ¿cuántas veces lo habría hecho en esos días que le tuvieron lejos de mí?

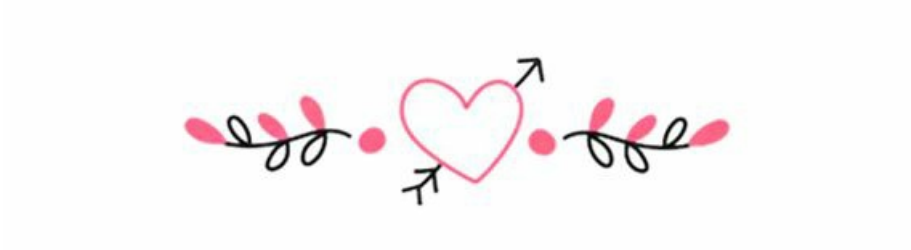
—Estoy aquí, mi niño —susurré acariciándole el pelo y le besé la frente—. Mami está aquí, contigo, y siempre estará aquí. Y también tu hermanito, o hermanita—sollocé volviendo a darle un beso.

Era increíble cómo la vida podía darnos y quitarnos tanto al mismo tiempo.

Hacía seis años me dio a Aiden a la vez que me quitaba a Matt, y ahora, me encontraba con un bebé el mismo día que sentía que perdía a Alan.

La vida dolía, podía ser injusta, pero no iba a rendirme, por mis hijos haría cualquier cosa, lo que fuera necesario.

Capítulo 36



Esos tres últimos días no me había separado de Aiden, y es que finalmente decidí hacer caso a Mike, mi jefe, y tomarme unos días libres, un tiempo indefinido le dije, cuando lo llamé en a la mañana siguiente de que mi hijo volviera a casa, y no puso ningún problema pues los dos sabíamos que, lo más probable, fuera que como mucho estuviera dos semanas sin ir a trabajar.

Solo cuando le dije a mi madre que necesitaba salir un momento y regresé dos horas más tarde, dejé a mi hijo en casa con ella.

Había pedido cita con mi ginecóloga y la tarde anterior me confirmó que, efectivamente, estaba embarazada de tres semanas.

Aquello era prácticamente desde el principio de que Alan y yo comenzáramos a tener relaciones, algo normal dado que echando la vista atrás recordé que ninguna de las veces que nos habíamos acostado, tomamos precauciones.

El bebé estaba bien, tenía el tamaño y peso perfectos y me dijo que si me tomaba todo con calma crecería cada día y sería un bebé sano y feliz como fue Aiden.

No podía contarle por lo que había pasado en esos últimos días, ni que al igual que con Aiden, posiblemente sería madre soltera.

Sí, me lo había planteado, le había estado dando vueltas a eso y por el momento, no le iba a contar nada a Alan, como tampoco se lo había contado aún a mi familia.

Había decidido llevar a Aiden a nuestro lugar favorito, y tras aparcar el coche nos adentramos en el muelle de Santa Mónica, donde muchas otras madres con sus hijos paseaban en ese momento.

—Mami, me apetece un helado —me dijo Aiden cuando pasábamos por su heladería favorita.

—Pues vamos a tomarlo, que yo también quiero —sonreí y mi pequeño me devolvió la sonrisa, esa que tanto me gustaba ver en él.

Nos pusimos a esperar en la fila y le cogí en brazos, como siempre, para que mirara el panel que había sobre la larga barra de la heladería, a pesar de que Aiden se sabía de memoria todos los sabores que tenían, y los había probado absolutamente todos.

Miraba concentrado y me iba diciendo qué sabores podía combinar, yo sonreía y una pareja que teníamos delante se reía al escuchar las respuestas que se daba a sí mismo, de por qué no combinar según que sabores.

Cuando nos tocó pedir mi niño escogió nata, chocolate y turrón, mientras que yo me decanté por limón y naranja, y ahí sí me di cuenta que mi segundo embarazo iba a ser como el primero, el cuerpo me iba a pedir muchos cítricos.

Nos sentamos en una de la mesa a tomarlos mientras Aiden me preguntaba si, ahora que estaba mejor de la operación, pues la incisión había curado bien y la cicatriz estaba perfecta, podríamos ir a la playa alguna tarde.

—Claro que podemos ir —sonreí.

—¿Y podemos decirles a Alice y Gina que vengan?

—Sí, si no tienen planes, podemos organizar un día de playa los cuatro.

—¿Puedo ir yo también?

—¡¡Alan!! —Aiden gritó cuando lo escuchó hablar a mi espalda, y yo noté que me estremecía y comenzaba a temblar como un flan.

—Hola, campeón —lo cogió en brazos y se me empezó a formar un nudo en la garganta cuando los vi juntos.

Aiden lo abrazaba rodeándolo con sus pequeños bracitos con fuerza por los hombros, mientras Alan lo hacía por la cintura y con los ojos cerrados.

No había duda de que ese hombre sentía por mi hijo la misma pasión que Aiden por él.

—¿Te tomas un helado con nosotros? —le preguntó.

—En realidad, he venido para hablar con tu mami.

—Está triste, pero no me dice por qué —dijo Aiden, y cuando Alan me miró, aparté la mirada de ellos, no quería que pudiera ver más allá de lo necesario.

—Mia y Brian están allí —escuché que le decía Alan—, vete con ellos y déjame hablar con tu mami, ¿vale?

—Si te dejo hablar con ella… ¿le harás reír? —quiso saber, y me partía el alma escuchar a mi hijo en ese tono.

—Prometo intentarlo.

No miré, pero escuché a mi hijo irse con su tarrina de helado y vi que Alan se sentaba frente a mí. Me sequé con disimulo las mejillas para que no me viera llorar.

—Hola, preciosa —dijo para llamar mi atención.

—Hola, Alan —lo miré al fin.

—¿Cómo estás? Mia me dijo que apenas comiste esos días que Aiden…

—¿Qué quieres, Alan? —le corté— Vi las revistas, y esos programas de televisión donde hablaban de la pareja del año.

—Es mentira, Nicole. ¿Recuerdas lo que te dije aquella noche que se llevaron a Aiden?

—Que, harías que volviera a casa.

—Y que vieras lo que vieras, u oyeras, no creyeras nada.

—Pues perdona por olvidarme esa parte, pero vamos, que ese beso no era una farsa.

—Sí que lo era, Nicole. Todo lo que hice fue por ellos, por mi sobrina y nuestro chico.

—Aiden, no es tu hijo.

—Lo siento como si lo fuera, te lo aseguro.

—No me hagas reír, Alan. Nunca has querido esto, ya sabes, matrimonio, hijos, una familia.

—Hasta que te conocí, mejor dicho, hasta que os conocí. Me enamoré de los dos, preciosa, de ti y de ese niño. No sabes lo mal que lo he pasado estos días, las ganas que tenía de ir a veros.

—¿Por qué has venido hasta aquí? Y no voy a molestarme en preguntar quién te ha dicho dónde estábamos, porque Mia es la culpable —resoplé.

—Quiero contarte todo. Lo del acuerdo, por qué Ginger hizo lo que hizo.

—No me interesa, me basta con saber que mi hijo está de vuelta, y que esa bruja no volverá a llevárselo porque ya tiene a quien quiere.

—No me tiene, nunca me ha tenido y jamás me tendrá. Ginger me utilizaba, bueno, nos utilizábamos mutuamente

—No quiero saberlo.

—Ella pilló a su marido acostándose con otra, una becaria, y quiso pagarle con la misma moneda. El marido de Ginger es un político muy influyente que presume de unos valores familiares de los que, obviamente, carece. Ginger lo amenazó con contarlo en la prensa, él no quería un escándalo y llegaron a un acuerdo. Él podría seguir acostándose con quien quisiera, mientras ella pudiera hacer lo mismo. De esto hace seis años, la conocí en el Fénix, y empezamos a vernos, me habló del acuerdo con su marido y yo no quise formar parte de eso, pero seguí acostándome con ella, a fin de cuentas, en el Fénix solo era sexo y no me vería nunca fuera de allí con ninguna mujer.

Podría haber esperado escuchar cualquier cosa, menos lo que me había dicho.

—Teníamos ese trato —continuó hablando—, sexo sin compromiso cuando uno de los dos quisiera, pero no le gustó que le dijera que se había acabo, verte en mi despacho fue la gota que colmó el vaso. Ella quería seguir a toda costa. Eso por no hablar de que se había encargado de grabarnos y me amenazó con joderme la vida y hacer que perdiera mi negocio mostrando esos vídeos. Me tenía bien cogido, pero yo a ella, también. Su marido se presentó en mi estudio hace unos meses, me dijo que sabía lo mío con Ginger y me ofreció un trato. Quería poder recabar pruebas contra ella para divorciarse, se había enamorado de su nueva amante y quería casarse con ella. Me dijo que si lo ayudaba haría desaparecer los vídeos que ella tenía sobre mí, y acepté a ayudarle con tal de librarme de ella. He sido una especie de agente doble durante bastante tiempo, y ella no sospechaba. Hasta que llegaste tú.

Aparté la mirada porque no podía seguir manteniendo los ojos sobre los suyos, por no hablar de que tenía un nudo en la garganta y unas ganas de llorar, terribles.

—Hablé con su marido —volvió a hablar—, y le pedí que agilizara todo, nos habían estado siguiendo durante meses, tenían pruebas suficientes para que él se divorciara, y cuando iba a conseguirlo, se llevó a los niños. Hablé con el marido de Ginger después de que ella me llamara con amenazas la noche que se los llevó, ella me mandó fotos en las que nos había seguido a nosotros dos, y también a ti con el niño. Quería que volviera con ella, para ella no era ya solo por el acuerdo, sino porque se obsesionó conmigo. A su marido le conté todo y le dije que le iba a poner el divorcio en bandeja en cuestión de días, por eso salieron esas fotos. Nicole, ella quería recuperarme, yo que nos pillaran y que dejara a los niños, y ayudar a que el marido obtuviera el divorcio. Cuando tuvo los papeles del divorcio en la mesa le dije que ese era el final de nuestro trato, no volvería a acostarme con ella, porque había encontrado a la mujer de mi vida.

Estaba llorando sin poder parar, secándome las lágrimas de las mejillas una y otra vez.

—Quiero todo contigo, Nicole, quiero esa familia que parecemos cuando estamos los tres juntos. Pero ya sabes

a por qué ha pasado lo que ha pasado en estos días, y yo aceptaré lo que tú decidas.

—Necesito tiempo —fue cuanto pude responder poniéndome en pie y alejándome de él.

'.

Cuando Mia me vio llegar me sequé las lágrimas deprisa y sonreí viendo a mi niño reírse con Brian. Le dije que nos íbamos para casa, se despidió de sus tíos y me cogió de la mano.

—¿Te ha hecho reír, mami? —me preguntó, y no tuve valor para mentirle, como tampoco lo había tenido para decirle a Alan que estaba embarazada.

—No cariño, pero lo ha intentado.

Lo senté en su sillita, le di un beso y me subí al coche para irnos. Necesitaba estar sola y pensar todo.

e

)

,

por qué ha pasado lo que ha pasado en estos días, y yo aceptaré lo que tú decidas.

—Necesito tiempo —fue cuanto pude responder poniéndome en pie y alejándome de él.

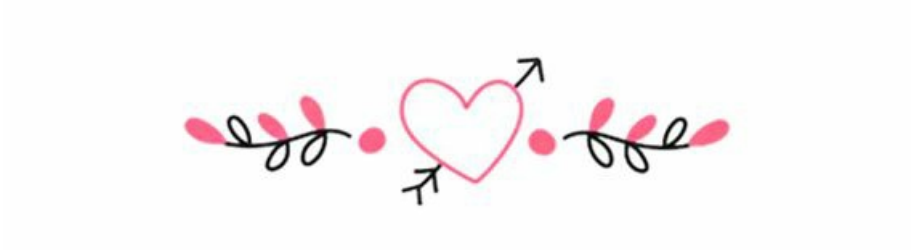
Cuando Mia me vio llegar me sequé las lágrimas deprisa y sonreí viendo a mi niño reírse con Brian. Le dije que nos íbamos para casa, se despidió de sus tíos y me cogió de la mano.

—¿Te ha hecho reír, mami? —me preguntó, y no tuve valor para mentirle, como tampoco lo había tenido para decirle a Alan que estaba embarazada.

—No cariño, pero lo ha intentado.

Lo senté en su sillita, le di un beso y me subí al coche para irnos. Necesitaba estar sola y pensar todo.

Capítulo 37



Esa última semana me había costado mantener mi secreto, pero a mi madre le dije que, todo lo que había pasado y lo que me contó Alan había ocasionado que se me agarraran los nervios con fuerza al estómago.

Estábamos a punto de cenar y cuando llamé a Aiden para que viniera al salón, lo hizo con una carita de pena que me asustó.

—¿Qué te pasa, cariño?

—Tengo fiebre, mami, mira —me enseñó el termómetro y sí, tenía fiebre alta, cosa que comprobé al tocarlo—. Quiero ver a Alan, ¿va a venir hoy?

Mi madre me miró igual de asustada que yo, no había preguntado por él en esos días y que lo hiciera, no era por otro motivo que por la fiebre.

—Voy a llamarlo para que venga a buscaros y os lleve a la clínica —dijo mi madre.

—Ya lo llevo yo, mamá

—Nicole, por una vez, haz caso a tu madre —me regañó, y me limité a asentir.

La escuché hablar con él mientras yo iba por un trapo húmedo para ponerle a Aiden en la frente, sin saber de qué le venía ahora esa fiebre a mi niño.

Ni veinte minutos tardó Alan en aparecer por mi casa, con unas bermudas deportivas y una camiseta, señal de que estaba en casa cuando lo llamó mi madre.

Cogió al niño, que sonrió débilmente llamándolo, pero sin gritar, y al tocarle la frente, me miró asustado. Salimos de casa para subir a su coche y, al igual que aquella noche, semanas atrás, condujo sin importarle las multas que pudieran llegarle hasta que paró frente a la clínica.

Se llevaron a Aiden a la sala de urgencias y nosotros nos quedamos en la de espera.

No podía estarme quieta, caminando de un lado a otro constantemente.

Hasta que noté las manos de Aiden en mi cintura y me sobresalté.

—Para, preciosa, seguro que todo irá bien —me dijo.

—Eso no lo sabes, Alan. El niño estaba bien y, de repente, esa fiebre.

—Los niños son propensos a los virus estomacales y tener fiebre alta.

—No me consuela.

—Te he echado de menos —susurró de pronto apoyando la frente en mi cabeza, seguía a mi espalda, sosteniéndome por la cintura.

—Yo, a ti, no.

—Mi mentirosa favorita —lo escuché sonreír y cuando lo miré por encima del hombro, me besó.

Y sentí que volvía a la vida, de verdad que sí, sentí que con ese beso todo podría quedar olvidado, borrado de mi mente como si me hubieran flasheado los mismísimos hombres de negro, pero, aunque lo hiciera, aunque olvidara eso, el dolor seguiría estando ahí.

—¿Son los padres de Aiden? —escuché decir a una mujer, y me aparté de Alan.

—Soy su madre, sí. ¿Cómo está? ¿Qué tiene? —pregunté al ver a la doctora, y ella sonrió.

—Nada.

—¿Cómo que nada? —Fruncí el ceño.

—Doctora, el niño estaba ardiendo de fiebre.

—Su hijo lo que quería era esto —nos señaló a los dos sin dejar de sonreír.

—Alan, dime que la estás entendiendo porque para mí, que habla en chino —dije, y ella se echó a reír.

—Me explico —se acercó—. El niño está perfectamente. Nos ha confesado que cogió el termómetro y lo metió en el agua caliente de la bañera cuando usted salió —me señaló—, y para que pareciera que tenía fiebre, se quedó mirando a la bombilla de la lámpara de su habitación un rato, donde también acercó el termómetro.

—No me lo puedo creer —me llevé la mano al pecho—. Casi me muero del susto.

—¿El niño ha dicho que ha hecho eso, para vernos juntos? —preguntó Alan, y cuando la doctora asintió, él estalló en una carcajada.

—No tiene gracia, Alan. Creí que se me moría otra vez —protesté.

—¿Podemos pasar a verlo? —le preguntó a la doctora, ignorándome a mí.

—Sí, le hemos dejado en la camilla esperándolos.

—Yo lo mato —dije cuando entramos por la puerta hacia la zona de urgencias—. En mi estado hacerme esto.

Cuando llegamos a la sala donde lo habían dejado, miró hacia la puerta y en el momento en el que vio mi cara de enfado, inclinó la cabeza.

—Lo siento, mami —murmuró.

—Cariño, ¿por qué lo has hecho? Me has dado un susto de muerte —lo abracé, porque no podía enfadarme más con él, desde luego que imaginación al asunto le había echado.

—Quería ver a Alan, lo echo de menos —sollozó—. Me gustaría que fuéramos los tres a comer, o a pasar el día en la playa, ir a su casa —se le caían unas lágrimas por las mejillas que me estaban haciendo querer llorar a mí—. Lo siento mucho, mami —lloró con desgarro y su pequeño cuerpecito se sacudió entre mis brazos, por lo que yo también comencé a llorar.

—Ya está mi niño, no llores —le pedí acariciándole la espalda—. Otro día que quieras ver a Alan dímelo, yo lo llamo y él te recoge para ir a comer un helado, o llevarte al parque…

—¿Por qué no quieres ir con nosotros? ¿No le quieres?

—Cariño, son cosas de adultos —le sequé las mejillas.

—Pero yo lo quiero, mami, y quiero que sea mi papi —confesó entre lágrimas mientras lo miraba a él.

Yo no podía dejar de llorar tampoco, entre lo que sentía por Alan, ver a mi hijo y las hormonas del embarazo, yo era una presa de lo que lloraba.

—Y a mí, no hay nada que me hiciera más feliz que ser tu padre, campeón —dijo Alan a mi lado—. Si tu madre me acepta, me gustaría ser también su marido.

Lo miré cuando escuché aquello y seguía llorando. Alan me retiró las lágrimas con el pulgar mientras sonreía. No podía haber dicho eso, el hombre que siempre decía que sería el eterno soltero de oro.

—Mami, ¿te casarías con él? Alan quiere ser mi papi, y tu marido.

—¿Qué me dices, preciosa? —preguntó Alan.

Me incliné hacia él, llorando, apoyé la frente en su pecho y por primera vez, le conté a ellos mi secreto.

—Estoy embarazada.

—¿Qué has dicho, Nicole?

—Que estoy embarazada, Alan —lo miré sin poder parar de llorar.

—Voy a ser padre —dijo, y asentí.

—¿Vas a ser mi papi?

—Sí, campeón, voy a ser tu papi, así tu mami diga que no, porque vas a tener un hermanito, o hermanita.

—¿Voy a tener un hermanito, mami?

—Sí, mi vida —sonreí, mientras Alan me abrazaba.

—¡¡Voy a tener un hermanito!! —gritó, y algunos de los enfermeros y médicos que pasaban por allí, sonrieron al escucharlo— Voy a tener un hermanito. Tenemos que contárselo a la abuela, y al tío Jack. ¡Y a Alice!

—¿No lo sabe nadie? —curioseó Alan, y negué— ¿Desde cuándo lo sabes?

—Desde el día que Aiden volvió a casa, ya estoy de unas cuatro semanas. Casi cinco en realidad.

—Dios, preciosa, voy a ser padre, y por partida doble —sonrió mientras se inclinaba y me besó—. Te amo, Nicole, te amo con todo mi corazón, preciosa.

Lo miré cuando escuché aquello y seguía llorando. Alan me retiró las lágrimas con el pulgar mientras sonreía. No podía haber dicho eso, el hombre que siempre decía que sería el eterno soltero de oro.

—Mami, ¿te casarías con él? Alan quiere ser mi papi, y tu marido.

—¿Qué me dices, preciosa? —preguntó Alan.

Me incliné hacia él, llorando, apoyé la frente en su pecho y por primera vez, le conté a ellos mi secreto.

—Estoy embarazada.

—¿Qué has dicho, Nicole?

—Que estoy embarazada, Alan —lo miré sin poder parar de llorar.

—Voy a ser padre —dijo, y asentí.

—¿Vas a ser mi papi?

—Sí, campeón, voy a ser tu papi, así tu mami diga que no, porque vas a tener un hermanito, o hermanita.

—¿Voy a tener un hermanito, mami?

—Sí, mi vida —sonreí, mientras Alan me abrazaba.

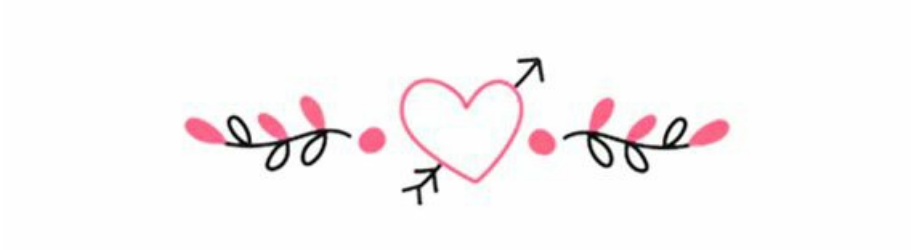
—¡¡Voy a tener un hermanito!! —gritó, y algunos de los enfermeros y médicos que pasaban por allí, sonrieron al escucharlo— Voy a tener un hermanito. Tenemos que contárselo a la abuela, y al tío Jack. ¡Y a Alice!

—¿No lo sabe nadie? —curioseó Alan, y negué— ¿Desde cuándo lo sabes?

—Desde el día que Aiden volvió a casa, ya estoy de unas cuatro semanas. Casi cinco en realidad.

—Dios, preciosa, voy a ser padre, y por partida doble —sonrió mientras se inclinaba y me besó—. Te amo, Nicole, te amo con todo mi corazón, preciosa.

Capítulo 38



Tres meses después…

Me casaba, después de contarles a todos lo del embarazo y que Alan me había pedido que lo aceptara como marido, había llegado el día.

Iba a ser una boda sencilla en casa de Gina, donde acababan de terminar de arreglarme la maquilladora y la peluquera, con nuestras familias y amigos, así como mi antiguo jefe y Vivian, la secretaria de Alan, como invitados.

Íntima, como le había pedido a Alan que fuera.

Al final había abandonado las prendas negras como única vestimenta, en mi armario había muchos tonos pastel, azul marino, blanco, rojo y beige, además del negro.

El vestido que escogí para mi gran día era blanco, de una gasa muy vaporosa y suave que se amoldaba perfectamente a mi silueta de embarazada.

Era de manga corta y llevaba pequeños cristales salteados por todo el vestido de modo que, con los rayos del sol, brillaban como suaves destellos que me hacían parecer un hada, como había dicho Aiden.

La ceremonia la iba a oficiar el sacerdote de la iglesia donde mi madre solía ir a llevar ropa y ayudaba en el comedor social algunas tardes desde hacía años, ahora muchas más a menudo, pues finalmente decidí dejar el trabajo para llevar solo el estudio de arquitectura de Alan desde casa, bueno, desde su casa, que ahora era la nuestra, ya que nos mudamos un par de semanas después de que lo nuestro se formalizara.

—Hermanita, luces como un ángel —dijo Jack entrando en la habitación—. Un ángel lujurioso y embarazado, pero un ángel.

—Eres terrible, Jack —reí.

—Y el padrino que tiene que llevarte. ¿Estás lista?

—Sí —sonreí.

Cogí mi ramo y me colgué de su brazo, salimos de la habitación y mientras bajaba las escaleras de la que ahora era la casa de mi hermano, pues al igual que hizo Alan, él se tiró a la piscina al comprobar que había agua, vi a mi madre esperando al final de ella con Aiden.

Mi niño estaba guapísimo con su esmoquin y la pajarita negra.

—Eres la mamá más guapa del mundo —ya no me llamaba mami, decía que, como ahora era el hermano mayor, era ya un chico grande y me iba a llamar, mamá.

—Gracias, mi vida, tú también estás guapísimo. Y tú, mamá, pareces una reina —sonreí.

—Uf, calla, demasiada responsabilidad —volteó los ojos y nos echamos a reír.

Fuimos hacia el jardín, donde esperaban todos, y en el momento en el que Brian nos vio a aparecer, puso la música con la que me dirigí a Alan, que me miraba con una sonrisa en los labios.

Estaba guapísimo, como siempre, con el traje negro y la camisa blanca.

En cuanto Jack me dejó a su lado, Alan entrelazó nuestras manos y me dio un beso en la mejilla.

—Estás preciosa, cariño.

—Bien, si estamos listos… —comentó el sacerdote, y empezó con la ceremonia.

No se me borraba la sonrisa de los labios y a Alan, tampoco, compartíamos miradas cómplices y no dejó en ningún momento de darme leves apretones en la mano o acariciarme el interior de la muñeca.

Y llegó el turno de los votos, y cada uno habíamos escrito el nuestro.

—Llegaste sin que te esperara y me demostrarte que el amor de verdad existe —comenzó a decir él—. Que no solo puede amarse a la pareja, sino también a los hijos, aunque no lleven nuestra misma sangre —miró a Aiden y le hizo un guiño, ese que mi hijo imitó con una sonrisa—. Me hiciste ver que esto era lo que quería, una familia. Y te prometo que nunca os fallaré, ni a ti, ni a nuestros hijos. Os amaré y cuidaré todos y cada uno de los días de mi vida.

Me sequé las lágrimas y él se inclinó para besarme la frente.

—No pensé que podría volver a enamorarme, hasta que te conocí —dije cuando pude hablar—. Jamás creí que

llegaras para colarte en mi vida y mi corazón como lo hiciste, y que mi hijo te querría tanto como te quiere, que sería él quien daría palabras a mis pensamientos diciendo que quería que fueras su padre, y que me darías el regalo más grande que el amor puede darnos —me toqué el vientre, al mismo tiempo que él lo hacía—. Te quiero, Alan, y lo haré cada día como lo hago ahora, te amaré y amaré a nuestros hijos, y nunca os fallaré.

El sacerdote pidió los anillos y Aiden y Alice, nos los trajeron, mi hijo me lo dio a mí y ella a su tío.

Nos los pusimos mientras sonreíamos, con el pulso tembloroso por los nervios y la emoción, con mis ojos llenos de lágrimas y esas ganas de abrazarlo y besarlo, y por fin el sacerdote nos dio su bendición y nos dimos ese prime beso ya como, marido y mujer.

Alan me abrazó y me dijo cuánto me amaba, y cuando nos separamos, todos comenzaron a aplaudir.

—¡Vivan los novios! —gritó Brian.

—¡Viva!

Alice y Aiden, estaban dando saltitos y aplaudiendo la mar de emocionados, ahora no solo eran amigos sino familia de verdad, pues Alan ya tenía todo preparado para formalizar la adopción de mi hijo en cualquier momento.

O al menos eso era lo que pensaba yo.

—Aiden, ven —le dijo Alan.

—Dime, papá —mi marido sonrió como siempre que lo escuchaba, y lo cogió en brazos.

—Tengo un regalo para ti.

—¿Un regalo para mí? —Mi hijo frunció el ceño.

—Sí.

—Pero, si los regalos se los tienes que hacer hoy a mamá —murmuró con los dientes apretados, haciendo que todos nos riéramos.

—Es que el regalo también es para ella.

—¿Para mí? —lo miré sin saber a qué se refería.

—Toma, abre este sobre —Alan sacó un sobre del bolsillo interior de su chaqueta y se lo dio a Aiden.

oMi niño sacó un papel doblado, lo abrió y frunció el ceño.

—No sé si voy a saber leer todo esto —volteó los ojos.

—Yo te ayudo —le dijo Alan—. Lee aquí.

—Aiden, mi nombre.
r

—Vale, y aquí.

—Alan, pone Alan.

—Ajá. Ahora esto de aquí.

—Padre —frunció el ceño.

—Es el documento que hace oficial que eres mi hijo —Alan sonrió—. Ya tienes mi apellido, campeón.

—¿Soy tu hijo de verdad, no solo porque te llame, papá?

—Así es.

—¿Esto es en serio, Alan? —pregunté.

—Sí, cariño. Hice que agilizaran todo para tenerlo hoy. Aiden, ya es mi hijo.

Me eché a llorar y él me rodeó con el brazo por la cintura, Aiden también me abrazó llorando y escuché a mi madre y Mia sollozar también.

Desde luego que la vida podía dar muchas vueltas, y todas ellas con una finalidad específica.

En mi caso fue para darme esa familia con la que una vez me vi, pero el destino y la tragedia truncaron.

Quería a Alan, y me había dado esa segunda oportunidad para creer en el amor, y, como yo, amaba a mi hijo. ¿Qué más podía pedirle al hombre de mi vida?

Mi niño sacó un papel doblado, lo abrió y frunció el ceño.

—No sé si voy a saber leer todo esto —volteó los ojos.

—Yo te ayudo —le dijo Alan—. Lee aquí.

—Aiden, mi nombre.

—Vale, y aquí.

—Alan, pone Alan.

—Ajá. Ahora esto de aquí.

—Padre —frunció el ceño.

—Es el documento que hace oficial que eres mi hijo —Alan sonrió—. Ya tienes mi apellido, campeón.

—¿Soy tu hijo de verdad, no solo porque te llame, papá?

—Así es.

—¿Esto es en serio, Alan? —pregunté.

—Sí, cariño. Hice que agilizaran todo para tenerlo hoy. Aiden, ya es mi hijo.

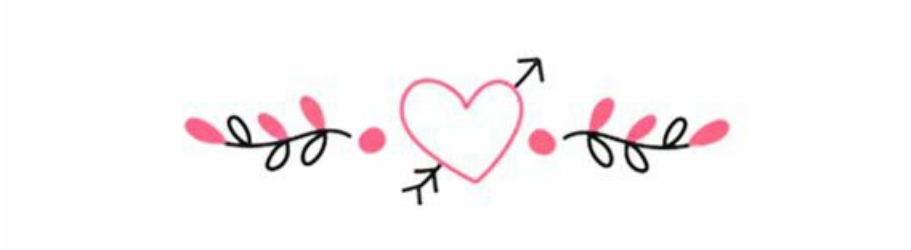
Me eché a llorar y él me rodeó con el brazo por la cintura, Aiden también me abrazó llorando y escuché a mi madre y Mia sollozar también.

Desde luego que la vida podía dar muchas vueltas, y todas ellas con una finalidad específica.

En mi caso fue para darme esa familia con la que una vez me vi, pero el destino y la tragedia truncaron.

Quería a Alan, y me había dado esa segunda oportunidad para creer en el amor, y, como yo, amaba a mi hijo. ¿Qué más podía pedirle al hombre de mi vida?

Epílogo



Quince años después…

Acababa de terminar de dar una vuelta a la campaña de marketing del modelo que mi hermano Jack lanzaba al mercado en unos días, y decidí tomarme un descanso, merecido, obviamente.

En esos años no solo llevaba el marketing del estudio de arquitectura de mi marido, sino que también pasé a llevar el del concesionario de mi hermano.

Era un trabajo desde casa y la mar de cómodo, no tenía presiones ni horarios y podía tomarme descansos y tardes libres cuando quisiera.

—Mamá, por Dios —protesté al verla metida en la cocina entre fogones.

—¿Qué pasa, hija?

—Tenemos a Gloria para esto —le recordé.

—Ya, ya, pero no puedo estarme quieta.

—A ver, que, aunque te sientas y estés como cuando tenías quince años menos, tienes ochenta y tres años y te recuerdo que llevas el brazo escayolado —volteé los ojos.

—¿Y? A ver si te crees que no puedo remover el puchero con el brazo bueno.

—Señora Nicole, deje a su madre —me dijo Gloria con ese acento cubano que tenía—, la señora Susy es mi mejo maestra. ¿Quién cree que me enseñó a preparar las crepes para los niños?

—Bueno, los niños… —resoplé.

—Los niños, hija, los niños. Siempre son nuestros niños, aunque tengan sesenta años, como tu marido.

—Y qué sesenta años, señora Susy, ya quisiera yo un papi como ese para mí —contestó Gloria, y nos echamos las tres a reír, porque ella tenía cincuenta años y estaba felizmente casada con Juan, nuestro jardinero.

—Me voy a tomar un café —dije preparándolo y me fui al jardín.

Como podéis intuir, la casa de mi madre la vendimos y ella repartió lo que sacamos entre sus cuatro nietos, una hucha en el banco para cada uno, como ella decía, y la trajimos a vivir con nosotros.

El tiempo había pasado tan rápido para todos nosotros, que aún me parecía que fuera ayer cuando me estaba casando, o cuando nació mi hija Susy, que ya tenía catorce años y era una niña preciosa, igualita que Alan.

O cuando mi hermano y Gina nos dijeron que se casaban y me hicieron tía, de un precioso niño al que llamaron Samuel y que se parecía a Jack.

Pero la sorpresa fue, sin lugar a dudas, el compromiso de Mia y Brian, ese par que decían que estaban bien viviendo en pecado. Hasta que se comprometieron y ampliaron la familia con la llegada de Ella, de doce años, y Nick, de ocho.

Alan seguía dirigiendo el estudio de arquitectura codo con codo con Brian, realizando planos y dando la oportunidad a esos nuevos talentos que acababan la carrera y querían crecer profesionalmente con el mejor y más galardonado arquitecto del mundo.

Y entre ellos estarían Aiden y Alice, puesto que ambos siguieron los pasos de Alan y estaban en la universidad cursando arquitectura.

Pero no fue lo único en lo que ese par estuvo de acuerdo, y cuando tenían apenas dieciséis años, nos dijeron que se veían como algo más que amigos, o primos.

Sí, eso que dicen de que el roce hace el cariño, en el caso de mi hijo y mi sobrina era verdad.

Aiden me dijo que no le gustaba ver a Alice hablando con otros chicos, que sentía algo raro, y ella le confesó lo mismo a su madre.

Amor, les dijimos nosotras, sentían amor por el otro y no el de amigos desde que eran niños, sino del otro, del que te lleva a querer estar con esa persona el resto de tu vida y verla feliz.

Desde ese momento se volvieron novios y hacía tres meses que nos habían dado la noticia de que, al acabar la carrera, se casarían.

—Hola, mamá —la fuerte voz de Aiden me hizo sonreír.

Mi niño había desaparecido, dando paso a un hombre tan alto como su padre, y cuando lo miraba, veía a Matt.

—Hola, cariño —se inclinó para darme un beso—. ¿Qué haces aquí? Creí que hoy comías en casa de tus tíos.

—Sí, bueno, es que…

—¿Qué te pasa, hijo?

Mi móvil empezó a sonar y vi que era mi hermano, seguramente llamaría para ver si a Aiden le había pasado algo

—Mira, ya me está llamando preocupado para ver si vas —sonreí.

—Sí, preocupadísimo, seguro —murmuró, y no entendía por qué.

—Hola, hermano.

—Hermanita, ¿ya te da ha dado mi sobrino la noticia?

—¿Qué notica? —Fruncí el ceño mirando a Aiden.

—Que vas a ser abuela, hermanita —rio.

—¿Cómo? —grité, y no me desmayé porque estaba sentada, vaya.

—Lo que oyes. ¿Mamá y Gloria han hecho comida como para cinco casas?

—Sí, sí —contesté aún en shock.

—Pues vamos a comer allí, que tengo que darle un tirón de orejas a mi sobrino. Ahora te veo — colgó, y yo me quedé mirando el móvil sin saber qué decir.

—Mamá, yo… lo siento.

—¿Qué sientes, hijo?

—Pues, esto, o sea, sé que somos jóvenes y estamos con la carrera y… ya sabes.

—Cariño, si algo he aprendido en estos años, es que un hijo no llega cuando queremos, sino cuando debe —sonre —. Tú tampoco estabas planeado, mi vida —le cogí la mano—, y cuando perdí a tu padre, entendí que la vida te puso en nuestro camino porque la suya se apagaría sin que lo supiéramos.

—Joder, mamá, no me digas que Alice se ha quedado embarazada porque me voy a morir en siete meses —resopló.

—No, tonto —reí—. Lo que digo es que cada hijo sabe cuándo y por qué debe llegar. Tú lo hiciste para que yo tuviera siempre una parte de Matt en mi vida, y tu hermana para que no perdiera la oportunidad de tener a Alan en las nuestras. Tu bebé llega para decirte que Alice estaba destinada a ti, incluso antes de que os conocierais.

—Tengo miedo, no sé si voy a saber.

.

—Cariño, lo hiciste muy bien con tu hermana y con tu primo Samuel —sonreí—. Vas a ser un gran padre, Aiden.

—¿Qué crees que dirá papa?

—No sé, ¿qué dices, amor? —le pregunté, pues llevaba allí parado escuchando un rato.

—Que menos mal que me vais a hacer abuelo ahora que todavía puedo cargar con el bebé y correr detrás de él, al menos diez años, que, si esperáis más… me enterráis sin darme nietos —suspiró, y Aiden se rio—. Vas a ser un gran padre, porque ya eres un gran hombre, hijo.

—Gracias, papá. Tenía miedo de que la noticia os sentara mal a todos.

—Pues aparte de que a tu madre casi le da un infarto, por lo demás, todo perfecto, campeón —le hizo un guiño.

—Voy a decírselo a la abuela.

—Ten el número de urgencias listo para marcar, solo por si acaso —le dijo Alan y él volvió a reír,

—Me estoy mareando —dije cuando nos quedamos solos.

—Ya lo he visto antes —rio—. Tranquila, todo está bien y saldrá bien.

—Un nieto, Alan, si prácticamente acabo de terminar de criar a Susy.

—Vamos a ser unos abuelos de lo más sexis —me hizo un guiño—. Y ya sabes que yo siempre te pedía otro hijo, pero decías que, con dos, estábamos bien. Pues aquí está el tercero —rio.

—Lo van a hacer bien, ¿verdad?

í

—Mejor que bien, porque tienen a cuatro abuelos, una bisabuela y dos tíos, que les van a ayudar en lo que necesiten —me acarició la mejilla.

—¿Te he dicho que te amo?

—No más que yo a ti, preciosa.

Me besó, y como ocurría siempre, me sentí viva de nuevo.

—¡¡Voy a ser bisabuela!! —gritó mi madre, haciéndonos reír, puesto que no había sido necesario que Aiden tuviera que llamar a emergencias para que la atendieran.

—¿Te he dicho que te amo?

—No más que yo a ti, preciosa.

Me besó, y como ocurría siempre, me sentí viva de nuevo.

—¡¡Voy a ser bisabuela!! —gritó mi madre, haciéndonos reír, puesto que no había sido necesario que Aiden tuviera que llamar a emergencias para que la atendieran.

¡Hola! ¿Cómo estás? ¿Qué te ha parecido esta novela? Curiosidad de autora jeje.

Si te gusta cómo escribo, disfrutas con mis historias, viajas a esos lugares donde los personajes viven mil y una aventuras, y quieres estar al día de mis novedades, puedes seguirme en la página de Amazon y en mis redes.

¡¡Nos vemos por allí!!

Sarah Rusell.

Facebook: Sarah Rusell
Instagram: @sarah_rusell_autora
Página de autora: relinks.me/SarahRusell
Twitter: @ChicasTribu

¡Hola! ¿Cómo estás? ¿Qué te ha parecido esta novela? Curiosidad de autora jeje.

Si te gusta cómo escribo, disfrutas con mis historias, viajas a esos lugares donde los personajes viven mil y una aventuras, y quieres estar al día de mis novedades, puedes seguirme en la página de Amazon y en mis redes.

¡¡Nos vemos por allí!!

Sarah Rusell.

Facebook: Sarah Rusell
Instagram: @sarah_rusell_autora
Página de autora: relinks.me/SarahRusell
Twitter: @ChicasTribu